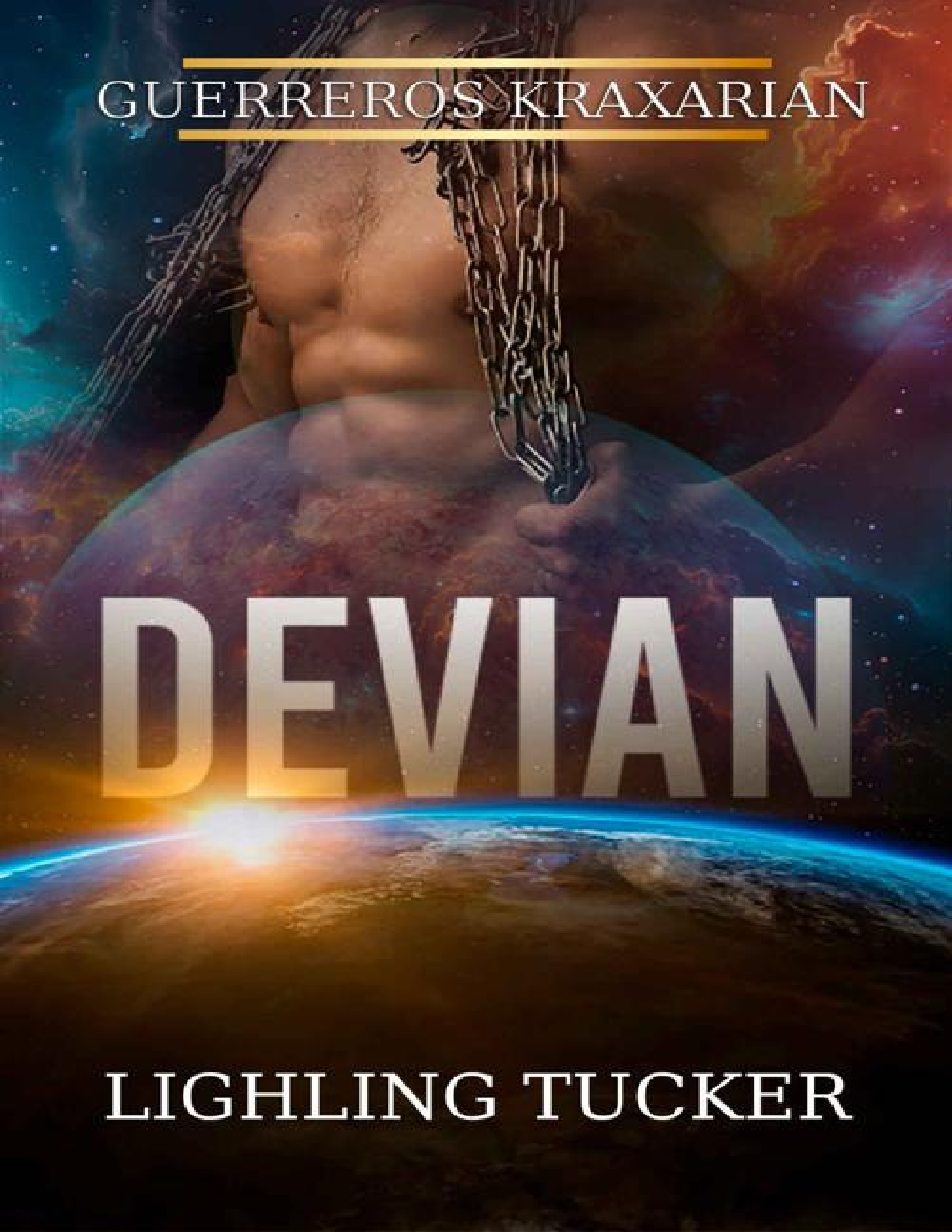




GUERREROS KRAXARIAN

DEVIAN

LIGHLING TUCKER

DEVIAN

LIGHTLING TUCKER

Copyright © 2024 Tania Castaño-Lighling Tucker

1ª edición: Junio de 2024.

Fotos portada: Shutterstock.

Diseño de portada: Tania-Lighling Tucker.

Maquetación: Tania-Lighling Tucker.

Queda totalmente prohibido la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Todos los derechos reservados. Registrado en copyright y safecreative.

Para vosotros, que siempre me animáis. Puede que penséis que mi cabeza es una locura, pero siempre tiene un rinconcito especial para vosotros dos. Julen y Jose.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

SINOPSIS

GLOSARIO

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[EPÍLOGO](#)

[CAPÍTULO EXTRA.](#)

[¿HAS DISFRUTADO DE LA LECTURA?](#)

[BÚSCAME](#)

[OTROS TÍTULOS](#)

AGRADECIMIENTOS

Llegar aquí no es una tarea nada fácil.

Escribir un libro puede considerarse una auténtica aventura. Desde que nace la idea hasta que consigues acabarla suceden muchas cosas. Este libro fue como una pequeña chispa, algo que surgió sin más y acabó llenando páginas completas.

Solo espero que os guste tanto como a mí escribirlo.

La pareja de Devian y Taya me han parecido la más tierna que he escrito hasta el momento.

Deseo, de todo corazón, que podáis experimentar todo un viaje con este libro.

A pesar de lo paranormal, hay historias profundas en él.

Puede, solo tal vez, estas historias llenen vuestros corazones.

Gracias por acompañarme un libro más a una aventura nueva. Por vuestras palabras de apoyo, vuestras reseñas y vuestro cariño.

Y si tú, querido lector, eres nuevo en este mi loco mundo, déjame darte la bienvenida. Solo espero que disfrutes y decidas quedarte mucho tiempo.

Gracias.

Porque conseguís auténtica magia leyéndome y dejándome ser una creadora de mundos e historias.

Gracias Carmen, Patricia, Araceli, Mónica y Montse.

Sus ailoviu fuertemente.

Y ahora pondré los agradecimientos que suelo poner en mis redes sociales, si quieres salir en el próximo libro sígueme.

Facebook:

LORENA SANCHEZ BERNAL, JMARY JURADO NIETO, OSANE Y JOSEMA HIDALGO PEREZ, MIRIAM SANCHO, ANGELA SUAREZ, ISABEL GÓMEZ, ANA VENDRELL, ANACELI, PARTICIA MUÑOZ GIMENEZ, CRISTINA SUAREZ, ESTER FG, ROSARIO ESTHER TORCUATO BENAVENTE, MARY ALFONSO GRAN, MARTA OLMOS, ELIZABETH RODIGUEZ, YOHANA TELLEZ, GRISEL CONCHA, MONIKA TORT, LIDIA TORT, ANNA FERNÁNDEZ, JUANI EGEA MARTÍNEZ, MARICARMEN LOZANO, MARIA LUISA GÓMEZ YEPES, PATRICIA COLETO, ENCARNA PRIETO, ALEA JACTA EST, CANDY, MATINA DACOSTA IGLESIAS, KARLA G D MARCHENA, MARIA DEL MAR ROMERO, ANNIE PAGAN SANTOS, MARI LOLI BERMEJO, SOLEDAD CAMACHO, YANI SA, CRISTI ALONSO, MCCLOUD LEAH ELENA, YERA ELORRIAGA, ANA MARÍA PADILLA, CARMEN ENTRAIGAS MARTEAU, MARIÁNGELES KALARY NIETO, ANABEL XAD, ANABEL JIMENEZ, NATALIA BERROA, M ISABEL EPALZA RAMOS, RACHEL BERE HERNÁNDEZ BAÑAGA, PAOLA ERIKA, CRISTINA IGUIÑO, ALISBET ROBINET HEREDIA.

Instagram:

NATACHA RODRIGUEZ, LINA RM, OLGA MARIA LORENZO, ALBA SYLVIA DIAZ LOPEZ, INGRID, KAREN AGUILAR, ASCENSIÓN, ALICIA RM, VICTORIA ALCOBENDAS, TAMMY MENDOZA, ELENA ESCOBAR LLORENTE, SULTANITA

BELLA, MARIMAR CASTRILLEJO, SILVIA SANMARTÍN, PCARMENDE, ITXASO BELINCHÓN, PAU RAMONILLO, PILAR CANO, EVA MARÍA PINTO, CAMALEONA, REINA CORIBETH RODRÍGUEZ MAITA, LORY, NURIA DAZA, VOCTO VILLARREAL, MIRIAM CORDOBA, CRIS BERMEJO, MEL G, EIREN (GRACIAS POR PRESTARME TU NOMBRE PARA LA PROTAGONISTA) YOLANDA CAYUELA, ANACELI, ANA, RITA VILA CONDE, ARANCHA ESEVERRI BARRAU, ELISABET TRUJILLO, KAORY, ALAN.

SINOPSIS

Taya no esperaba ser secuestrada de su cama en plena noche. Mucho menos ser enjaulada como un animal, pero, como el día no había empeorado lo suficiente, se encontró con que había sido abducida por seres horribles y subastada junto con su amiga.

¿No pueden dejar de pasarle cosas malas?

Después de unos cuantos infortunios, acaba siendo arrastrada a una gran selva, una en la que acaba siendo cazada por un gran hombre.

Espera.

¿Hombre?

Es guapo, es fuerte, es grande, pero muy azul y con unos cuernos gigantescos. Y gruñe, mucho.

¿Cuál es el mejor plan?

Correr hasta que se acabe la maldita selva.

Devian es un Darkan. Uno de los líderes de su especie. Solo necesita un descanso, un momento de paz donde ser capaz de respirar. Pasear por la peligrosa selva siempre calma su mente de sus demonios internos.

Pero todo cambia cuando ve algo impensable: una humana.

Está herida y huyendo de todo y de todos, él incluido.

Él es un Kraxarian, un guerrero de honor, no puede permitir que ella vague sola por la selva. Así pues, comienza una persecución por uno de los lugares más peligrosos de su planeta.

¿Qué ocurre cuando ellos conectan? ¿Por qué su toque es tan adictivo? ¿Por qué huele como si ella fuera única en el universo? ¿Qué estrella la creó para posarla ante él?

GLOSARIO

Permitidme que lo haga a mi manera y os ponga las cosas que creo importantes para recordar sobre el libro.

Tres razas principales:

Kraxarian: los protagonistas.

Draxarus: sus emociones son visibles en su piel.

Razor: moralistas y en contra la esclavitud.

Palabras a tener en cuenta:

Net: No.

Yak: Sí.

Darkan: líder de los Kraxarian.

Nimari: alma gemela de los Kraxarian.

Yamari: alma gemela de los Draxarus.

Gruks: monstruos peludos, feos y con el hocico torcido.

Sarton: una especie de dinosaurio rex... Aparentemente ¿mansa?

Personajes:

Taya: protagonista.

Carmen: amiga de la protagonista.

Devian: Kraxarian protagonista.

Ral: hermano de Devian.

Bork: hermano pequeño de Devian y buen francotirador.

Zahari: descúbrelo durante el libro.

Lixton: consejero de Devian.

Baruk: consejero de Devian. Experto en tecnología y explosivos.

Rok: sanador del clan de Devian.

Xánder: hermano de Devian.

Por orden los hermanos son: Devian, Xánder, Ral y Bork.

Jaxyn: guerrero del clan de Devian.

Atira: una de las pocas hembras que quedan. Fuerte y feroz.

Dara: otra hembra, esta más dulce y más amigable.

Haral Prixus: padre de Devian.

Humanas que aparecerán más adelante:

Cara.

Adriella.

Hayley.

Mel.

Miriam.

Adele.

PRÓLOGO

Antes de empezar el libro, querido lector, déjame hacerte una pequeña anotación. Estamos ante una raza nueva y un planeta completamente diferente. Dada la distinta fonética, podréis ver que, a veces hay nombres que cambian según el personaje que lo está diciendo.

Un ejemplo práctico:

Cada que vez que un Kraxarian describa una escena o piense en Taya, la llamará Taia. Y a Carmen, Karmenn.

Dicho esto, disfruta de la lectura.

30 AÑOS ANTES...

Y en un planeta muy lejano...

—¡Es demasiado blando! —gritó su padre.

Devian acababa de romperse el brazo entrenando con sus hermanos menores. Se encogió, con el brazo casi colgando, mientras su padre enloquecía por su error. Con ocho años ya se le consideraba un guerrero, no podía fallar.

Dejarse golpear por Ral de esa forma no debería haber sido lo correcto. Y mucho menos tratar de alcanzar a su hermano cuando este se precipitó por el balcón del primer piso.

No vieron que lo salvó.

Que lo había cubierto con su cuerpo en la caída. Solo que se había roto el brazo con el impacto.

—Es un niño, Haral —suspiró su madre.

Ella siempre era dulce. Un bálsamo para cuando volvía a casa demasiado herido de entrenar para seguir en pie. Cuidaba de sus cuatro hijos con auténtica devoción mientras su padre los instaba a ser más fuertes.

Su madre buscaba su felicidad. Esos pequeños momentos para compartir donde comían dulces y contaban cuentos.

—¡Es un guerrero! ¡Y algún día será el Darkan^[1] de esta comunidad! —bramó Haral.

Darkan.

Esa palabra pesaba más que cien toneladas.

Esa palabra significaba jefe, rey, mandamás, supremo sobre su clan. Ser el primogénito de el gran Haral Prixus le otorgaba ese terrible honor. Iban a educarlo para ser un señor.

Para ser un líder de entre todos los machos de su clan.

—Hola, hermanito —dijo una voz a su lado.

Estaban ocultos de la feroz mirada de su padre. Espiando como hablaban en su despacho mientras se desquitaba por haberse roto.

Xander era el siguiente en la línea de sucesión y, bajo su punto de vista, el que merecía el puesto de Darkan. Era fuerte, frío y calculador, aunque escondía un trozo tierno bajo la piel.

—Deberíamos ir al sanador —le recordó Xander.

Debían.

Lo sabía.

A pesar de todo, se mantuvo allí mientras su brazo dolía hasta el punto de querer desmayarse.

—Padre dijo que un guerrero soporta el dolor y lo hace suyo —explicó Devian.

Ral, a su espalda, resopló.

—Tonterías. Eso duele mucho, Devian. Tenemos que ir —le dijo.

El tercero en la línea de sucesión. Divertido, travieso y con un punto pícaro que hacía que todas las hembras se derritieran por él a la tierna edad de cinco años.

—Papá os reñirá si os ve espiando —dijo una última voz.

Bork.

El pequeño de la familia.

Apegado a las normas tan férreamente que algún día sería un guerrero a temer. Era el más parecido a su padre y no solo físicamente, poseía su porte, su elegancia y hasta su forma de caminar.

Era el orgullo de la familia.

—No te chivarás —le exigió Xander.

—Lo haré. Los buenos guerreros no espían —canturreó Bork.

—Te encerraré en el armario de la ropa sucia otra vez si lo haces —amenazó Ral.

Los ojos de Bork se abrieron en lo que consideraban que sería una de sus rabietas épicas. Era experto en hacerlas y conseguía lo que quería cada vez que amenazaba con una.

Devian corrió a él para intentar calmarlo.

—No lo hagas, tengo dulces en la habitación y te los daré si no nos descubres a padre y madre —negoció.

Su hermano se lo pensó menos de dos segundos, olvidó el puchero y sonrió.

—Trato hecho.

Adiós a su alijo secreto de dulces. Iba a comérselo ese monstruo feroz que tenía por hermano y que bien podría competir con un Gruk. Eran unos seres peludos, de grandes dimensiones y con morro ancho y afilado, que tenían una extraña obsesión por unas flores dulces que, además de llenar sus barrigas, también los emborrachaban.

Devian rehusó pensar en lamentarse. Había llegado a un trato y debía cumplirlo.

—Eres un buen líder, Devian —lo animó Ral.

Él lo dudaba.

Entonces contó a sus hermanos.

Debían de ser tres.

Y tenía a dos.

El terror destiló su piel volviéndola grisácea, casi muerto cuando comprobó que Xander no estaba. Aquel maldito hermano suyo había entrado en el despacho mientras los demás estaban despistados.

Entonces escuchó.

—Señor, solicito permiso para acompañar a mi hermano al sanador.

A sus siete años sabía ser un buen soldado.

—¿Que no está en el sanador?! ¡Haral! —bramó su madre.

Saliendo a toda prisa del despacho, la hembra localizó a sus pequeños a toda prisa. Se horrorizó al ver el brazo colgando de Devian y, llevándose las manos sobre los labios, gimió dolorosamente.

Tomó a su pequeño Devian en brazos, e ignorando los gritos de su marido, corrió pasillo abajo con sus cuatro pequeños esperando que cuidaran a su primogénito.

—Eres fuerte, Devian, no dejes que te haga creer lo contrario. Estoy orgullosa de ti, de en lo que te convertirás. No todos los Darkans deben ser fuertes, alfas y terribles. Tu corazón bueno te hará ser un gran líder —le susurró su madre casi haciéndole romper en llanto.

Le dolía el brazo y solo necesitaba el cariño de su madre.

De pronto, a pocos pasos del sanador, su madre colapsó cayendo al suelo sonoramente.

El dolor se propagó por el cuerpo de Devian antes de ir a por ella. Su amada madre convulsionaba mientras la sangre salía de su boca.

—¡Mamá! —gritaron los cuatro niños a la vez.

—¿Qué habéis hecho?! —bramó Haral llegando a ellos.

—De... De... Devian... —susurró su madre antes de que sus ojos se volvieran vidriosos.

Nada se pudo hacer por su vida, murió de forma fulminante y sin que los sanadores comprendieran qué ocurría.

No fue la única en morir ese día.

Las noticias de muertes llegaron por todas partes. Todo el planeta sufrió una terrible pandemia que arrasó vidas inocentes. Las vidas de millones de los suyos cayeron en ese día y las siguientes semanas, diezmando la población.

Las más afectadas fueron las hembras, de las cuales solo sobrevivieron unas pocas de cientos. Tanto mayores como niñas sucumbieron al virus que las asesinó de forma cruel y terrible.

Pero también cayeron guerreros, tanto adultos como niños, su población cayó en picado.

La locura se extendió por todo el planeta. Trataron de encontrar la cura, una solución para un problema que no parecía poder sanarse. Muchos mayores murieron entonces, dejando una población joven y asustada.

La esperanza se esfumó poco después cuando descubrieron que las hembras eran estériles. Solo unas pocas docenas consiguieron seguir engendrando, aunque solo a machos, lo cual condenaría toda su especie.

A la extinción.

Y Devian, el cual solo había estado preocupado por su brazo roto, solo quiso a su madre. Su consuelo.

Su amor.

Y lo perdió.

CAPÍTULO 1

En la actualidad...

Y en la Tierra...

Después de hablar dos horas con su amiga Carmen, Taya estaba a punto de devorar un buen helado de chocolate antes de irse a dormir. Al día siguiente iba a tener que madrugar y no quería irse demasiado tarde a la cama.

Pero ya eran las doce de la noche.

Abrió el congelador en busca de ese helado que la estaba llamando esa calurosa noche de verano y gimió al encontrarlo.

Recordando que debía madrugar y que Carmen le había dicho que se fuera a la cama, hizo una mueca antes de aceptar que debía abandonar su precioso helado. Mañana se atiborraría a él.

Ahora a dormir.

Se metió en la cama dejando que su gato cogiera la mejor parte del colchón, dejándole una mísera esquina que aceptó de buen grado. No tardó en quedarse dormida, la realidad era que nunca tenía dificultades para eso.

Horas después, no supo cuántas, despertó con un sonido metálico y un llanto lastimero de fondo.

Sus párpados pesaban como si hubiera estado bebiendo demasiado la noche anterior. Su cabeza, espesa, le comenzó a advertir de que algo malo estaba ocurriendo a su alrededor.

Debía despertar.

Ahora.

—Taya —lloró una voz familiar.

Una conocida.

Carmen.

Obligándose a abrir los ojos, lo consiguió y se arrepintió al momento.

Todo su alrededor había cambiado. No era la cama confortable en la que descansaba todas las noches. Ahora todo era oscuro, estaba sobre un suelo de piedra dura, fría y húmeda.

Jadeó, confusa.

—¿Taya?

Buscando a su amiga, se obligó a incorporarse. Hacía frío, tanto que tembló un poco dándose cuenta de que estaba completamente desnuda. Con horror vio su piel expuesta a la intemperie y lanzó un grito que quedó en un gemido.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas de flaqueza, colocó sus manos en el suelo y se impulsó hacia arriba. No consiguió ponerse en pie, solo quedar sentada viendo un paisaje aterrador.

Estaba en una jaula.

Los llantos corrían a su alrededor como cánticos terribles que la abrazaron aterrizándola todavía más.

A tientas, se arrastró hasta tocar uno de los barrotes. El hierro estaba algo desgastado, pero aguantaba lo suficiente como para mantenerla encarcelada para sus planes.

Entonces Carmen apareció ante ella igualmente desnuda.

Llorando, metió sus manos entre los barrotes y la abrazó como si Taya pudiera ser la heroína de un cuento de hadas. La que pudiera salvarla de ese destino aterrador al que estaban siendo condenadas.

Y sintió el peso sobre sus hombros partiéndola en dos.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estamos? —preguntó Taya, confusa.

No contestó inmediatamente.

—Desperté aquí, nos han secuestrado.

Su explicación tenía sentido. Aquello no era una pesadilla porque se había pellizcado suficientes veces como para comprender que ese lugar era real. Decidió entonces seguir mirando a su alrededor.

Había una hilera de jaulas contiguas a las suyas y también por delante.

Todas tenían una mujer desnuda dentro. Cada una de una nacionalidad distinta, de todo tipo de colores y peinados. Parecían haber sido seleccionadas para tener una de cada, como un catálogo de muestras aterrador.

¿Trata de blancas?

Tembló pensando en su destino.

—¿Estáis todas bien? —preguntó Taya alzando la voz.

Carmen chirrió a su lado.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loca?

No.

O tal vez sí.

¿Qué importaba?

—“Hello. ¿Are you OK?” —preguntó luchando por una toma de contacto con el resto de mujeres de la zona.

Cuando regresase a casa iba a apuntarse a un curso de inglés porque el suyo estaba oxidado a más no poder.

Pocas contestaron. Algunas estaban tan retraídas sobre sí mismas que parecían estar muertas, encogidas abrazadas a sus piernas. Otras se balanceaban producto del frío y del miedo. Otras tantas lloraban o daban vueltas alrededor de sus jaulas de dos por dos.

—Tenemos que salir de aquí —susurró Taya.

No pensaba dejarse vender a ningún prostíbulo y mucho menos iba a permitir que le quitasen un riñón o algo.

Comenzó a inspeccionar a su alrededor buscando alguna grieta o algo que pudiera ayudarla a salir. Miró y tocó cada barrote en busca de uno que flaquease. Cuando eso falló quiso ver si podía rascar la piedra del suelo.

Nada funcionó.

En las novelas que tanto les gustaba leer a Carmen y a ella, ahora sería el momento para aparecer el fornido y guapo héroe que las salvase de todo mal. Ese caballero de brillante armadura que las cuidase.

En su defecto entró un monstruo que hizo que todas las mujeres comenzasen a gritar juntas, Taya incluida.

Seis bestias enormes comenzaron a pasear por las hileras de mujeres lanzándole algo que parecía ropa. Taya luchó por contener su respiración mientras el pánico se expandía bajo su piel.

Aquellos seres eran parientes de un pie grande. Altos, casi dos metros y medio de altura, negros como la noche y con tanto pelo que apenas podían ver sus facciones. Su rostro, o al menos del que le lanzó la tela, era aterrador.

Morro largo, como el de un perro, con dientes afilados como cuchillas y con grandes ojos rojos. Parecían sacados de una película de terror, una en la que no había querido estar.

Él la inspeccionó de arriba abajo. La mirada fue tan nauseabunda que luchó por taparse con las manos. Entonces rio.

Sí.

Se había deleitado con su cuerpo.

Dijo algo en un idioma extraño, más bien una especie de chirrido que tuvo que ser un chiste porque el resto de bichos peludos comenzaron a reír al unísono. No quería saberlo porque sabía que era sobre ella.

No era el momento de hundirse en su poco amor propio.

Tomó la tela y la sacudió cuando el polvo la manchó. Era una especie de saco de patatas que simulaba un vestido. Se lo puso y la sensación de picor se expandió por toda su piel.

No tenía mangas, lo cual agradeció. Así como también estuvo contenta de poder tapar sus partes íntimas.

Puede que no quisiera que aquellos monstruos la vieran así, también puede que hiciera un tiempo que no se afeitaba entre las piernas.

¿Qué podía decir en su defensa?

Llevaba demasiado tiempo sin una cita y no le había desagradado dejarse pelo ahí abajo. Suerte que las axilas y las piernas estaban perfectamente depiladas, aunque... Por otra parte...

¿Eso qué importaba en un momento como ese?

—¿Qué nos va a pasar? —preguntó Carmen—. No quiero ser prostituida.

—Estaremos bien —mintió.

No quería verla sufrir.

Pero no.

No estaban bien.

Horas después o quizás días, aquellos monstruos volvieron a buscarlas. Entre gritos y gruñidos abrieron todas las jaulas colocándole a cada una un collar en el cuello. Como si de mascotas se trataran.

Vieron como una mujer quiso negarse, peleó con ellos con fuerza y, para cuando casi escapó, aquel monstruo le rompió el cuello como si fuera de papel.

La dejaron en el suelo como si no valiera nada.

Taya solo pudo mirar a Carmen. Aterrorizadas asintieron animándose la una a la otra queriendo decirse que debían portarse bien.

—¡Ya voy! —exclamó Taya cuando su captor se impacientó con ella.

Caminó a toda prisa, porque los pasos de ese monstruo equivalían a tres de los suyos.

Lo siguió al trote mientras buscaba a su amiga con la mirada. No fue capaz de encontrarla de entre la multitud. Y, para cuando la luz le dio en la cara, jadeó con dolor y se quedó muda después.

Taya tuvo que obligarse a respirar un par de veces mientras catalogaba todo lo que había a su alrededor.

Ahí, colgando casi de la mano de su captor, él la hacía pasear con orgullo como si fuera un caniche entrenado por un pasillo lleno de seres extraños. Todos la miraron con hambre.

Algunos sexual.

Otros literalmente.

Ese lugar no era la Tierra.

Para su horror su mente procesó pronto que no estaban en su planeta. El cielo en tonos morados le dejó claro que lejos quedaba su bonita casa. Tal vez no estuvieran ni siquiera en el

sistema solar.

Buscando el sol se lo encontró naranja, con un borde rojo que brillaba mucho más que el de su mundo.

Una mano rozó su muslo arrancándole un grito ahogado.

Su captor golpeó al que se atrevió a tocarla y este cayó hacia atrás noqueado al instante. Gruñó protectoramente dejando claro que solo se podía mirar. El resto decidió hacer caso a la advertencia.

La pasearon como a un animal delante de docenas de rostros.

Algunos eran humanoides, otros oscuros, con escamas, con dientes afilados, con más de dos ojos, narices y cuernos.

Su mente no podía procesar tanto en tan poco tiempo. Estaba al borde del colapso, tan asustada que jadeó en busca de aire, lo que le arrancó una risa a su captor. Ella lo fulminó con la mirada.

Subiéndola a una especie de escenario, la hicieron posar junto a tres mujeres más. Allí, aprovechando la altura, Taya buscó a Carmen. Iba a ser la siguiente en ser mostrada al mundo.

Y ella tenía que hacer algo.

Poco a poco las voces y las manos, o garras, comenzaron a subir una tras otra. Eso le dio la terrible comprensión de que estaba siendo subastada.

Parpadeó alejando las lágrimas, no iba a darles esa satisfacción.

Dos mujeres fueron vendidas a la velocidad de la luz. Sus nuevos dueños vinieron a por ellas con una sonrisa y las tomaron a la fuerza. Una fue hacia él muy sumisamente, pero la otra gritó de tal forma que aquel monstruo con escamas la tomó colocándola sobre su hombro como si de un saco de patatas se tratase.

Carmen y otra humana subieron con ellas.

Y la subasta siguió.

Con terror en sus venas y temiendo no volverla a ver, Taya bajó la mano hasta tomar la de su amiga. Ambas entrelazaron sus dedos dejando que el resto del universo dejase de existir.

Se tenían la una a la otra.

Una ovación se movió por todo el público.

Había un humanoide levantado, su porte elegante y su ropa cara mostraba que era alguien de alto nivel. Por desgracia, lo más aterrador fue que él estaba en pie con cuatro dedos levantados.

Las compraba a las cuatro a la vez.

Carmen y Taya se miraron.

Quizás juntas pudieran sobrevivir.

CAPÍTULO 2

A kilómetros de esa ciudad...

—Voy contigo, Darkan Devian.

Suspiró cansado.

Necesitaba algo de calma, salir a la selva solo sin que nadie siguiera sus pies como si fuera una pieza preciada a perder.

—Iré solo esta vez, Rok —explicó Devian.

Ojalá lo escucharan, pero no fue así.

—¿Solo un Darkan? ¡Estás loco si crees que vamos a dejar que a nuestro líder le pase algo! —exclamó Bork.

Devian puso los ojos en blanco.

Lo cierto era que un Darkan nunca iba solo. Sus guerreros estaban con él, preparados para la batalla por si algún clan enemigo decidía atacar. Era su líder, su imagen más poderosa y no podía quedar solo.

Por mucho que él desease un momento de paz para sí mismo.

—Está bien, pero os mantenéis a distancia. Quiero cazar en calma —ordenó Devian.

Asintieron.

Cuatro guerreros le seguirían, el resto se quedaría con sus entrenamientos y deberes diarios.

La verdad era que no le apetecía cazar. Deseaba escapar del día a día, de sus obligaciones, de ser Darkan y de todo lo que representaba. Desde siempre había odiado su vida y ahora se hacía mucho más pesado.

Quizás no tenía alma de guerrero.

Adoraba hacer cosas con sus manos. Montar una moto desde cero, arreglar un coche o crear un mueble con las mejores maderas de la selva. Ansiaba crear, descubrir cosas, equivocarse y seguir buscando soluciones.

Pero era el líder y eso ocupaba tanto de su tiempo que no tenía tiempo para eso.

—¿Nos vamos de caza? —preguntó un Ral profundamente sonriente.

Él puso los ojos en blanco.

Acompañado de sus hermanos y del mejor rastreador de su clan, no iba a tener tiempo para relajarse. Iba a ser una especie de competición donde los idiotas de su hermano espantarían a las bestias para demostrar quién mea más lejos.

Absurdo.

Una pérdida de tiempo.

Y ya se estaba arrepintiendo de salir.

—Solo quiero tranquilidad —dijo Devian luchando contra el impulso de cancelar el plan.

No la iba a tener.

Lo sabía bien.

—De paseo con nuestro Darkan. ¡Qué día tan bonito! —anunció Baruk.

Sí.

Su día estaba completo ahora.

No cabía en sí de felicidad.

Estaban en una limusina, en una lujosa a decir verdad. Y, aunque no tenía ruedas, funcionaba

como si fuera algo futurista. En la Tierra enloquecerían si vieran algo como eso en carne y hueso.

Pero para Taya era una prisión hacía una nueva vida que le aterraba.

Estaban las cuatro acompañadas por su dueño y dos guardaespaldas que podían competir con el más grande de los culturistas.

Él parecía satisfecho con la situación. Las miraba como si fueran bellas flores y parecía debatirse entre Carmen y una pelirroja que tenía al lado, no parecía ser capaz de elegir hasta que tomó la muñeca de su amiga.

Ahogando un gemido, fue arrastrada hacia el regazo de aquel ser y la contuvo cuando luchó por escapar.

Taya quiso ayudar, se echó para delante, pero un guardaespaldas gruñó llenando toda la estancia. Las congeló a las cuatro a la vez, hasta bajaron sus miradas por temor a mirar a aquella especie de lagartija hormonada.

—Sh, sh, sh, sh —canturreó su dueño.

Las calmó.

O al menos lo intentó.

Taya lo miró embelesado con Carmen. A pesar de que ella no lo miraba, él se estaba perdiendo en su cuerpo. Incapaz de parpadear mientras parecía casi babear por toda su piel.

Ese hombre parecía un humano salvo bastantes diferencias obvias.

Su piel plateada destacaba por encima de cualquier otra. Parecía brillar como el oro propio a la luz del sol, aunque ahora en el interior parecía más apagada. Vestido de traje blanco, marcaba unos músculos de acero.

Era alto, rondando los dos metros, con un cabello largo hasta la cintura. Era negro como la noche y lo llevaba recogido con una coleta alta que no lo afeminaba nada. Lo volvía atractivo.

Porque lo era.

Ese hombre era guapo a rabiar.

Sus ojos azul brillante parecían querer ver a Carmen al completo, perdido tocando su cabello como si quisiera descubrir de qué material era. Su pobre amiga no pudo negarse, solo mantuvo la calma mientras se dejaba inspeccionar y tocar por él.

Como si estallara una rueda imaginaria, ya que ese vehículo no contaba con ninguna, salieron disparados a toda prisa fuera de la carretera. Pronto el habitáculo se llenó de gritos desgarradores.

El mundo colapsó entre vueltas de campana que las lanzaron sin control.

Para cuando todo se detuvo el dolor era tal que jadeó en busca de aire. Tragó con dificultad mientras tanteaba a su alrededor en busca de vida.

Taya reconoció los cuerpos de sus compañeras, una de ellas estaba en una posición nada natural, lo que le indicó que no seguía con vida. Gimió con horror echándole un último vistazo antes de seguir rodando.

La puerta fue arrancada cuando unas manos tiraron de ellas hacia afuera.

El dolor la obligó a gritar mientras su dueño gruñía con verdadera rabia. Las tres que quedaban con vida fueron sacadas afuera por seres cubiertos completos por una armadura, una que no dejaba ver lo que había debajo.

—Carmen... —jadeó Taya buscándola con la mirada.

La sangre le emborronaba la visión, pero la vio. Estaba magullada, pero en mucho mejor estado que ella. Al parecer, su dueño la había protegido del golpe. Mujer suertuda después de todo.

Taya volvió a la realidad cuando uno de los recién llegados disparó en el pecho a un guardaespaldas. Este se retorció de dolor antes de morir en el suelo entre espasmos

desgarradores.

El que quedaba y su dueño fueron obligados a permanecer de rodillas.

Eran dos captores, los cuales sujetaban a Carmen y a la otra humana, pero a ella no la tenía nadie cogida. Eso le dibujó una sonrisa imaginaria. Si fuera lo suficientemente rápida, podría hacer un cambio de situación.

Con disimulo, mientras aquellos hombres se decían palabras que no comprendía, los miró y vio un arma en el cinturón de uno de ellos.

Entonces tomó aire.

Puede que muriera, pero lo haría con sus propios términos y no esperando a que un alien acabase con su vida. Era suya y la dominaría hasta el fin de las consecuencias les gustase o no.

Tan veloz como pudo, tomó el arma y disparó al captor, entonces se giró hacia el otro y apuntó sin miedo.

—¡Dámela! —gritó.

Señaló a Carmen.

Él la soltó a pesar de estar armado.

Bajando el casco de su cara, vio un humanoide de tonos morados que le sonrió.

—Amigo —dijo en su idioma—. Ayuda.

No.

No tenían amigos.

Tomando la mano de su amiga, Taya salió corriendo con la esperanza de que la otra mujer las siguiera. No lo hizo porque las heridas del accidente se lo impidieron. Su pierna estaba rota y cayó entre llantos sabiendo que no podría salvarse.

—¡Corre! —gritó Taya.

No pudo seguirlas y se lamentó por ello.

Pronto un gran terraplén apareció ante ellas, uno que las detuvo en seco. La caída no sería mortal, aunque sí dolorosa.

Por desgracia, lo que tenían a su espalda era mucho peor.

Después de que el que decidió llamarse «amigo» matase al último guardaespaldas, tanto él como su dueño corrieron hacia ellas armados hasta los dientes. Estaba claro que no pensaban dejarlas ir.

—Amigo, humanas —dijo.

Taya sopesó sus opciones.

—Tenemos que irnos, Carmen. Dolerá, pero nos irá bien —le dijo a su amiga.

Ella, sorprendentemente callada, tomó una gran respiración antes de mirarla con una dulce sonrisa.

Eso la confundió.

Después sus manos la empujaron con fuerza por el terraplén. Taya quiso agarrarse a algo, lo intentó con todas sus fuerzas y le fue imposible. Tomando el aire entre sus dedos, cayó duramente mientras daba vueltas sobre sí misma una y otra vez.

—¡Carmen! —gritó.

Ella se acababa de sacrificar por ella.

Le había salvado la vida entregando la suya y eso la hizo sentir miserable.

Perdida.

CAPÍTULO 3

—He cazado la pieza más grande —rio Baruk.

Y Devian tenía el dolor de cabeza más grande.

Baruk y sus hermanos llevaban discutiendo sobre sus piezas durante horas. Ya se habían alejado demasiado del clan, ahora tenían que volver y no tenía claro si prefería lanzarlos por un acantilado.

Rok, el fiel rastreador y amigo, le dio un codazo amistoso haciéndolo sonreír.

—Darkan, necesito un mueble para mi habitación. Para colgar pantalones.

Sabía lo que hacía, aunque se dejó llevar. Su imaginación comenzó a funcionar pensando en cómo colocar los tablones para que todo encajase en su lugar. Entre tanta reunión innecesaria encontraría la forma de tener un momento y fabricar esa pieza.

—Por supuesto —contestó Devian con entusiasmo.

Dejando atrás a sus tres guerreros, los cuales parecían estar compartiendo una botella de licor, vio como Rok fruncía el ceño con unas huellas.

—¿Qué ocurre? ¿Son Gruks?

Señaló las huellas.

—No las reconozco, parece algo joven, pequeño y herido. Cojea de una de sus patas, pero camina con dos, como nosotros —explicó Rok.

A pesar de tener que usar bastón y tener más años que la tos, aquel viejo loco no había perdido su habilidad ni un poco. Todos sabían que durante la pandemia había perdido dos hermanas, esposa y tres hijas.

La herida de su corazón jamás sanaría.

—¿Un macho joven? —preguntó Devian.

—Es muy probable que sea eso.

Algunos clanes eran realmente crueles con sus integrantes. Los que no eran suficientemente guerreros se exiliaban y desprotegían, dejándolos morir a manos de las criaturas de la selva.

—Tenemos que encontrarlo —gruñó con furia.

Entonces algo se movió ante ellos. En un arbusto no más alto que sus rodillas, una pequeña figura se alzó y comenzó a correr como si una manada de Gruks hambrientos lo persiguieran.

Entonces Devian lo siguió.

A toda prisa, los cinco machos comenzaron una gran persecución para tomar al pobre joven asustado. Seguramente tenía miedo de encontrarse con guerreros experimentados y huyó de ellos.

—¡Cógelo, Devian! —gritó Rok.

Lo intentó.

Realmente lo hizo, pero ese pequeño macho, que no parecía tan macho, corría como el demonio. Parecía impulsarse sobre su propio miedo y sus piernas avanzaban a una velocidad asombrosa. Hasta lo vio saltar un par de raíces tan ágilmente que lo obligó a gruñir furiosamente.

Necesitaba detenerlo antes de que llegase a la zona de los Gruks. Si esas bestias lo vieran no iban a dejar trozo reconocible de él. Así que obligó a su cuerpo a moverse, trazó una trayectoria casi paralela al joven y consiguió emboscarlo antes de que saltase colina abajo, directamente a su muerte.

Se alzó orgulloso sobre sus pies, siendo mucho más grande que él. Movié la cola, haciéndola visible para que todo su cuerpo fuera imponente.

Derrapando, el pequeño macho se detuvo en seco cayendo sobre su propio trasero. Con un sonido lastimero, como el de un Sarton recién nacido y mojado, se levantó queriendo retroceder.

Por suerte allí apareció Rok. El viejo estaba a punto de echar el estómago por la boca y se apoyó sobre su bastón con verdadera dificultad mientras fulminaba al chico con su mirada.

—¿Cómo...? —Rok cogió aire—. ¿Cómo puedes...?

Sí.

Iban a quedarse sin rastreador a este paso.

—¿Cómo puedes correr tanto?

Fue un logro que consiguiera unir tantas palabras juntas y formar una oración completa. Todo un desafío viendo lo mucho que tomaba aire, lo que le costaba estar en pie y lo pálido que se había puesto.

Entonces palideció un poco más.

—¿Es una...? —Tragó saliva—. ¿Hembra?

Devian sospechaba lo mismo.

La forma de su cuerpo era inconfundiblemente femenina y, aunque llevase muchos ciclos solares sin ver una, no podía ser otra cosa. Era pequeña, al menos comparada con un guerrero como Devian.

Tenía curvas, unas muy estratégicamente colocadas. Hermosas y llenas caderas, con unas piernas redondeadas que me cortaron el aliento mientras la revisaba. Además, algo más llamó su atención.

En la parte superior de su cuerpo se erigían dos bultos llenos. La comprensión le hizo jadear duro, casi cortándole la respiración.

—¡Está criada! ¡Hay una cría cerca! —gritó Devian a Rok.

La pobre hembra gritó presa del miedo ante sus bramidos y se rodeó el cuerpo con los brazos a modo de protección.

Él sabía, por cuentos de otros machos más mayores, que a las hembras le salían una especie de bultos en la parte superior del pecho para amamantar a sus crías. Si ella tenía, estaba claro que tenía que haber un bebé cerca.

Ahora comprendía su terror. Estaba protegiendo a su descendencia, lo cual la hacía verdaderamente valiente.

Pero no era de esos machos que mataban bebés, quería que se sintiera a salvo. La selva no era lugar para ellos. Debían venir con ellos, donde sus guerreros la cuidarían y protegerían.

Entonces levantó las palmas de sus manos al aire. Si era una hembra criada era peligrosa, todos los machos que habían tenido hembras lo habían explicado. Protegían a sus crías con garras y dientes.

Aunque esta hembra no parecía tener con qué defenderse. Sus dientes eran romos y rectos y sus garras... No podrían desgarrar la piel de nadie. Tal vez era solo un engaño que la hacía ver pequeña y débil para después volverse feroz.

—No te haré daño, ni a tu cría. Estaréis a salvo —canturreó acercándose.

Enloqueció.

Gritando, se alejó de Devian luchando por pasar por el lado de Rok. Este se lo impidió, lo que hizo que ella los mirase con verdadero terror.

—¡*Dejadme ir!* —gritó ella.

Su voz.

Era una voz melodiosa y no gruesa y ronca como la de los guerreros. Sonó dulce, casi como un caramelo en la lengua. Y, a pesar de que no entendió nada, Devian sonrió como un idiota al

escucharla.

Madre mía.

Taya estaba atrapada entre dos hombres... Bueno, dos bestias enormes y gigantescas que amenazaban con comérsela. Uno de ellos parecía más viejo, sostenido con un bastón mientras se recuperaba de la carrera.

Nunca había sido alguien de correr.

Jamás.

Había hecho ejercicio para tres años completos y, a pesar de todo, la habían atrapado.

Con dos metros de altura y un poco más, aquellos seres la rodeaban tan ferozmente que quiso desmayarse. No lo haría porque no era una princesa de cuento, pero ganas tenía.

Vestidos de negro, con una tela similar al cuero, se erigían como montañas orgullosas.

De piel cerúlea, eran un espectáculo para la vista. No pudo obviar que solo llevaban pantalones de lo que parecía ser un cuerpo de infarto. Por lo demás, el resto estaba al aire, dejando un pecho musculado a la altura de su rostro.

¡Oh, dioses!

Mirar arriba dio miedo, pero fue algo mágico. Ese hombre/bestia/monstruo era atractivo y quien lo negase era idiota. Tenía una mandíbula fuerte, cuadrada y sin rastro de bello corporal.

Poseía unos labios finos, pero le pareció curioso ver un piercing en el de abajo, casi en la comisura de la derecha. Un aro fino, aunque visible, que le dieron ganas de mordisquear.

«Taya, la falta de oxígeno te está volviendo loca». Se regañó mentalmente.

Tenía el cabello largo, negro, recogido con una trenza gruesa y apretada tan fuertemente que supo que no se abriría. Ese cabello estaba bien dominado con ese peinado.

Entonces los vio y jadeó.

Cuernos.

Ese ser tenía cuernos.

Y no pocos. Cuatro.

Cuatro putos cuernos.

Dos grandes a cada lado de la cabeza, sorteando el cabello y otros algo más pequeños detrás, casi como si fueran una especie de apoyo para los delanteros. Se los quedó mirando bastante perpleja.

Y después encontró sus ojos azules como el mismísimo océano. Una parte de ella se congeló allí mismo. Eclipsada por la vista que tenía ante sí.

Era atractivo.

Y sonreía.

El más joven sonreía mostrando unos colmillos afilados como cuchillas, eso sin contar que los dientes de al lado también estaban afilados. Dos pares de colmillos en cada mandíbula.

¡Claro que sí!

Una fantasía pura.

Entonces también se percató de una cola larga, puntiaguda y afilada que adivinó que no estaba por allí como decoración. Era un arma que podían usar contra su carne y desgarrarla fácilmente.

Tenía que huir.

Miró al más mayor y también le pareció atractivo. Algo así como un George Clooney, pero en alienígena con cuernos y cola. Su cabello negro estaba plagado de canas, además de poseer unos ojos color miel que le recordaron a un caramelo.

Apoyado en su bastón, no parecía menos aterrador.

La tantearon como si ella fuera peligrosa y eso le provocó un bufido cansado. ¿Ella?

La idea de ser comida la horrorizó, con miedo los miró dándose cuenta de que bien podía ser la cena de esos dos grandes y atractivos alienígenas. Eso no podía ser, ella tenía la misión de salvar a su amiga.

No pensaba ser el menú del día.

Así pues, solo actuó.

Aquella hembra era astuta. Mientras Devian y Rok trataron de cercarla, ella les dio un golpe bajo que sirvió para obtener una gran distracción.

Dio una patada al bastón de Rok haciéndole perder el equilibrio, lo que aprovechó para sortearlo y comenzar a correr de nuevo. Ambos gruñeron yendo a por ella, con esas piernas cortas no podía ir muy lejos.

Antes de poder darle alcance, Ral apareció de golpe tomándola de la cintura. Apretó mientras la levantaba y tuvo que hacerle daño porque chilló agónicamente. El miedo se extendió por todos los miembros de Devian.

—¡Cuidado, Ral! ¡Es una hembra! ¡No le hagas daño! —gritó.

La soltó como si quemase.

La dejó ir sin demasiados remilgos permitiendo que golpease el suelo con tanta fuerza que acabó aturrida unos segundos antes de levantarse para encarar a su hermano menor.

—Mi buena señora, no quiero haceros daño —dijo Ral cortándole el paso.

—¡Está criada! —exclamó Devian llegando a ellos.

Ahora estaba rodeada por tres guerreros y no iba a escapar.

—Ay, voy a morir por una hembra criada enfurecida —gimoteó Ral con dramatismo.

Y miró los bultos que tenía en el pecho.

Levantando las manos a modo de rendición, Ral parpadeó casi como si no se lo creyera y se quedó congelado siendo incapaz de abandonar aquella vista mágica.

Ella se los tapó ofendida, dejando salir un leve quejido.

¿Estaría mal visto ver esos bultos?

—No vamos a hacerte daño —volvió a canturrear Devian.

Aquella criatura se giró hacia él con tanto miedo que tropezó. No llegó a golpearse con el suelo, aunque fueron conscientes de lo mucho que temblaba.

—¿Qué ocurre? —dijo Bork apareciendo como si nada con un arma en las manos.

Fue como pisarle la cola a un Sarton. La hembra, hasta entonces contenida, giró sobre sí misma buscando un hueco por donde escapar.

Taya supo que tenía que escapar cuando otro monstruo llegó con lo que parecía un fusil de asalto. No pensaba quedarse allí para que la agujereasen o la cocinasen para la cena.

Estaba convencida de que su cuerpo tenía carne, pero no podía alimentar a tanto alienígena.

No sería una cena sumisa precisamente.

Devian alcanzó a la hembra antes de tener la oportunidad de escapar. Tomándola de la cintura, la apretó contra su pecho mientras esta comenzaba a gritar y a decir palabras que no comprendían.

—¡Baja eso, Bork! —exigió Devian.

Lo hizo.

Y el que faltaba apareció.

Baruk, con una gran sonrisa, se dejó caer de un árbol hasta mirar al pequeño bulto que se

retorcía entre sus brazos.

—¿Qué es eso? —preguntó, confuso.

No tardó en llegar a una conclusión. Casi sin podérselo creer, tomó aire mientras dejaba que su mente procesaba lo que acababan de encontrar.

—¿Es una hembra? —preguntó para cerciorarse.

Devian asintió.

—Lo es —sentenció.

Girándola sobre sí misma, la expuso para que pudieran contemplarla. Así no dejaba lugar a dudas de que era una hembra de una especie de menor tamaño a la suya. Pero era femenina.

Realmente lo era.

—Está criada —advirtió Rok.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó su hermano Bork.

Ral rio.

—Tiene unas bolas aquí arriba —explicó moviendo las manos sobre su propio pecho.

Las giró en círculos y subió y bajó simulando los bultos que ellos también habían advertido.

—¡*Deja de mirarme las tetas, guarro!* —siseó ella.

Y no la comprendieron.

Pero tuvieron una idea de lo que les decía.

Pálido, Ral subió las manos en señal de perdón.

Taya no sabía si se la iban a comer o a violar. No sabía qué era peor, solo esperaba ser el menú y que la matasen rápido porque visto el tamaño de ellos... Su pene no podía ser gentil de ninguna manera.

Agotada por forcejear, dejó caer los brazos entre jadeos ahogados.

Con el ceño fruncido, el alienígena que la sujetaba la miró realmente extrañado. Entonces la agitó suavemente como si no pudiera comprender por qué se había detenido.

—No puedo ni con mi vida —le explicó Taya.

No la entendió.

Ella solo suspiró.

CAPÍTULO 4

Devian no entendía nada.

Sabía que las hembras criadas eran peligrosas, pero esta parecía agotada entre sus brazos. Además, no se había defendido de ninguna manera. Sus colmillos permanecían romos y sus garras no se alargaron.

Tampoco sacó un escudo protector.

Parecía... ¿Frágil?

Casi sin respiración, ella colgaba de sus brazos mirándolo con miedo. Y a él solo se le ocurrió sonreír amablemente.

Tal vez así se sintiera mejor.

—Tenemos que encontrar a su pequeño —ordenó con fuerza.

Si separaban a la madre de su hijo iba a convertirse en un calvario. No era tan cruel como para cometer un crimen así.

—Parece indefensa, tal vez hayan matado a su cría —explicó Bork completamente serio.

El dolor se expandió por el pecho de Devian.

¿Por eso no se defendía?

¿Prefería morir por la culpa de haber perdido a su pequeño?

Rok se colocó ante ella, lo que hizo que se tensara entre sus brazos con bastante fuerza. No se había dado cuenta de lo mucho que se había relajado en los últimos instantes hasta que el rastreador la abordó.

Haciendo unos gestos, bajó las manos a su entrepierna y simuló un parto. A eso se le sumó Ral, quién fingió arrullar al aire para que pudieran comprenderlos. No tenía traductor, lo cual era bastante molesto porque no podían entablar una conversación.

Confusa, ella los miró unos segundos antes de comprender lo que ocurría.

Echándose hacia atrás entre los brazos de Devian, tembló, lo que él interpretó con dolor. Después negó con la cabeza y el corazón del guerrero se encogió de dolor. Perder a un pequeño debía de ser desgarrador.

Todos parecieron apenados.

Entonces Devian puso una mano sobre su cabeza, en su sedoso pelo oscuro y le dio leves golpecitos arrullándola a modo consuelo.

—Shhh, shhh, shhh —hizo el mismo sonido que recordaba hacer a su madre cuando eran pequeños.

Ella jadeó, agotada.

Taya quería huir, lo tenía claro y más después de lo que esos seres le habían indicado. Estaban pensando en violarla para traer bebés al mundo. Pues que no contasen con ella porque iba a matarlos mientras durmieran y a escapar.

Después encontraría a Carmen y buscarían la forma de regresar a la Tierra.

Eran cinco.

Y enormes.

O se dejaba llevar o la matarían sin pestañear dos veces.

Comenzaron a caminar y el más grandote, el que la llevaba, decidió no dejarla ir. La tomó en volandas y la apoyó contra su pecho con cierto aprecio. Claro, pensaban violarla y querían hacerse sus amigos.

No iba a pasar.

El cansancio comenzó a pasarle factura mientras seguían un camino que no parecía improvisado. Puede que el miedo la haya mantenido en alerta antes, pero ahora la adrenalina abandonaba su cuerpo.

Había pasado por mucho, el secuestro con aquellos seres peludos, la subasta, el accidente y la persecución con aquellos seres. Al final el cansancio llamó a la puerta tan rápido que temió que ocurriría después.

Mirando a aquel ser tan extraño y atractivo, quiso imaginarse que estaba a salvo con él.

Como si pudiera adivinar lo que ocurría, ese ser la miró con sus ojos azules casi fosforitos y sonrió con dulzura. Entonces Taya apoyó su rostro en su hombro, en la curva con su cuello.

Y se durmió.

—Déjame llevarla a mí —pidió Ral echando los brazos hacia él.

Devian la alejó como si su hermano fuese a morderla. No supo por qué reaccionó así, pero no quiso que nadie más la tocara. Ella había confiado en él hasta el punto de quedarse dormida y no la defraudaría.

Estaba herida, agotada y apenada por la muerte de su pequeño. No iba a convertirse en un saco que pasarse entre guerreros.

—¿Pesa mucho? ¿Es suave?

Ral estaba colmando su paciencia a una velocidad apabullante.

La miró mientras aquellas preguntas sobrevolaban su mente. No pesaba nada, estaba acostumbrado a coger cosas mucho más pesadas sin esfuerzo, ella era fácilmente transportable.

Y sí.

Era suave.

Aunque no se lo confesaría a su hermano.

¿Qué hacía una hembra sola en un lugar como ese?

Había perdido a su pequeño, lo cual debía de ser la cosa más horrible que podía sucederte jamás, pero... ¿Y su compañero? ¿Por qué no había un macho protegiéndola? ¿También la habría abandonado?

Conocía historias de otras especies que hacían eso y le revolvió el estómago.

No comprendió cómo se podía hacer algo semejante.

—Ral, déjala descansar —pidió Devian.

Decidieron para a medio camino del clan. Antes de nada tenían que revisarla para después meterla en casa. Iba a ser una revolución y no tenía claro de sí iba a poder ser capaz de manejar eso.

¿Sería compatible con su especie?

Le parecía tan pequeña a pesar de la carne que tenía en algunas zonas...

Su clan había sido bendecido por tres hembras, aunque estériles. Era mucho más de lo que podían tener otros clanes que llevaban muchas rotaciones al sol sin ver absolutamente nada femenino.

Y, muy a pesar de que esas hembras eran mayores, habían permanecido en su clan. Hasta el fin de sus rotaciones solares.

Baruk sacó una manta de su petate, una que dejó en el suelo para que pudiera dejar a la hembra sin que tocara el suelo. A regañadientes, alejó el calor de su cuerpo para posarlo sobre la tela.

Todos la miraron como si fuera algo único.

Si la pobre abriera los ojos hubiera pensado que querían comérsela.

Tenía el cabello por los hombros, color noche oscura con ciertos reflejos rojos como las llamas más feroces de una fogata. Su rostro era mucho más hermoso que cualquier guerrero que hubiera visto antes. Era más redondo, dulce y con una nariz respingona.

Después tenía unos labios sonrosados, algo agrietados, pero que le parecieron maravillosos.

Había visto sus ojos al retenerla contra su pecho. Tras unas pestañas perfectamente rizadas, se ocultaba un color marrón con pequeñas motas más oscuras. No brillaban como los suyos, no obstante, eran bonitos.

Toda ella era hermosa.

Rok tosió.

—Necesito examinarla —advirtió.

Todos se alejaron fingiendo no haber mirado más de la cuenta a la recién llegada. Eso no era cortés, solo tenían que acordar no decírselo jamás y todo estaba arreglado. Ella no lo sabría.

Como mayor, aparte de rastreador también era uno de los sanadores del clan.

—Tiene un rastreador bajo la piel. La sedaré para que no sufra y se lo quitaré —explicó.

Devian gruñó aprobando eso.

Cruzando los brazos sobre el pecho se fijó en sus heridas. Apenas la cubría un trapo roído y feo, uno que dejaba poco a la imaginación. Su piel clara como la nieve mostraba multitud de heridas.

Las peores estaban en sus pies, los cuales se habían visto sometidos a la dura selva y la habían desgarrado.

—Creo que viene de la ciudad —declaró Rok.

Todos jadearon.

No era una buena señal.

Compartían planeta con una raza hostil, feroz y terrible que había construido una pequeña ciudad amurallada en el centro de la tierra. Era su lugar, mientras el resto de especies, tres más, vivían esparcidos por regiones.

Los draxarus, los habitantes de la ciudad, solían tener esclavos y, según explicaban, traficaban con diferentes especies.

—¿Creéis que la cogieron de su mundo para criar y mataron a su pequeño después? Tal vez por eso huyó —preguntó Ral visiblemente afectado.

Ellos eran capaces de eso y más.

—Esta pequeña ha vivido un calvario hasta que hemos dado con ella. Tiene tres costillas rotas y algunos dedos también. Está llena de contusiones y abrasiones de lo que parece una persecución horrible —explicó Rok al acabar de pasar el escáner.

Por suerte tenían medicación para ayudarla, aunque eso no curaría su corazón roto.

Eso no podía curarse con nada.

—No podemos devolverla, le harán daño —gruñó Bork.

A Devian le sorprendió que su hermano más pequeño hablase. Era frío por costumbre, apegado a las normas, pero ver a la hembra había removido algo en él. En realidad a todos.

En su cultura, las mujeres eran muy apreciadas. Antes de la pandemia ya tenían escasez de ellas. Por cada cuatro guerreros nacidos solo nacía una de ellas, pero después de las muertes eran mucho más que apreciadas.

Cuidarían de esta pequeña hembra. Tal vez, con el tiempo, el dolor por su cría pasase y quisiera ser parte de su comunidad.

—No volverá. Somos guerreros Kraxarian, cuidaremos de ella —sentenció Devian.

Todos asintieron.

Se sentaron mientras Rok la cuidaban. Cada uno tenía su forma de entender lo que acababa de ocurrir y, aunque llegaron a la misma conclusión de cuidarla, sintieron temor hacia el resto de machos.

Solo esperaba que fuera bien.

—Baruk y Bork, adelantaos al clan para advertir de lo que traemos. No quiero altercados —ordenó Devian.

Él se quedaría con Rok y Ral, suficientes como para hacer el camino de tres horas que les separaba con el hogar. Nadie los atacaría, eran guerreros entrenados para la lucha, defenderían a esa hembra si venían a buscarla.

—Llegaremos por la mañana, quiero dejarla descansar. Y pedid un traductor, tal vez encontremos su idioma y comunicarse no sea tan difícil —explicó Devian.

Quería hablar con ella.

Conocerla.

Y saber por los horrores que había pasado para asesinar a todos los que la habían dañado.

—Darkan Devian, quizás no pase la noche —murmuró Rok.

Eso lo alertó.

—¿Por qué?

La señaló, estaba temblando y su piel se estaba tornando de un azul que no presagiaba nada bueno. Después de haberla visto sonrosada por el esfuerzo, dedujo que no era un color natural para ella.

—No parece tener protección contra el frío —explicó su amigo.

Devian tocó con un dedo su brazo esperando convocar el escudo o armadura que la protegería. Todos los seres conocidos tenían uno, pero ella no parecía tener.

¿Estaba defectuosa?

¿Cómo se protegían del frío en su planeta?

¿Sería un lugar cálido?

Envolviéndola con la manta de Baruk, la tomó entre sus brazos y la metió en ellos esperando que su calor corporal fuera suficiente. Se tumbó en el suelo, ignorando que lo estaban mirando y la acunó como si de un cachorro se tratase.

Ella se agitó suavemente dejándolo completamente rígido.

Sabía que no iba a despertarse, pero sintió miedo.

Casi como si de un ronroneo se tratase, ella se aferró a él y pasó su mejilla por su pecho acariciándose a sí misma antes de tomar una postura cómoda.

—Le gustas, hermano —anunció Ral con alegría.

Eso parecía.

—Si te cansas de darle calor... Siempre podría hacerlo yo.

Gruñó a Ral.

No.

Nadie más lo haría.

CAPÍTULO 5

Taya se despertó con la sensación de algo cálido a su alrededor. Era caliente, fuerte y la cubría por completo haciéndola realmente feliz. Además, se sentía totalmente descansada.

¿Cuánto tiempo hacía que no dormía una noche completa?

A medida que la bruma se fue disipando comenzaron a regresar los recuerdos. El secuestro, el accidente, también como Carmen la había tirado por el barranco y... Las bestias de dos metros con cuernos.

Tensándose más que la cuerda de un arco, parpadeó mirando a su alrededor.

El que la había llevado en brazos la mantenía sujeta con bastante cariño. No podía quejarse, no le había hecho daño, de hecho, no parecían dolerle las costillas como hacía unas horas.

Ahora era un dolor sordo, lejano.

Con suavidad, fue deslizándose poco a poco de entre los brazos de esa gran bestia con forma humanoide. Estaba claro que era un hombre, no parecía ser nada femenino, aunque podía estar equivocada.

No pensaba mirar abajo para asegurarse, prefería morir con la duda.

Tomándolo de la muñeca, levantó su brazo poco a poco hasta que su respiración cambió. Ya no era profunda o relajada, parecía tensa y solo podía significar una cosa: estaba despierto.

Dejó ir su brazo y este volvió a enrollarse a su alrededor.

«No mires arriba». Se dijo a sí misma.

¿Y qué hizo?

¡Miró!

Chocó de frente con unos ojos azul brillante que la paralizaron al momento. Hasta creyó ser capaz de verle leer la mente.

—*Buenos días* —sonrió Taya.

Con un suspiro, Devian sonrió recordando cómo se respiraba. Ella estaba sonriendo provocando que las lunas dejaran de girar alrededor del planeta. Todo se mantuvo quieto mientras luchaba por seguir viviendo.

Obviamente, no entendió sus palabras, pero le gustaron.

Parecía cantar con su voz.

—*Taya* —dijo señalándose a sí misma.

Después puso un dedo en su pecho.

Pero Devian solo enarcó una ceja, lo que provocó que ella repitiese la interacción. Señalándose a sí misma dijo:

—*Taya*.

Después lo señaló.

¡Oh! ¿Estaban intercambiando nombres? ¿De verdad?

Eso debía de ser bueno.

—Devian —contestó con voz profunda.

Entonces, tomándose su tiempo, llevó un dedo a su clavícula y pronunció.

—*Taaaiiaaa*.

Después se señaló a sí mismo.

—Devian.

Ella asintió con una nueva sonrisa.

Aquella hembra se llamaba Taia y le gustó el nombre. Le resultó dulce en la lengua, como si

quisiera decir el nombre de una flor que siempre había en su casa. Ahora tenía forma corpórea.

—*Humana*.

Su voz lo atrajo de nuevo.

¿Nueva comunicación?

—*Humana* —repitió señalándose entera.

Ahora le tocaba a él.

¿Debía decir lo que era?

—Kraxarian. Devian, Kraxarian. Taaaiiaa, hummmannna.

Lo miró como si fuera tonto, aunque no le importó.

Había leído sobre humanos una vez. Si no recordaba mal, estaban en el cuarto cuadrante del universo. A unas tres galaxias de lejanía. Un planeta todavía primitivo en cuanto a viajes espaciales. A duras penas habían llegado a su propia luna.

Lo que significaba que no estaba allí por voluntad propia, de hecho, dudaba que hubiera sabido que existían otros seres.

—*Taia*, humana —repitió.

Al parecer, Devian había entendido muy rápido lo que quería decirle. Lo agradeció enormemente.

No se habían movido ni un ápice. Ella seguía ahí, cerca de su pecho y no parecía tener prisa para separarse, lo cual era más que preocupante. Aunque, en realidad, ella solo quiso mirarlo un poquito más.

Era guapo.

Muy guapo.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que hacía, ya tenía una mano levantada directa a su rostro. Por suerte, Taya fue capaz de controlarse y se detuvo antes de entrar en contacto con su piel.

Él inclinó levemente su rostro provocando el toque que acababa de negarse.

Tragando saliva, quiso retirarse cuando sus dedos tocaron su piel. Tiró de su mano hacia atrás, pero Devian la detuvo con su propia mano. La instó a tocarlo, a descubrir las múltiples diferencias que tenían.

Dejándose llevar por el momento, acarició su mejilla casi suspirando de felicidad. Era suave, como el terciopelo; mucho más que la de cualquier humano. Dejó que sus dedos vagaran hacia su frente.

Tocó, con suavidad, las protuberancias con pelo que tenía en las cejas, así como también el piercing que le colgaba de la esquina derecha de una de ellas. Después ascendió, perdida en el contacto.

Devian olvidó por completo cómo se respiraba mientras ella lo tocaba. Era dulce, con una suavidad que no recordaba haber sentido jamás.

Tocó su piel, maravillada por el contacto y siguió subiendo hacia sus cejas, después a su frente, hasta que se perdió en su cabello. Frunció el ceño cuando unos mechones sueltos se enrollaron entre sus dedos, no obstante, después sonrió.

—*Es súper suave...* —dijo sin que él comprendiera ni una palabra.

Solo esperaba que fuera bueno.

Devian sintió que se desmayaba cuando alcanzó uno de sus cuernos. Casi notó que sus ojos rodaban hacia la parte posterior de su cabeza cuando un dedo subió desde la base hasta la punta.

Entonces su pecho vibró, lo hizo por puro placer, uno que no había sentido nunca.

—*Taia...* —suspiró.

Ella lo miró con bastante curiosidad.

Una parte, hasta entonces dormida, quiso más. Quería quitar la manta que los separaba, rodearla con sus brazos y apretarla contra su pecho. Deseaba trazar su piel con la yema de los dedos, reconociendo cada rincón de esa humana.

Saborearla...

Un pensamiento peligroso que lo asustó en un principio.

Taya cerró los ojos unos segundos mientras tocaba uno de sus poderosos cuernos. Juró que acababa de sentir una corriente eléctrica atravesar su cuerpo y erizar todo el cabello de su cuerpo.

Quiso comprobarlo de nuevo, pero un ruido a su espalda la hizo girar sobre los brazos de Devian.

Un muy glorioso, y desnudo, Ral apareció con una sonrisa pletórica. Estaba claro que lo estaba haciendo a propósito como si tuviera algo que demostrar.

Y Taya miró.

Su vista se deleitó en aquel pecho musculado, aunque descendió hasta dar con una parte de su anatomía que la hizo tensarse al instante.

—¡Santo cielo! ¡Eso es un arma de destrucción masiva! —gritó, jadeó y casi se ahogó tratando de respirar.

Después, inclinó la cabeza observando aquel trozo de carne que colgaba felizmente entre sus piernas. De pronto se sonrojó dándose cuenta de que seguía mirándolo y giró sobre sí misma para aferrarse al pecho de Devian.

Él la arrojó entre sus brazos dejando escapar un sonoro gruñido de advertencia al desnudo que tenían detrás.

—Yo creo que le he gustado —rio Ral.

—Y yo creo que voy a matarte —respondió Devian.

Una rabia infinita nubló sus sentidos. Nunca se había sentido así, por norma general era pacificador y rehusaba el conflicto. Y más cuando se trataba del provocador de Ral, él no merecía la pena una pelea porque buscaría otra poco después.

—Tú nunca gruñes, Devian —declaró su hermano con cierto nerviosismo.

Así era.

Nunca lo había necesitado. No era como otros guerreros siempre gruñendo y mostrando su autoridad.

—Tal vez sea el momento de aprender —declaró sin saber muy bien qué significaba.

Ral fue a vestirse.

Seguramente era buena idea dejar que Taia fuera al riachuelo donde su hermano se había lavado, tal vez le gustaría refrescarse.

—¿Cómo serán los machos de su especie? Seguramente más pequeños —preguntó Ral, pensativo.

Tenían que serlo.

¿Cuánto más?

—Es una humana —explicó Devian.

O al menos es lo que había entendido, esperaba no estar equivocado.

—¿Humana? Ellos están muy lejos de nosotros. ¿Traerían más como ella?

La pregunta de Ral lo sacudió.

Una parte de él le dijo que nadie cruzaba galaxias por solo un humano, estaba convencido de que los Draxarus habían traído más. Y, de entre esa cantidad, habría machos y hembras.

Esclavizados.

Si no, ¿qué buscaban de ellos?

Por su ropa y sus heridas no podía imaginar que ella hubiera venido voluntariamente y mucho menos que fuera una ciudadana de pleno derecho.

La miró, ella seguía con su rostro metido en su pecho dejando que su aliento le hiciera cosquillas, a la espera de que Ral se acabase de vestir. Una parte de él quiso fingir que su hermano seguía desnudo, pero decidió avisarla.

Dándole un leve golpecito en la cabeza, ella brincó algo recelosa.

¿Habría algo mal en la anatomía de Ral?

¿Sus machos serían iguales?

Girando sobre sí misma, buscó a Ral con la mirada y suspiró aliviada cuando lo vio con los pantalones puestos.

—Parece decepcionada, podría desnudarme de nuevo —bromeó su hermano.

Devian soltó un feroz gruñido de advertencia.

—Estás muy agresivo desde que estás con la hembra, gran Darkan, tal vez deba patearte el culo para que vea quién es el macho más fuerte del clan.

Las bromas de Ral eran fáciles de digerir. Llevaba con ellas desde que eran niños, pero quiso cerrarle la boca un poco.

—Sí, vamos a enseñarle quién es el macho más fuerte —rio Devian levantándose.

Taya jadeó cuando los dos grandes hombres se miraron. Fue cuestión de un momento que se tirasen el uno contra el otro y, cuando impactaron, hasta el suelo tembló.

Los gruñidos llenaron el cielo.

¡Se estaban peleando!

¿Estaban viendo quién la violaba primero?

El terror se destiló en grandes dosis por sus venas. Tembló luchando por levantarse y, cuando lo consiguió, el horror se abrió ante ella.

Esos seres poseían garras, unas que habían desplegado y con las que se estaban arañando hasta hacerse sangrar. Devian golpeó duramente al otro, lanzándole al suelo y rasgándole el pecho.

Suficiente.

Se había acomodado por el dolor y el cansancio, pero era momento de recordar que estaba en un planeta hostil, con seres peligrosos que podían comerla o violarla. No podía dormirse abrazada a ellos y pretender que todo fuera luz y arcoíris.

—*Está todo bien, solo están jugando, hembra...* —dijo el más mayor apoyado en su bastón.

No entendió ni una palabra, lo cual no era una novedad. Lo sorprendente fue que parecía tranquilo, como si no estuviera preocupado por la pelea.

Suficiente para mí.

Taya giró sobre sí misma y arrancó a correr en dirección contraria a esos seres. No pensaba ser una cena fácil si es lo que pretendían y tampoco iba a ser complaciente. Ella tenía que salvar a Carmen y salir de ese dichoso planeta.

—¡Taiiiaa! —gritó Devian en la lejanía.

No se detuvo.

No podía.

CAPÍTULO 6

¿Cómo había sido tan tonto?

Estaba creando una seguridad muy frágil. Una que habían dinamitado peleando como niños pequeños. Había caído en la provocación de Ral, pero era únicamente su culpa por la que estaban persiguiéndola de nuevo.

Él era el Darkan.

Debía haberlo sabido.

Taya no podía saber que no estaban peleando de verdad. Si ni quisiera había salido su armadura de escamas a modo protección. Por supuesto, ella no lo sabía. Había supuesto que estaban peleando y la habían asustado.

—¡Os mato a los dos! —gruñó Rok faltándole el aire.

La hembra era rápida, la impulsaba el miedo, uno que él mismo había provocado por su propia estupidez. Quería hacerla sentir bien, como cuando había estado entre sus brazos.

Solo podía volver a ese momento.

Ella, en calma, lo había estado tocando, descubriendo. Y él había perdido el sentido por cada toque suave de sus dedos.

Con un grito, su Taia cayó al suelo al tropezarse con una rama. Decidió ignorar que su mente había asimilado a aquella humana como «suya». Decidió ser rápido, lanzarse sobre ella y tomarla de la cintura cuando luchó por seguir adelante.

—¡No!

Pataleó, golpeó con sus codos hacia su pecho y se revolvió como toda una guerrera. A él le gustó que tuviera eso dentro de sí misma, que fuera feroz para defenderse. Lástima que fuera contra él.

—Taia, net. Taia, net.

Se revolvió como un auténtico Sartón enfurecido, hasta le clavó las uñas en sus brazos provocando que toda su armadura apareciera de golpe. Activada por la agresión, sus escamas lo envolvieron entero provocando que ella se detuviera en seco.

Sorprendida, tocó los brazos con curiosidad.

¿Se habría calmado así de fácil?

Taya no podía creerlo. Hacía un segundo ese gran alienígena azul tenía una piel de terciopelo, ahora escamas brillantes lo cubrían por completo. Le recordó a una urraca porque, a pesar de ser oscuras, tenía reflejos morados, azules y verdes que lo hacían increíble.

Pero recordó por qué había intentado huir.

Se revolvió con fuerza deseando que estuviera distraído. Para su más absoluta desgracia, Devian la sostuvo con más fuerza y la agitó con cierta molestia.

—¡Net! —exclamó.

¿Eso era «no»?

Ral apareció y tampoco parecía feliz. La señaló con un dedo, como quién señala a un perro por morder el sofá.

—Net, hummmannaa, net.

Entonces lo vio todo rojo. Cruzando los brazos a la altura de su pecho, lo fulminó con una mirada que lo hizo temer. El gran y enorme alienígena se echó hacia atrás temeroso de lo que pudiera hacerle.

—¿Qué va a hacerme, Devian? —preguntó Ral, asustado por la reacción de Taya.

Ella, que seguía mirándolo con rabia, no produjo sonido alguno, tampoco se movió. Solo le

sostuvo la mirada como si en cualquier momento fuera a matarlo de alguna forma cruel.

—Está molesta —explicó Rok—. La has tratado como a un infante y parece ser una hembra adulta de su raza.

—¡No puede escaparse de esa forma! ¡Hay seres en la selva que se la comerían con dos bocados! —se quejó Ral.

Devian así lo creía.

Pero la habían asustado.

—Fue mi culpa, por caer en tu provocación. No nos entiende y se asustó. Si le hubiera pasado algo hubiera sido mi responsabilidad. Es la primera hembra joven que vemos en treinta años. No podemos perderla —explicó Devian.

Recogiendo su armadura bajo la piel, ella jadeó buscando el rastro de las escamas. Lo acarició suavemente mientras luchaba por comprender a dónde se habían marchado. Le pareció curioso una reacción así.

Tal vez no estaba defectuosa, puede que su raza no tuviera armadura con la que cubrirse.

Sujetándola con un brazo, se señaló a sí mismo.

—Devian.

Después guio un dedo hacia su hermano.

—Ral.

Y al último integrante del grupo.

—Rok.

Puso la mano en la cabeza de la humana.

—Taia —dijo, presentándosela al resto.

Ella se retorció para mirarlo con el ceño fruncido, después suspiró y decidió probar suerte con la pronunciación.

—Raalll... Roccckkk...

Ral aplaudió visiblemente emocionado.

—La pequeña humana se sabe mi nombre. Le diré a Bork y Baruk que se supo el nuestro antes que los suyos.

Devian puso los ojos en blanco. Era mejor no pensar en el drama que pensaba montar su hermano solo por haberse presentado antes. Sería toda una conmoción en el clan, lo cual hacía que sus escamas se revolvieran inquietas bajo la piel.

—Ral, net —escupió ella.

Enarcando una ceja, Devian la miró con suma casualidad.

Esperó a que repitiera lo que acababa de decir.

Ella lo miró y señaló a su hermano.

—Ral... —Bajó su dedo hacia la entrepierna—. Taya —se señaló a sí misma—. ¡Net!

La comprensión estalló en su mente tan rápido que se sintió realmente miserable.

La especie humana era sumamente inteligente. No eran seres inferiores o mascotas, era un ser pensante como ellos y acababa de explicarse tan bien que dolía. Ahora sabía por qué motivo había huido.

—Creyó que la íbamos a forzar —susurró Devian como si tuviera miedo de que alguien los escuchara.

Eran guerreros de honor. Las mujeres se cuidaban, no se forzaban de ninguna forma y ella pensó que lo harían.

Devian acarició su cabeza de nuevo dándole pequeñas palmaditas.

—Net, Taia. Ral, Rok y Devian, net. Sh, sh, sh, sh.

Esperaba que así comprendiera que no pensaban tocarla de forma deshonrosa. No eran capaces de una cosa así.

—Hembra, puede que no haya visto a nadie de tu clase desde niño, pero jamás te haría algo así —dijo Ral visiblemente afectado.

Ella no lo sabía.

No los conocía.

¿Y si se lo habían hecho los Draxarus?

¿La habrían tomado para criarla?

Nadie la culparía por ser recelosa después de estar con aquellas bestias.

Devian le enseñaría que eran de fiar. Podían no tener hembras en su raza, pero no caerían tan bajo como para forzar a otra de otra raza. Eran guerreros, seres honorables y respetarían el código hasta el día de su muerte.

Quería decirle que no era una prisionera. También que podía confiar en ellos, no obstante, se dio cuenta de que, para que la confianza se iniciara, debía de dar el primer paso.

Solo por ese motivo, la bajó lentamente hacia el suelo y la soltó.

Ral jadeó esperando salir corriendo tras ella, pero Taia solo los miró.

Taya observó a los tres alienígenas. Estaban esperando algo de ella. No podía saber el qué, aunque parecía haber quedado claro que no la iban a tocar, ¿verdad?

—Devian, Ral, Rok... ¿Net? —preguntó, recelosa.

Net dijeron los tres a la vez.

Entonces suspiró aliviada.

Tal vez les resultaba demasiado fea como para contemplarla como pareja sexual. A ella no le importó lo más mínimo, de hecho, se alegraba de ello. Sabía que no podría lidiar con algo como ellos.

No tenía fuerza suficiente.

Y después de ver el calibre de Ral...

No.

Era mejor no pensar en eso.

El gruñido de una bestia grande la estremeció de los pies a la cabeza y lo empeoró al escuchar unas cuantas más. Tampoco ayudó ver cómo ellos reaccionaron. Cubriéndose completamente de escamas, como si de una armadura se tratase, le indicaron que se acercaba algo nada bueno.

—Taia —dijo Devian con urgencia.

Corriendo a él, la ocultó en su espalda. Ella se aferró a su cuerpo dejando que el miedo la golpease con dureza.

No quiso temblar, pero tampoco fue capaz de contenerse.

De pronto cinco seres salidos de la peor película de miedo aparecieron. Enormes, como grandes jaguares, aunque con el hocico desviado, las bestias lo rodearon mientras sus colas afiladas se alzaban en el aire.

Devian gruñó cuando los Gruks los rodearon. Aquellas malditas bestias habían sido atraídas por Taia y pensaban darse en festín con ella. Él no iba a permitir que eso pasase, la iban a proteger.

Le gustó que ella se aferrase a él. Fue como si despertase algo primitivo, un instinto de protección que lo hizo más fuerte.

¿Así se habrían sentido los guerreros de antaño?

Sacando los cuchillos de su cinturón se lanzó sobre los enemigos. Nada iba a detenerlo y mucho menos una manada de Gruks hambrientos. Su hermano y amigo lo siguieron a la batalla

con sus feroces gritos.

No había miedo.

Taya se apartó cuando un gran bicho peludo cayó cerca de ella. Devian había rebanado su garganta sin miramientos. No es que sintiera lástima por un bicho como ese y menos al entender que querían comerlos.

Eran formidables peleando.

Armados hasta los dientes, blandían sus armas con tanta técnica que comprendió que no era casual. Eran guerreros, gladiadores como los de la antigua Roma. Valientes y feroces luchadores.

Como si de SEALS se tratase.

Un tirón en su pelo le provocó tanto dolor que luchó por gritar. No había visto quién la tomó por la espalda, pero cuando su mano tapó su boca comprendió que había aprovechado la distracción para llevársela.

Más bichos peludos cayeron sobre ellos, los superaban en número, aunque pelearon como si fuera fácil.

De pronto los dos alienígenas que habían estado con ellos por la noche, esos que no había visto al amanecer, aparecieron tras un grito de guerra. Se unieron a los otros mientras ella luchaba contra su propio agresor.

Taya forcejeó contra su atacante y no consiguió nada. La frustración la nubló hasta el punto de no pensar lo que hacía. Mordió la mano de ese ser temiendo envenenarse con la sangre de ese tipo, apretó todo lo posible queriendo llevarse un trozo consigo.

Su agresor siseó al aire tan chirriante que sus oídos dolieron.

—¡DEVIAN! —gritó, desesperada.

No vio venir el golpe.

Aquel ser la giró del pelo y le dio tal bofetón que probó su propia sangre en sus labios. El mundo pareció apagarse unos segundos, como si la hubieran sacado de órbita de golpe.

Un gruñido temible y desgarrador abandonó el pecho de Devian cuando vio que un Draxarus golpeó a Taia. Ella se quedó quieta al momento, tambaleante incluso y una rabia que no conocía nació de golpe.

Agradeció que Bork y Baruk estuvieran allí para ayudarles, pero ese Draxarus era suyo.

Se lanzó a la carga contra aquel ser indigno que había dañado a la humana. Lo golpeó con rabia, haciendo que la soltase al momento. La pobre se tambaleó casi apretándose en el pecho del Draxarus un segundo antes de alejarse.

Él no miró.

Cuando la tuvo suficientemente lejos, clavó uno de sus cuchillos en el estómago de su atacante y lo rajó de lado a lado. Quiso que sufriera por provocar su dolor, después usó el otro cuchillo para cortar su garganta.

Cuando cayó muerto un disparo sonó demasiado cerca.

Paralizándose todos en ese momento, giraron hacia Taia, la cual tenía una pistola entre sus dedos y acababa de abatir algo.

Cerca de Devian se desplomó un segundo Draxarus que no notó llegar. Había estado tan enfrascado en la ira, que no escuchó llegar al otro atacante. Y ella, que le había robado el arma a su agresor, lo salvó.

—Taia... —susurró orgulloso.

Era una guerrera.

Taya tembló con la pistola entre los dedos. Había matado a un hombre...

No.

A un ser.

Era la primera vez que hacía eso. Nunca antes le había arrebatado la vida a nadie y no sabía cómo sentirse.

No había pensado. Cuando Devian atacó a su agresor, vio la pistola en el cinturón y se la arrebató como medida de protección. Quiso proteger a Devian de aquel ser asqueroso.

Lo que pasó después no lo pensó, como tantas otras cosas en su vida.

Solo actuó.

Disparó e impactó en su pecho haciéndole un agujero tan grande que pudo ver a través de él.

Devian se lanzó a la batalla para acabar con los peludos que quedaban. Los cinco eran mucho mejores que esas panteras de colas puntiagudas. Sabía que era cuestión de tiempo para que acabasen con ellos.

Fue entonces cuando vio un nuevo ser.

Enorme.

Gigante.

Como si un TRex hubiera tenido una cría con un tigre, ahí había un ser que golpeaba de frente con la evolución en la tierra. Con una cola larga, casi más de tres metros, ese ser se alzaba glorioso sobre dos de sus patas.

No tenía escamas, solo un pelo tupido verde que se expandía por todo su cuerpo. Sus patas superiores estaban encorvadas, como las de un dinosaurio. Era como vivir una película de terror.

Su cabeza, ligeramente ladeada, moteó el aire en busca de los olores de ese lugar. Seguramente había sido llamado por la pelea que estaba ocurriendo y deseaba aprovechar la carnicería para comer.

Por desgracia, ese hocico largo y con tres filas de dientes, apuntaron directamente hacia ella.

Sus ojos rojos como la sangre la estudiaron.

—¡Sarton! —gritó Ral.

Taya levantó su arma y disparó.

—¡Taia, net! —bramó Devian.

Tarde.

Demasiado tarde.

CAPÍTULO 7

La humana disparó al Sarton y no sirvió para nada más que enfurecerlo. Aquella bestia, a pesar de parecer temible, solo era curiosa por su entorno. Había venido a comer los restos de la batalla.

Pero Taia lo asustó.

Su piel era demasiado gruesa como para atravesarla con una pistola o cualquier cuchillo. Así pues, cuando rebotó, la ira de ese animal se hizo presente en forma de bramido gutural.

Taia arrancó a correr por pura supervivencia.

Y el Sarton empezó la cacería.

Devian se lanzó hacia ellos, loco por protegerla. No pensó en sus hermanos y guerreros, necesitaba dar con ella, ponerla a salvo de una vez y después pensar en algo para mantenerla bien.

Era pequeña, ágil y rápida, lo que le dio una ventaja sobre el gran Sarton que no paraba de golpearse contra los árboles.

Los demás se unieron a él. Entonces asumió que ya no quedaban Gruks vivos, aquellos peludos sí eran peligrosos. No obstante, Taia no lo sabía. No conocía su entorno y eso provocaba errores garrafales.

—¡Taia, para! —gritó Ral.

Querían calmar al Sarton y, para eso, la presa debía detenerse. Solo quería olerla, pero con esos dientes comprendía que ella no estuviera muy receptiva a hacerlo.

Tampoco los comprendía, lo que se tradujo en un aumento de su velocidad. Ella estaba al límite, pero siguió corriendo por su vida. Y el peor de sus miedos se le hizo presente.

Un maldito acantilado.

Tomando la cola del Sarton, Devian trató de parar al animal antes de que la empujase a cometer una locura.

Bork se colocó ante el animal luchando por calmarlo. Fueron golpeados por sus poderosas patas, las cuales seguían a toda prisa a una humana que sollozaba de puro terror.

Nunca olvidaría esos gritos.

Los cinco guerreros rodearon a la bestia lanzándose sobre ella. La contuvieron lo suficiente como para darle ventaja a Taia. Esta no se detuvo, estaba tan metida en su huida que no fue capaz de ver que la selva se acababa.

El corazón de Devian se detuvo en seco cuando derrapó a escasos centímetros de una caída enorme.

Taya gritó cuando cayó al suelo obligándose a detenerse. Estaba ante un gran acantilado, uno tan alto y grande que no comprendió cómo no había sido capaz de verlo antes.

Con la respiración entrecortada, miró hacia el Sarton y este parecía revolverse mientras ellos luchaban por detenerlo. El animal era mucho más grande que ellos y, aun así, peleaban con fuerza.

Quiso moverse, obligar a sus piernas a tomar una dirección diferente, alejarse de aquella mortal caída y, simplemente, no fue capaz. Había agotado todas sus fuerzas. Sin zapatos, sus pies dolían una barbaridad.

Y pareció que consiguieron someter a la bestia.

O, al menos, eso pareció unos segundos antes de que se soltase del agarre de aquellos guerreros.

Fue directamente a por ella abriendo la boca.

Taya se puso en pie de un salto, empujada por la adrenalina buscó una salida. Y voló, notó sus pies abandonar el firme suelo cuando saltó por el acantilado antes de poder procesarlo.

La caída fue feroz, larga y dolorosa.

Ella solo fue capaz de juntar sus pies y cruzar sus brazos sobre su pecho. Tal vez así consiguiera no romperse por completo cuando tocase el agua. Y, cuando el mar le dio la bienvenida, se sintió morir de dolor.

—¡TAAAAIIAAAA! —bramó Devian viéndola caer.

Soltó al Sarton quien, confundido, miró la caída sin comprender a dónde había ido su presa. Oteó el aire y, como si se encogiera de hombros, giró alejándose para ir a comer los restos de los Gruks que habían asesinado.

El corazón le dolía poderosamente. Por un momento creyó ahogarse como si los pulmones se le llenasen de agua. Fue tan horrible que se sintió a sí mismo dentro del mar, con ella.

También había sentido en su piel el bofetón que aquel Draxarus le dio. Fue como si una parte de él se hubiera conectado a Taia, obligándole a sentir lo que ella estaba viviendo.

Al mismo tiempo creyó saborear su miedo, ese que la había hecho saltar.

Derrotado, fue hacia el acantilado y se asomó.

—Se ha ido... —susurró Ral, conmocionado.

Era una gran caída, una a la que un cuerpo sin armadura como el de ella no podría sobrevivir.

—La selva era demasiado peligrosa para ella, lo siento, chicos —pronunció Rok.

Lo era.

Pero la había visto pelear.

Era guerrera.

Una que no se ahogaría en el mar.

—¿Por qué habéis venido? —les preguntó a Bork y Baruk.

Ellos se miraron y él sabía la respuesta.

—Pasaron las horas y no vinisteis, creímos que os había pasado algo —contestó Baruk.

Ignoraron su orden y, aunque estaba agradecido, no le gustó. Conocía muy bien a sus guerreros. Ellos sabían que Rok no era un guerrero completo por su edad y tampoco confiaban en que Devian pudiera con los peligros de la selva.

El estómago se le revolvió.

—Bork, ¿trajiste el traductor? —preguntó Devian.

Su hermano pequeño, visiblemente afectado, tardó en asentir. Ahora que habían pasado los años verle se hacía más difícil. Su parecido con su padre era tan asombroso que podía verlo allí, de pie, diciéndole que había vuelto a fallar.

Que era blando.

Débil.

Y, aunque Bork no pronunció esas palabras, supo que las pensó.

Era su Darkan, no se atrevería a un insulto en público, pero eso no quitaba que sus pensamientos fueran los que fueran. Tan aferrado a las normas, sabía que él nunca hubiera tomado a la humana.

Y tampoco hubiera fallado en salvarla cuando tocó.

—Dámelo y también quiero una unidad de medicamentos. Si tienes algunas raciones y agua

me vendrían bien —ordenó Devian.

Todos parecieron colapsar entonces.

—¿Qué crees que vas a hacer? —preguntó Baruk.

Su amigo podía hablarle en ese tono, ya estaba acostumbrado, aunque no cambiaría su forma de pensar. Iba a seguir su instinto y este le decía que Taia seguía con vida. Debía seguirla.

—Ver si ha sobrevivido —declaró como si nada.

Tomó su bolsa de cuero. En ella metió el traductor y todo lo necesario para atreverse a aquel descenso.

—¿Te has vuelto loco? Taia está muerta —declaró Ral.

Devian no contestó inmediatamente.

Respiró paciente.

—Entonces enterraré su cuerpo —sentenció de forma solemne—. Id con el clan y esperad a que regrese. Si llega una comunicación importante, Ral, quedas al cargo. Como mi segundo, será tu obligación hacer lo mejor para todos hasta que regrese.

Nadie podría creer lo que estaba diciendo.

Él sí.

—Un Darkan no debería ir solo... —dijo Bork.

Corrección.

Él no debía ir solo.

Porque era un Darkan débil, uno que podría ser asesinado por cualquier otro para usurpar el poder.

—No arriesgaré la vida de ningún guerrero con esto. Bajaré yo y no hay más discusión. Volved —ordenó con fuerza.

Ellos rehusaron moverse.

Entonces el valor que no creyó poseer rasgó la superficie de sus escamas.

—¡Es una orden directa! —exclamó con autoridad.

Todos, inclinando su cabeza, mostraron respeto hacia su Darkan y aceptaron su comando.

Nunca antes había tenido que recurrir a elevar la voz, tampoco a gruñir. Siempre discutía los detalles, buscaba encontrar zonas intermedias para que todos estuvieran contentos, satisfechos. Cedía para evitar el conflicto.

Pero con eso se mantuvo firme.

Nadie lo haría ceder.

—Es una locura, hermano —suspiró Ral.

Puede que lo fuera.

Los vio marchar a regañadientes. No quería ser un líder cruel, tampoco uno que se imponía sin que le importasen las ideas de los demás, pero no iba a poner en riesgo sus vidas.

Solo tenía que bajar y rezar a los dioses que Taia siguiera con vida. Después la ataría de su cola de ser necesario para no verla escapar de nuevo.

Espera.

¿Tenía cola?

No se la había visto.

¡Bueno!

La ataría de la mano o del pie, de donde hiciera falta para contenerla. No se le iba a volver a escapar le gustase o no. Iban a tener que confiar el uno en el otro. También tenía que enseñarle los peligros de la selva para que no volviera a cometer errores.

Solo si seguía con vida.

Por favor que siguiera con vida.
—Taia... —dijo, tembloroso.

CAPÍTULO 8

Carmen despertó con la sensación de haber vivido un accidente de coche.

¡Espera!

Lo había vivido.

Después de ese accidente, Taya había intentado salvarlas a las dos, pero había decidido que era mejor salvarla a ella. La lanzó por el terraplén rezando que su amiga encontrara una salida a esa situación difícil.

Después, tanto su dueño como el que los había atacado, se enzarzaron en una temible pelea en la que acabó ganando su dueño. El miedo se había apoderado de su cuerpo y, estúpidamente, trató de huir.

No lo consiguió.

Por desgracia acabó golpeándose contra el suelo cuando luchó por liberarse de su agarre y cayó.

Se sentía patética, como si fuera una dulce dama, de estas antiguas que se desmayaban como flores sensibles.

Al despertar se encontró que estaba en una cama muy cómoda. Sus sábanas, con un tejido similar a la seda, la hicieron sentir cómoda. Revisó su entorno tratando de ubicarse.

Estaba en una habitación enorme, gigantesca a decir verdad.

Sus muebles, todos con detalles de oro, le dieron la sensación de que estaba con alguien muy rico. Era de la alta sociedad, aunque ya lo dedujo cuando compró cuatro mujeres a la vez.

Ese recuerdo la molestó.

¿La metería en un harén?

Esperaba que no y si pensaba que iba a ser una chica dulce, ese alienígena estaba muy equivocado.

—¿Despierta? Esperaba que la medicación te dejase descansar un poco más.

La voz de alguien la sobresaltó.

Giró hacia ambos lados hasta dar con su dueño, perfectamente vestido con ropas que parecían de gala.

Frunció el ceño, confusa.

¿Lo había comprendido?

—¿No puedes hablar? El vendedor dijo que eras perfectamente funcional —declaró ese hombre.

—¿Y qué debería decir? No tengo claro qué está ocurriendo.

Él, con una sonrisa, se acercó a la cama.

Carmen tuvo que reprimir el impulso de tirarse por la ventana más cercana. Su aliento se atascó en su garganta mientras dejaba que aquel ser imponente se aproximase. Era atractivo, pero no menos peligroso.

—Te compré.

Eso ya lo sabía.

—¿Y qué quieres de mí? —tanteó con cierto recelo.

¡Oh, vamos!

Había que ser idiota para no saber lo que quería.

Se sentó en la punta de su cama provocando que ella subiera hacia la cabecera a tal velocidad que casi se estrelló. Ojalá estuviera Taya, estaba convencida de que su amiga se hubiera lanzado

a su yugular sin pensárselo dos veces.

¿Por qué había tenido que tirarla por el terraplén?

—He perdido dos hembras, una está grave y la otra me teme. Mis negocios no fueron satisfactorios —se quejó.

¡Qué pena!

¿Qué quería? ¿Una palmadita en la espalda?

—A mí me han secuestrado de mi casa, me han desnudado, atado como a un perro por el cuello, vendido y golpeado.

Si iban a competir.

Ella ganaba en penurias.

Sus ojos... ¿Brillaron?

—¿Cómo es que te entiendo? —preguntó Carmen.

Él se llevó la mano hacia su oreja, más bien a la parte de atrás.

—Un traductor. Pedí que te lo inyectaran cuando estabas inconsciente. No es doloroso, pero sí molesto. Así nos ahorramos más drama —explicó él de forma casual.

Como si fuera un método de lo más normal.

Seguramente lo era.

¿Qué sabía ella?

—Quiero recuperar a la hembra que tiraste, estoy seguro de que sigue con vida.

Sus palabras la asustaron. Si ella seguía viva no quería que viviera el posible horror que ese ser podía hacerle. Podía soportarlo, Taya no tenía motivos para compartir su dolor.

—Déjala —dijo antes de susurrar—, por favor.

Su piel plateada pareció cambiar ligeramente, se tornó oscura hasta tornarse negra antes de volver a su color habitual.

¿Qué significaba?

—No puedo, no quiero que resulte herida. La selva es peligrosa y no me gustaría que se encontrara con los Kraxarian.

Ese nombre sonaba mal.

Muy mal.

—¿Son malos?

—Se están extinguiendo. No nace una hembra desde hace treinta rotaciones solares.

¿Treinta años?

Y ella les había lanzado una hembra a sus brazos.

La sangre abandonó su rostro. Temblando, se abrazó a sus rodillas mientras imaginaba los horrores a la que someterían a su amiga. Ni en sus peores pesadillas hubiera imaginado algo semejante.

—¿Qué le harán? —preguntó Carmen.

No quería saber la respuesta.

La temía.

—No lo sé. Fueron guerreros honorables con las hembras, pero han pasado muchas rotaciones solares desde entonces. Me gustaría encontrarla antes que ellos, pero sus tierras son peligrosas. Son guerreros temibles en combate.

Saber eso no ayudó.

Necesitaba cambiar de tema, pensar en otra cosa. Lo que fuera. Después los remordimientos acabarían con su cordura.

—¿Por qué nos compraste? ¿Querías violarnos?

¡Muy bien, Carmen!

Haciendo preguntas lógicas...

Él la miró un poco, mantuvo la distancia, aunque no pudo ocultar su deseo. Uno que brilló en sus ojos como si fueran llamas.

—No. Conmigo estarás a salvo.

«Permíteme que lo dude». Pensó Carmen.

No dio más explicaciones.

Para su horror, se levantó, señaló a la habitación contigua y habló.

—Tienes la unidad de limpieza ahí. Tendrás ropa muy pronto, también comida. Si necesitas cualquier cosa que te haga sentir más a gusto, dímelo. Te proporcionaré todo lo que necesites —explicó el alienígena.

Estaba confusa.

Muy confusa.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella.

La ignoró.

—Mi nombre es Gayax. Soy el señor de esta casa —dijo yendo hacia la puerta de salida.

Se detuvo en seco.

—Tienes libre movimiento por toda la casa, aunque no podrás salir de ésta. Si lo haces, mis guardias no serán amables contigo, hembra —explicó.

Vale.

Era prisionera, pero no se había lanzado sobre ella para violarla. Eso le daba algo de esperanzas, ¿verdad?

Él no preguntó su nombre, no pareció importarle. Tampoco se acercó en exceso, como si así pudiera ganarse una confianza que ella no iba a regalarle así como así. No estaba loca.

Todavía.

—La chica herida... ¿Se recuperará? —preguntó Carmen antes de que se fuera.

Él suspiró.

—Está en casa de su nuevo dueño. La cuidarán bien, la protegerá. Estará bien.

¿Vendida?

¿A otro?

—¿Y a mí? ¿Me venderás? —preguntó Carmen, asustada.

Sus ojos brillaron ligeramente.

—No. Tú eres mía —declaró Gayax firmemente.

Después.

Salió.

Carmen se estremeció de los pies a la cabeza. Ahora, con la poca información que manejaba, el mundo era mucho más peligroso que antes. Creía haber hecho algo bueno con Taya, ese era el consuelo que le quedaba.

Ahora sabía que la había lanzado hacia unos seres que no veía una mujer en las últimas tres décadas.

Gayax no había intentado abusar de ella, por ahora. Con Taya... Solo esperaba que tuviera también la misma suerte.

CAPÍTULO 9

Decir que había muerto y resucitado era quedarse corta. Cuando cayó al mar, Taya sintió que todo su cuerpo se destrozaba. Cada hueso, tendón y nervio pareció fracturarse en mil pedazos.

Sus pulmones se llenaron de agua. Ardieron, toda ella lo hizo cuando el aire la abandonó.

Se hundió profundamente producto de la fuerza que se generó en la caída. Sin tocar fondo, creyó ir a la deriva mientras aquellas aguas oscuras la engullían sin piedad alguna. Sin remedio, supo que había cometido un error.

Uno que se añadía a la lista larga de errores.

De pronto sintió miedo, uno que no parecía proceder de ella misma. A él se le sumó la rabia, la impotencia y un gruñido que la desgarró.

Por un momento creyó que todo aquello era de Devian. Lo sintió en su interior, tan profundo que pareció fusionarse con su columna vertebral.

Luchando contra su propio cuerpo, quiso nadar, impulsarse hacia arriba y falló. Dolió porque no consiguió controlarse ni un poco. Fue angustiante porque estaba al borde del desmayo, desesperada por aire.

Quiso moverse, patear, gritar o suplicar ayuda a cualquier amparo divino que pudiera tocarla con su gracia. Por desgracia fue incapaz, siguió hundiéndose mientras su cuerpo se negaba a moverse.

Un leve brillo ante ella la sorprendió.

Después, creyó ver unos ojos, realmente lo creyó, pero todo empezó a fundirse a negro mientras sus pulmones se expandían por aire. Al final la batalla la ganó el mar, llevándosela por completo.

Devian bajó el acantilado tan rápido como pudo. Ante aquel terreno tan escarpado era casi imposible ser rápido. Tuvo que calmar su corazón mientras este le instaba a correr todo lo que pudiera.

No la veía.

Y no podía seguir en el agua.

No le parecía que su raza fuera una acuática. Algo le decía que su resistencia bajo el agua no era buena, lo que significaba que ya podría estar muerta.

Se sentía desesperado.

Parte de él ardía como si se le acabase el aire. Había un sentimiento que amenazaba con acabar con su vida. Quería tocarla de nuevo, hablar con ella, descubrirle un mundo que había sido cruel con ella.

Estaba claro que los Draxarius enviarían a alguien a buscarla, pero siempre imaginó que tendrían más tiempo. Contaba con llegar al clan a primera hora del día, pero se había perdido en una pelea absurda con Ral.

Ahora todo estaba mal.

—¡Taaaiaaaa! —gritó.

«Dioses, diosa de la fortuna, ayúdame». Se suplicó a sí mismo.

Encontrando un espigón, a Devian le dio la sensación de que una piel clara sobresalía por encima de las piedras negras como la noche. Estaba lejos, así que, arrancó a correr a toda prisa

hacia allí.

—¡Taaaaiiiiaaaa! —gritó de nuevo.

Ese cuerpo dio un respingo al escucharlo.

Acercándose, se dio cuenta de que sí, era ella, pero no parecía estar en demasiado buen estado. El horror le provocó que la sangre abandonase su cara, palideciéndolo al pensar en el alcance de sus heridas.

Tenía que llegar hasta ella.

—¡Devian, net!

Su voz, aunque algo apagada, era indudablemente suya.

Deteniéndose en seco, Devian decidió estudiar la situación. Era un guerrero, se valía de sí mismo para encontrar la solución adecuada. Todos lo hacían, debían conocer su entorno antes de prestarse a la batalla.

Con verdadera dificultad, se obligó a mantenerse quieto unos segundos.

Taia estaba sobre el espigón, pero no se movía apenas. Su respiración era entrecortada y dolorosa, no esperaba menos después de un salto tan impresionante como ese.

Ahora solo tenía que ir a buscarla, curarla y hacerle entender que no podía seguir huyendo.

De pronto comprendió por qué motivo ella le había dicho que no. Entre las olas vislumbra lo que pareció una garra. Supo entonces que la estaba acechando una bestia acuática que no deseaba en aquel momento.

—*Odio la fauna de este planeta, Devian...*

No la entendió, aunque no necesitó traductor para comprender que estaba harta de conocer bestias.

Por un breve instante creyó sentir su miedo. No solo al monstruo que acechaba bajo las olas, también por ser engullida por ese mar o resbalar en cuanto soltase las rocas. Era un miedo tan agudo que sintió un pinchazo en el pecho.

Jadeó en busca de aire.

Después sintió el dolor, uno tal que lo sobrecogió. Estaba herida y más de lo que parecía a simple vista. Necesitaba tratarla para después llevarla a un lugar seguro de una vez por todas.

¿Cómo podía sentirla?

—*Devian, lo siento...* —lloró Taia.

No necesitó traductor para entenderla, nuevamente.

—Net —escupió.

Ahora solo tenía que deshacerse de ese depredador. Después, tomaría a la hembra y se aseguraría de que no volviera a escaparse por muy terca que fuera.

Tomando uno de sus cuchillos, Devian se cortó la palma de la mano y dejó que su sangre cayera al mar. El chirrido de placer que escuchó a continuación fue música para sus oídos.

Aquel ser persiguió su presa sin ser consciente de lo que le esperaba. No le dio tiempo a emerger del agua cuando clavó sus cuchillos en sus sienes. Los apretó atravesándolo con fuerza, dejando que convulsionara un poco antes de fallecer.

Listo.

Un problema solucionado.

Ahora le quedaba el de la mujer escurridiza.

Suspiró yendo hacia ella, pero Taia tenía otros planes porque abrió los ojos a tope cuando lo vio ir hacia allí. Fue como si comenzase a temer que él mismo fuera una nueva criatura no amigable.

—¡Net!

Devian rio.

No iba a dejarla allí.

—¡Quieto, Devian! —gritó Taya.

Estaba aterrorizada.

Había saltado por un acantilado después de que una especie de dinosaurio la persiguiera. Casi se había ahogado cuando otro ser la cogió del pelo y la sacó del agua. Agradecida, fue a mirar a su rescatador y se encontró al ser más horripilante de la historia.

Y no parecía contento.

Mordiéndolo su muslo, dejó muy claro lo que esperaba de ella. Era comida.

Lo golpeó con toda su rabia hasta tirarlo al mar. Y justo después apareció Devian, aunque con el ceño tan fruncido que deseó haberse ahogado. Total, así no tendría que lidiar con un gigante, cuernudo y enfurecido.

Lo había visto matar sin esfuerzo.

De un plumazo.

—¡Net! —volvió a gritarle.

Y él entró en el agua dispuesto a ir a por ella.

—¡Net, Devian!

Él se detuvo en seco.

Poniendo los brazos en jarras, los músculos de su no cubierto pecho parecieron expandirse. Ese hombre era todo músculos. De no ser por el miedo que recorría cada uno de sus nervios, puede que lo hubiera visto atractivo.

Pero ahora era una amenaza.

—*Vas a venir conmigo, hembra* —dijo él.

No lo entendió, evidentemente, pero el tono dejó entrever que no pensaba dejarla allí.

—Me escapé y estás enfadado. Lo entiendo —explicó Taya tratando de dibujar una sonrisa.

Aquel enorme alienígena metió sus piernas en el agua.

—¡Net!

—*Taia, segura con Devian. Devian cuida a Taia.*

Frunció el ceño.

Le estaba diciendo que iba a ir a por ella, que tenía que dejarse. Y eso sonó tan familiar que un escalofrío la recorrió.

—Claro, esto es como cuando tu madre te decía «ven que no te pego», y te tragabas la chancla a la que pasabas por su lado. No, amigo, net. No pienso ir contigo.

—Yak —dijo con fuerza asintiendo.

Bueno.

Ya tenían una nueva palabra.

Y significaba Sí.

—Net —pronunció Taya con fuerza.

—Yak —contestó Devian.

Vio como Devian se zambullía en el agua, perdiéndose para ir a su posición. Ahora sí que estaba perdida, no iba a poder librarse del castigo que ese ser tuviera preparado para ella.

Solo esperaba que fuera un poquito indulgente.

¿Solo un poquito?

CAPÍTULO 10

Cuando Devian salió del agua, el grito de la humana lo estremeció de pies a cabeza. No es que hubiera esperado una fiesta de bienvenida, no obstante tampoco que estuviera horrorizada con verlo de nuevo.

Decidió no pensar demasiado en eso cuando fue consciente de la cantidad de heridas que tenía en su piel. La caída, y las garras de aquel maldito ser, le habían dejado un reguero de magulladuras dolorosas.

—Sh, sh, sh, Taia. Devian ayuda.

De pronto, los ojos de aquella lastimada hembra se anegaron de lágrimas.

—*Lo siento, Devian. Sé que no tendría que haber saltado, pero ese bicho era enorme. Y has venido a buscarme y yo diciéndote que no. También me has salvado de ese monstruo horripilante. Solo dime que no me vas a pegar o castigar, por favor.*

Ella parecía suplicar algo.

Parecía visiblemente acongojada mientras él deseaba comprender lo que ocurría. Su corazón se apretó al verla ahogarse con sus propias lágrimas, hasta hipó luchando por contenerse.

¿Tenía miedo de él?

¿De que pudiera reprenderla?

Antes de poder ser capaz de pensar algo, ella se lanzó sobre su cuerpo abrazándolo mientras seguía llorando. Metió el rostro en su pecho mientras dejaba que todo el miedo saliera de ella.

Había pasado por mucho, aquel planeta la había asustado y herido.

Ahora estaba a salvo, solo esperaba ser capaz de hacérselo creer de verdad.

Jadeó obligando a su cerebro a recordar cómo se respiraba. Tenerla aferrada a él fue tan impactante que luchó por no desmayarse allí mismo, sería algo ridículo y vergonzoso.

Con lentitud, como si estuviera a punto de tocar un animal salvaje, Devian alzó sus brazos y la envolvió con ternura.

Ella no se retiró o se asustó, pareció empezar a calmarse, hasta frotó su mejilla en su pecho arrancándole un gemido ahogado.

No era un macho joven y hormonal.

Era un guerrero.

—Taia, ven.

La hembra, parpadeando confusa, lo miró mientras señalaba hacia la playa.

—Oh, sí.

—Yak.

—Yak —repitió ella.

Obligándose a soltarse, entró en el agua primero. Pacientemente, levantó los brazos para indicarle que viniera con él. Entonces se congeló mientras el miedo le susurraba en los oídos que ella se iría.

No era un macho suficientemente fuerte como para mantenerla a salvo.

Ella preferiría a otros.

Tuvo que alejarse de esos pensamientos cuando la vio sentarse en la roca e irse deslizándose lentamente hacia él. Agradeció a la diosa que estuviera dispuesta a confiar en su cuidado y juró que no le fallaría.

Sería digno.

Ayudándola a colocarse en su espalda, Taia se aferró con fuerza y solo así pudo nadar. Se

impulsó rápido con la cola para llegar antes a la orilla. Aquel mundo acuático era casi más cruel que el terrestre.

No volvería a vivir una experiencia así.

Alejándola de la orilla, tomó la mochila que había dejado antes de meterse en el agua y caminaron hacia la selva. Taia no pareció molesta cuando Devian la tomó del codo y la instó a seguirlo.

Era rápida y escurridiza, no le daría el beneficio de volver a escaparse.

—*Gracias, Devian...*

Él parpadeó, confuso.

Creyó comprender el significado y asintió.

Solo cuando estuvieron en una zona segura, se detuvo con el corazón palpitando en sus oídos. Ese planeta era cruel y peligroso para una hembra que no parecía tener protección exterior.

Sus uñas y dientes eran romos, no poseía escudo y tampoco nada que la hiciera apta para la lucha.

¿Cómo era su planeta?

¿Gentil?

A pesar de todo, de verla frágil y sin protección se obligó a recordar que había disparado sin miedo, salvándole de un ataque. Aunque después había disparado al Sartón y todo se había convertido en caos.

—Cuando Ral vea que estás viva...

Ese pensamiento lo detuvo en seco.

¿Ral podía estar interesado en ella?

¿Eran compatibles?

No había querido mirar entre sus piernas. Mentira, en realidad sí había querido, no obstante, no podía simplemente abrirle los muslos e inspeccionarla como si no pasase nada.

Taia enloquecería.

No había previsto lo que significaría entrar en el clan con una hembra de la mano. Ciertamente era que su palabra era ley, pero no tenía claro si era un Darkan respetable. Tal vez muchos lo desafiaran por ella.

Eso hizo que su estómago se hundiese.

—¿Devian? —preguntó ella.

Algo le molestaba a su gran alienígena azul. A medida que habían abandonado la playa sus preocupaciones los rodearon como una tormenta. Fue descorazonador ver cómo la miraba.

Al final Taya se declaró a sí misma como un problema.

Eso era lo que le preocupaba. Después de todo, los miedos de la Tierra la golpearon duramente.

No tenía ni idea de qué había sido de su amiga Carmen. Solo pedía al cielo que, quién fuera quien la tuviera, fuera gentil. Y tampoco tenía muy claro cómo regresar a ella y mucho menos a casa.

Sus opciones eran nulas después de conocer parte de la fauna local. Ni en los safaris más locos hubiera imaginado seres así.

Y ahora Devian se arrepentía de tenerla cerca.

La decepción era un sentimiento con el que estaba familiarizada. En la Tierra, a excepción de su amiga, no había sido una mujer con una gran cantidad de personas a su alrededor.

Siempre metía la pata, era demasiado impulsiva o sus respuestas rápidas alejaban a la gente. Tampoco ayudaba que sus exs fueran todos unos idiotas de los que no quería volver a hablar.

Estorbaba.

Por eso cada día se fue encerrando un poco más en su mundo. El trabajo la satisfacía, así que, no le importaba pasar horas y horas hasta que el cansancio la llamase. Era una bonita forma de ver pasar la vida.

Suspiró.

—Has sido muy amable, Devian, de verdad —comenzó a decir.

Tomó sus dos grandes manos y lo miró a los ojos luciendo una sonrisa lo más feliz posible.

—Me has salvado y nunca podré pagar suficiente. Entiendo que soy un problema con mayúsculas. Jamás te pediría que cargaras conmigo. Así que, te dejo libre de responsabilidades.

Él frunció su ceño, de nuevo.

—Gracias, Devian.

Tirando de sus manos lo instó a agacharse un poco para poder así darle un beso en su mejilla a modo de despedida. Y, solo entonces, lo dejó ir y giró sobre sí misma para adentrarse en la feroz selva.

Devian necesitó unos «clicks^[2]» para procesar lo que estaba pasando. Ella, hablando en su idioma tan melódico y hermoso, pareció estar explicándole algo de vital importancia.

Por desgracia era una barrera que todavía tenían entre ellos dos.

Todo cambió cuando lo instó a agacharse. Sus labios acariciaron su mejilla de forma delicada, fue un contacto que no sabía que existía, pero que necesitaba de nuevo. Era dulce, caliente y despertó algo en su interior.

Para su desgracia, Taia empezó a irse de su lado justo después.

¡Ah, no!

Suficientes veces le había huido como para permitir que pasara de nuevo. Iba a tener que atar a aquella escurridiza hembra de ser necesario.

Con un par de zancadas rápidas, se acercó a ella a toda prisa. No la dejó reaccionar, ya había aprendido lo suficiente como para dejarle hacer eso. Tomándola de la cintura, la giró y la levantó hasta colocarla sobre su hombro.

—¿Devian?! —exclamó sorprendida.

—Yak.

Era lo único que tenía que decir.

No pensaba dejarla escapar por mucho que estuviera en su naturaleza. Ahora él iba a cuidarla.

No iba a permitir que el dolor de perder a sus crías la obligase a cometer una locura. Irse sola no era una opción.

Y poco le importó que ella empezase a patallar y resistirse.

Ahora él tenía el control.

Taya dio un respingo cuando la cola de ese grandullón se enroscó en su tobillo. La miró con evidente horror tratando de comprender lo que estaba ocurriendo. Ella misma se había despedido de él.

Lo había liberado de la carga.

Pero solo había servido para que la pusiera en su hombro como un saco de patatas.

—¡Cavernícola! ¡Sé andar! —gritó.

Él, con un brazo enroscado en sus piernas, le dio leve golpecitos en la piel.

—Sh, sh, sh, sh.

Taya lo vio todo rojo.

—Tú vas a dejar de hacer ese ruido. Pareces un gato ronroneando y no te va a servir para todo. Vas a soltarme y dejar que me vaya —ordenó apuntándolo con un dedo.

Sus preciosos ojos azul brillante la sondearon.

Casi se paralizó bajo su mirada.

—Net —contestó Devian.

—¿Net? ¿Cómo que net? ¡Yak!

Aquel hombre tuvo el descaro de resoplar divertido.

—Net —volvió a repetir.

Entonces ella dejó de resistirse y dejó sus brazos caer en peso muerto mientras él parecía relajarse. Taya levantó la mirada un poco para encontrarse a un Devian observándola con intensidad.

—Bueno... Pues ya que insistes en llevarme... —comenzó a decir ella.

Se fijó en su espalda.

Era ancha, musculosa como el resto del cuerpo y parecía lucir bastantes cicatrices de batallas. Algunas parecían realmente dolorosas, lo que le hizo odiar enfermizamente a quien se las causó.

Encontró un punto negro en su nuca, seguido de otro y otro más que dibujaba la línea de su columna hasta desaparecer en sus pantalones.

«No toques». Se dijo mentalmente.

Tarde, porque cuando quiso completar esa orden, la yema de sus dedos tocó una de esas protuberancias negras. A toda velocidad, una enorme púa se alzó dispuesta a proteger a su dueño.

Taya jadeó y Devian se detuvo.

Se miraron. Ella con fingida inocencia y él con visible molestia.

—¿Qué? Tú me coges y yo exploro nuestras diferencias.

Culminó con una dulce sonrisa.

—Net —escupió él.

Taya resopló molesta.

—¿Es que solo sabes decir net?

A Devian le parecía divertida esa hembra. Ella parecía estar molesta por decirle que no todo el rato y el cambio de color en sus mejillas la hizo más adorable.

No habría esperado, ni en mil rotaciones, que pudiera tener curiosidad por él. Así pues, cuando la notó tocando una de sus púas, no fue capaz de evitar que esta se enderezase a toda prisa.

Si ella pensaba tocar, tal vez pudiera ser recíproco.

Con un dedo, acarició la parte trasera de su muslo, tan suave que deseó poder seguir haciéndolo.

Taya se enderezó fulminándolo con la mirada.

—¿Con que quieres jugar a este juego, grandullón?

Y le dedicó una mirada perversa.

Una parte de él tembló por lo que podía pasar.

Las manos de Taya dibujaron su espalda desde los hombros hasta la base. No solo eso, acarició y trazó todas sus cicatrices con verdadera calma mientras él solo podía luchar contra su impulso de suplicar más.

Su tacto dulce y amable lo derribó.

Aquellas manos, mucho más pequeñas que las suyas, eran realmente agradables. Casi parecía ser capaz de envolverse entre sus piernas pidiendo más atención, como un Sarton recién nacido.

Alejando ese pensamiento, la mano de Devian subió desde la base de su trasero y acarició su pierna hasta su pie.

Su piel clara y cremosa, sumado a su tacto sedoso, le arrancó un gruñido suave.

Odió sus heridas. Aquel ser la había agarrado con fuerza en lo que parecía una lucha feroz. Ella se había devuelto con fuerza a pesar de lo pequeña y desvalida que parecía. Eso le enseñaba que no debía bajar la guardia nunca.

Jamás.

Taia lo miró de nuevo y él le devolvió la mirada.

Ambos sonrieron.

—*¿Te gusta?* —preguntó, inocentemente.

Al no entenderla, Taia volvió a acariciar su espalda mirándolo fijamente. Devian solo supo cerrar los ojos y suspirar.

—Yak.

—*¡Ah, grandullón! Te gusta esto* —dijo triunfante.

Taya supo que no podía seguir tocando a ese hombre/ser/alienígena o lo que fuera. Macho.

Tal vez macho funcionase.

Sus instintos le pedían que parase, perooooo ella nunca había sido una mujer que hiciera mucho caso a las normas. Así pues, con cierto miedo/deseo/curiosidad dejó que sus dedos se colasen en la cintura del pantalón de Devian.

Tocó débilmente una de sus nalgas antes de que el gran alienígena dejase de caminar en seco.

Sí.

Ahora había metido la pata.

CAPÍTULO 11

Ser un macho honorable era un trabajo agotador, pero su cordura estalló en mil pedazos cuando Taia se metió en su ropa. La punta de sus dedos tocó una de sus nalgas con cierto nerviosismo y aquello se sintió como un incendio forestal.

Deteniéndose en seco, la bajó de su hombro y colocó sus manos en sus brazos, sujetándola mientras la miraba jadeante.

¿Por qué reaccionaba así?

No fue el único que lo hizo, ya que cierta parte de su anatomía se alegró de que ella hubiera querido tocar su piel.

Verla dolía. Apenas recordaba a su madre más que con unos pocos recuerdos borrosos. Siempre se sintió bendecido por las diosas porque él podía recordar a su madre.

Bork no lo hacía y otros más jóvenes tampoco.

No habían visto a una hembra jamás.

Los más mayores siempre les habían enseñado a los jóvenes que las hembras eran hermosas. Y, después de Taya, sabía que esas creencias eran ciertas porque era la más hermosa que había visto en toda su vida.

Notó su erección tan dolorosa que creyó que perdería ese apéndice de su cuerpo si seguían así.

Tenía que alejarla, ser honorable. No podía volverse loco con una hembra recién criada y dolida. Iba a darle la opción de elegir.

Tendría un clan entero para hacerlo.

Y si no quería a ninguno de sus guerreros, tal vez pudieran encontrar ayuda en la ciudad.

No podía devolverla a su planeta. Era algo imposible porque la tecnología necesaria solo estaba al alcance de unos pocos esclavistas que vivían al margen de la ley. Ellos habían desarrollado una tecnología prohibida que los ayudaba a saltar por agujeros de gusano y llegar a galaxias lejanas.

Sintió lástima por saber que jamás regresaría a casa, no obstante, esperaba poder hacerla feliz.

—*Lo siento, Devian... Creí que jugábamos al mismo juego...* —pronunció ella algo desalentada.

Rechazo.

Devian pudo ver rechazo en su mirada.

¡Santa diosa!

¿Cómo podía pensar que la rechazaba?

Sin pensárselo mucho, la arrastró hacia su pecho y la abrazó con cierta fuerza. Ella, al poco, emitió un gemido ahogado que lo obligó a ser más dulce. Aflojó un poco su agarre mientras se impregnaba de su aroma dulce.

—Mi mente no es capaz de imaginar lo mucho que te deseo, hembra —dijo Devian.

Y Taia se aferró a su cuerpo con verdadera desesperación. Sus brazos lo estrecharon mientras suspiró dejando que saliera todo el aire de sus pulmones. Pareció relajarse al instante.

Eso lo hizo feliz.

Él la había tenido sobre su hombro.

¡Devian!

La había cogido como si no pesara nada.

¡Ella!

Que tenía carne en todo su cuerpo.

Ahora estaba en medio de un abrazo que podía considerarse como algo íntimo. El olor picante de su piel, especiada quizás con canela, el latido de su corazón tan desbocado como el suyo y su voz ronca y gruesa le erizaba la piel.

Se sintió segura.

Protegida.

Entonces el peso del mundo cayó sobre sus hombros.

Agotada, herida y famélica, notó como sus piernas comenzaban a doblarse sin que ella lo pretendiera en ningún momento. Jadeó luchando por aferrarse a ese cuerpo de acero que la tomó al momento.

—Puede que la caída me hiciera más daño del que pensaba después de todo... Me distrajiste con tu cuerpo... Ya sabes...

Pero Devian no sabía.

No la entendía.

Lo cual era frustrante.

Poco a poco sintió que se apagaba como la llama de una vela. Luchó por mantenerse a flote en un cuerpo que decidió abandonar todo su control en ese mismo instante. Casi parecía una damisela en apuros.

Solo que el caballero de brillante armadura era azul, tenía cuernos y se armaba con una armadura de escamas oscuras.

Cuando Devian tomó a Taia en brazos, su corazón iba a salirse del pecho. Ella se había desplomado de golpe, totalmente inconsciente mientras sus heridas sangraban sin parar.

Era un macho idiota.

Había permitido que lo entretuviera con sus tocamientos y su trasero sin cola, olvidando lo que realmente era importante: ella.

Su salud.

Aferrándola a su cuerpo, caminó por la selva queriendo encontrar un refugio. Sabía que no podía quedarse en el suelo porque había demasiadas criaturas que los tratarían de alcanzar.

Así pues, fue hacia los árboles más anchos y subió mientras la sujetaba con un brazo. No fue tarea fácil, pero la fuerza de su cola ayudó a impulsarse para acabar llegando a las mejores ramas.

Casi podían hacer una especie de cabaña allí arriba. Por ahora, que cupieran los dos era un regalo. Estarían ahí hasta que Taia recobrara la consciencia y comiera algo. Después irían al clan.

Antes de que todos los dieran por muertos.

Bueno, a decir verdad, de Taia ya se creía que lo estaba.

Echando mano de la bolsa de cuero, sacó la unidad de curación que había pedido antes de partir. Iba a tener que gastarla toda, pero era un buen gasto si ella se encontraba mejor después.

Devian tembló cuando alzó la barrita curativa y se dispuso a tratarla.

La miró.

Indefensa.

Inconsciente.

Cualquier bestia le haría daño.

Y él siguió temblando mientras miraba su cuerpo. No poseía protecciones naturales, aunque eso no le restaba belleza. Sus curvas suaves y redondas parecían llamar a su lado más primitivo.

Miró hacia sus globos superiores lamentándose de la pérdida de su cría. No sabía si algún día se repondría de algo semejante.

Descendió muy poco a poco hasta encontrar el mordisco en su muslo. La bestia de agua se había ensañado con ella y Devian certificó que lo había hecho sufrir demasiado poco. Ahora lo reviviría para asesinarlo de nuevo.

Tocó con la barrita el mordisco comenzando a curarse.

Suspiró con alivio.

Después, fue hacia otras zonas de ella, todas al descubierto. No se aproximó ni un centímetro a la que cubría esa prenda que prefería quemar.

Cuando llegasen al clan buscaría la forma de hacerle ropa. Esa parecía irritar su piel y ya estaba demasiado rota como para cubrirla lo necesario. Apenas tapaba su trasero sin cola y había un par de agujeros en los laterales de sus globos superiores.

No.

Iba a tener que remediarlo.

Curó las heridas de sus brazos, de las pantorillas, de sus rodillas y... Bajó a sus delicados y destrozados pies.

La barrita se encargó de curarlos y agradeció que estuviera totalmente fuera de juego. No es que su medicina fuera excesivamente dolorosa, solo era que quemaba un poco al empezar hacer efecto.

No quería que ella sufriera daño alguno.

Con un suspiro, pasó hacia la inyección que tenían preparada para casos especiales. Este era uno de ellos.

Como Kraxarian pocas veces se rompían un hueso. Era algo que pasaba de jóvenes o en alguna batalla demasiado brutal. Por regla general eran tan fuertes que su piel amortiguaba el golpe.

Sabía bien que tenía algunas costillas rotas, así como una muñeca demasiado inflamada para su gusto. Eso la ayudaría.

¿Dónde debería pincharle?

La miró por completo y su cola se revolvió tras él mientras se debatía consigo mismo.

Suspirando, pensó que lo mejor era un brazo, aunque al tomarlo no le pareció demasiado grueso para esa aguja. Así pues, su vista descendió mientras una nueva idea se formaba en su mente.

¿Sería mejor en su trasero sin cola?

Sonrojándose hasta la punta de su cola, descartó ese pensamiento. No podía hacerle algo así.

Entonces decidió que el muslo era un lugar honorable y respetable y aceptable. Tocando la piel con su mano libre, su pecho pareció retumbar con el sonido de su corazón.

Era tan suave...

Con un movimiento rápido de muñeca, inyectó la cura y se alejó de ella por miedo a que recobrara el conocimiento y lo golpease hasta la extenuación. No quería ser un macho deshonroso por tocar donde no debía.

Esperó unos segundos.

Unos angustiosos segundos.

Y ella pareció no despertar.

Pasando la cola por delante de su rostro, se aseguró de que seguía inconsciente. Aliviado, se sentó cerca de ella con la excusa en su mente de que lo hacía por protegerla. Si se despertaba y caía del árbol iba a ser una desgracia.

Mantenerse cerca la protegía de una muerte indeseada y prematura.

Sí.

Era un macho más que honorable.

Para cuando Taya volvió en sí, el mundo parecía más afable, menos doloroso. Parpadeó, confusa, al no reconocer su entorno.

El cielo estaba tapado por hojas enormes, más que su cabeza y no recordó estar en un sitio así antes. Lo último que le venía a la mente es estar acariciando el trasero de Devian.

Se congeló.

¿Dónde estaba Devian?

—¡Devian! —gritó incorporándose a toda prisa.

De pronto, sus manos fuertes la tomaron por los hombros y no tardó en ver su ojos turquesa brillando ante ella muertos de preocupación.

Ella sonrió, aliviada.

—Menos mal que no te has ido, grandullón —sonrió.

Miró a su alrededor y entonces el mundo se movió muy rápido. Estaban en la copa de un árbol gigantesco, a una altura tan considerable que el estómago le dio vueltas, quejándose.

—Taia...

Su voz la calmó, como si fuera un arrullo que dejase que su cuerpo le dijera que estaría bien.

Asintió.

Si estaban allí era porque era lo mejor. Confiaba en ese ser lo suficiente como para saber que no la pondría en peligro.

—Gracias —susurró.

Frunció el ceño cuando notó algo raro en ella. Se sentía extrañamente vital para todo lo que había vivido. Entonces se palpó el cuerpo con las manos como si luchase por encontrar algo que ya no existía.

¿Sus heridas?

No quedaba rastro de ninguna, en especial aquel mordisco que había dolido tanto. Ahora ya era libre de todo. Hasta sus pies estaban completamente bien, lo cual fue un gran alivio.

Y supo que Devian tenía algo que ver.

Moviendo los dedos de los pies para recobrar la movilidad, se dio cuenta de que él miraba hacía ese punto en especial de su cuerpo con especial interés. Dejó de parpadear y todo antes de que ella los encogiera como si así los ocultase de él.

O de todos.

Devian carraspeó dándose cuenta.

Sonrojado, o al menos eso le pareció porque su piel se tornó de un azul más oscuro, desvió la mirada como si buscase cualquier excusa para cambiar el hilo de sus pensamientos.

—Taia...

Con gestos le indicó que se estuviera quieta, que él iría a buscar comida.

Y esa era una gran idea porque estaba hambrienta.

Asintió con energía.

—Gracias, Devian —dijo llevándose una mano al corazón.

Él volvió a sonrojarse antes de lanzarse hacia las profundidades de la selva.

Taia se había tocado el corazón.

Lo había hecho.

¿Eso significaba afecto?

Puede que no entendiera su «graxiasshh», pero el gesto le pareció hermoso. Tanto, que tuvo que tocarse su propio pecho cuando bajó del árbol. Acarició su piel mientras luchaba por calmarse.

Su hembra lo volvía loco, como un macho inexperto en batalla.

Espera.

¡Otra vez!

Su hembra... ¡Net!

No podía pensar en esas cosas. Ella elegiría a algún otro macho más grande y más fuerte. En su clan habían guerreros poderosos que podrían cuidar de una hembra indefensa como ella.

Muchos tendrían colores más bonitos en su piel, también podían ser más corpulentos o feroces en batalla.

No sería elegido.

Ella tomaría un macho más digno, uno que le diera hijos fuertes. Pequeños con los que su raza tendría esperanza. Si es que eran compatibles.

¿Lo serían?

Algo en él lo hizo detenerse. Entonces aquel flashback lo destrozó como hacía siempre.

El sonido del látigo contra el suelo lo hizo temblar.

Solo tenía trece años.

Sujetado por los hermanos de su padre, rasgaron su camisa antes de que el látigo atravesara su piel. El dolor fue tan gutural que, aunque luchó por no gritar, le fue incapaz mantenerse callado.

—¡Eres débil, Devian! —bramó su padre.

Decepcionado.

Ahora tendría que soportar cinco latigazos más.

No recordaba exactamente qué había hecho mal. Tampoco es que fuera importante, su padre le causaba dolor siempre que tenía ocasión. A veces era por romper un plato, por gritar con sus hermanos, por pelear con ellos, por no erguir la espalda lo suficiente, por no ser tan alto como debería...

La lista de errores era interminable.

Dos latigazos después estaba listo para suplicar.

Pero no podía, eso enfurecería a su padre y le pegaría hasta que no quedase carne en su espalda, mostrando el hueso y dejándolo inconsciente durante semanas. Ya había pasado un par de veces.

Miró hacia la gente que lo rodeaba, encontró las miradas de sus hermanos menores y recordó que hacía eso por ellos. Para que no los torturase al acabar con él. Era lo único que lo mantenía en pie.

—Recita, Devian —le recordó su tío.

Un latigazo más.

Zas.

—Para ser un Darkan debo ser fuerte.

—Para ser un Darkan debo ser implacable.

—No tendré piedad de mis enemigos, así como tampoco de mí mismo.

—Soy débil.

—Soy estúpido.

—Soy la vergüenza de la familia.

—Cambiaré.

—Me comprometo a ser mejor.

—Seré un Darkan digno de mi padre.

Los hermanos de Devian quisieron intervenir. A pesar del miedo, desearon dar un paso adelante y compartir la carga.

No se lo permitió.

Les negó la cabeza al descubrir sus intenciones.

Cuando acabó, su padre caminó hasta quedar al lado de lo que quedaba de su hijo ensangrentado.

Escupió directamente a su espalda.

—Eres débil. No eres nada, Devian.

CAPÍTULO 12

Devian parecía luchar con un mal tan grande que hasta creyó sentir su miedo.

El pecho de Taya se encogió, doliendo de forma tan brusca que perdió la capacidad de respirar.

«Eres débil, Devian». Dijo una voz antes de desvanecerse.

Cruel.

Terrorífica.

Feroz.

Había entendido sus palabras, así como también sentía el dolor que le produjeron a un Devian totalmente desgarrado.

No sabía qué había ocurrido o de cuándo eran esas palabras. Lo único que conocía con certeza es que desgarraron profundamente a Devian. Ahora peleaba contra el fantasma de algo horrible que lo estaba volviendo loco.

A pesar de la altura, Taya miró cómo descender el árbol. Tenía que haber alguna forma de hacerlo sin partirse el cuello en la bajada. Así pues, encaramada al tronco como si fuera un mono, fue bajando poco a poco golpeándose con cada rama que encontró por el camino.

Por suerte, a pesar de su patética bajada, las ramas fueron amortiguando el golpe antes de acabar con el trasero en el suelo. Lastimeramente, gimió levantándose sabiendo que se había vuelto a hacer daño.

Ese planeta le caía mal.

Y no parecía querer hacer las paces con ella.

Olvidándose de los rasguños, fue hacia Devian. Él temblaba como si la temperatura de la selva hubiera caído drásticamente. Además, se tomaba las sienes con verdadera desesperación mientras revivía el horror de algo que lo carcomía.

Tiempos oscuros.

Donde le hicieron daño.

—Devian... —susurró acercándose.

Si la escuchó... La ignoró por completo.

Bien, tenía que llamar su atención.

Sin miedo a que la atacase por error, algo que decidió no considerar, tocó ambos poderosos brazos a la vez. No reaccionó, como si su toque fuera demasiado endeble como para notarlo en esa piel gruesa y dura.

Suspiró.

—Devian, no es real.

Apretó sus manos, lo acarició arriba y abajo no consiguiendo nada.

Él seguía paralizado por una mano invisible que lo hacía enloquecer.

—Muy bien, grandullón, así lo has querido —suspiró Taya, completamente convencida.

Tomándolo de los codos, tiró de él hacia abajo y besó su mejilla. No se detuvo cuando una corriente eléctrica la atravesó, lo besó de nuevo, esta vez en la otra mejilla. Después bajó a su mentón, trazó su mandíbula también lentamente, de forma suave depositando tantos besos que supo que no podía parar.

Su piel era adictiva, también su olor, pero lo que más la impulsaba a seguir era el deseo de arrancarle el sufrimiento. Alejarlo de él hasta que no hubiera nada en el mundo que lo lastimase de nuevo.

Devian jadeó entonces.

Y el hechizo pareció romperse.

Deteniéndose en seco, Taya lo miró a los ojos y estos, turquesa brillantes, lo miraban con tanta sorpresa que solo pudo reaccionar riéndose un poco.

—Lo siento, no sabía cómo hacerte reaccionar. Parecías... Ido...

Devian entonces parpadeó.

Su mirada la consumió. Se sintió como un árbol alcanzado por un rayo y supo que él no se iría. Que podía sentirse completa por primera vez en toda su vida. De un modo profundo, casi místico, notó una conexión.

Una tan fuerte que se sentía como una cadena que lo ataba a él y viceversa.

—Te entiendo, Taia —dijo con sorpresa.

Y ella a él.

A veces tenía episodios, así lo llamaban sus hermanos, donde los recuerdos lo congelaban en el sitio. Resultaba peligroso porque podían atacarlo entonces, aunque nunca imaginó despertar con la piel de Taia cerca.

Alejándolo de los recuerdos, descubrió con dicha que ella posaba sus labios sobre su piel una y otra vez. No lo estaba atacando, tampoco lo dañaba, solo lo acariciaba con sus labios como si del batir de las alas de un Mikmik se tratase.

Ambos se congelaron en aquel instante.

Escuchándose por primera vez.

Comprendiéndose el uno al otro.

En su pecho, Devian sintió algo puro, limpio, fuerte que lo ataba a ella. Era como una cadena de un material amable, que guiaba hacia esa hembra. Conectándolos, atrapándolos como si solo se tuvieran el uno al otro.

—¿Me... Me entiendes?

Esa voz...

Era magnífica.

Lírica, suave, agradable y sabía que habría mil adjetivos más para añadir a la lista.

—Lo hago, Taia.

Ella parecía perpleja, aunque no era para menos.

—¿Cómo es posible?

Devian carraspeó.

Estaban nariz con nariz, incapaces de separarse el uno del otro. Ella sujetaba sus codos con tanta fuerza que lo sorprendió para ser una hembra tan delicada. Y él, no quería perder la cercanía.

—No lo sé. Tenía... —Devian tomó aire—. Tenía pensado ponerte el traductor, pero duele tanto que quise hacerlo cuando confiaras más en mí.

Taia dio un respingo.

Y él se dio cuenta del motivo.

Su cola, ajena a él completamente, se había enroscado en su delicado tobillo. Entonces quedó expectante de su próxima reacción. Tal vez quitase o lo patease por su atrevimiento.

Taia sonrió.

—Es suave... —susurró.

Suave era su piel, su cuerpo lleno de curvas y toda ella. Su cola mataba, ahorcaba y conseguía ser buena en la guerra, aunque ahora parecía ser bastante buena también reconfortándola.

—Eso que me hacías...

«Sé valiente, Devian». Se animó.

—¿Qué era?

Y quería más.

Tal vez no lo confesase inmediatamente, no obstante, tenía que preguntarle si eso estaba reservado para relaciones más íntimas. Si se le ocurría hacer eso en el clan iban a tener un problema.

Muchos machos iban a querer reclamarla.

Alejó ese pensamiento porque sabía que podía volverse loco. No sabía por qué se entendían, solo que necesitaba más dosis de su voz.

—¿El qué? ¿Los besos?

Un tono rosáceo llenó sus mejillas y, poco a poco, fue llenando su rostro hasta sus orejas.

—¿Estás bien? —preguntó Devian.

—¡Yo?! —chilló de forma aguda—. Perfectamente.

¡Oh! Así que, así se sonrojaban en la raza humana. Para su tormento, la hacía mucho más adorable de lo que ya era, lo cual era difícil. Es más, saber que esa pregunta la sonrojaba le daba un mundo de opciones que no quiso explorar... Por ahora.

—Esos besos... ¿A qué están destinados?

«Bésame más o deja que pruebe de hacértelos». Pensó Devian.

Taia lo soltó y, dándose cuenta de la cercanía, se alejó un par de pasos. Para su desgracia, tuvo que aceptar su falta de contacto. Reprimió el impulso de gemir lastimeramente y lanzarse al suelo.

Suplicando.

—Depende —contestó Taia, rápidamente.

Devian enarcó una ceja.

Estaba tratando de ser esquiva.

Por desgracia, no estaban en la mejor posición para seguir discutiendo el tema. Tenían que subir de nuevo antes de que cualquier ser de la selva los detectase.

Miró hacia la posición que tenían que alcanzar y una idea atravesó su mente. Miró, con sorpresa, hacia Taia e inclinó la cabeza.

—¿Bajaste tu sola?

Ella volvió a sonrojarse.

Devian se declaró a sí mismo que trataría de hacerlo todos los días porque era preciosa.

—Si a bajar te refieres a golpear mi trasero con todas las ramas, sí, eso hice —contestó.

No pudo evitarlo, echó la cabeza hacia atrás y rugió una carcajada.

—Al menos estás entera.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Lo hice por ti, azul desagradecido. Parecías... Perdido.

Su Taia se había enfadado. El gran guerrero que había dentro de él desapareció y creyó ser un cachorro herido. Ella se había arriesgado a hacerse daño para así poder ayudarlo y él se reía.

—Lo siento, Taia. No quise hacerte sentir mal. Estoy muy agradecido por tu ayuda. En estos episodios... No soy yo mismo —explicó.

Se acercó al árbol.

Tocaba subir.

Y tocarla.

Ahora fue su turno de sonrojarse.

—¿Te ocurren muy a menudo esos... Episodios? —preguntó Taia.

Devian suspiró.

¿Lo vería débil por eso?

¡Por supuesto que sí!

Era un macho indigno. Uno que iba a llevarla a un clan repleto de machos mejores que la agasajarían hasta convencerla de convertirse en su pareja. Y él se limitaría a mirar desde lejos.

Apretó los puños con fuerza.

—Lamento haber preguntado, Devian.

Sus palabras lo arrancaron de sus pensamientos. Entonces vio que ella miraba con miedo hacia sus puños y el corazón bajó hasta su estómago. Jamás hubiera deseado hacerle sentir miedo.

—No, Taia. No ha sido tu pregunta. A veces mis pensamientos se vuelven oscuros, lo siento mucho. Estás a salvo conmigo, me cortaría la cola antes de hacerte daño.

Ella, buscando esa apéndice de su cuerpo con la vista, sonrió.

—No lo hagas, me gusta mucho.

Devian golpeó el suelo con la cola de pura alegría.

Sonrojado hasta la punta de sus cuernos, volvió al árbol y supo que ahora tenía que seguir adelante.

—Tenemos que subir —declaró.

Taia miró hacia arriba.

—Lo siento, grandullón, no soy una gran escaladora. En la bajada contribuyó la gravedad, la subida es imposible para mí.

Y lo era y más con esas uñas romas.

—Yo te subiré como la primera vez —explicó Devian demasiado alegremente.

Rápidamente trató de ocultar esa alegría para no asustarla.

Para Taya, Devian era como un adolescente ante su primera cita. Quería hacer cosas, pero la vergüenza lo hacía tropezar y caer continuamente. Resultaba tan atractivo cuando se sonrojaba o cuando luchaba por dar un paso adelante.

«Te está gustando el escamoso azul». Le dijo una voz en su cabeza.

Seguramente era el resultado de todos los golpes que había recibido en aquella loca selva.

—¿Seguro? Soy bastante pesada para un estándar humano —explicó Taya.

Él bufó.

—Eres una pluma para un estándar Kraxarian.

Eso le gustó.

—Solo cógete a mi cuello y estate muy quieta.

Su explicación fue fácil. Lo difícil fue cuando él la tomó de la cintura sin previo aviso y la aferró a su cuerpo. Sus piernas, traicioneras todas ellas, se envolvieron alrededor de la cintura de Devian y, con un gritito nervioso, rodeó el cuello de él con sus brazos.

—¿Así?

Devian estaba paralizado totalmente.

De los pies a la cabeza por su contacto.

La hembra lo había envuelto por completo, aferrándose a su cuerpo con tanta fuerza que creyó que estaba a punto de olvidar a respirar. Ella, Taia, estaba tan próxima que respiraba su aroma en cada inspiración.

—Sí, así —carraspeó Devian.

Su contacto era embriagador.

Adictivo.

Se obligó a subir por el tronco del árbol todo lo rápido que pudo. Si seguía con esa hembra aferrada así a su cuerpo no sabía cómo reaccionaría.

Respiró aliviado cuando llegaron arriba, aunque no se precipitó. Esperó a que fuera ella misma quien lo dejase ir. Y por las diosas, que quisiera quedarse así mucho tiempo más.

—¡Vaya! Lo decías de verdad que soy liviana para ti. Has subido como si nada —comentó Taia separándose.

El pecho de Devian se hinchó con orgullo.

—Por supuesto, soy un guerrero Kraxarian. Tenemos que ser fuertes.

Taya supo entonces que ese era el estándar que Devian perseguía. Alguien lo había dañado profundamente en su día. Lo hicieron sentir menos que nada, una mierda en comparación al resto.

—No eres débil, grandullón, me pareces impresionante —comentó dándole una palmadita en un hombro.

Ella nunca había sido de contacto, pero descubrió que no podía alejar las manos de ese hombre.

Él, sorprendido, la miró con cierto dolor.

No quería que sufriera, así pues, debía pensar en un tema rápido.

Lo que sea.

—¡Los besos! Antes preguntaste por ellos.

«Soy una genio». Se regañó Taya.

Y sí, surtió el efecto deseado porque Devian, tras sentarse, le ofreció su absoluta atención.

—Hay de muchos tipos. En la frente, que suelen darlos los familiares o gente que nos tiene mucho cariño. Uno en cada mejilla para presentarse, aunque diría que los franceses hacen tres... ¿O eran los Italianos? No sé, no me hagas caso.

Divagaba.

¿Franceses? ¿Italianos?

¿Serían machos de su mundo?

Devian tuvo que reprimir un gruñido oscuro al imaginarla con otros machos. Esos eran débiles porque habían permitido que se llevaran a su hembra. Eran machos sin honor, que no sabían proteger nada.

—¿Y en la mandíbula? —preguntó Devian.

Esos eran los que más le habían gustado.

Y supo que no estaban destinado a los amigos por como Taia dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Bueno... Esos son... Para cuando estás con alguien que te gusta mucho... Pero no un amigo...

¿Le gustaba a Taia?

No quiso ilusionarse.

Nadie quería un Darkan roto.

—Pero solo lo hice por hacerte reaccionar. Siento si fui muy... Invasiva y te sientes ofendido.

¿Ofendido?

Esa mujer estaba loca. Se moría por más besos y estaba a punto de suplicar por más, pero se contuvo. Recomponiéndose bajo una máscara de fuerza y gloria, dejó sus sentimientos detrás.

—No me siento ofendido, hembra.

Ella frunció el ceño.

«Peligro, peligro». Se dijo Devian a sí mismo.

—¿Dije algo malo?

—Dijiste hembra.

Sí.

Bien visto.

—Yo soy un macho y tu una hembra.

Taya estaba a punto de estrangular a ese alienígena que parecía tratarla como si fuera una idiota. Estaba explicándole las diferencias entre ellos.

—Nosotros lo llamamos diferente. Yo soy una mujer y el macho de mi especie es un hombre.

—Yo no soy un hombre humano, soy un macho Kraxarian.

Bien visto.

Taya suspiró. No creyó que fuera tan difícil hablar con él después de todo. Casi parecían entenderse menos que cuando no había comunicación entre ellos.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí, Devian. Sé que he sido un dolor de cabeza desde el primer momento, me has perseguido por todo este planeta, bastante aterrador, por cierto.

Devian se acercó a ella. Observándole detenidamente, Taya vio como abría una bolsa de cuero de donde sacaba una especie de fruta fucsia muy parecida a la fruta del dragón. La cortó con una garra y el interior azul le dijo que no era algo similar a la tierra.

—Con tus dientes podrás comer esto. Es blando.

Claro.

Porque él era una caja de dientes increíblemente poderosa.

—Gracias.

—Mira, así —aleccionó Devian.

Llevándose la mitad a la boca, Taya se congeló al verlo sacar una lengua mucho más larga que la de un humano. La hundió en la fruta, una que goteó por sus labios antes de llevarse un trozo a la boca.

Ella, congelada, reprimió un gemido ahogado.

Devian, ilusamente inocente, siguió comiendo mientras ella rememoraba los lametones que ese hombre le daba a la maldita fruta. Aquello parecía algo que... Algo que debía desterrar de su mente.

Solo que no pudo.

Se lo imaginó, entre sus piernas, con esa gloriosa lengua dándole placer y casi ronroneó. Su anatomía se reveló contra ella, mojándose como esa fruta parecía estar. Quiso lamer los dedos empapados de Devian, perderse en su boca y en los placeres de la carne.

«Como todo lo comas igual, voy a darle las gracias al que me secuestró». Pensó Taya.

Devian, finalmente, la miró.

—¿Estás bien, Taia?

Su inocencia la enterneció.

—Eh... Sí...

—Deberías comer. ¿Es demasiado dura para ti? Puedo cortarla más pequeñita y dártela.

Taya dio un respingo antes de negar con la cabeza frenéticamente. Iba a correrse allí mismo si ese hombre no dejaba de hacer o decir cosas calientes. Así pues, alejándose un par de pasos, se sentó y comenzó a comer bajo la atenta mirada de Devian.

Un sabor dulce, casi como la de una natilla de vainilla, golpeó sus papilas gustativas y gimió.

—¡Está buenísimo!

Devoró aquel trozo mucho más rápido de lo que planeó. Descubrió que estaba hambrienta y supo que no había comido nada desde que la habían secuestrado y de eso hacía ya demasiado tiempo.

Cuando acabó, levantó la vista y se topó con los ojos de Devian demasiado cerca.

—¿Devian?

Él la devoró con la mirada demasiado hambrienta.

—Tu olor ha cambiado... Hembra... ¿Por qué?

Devian ronroneó, algo que nunca antes había hecho. Sabía de machos que lo hacían para complacer a sus hembras, pero solo se activaba en pocas ocasiones. No lo había previsto.

Tan pronto la vio comer que un olor más dulce que cualquier cosa que hubiera olido antes, lo sacudió.

No era la fruta.

Era Taia.

Algo en ella había cambiado. Era dulce con un toque picante y su cuerpo actuó en consecuencia. Siguiendo ese olor, se colocó ante ella deseando descubrir qué era lo que estaba ocurriendo.

—¡¿Yo?!

Otra vez sonrojada.

No era la fruta.

—Sí. Hueles adictivo... Es... Diferente... Como si me llamasen. Como si me invitasen a saborearte... Es eso, ¿hembra? ¿Quieres que te pruebe?

Devian acababa de ser tan directo que Taya creyó que, de no estar sentada, hubiera caído de culo al suelo.

No podía ser.

Olía su excitación... Él podía saber lo muy mojada que estaba por su espectáculo con la fruta. Y esas palabras.

—Yo... No soy un macho digno, en el clan hay mejores, pero... Puedo aprender a ser digno para ti.

Eso le rompió el corazón.

Devian se tenía tan en poca consideración que se creía menos que nada. Eso fue demasiado doloroso.

Tragando el trozo de fruta que le quedaba, pasó a limpiarse las manos en aquel vestido asqueroso que esperaba olvidar pronto. Después, lo miró de nuevo, encarándolo mientras aquel hombre deseaba ser digno.

Ser mejor.

—Devian.

Su garganta se sentía arenosa porque en su pecho pareció sentir el dolor de ese pobre ser.

—¿Sí, Taia?

—¿Puedo besarte?

Se moría por hacerlo.

Ya no solo por ella, si no por él. Ambos se morían por el contacto, pero no quería robarle aquellas cosas sin preguntar. Parecía frágil en aquellas cuestiones y tal vez las hembras de su raza habían sido crueles con Devian de alguna forma.

—¿Besar? Sí, Taia, no me moveré. Hazlo donde quieras —dijo de forma desesperada.

Ella rio un poco.

Acercándose, fue a besarle, pero cuando este se dio cuenta de a dónde iba, se apartó sorprendido. Apenas le dio tiempo a rozar sus labios suavemente, demasiado para su gusto.

—¡Detente! Podría hacerte daño con mis dientes afilados.

Rio de nuevo, aunque con ternura.

—Se trata de que me beses, no que me comas, Devian.

Para evitar que escapase, esta vez acunó su rostro con ambas manos y se lanzó hacia sus labios con verdadera hambre.

Algo gimió poderosamente en la selva y Devian supo que había sido él. Fue raro porque nunca antes había profesado un sonido semejante. Le surgió solo cuando aquella pequeña hembra tomó su rostro.

Su corazón se había parado al verla acercarse y bombeó con fuerza cuando sus labios tomaron los suyos.

Perdido en el contacto, cerró los ojos dejando que su cola se aferrase a la cintura de Taia. La apretó contra él mientras sus manos le pedían que hiciera algo. El problema era...

¿Qué hacer?

¿Tocarla? ¿Tomarla? ¿Devorarla?

Aunque perdió el uso de la razón cuando notó la lengua de Taia en la costura de sus labios. Ella, rápida y veloz, usó el gemido que se le escapó de la garganta en aquel momento para meterla en su boca.

Devian se paralizó entonces.

Su dulce lengua acarició sus dientes, para después chocar con su lengua insistentemente invitándola a jugar.

Lo hizo, no supo de dónde sacó el valor, pero lo hizo. Y, después, una de sus manos fue hacia la nuca de aquella hembra. La tomó con cariño, con cautela, y la aproximó más como si quisiera comérsela.

Devolvió las estocadas con la lengua, es más, la empujó hasta poder entrar en su boca dulce con los restos de la fruta.

Algo estaba haciendo bien porque Taia gimió antes de envolver sus brazos alrededor de su cuello.

Taya supo que ese hombre era un grandísimo besador. Puede que su raza no lo hiciera, pero se había puesto al día muy rápidamente. Estaba segura de que muchas de sus hembras iban a estar contentas con esa lección.

Entonces ese pensamiento la enfadó.

Era suyo.

Perdiéndose en el beso, por miedo a pensar demasiado, metió sus dedos en aquel pelo negro y sedoso.

Devian se derribió con su toque, perdiéndose en él mientras su lengua la golpeaba con fuerza y ternura. Era un conquistador, arrasaba todo a su paso y la poseía con una fuerza legendaria.

Se frotó contra su pecho como si quisiera marcarlo con su olor. Sus pezones duros tocaron la piel de Devian a pesar de la ropa que los separaba.

Supo que debía parar o acabaría encaramada a él como a un árbol. Solo que... Se permitió unos segundos más mientras se fundían el uno al otro. No quisieron respirar, solo tocarse el uno al otro.

Tomarse.

Saborearse.

Y quemarse hasta los huesos.

El calor los poseyó, comiéndose mientras sus lenguas jugaban juntas. Lo que una vez pareció un tímido Devian, se convirtió en todo un guerrero. Ahora la tomaba sin contemplaciones, bailando con su lengua y tomando su cuerpo como un verdadero experto.

Taya solo pudo meter sus dedos más arriba en su cuero cabelludo, provocando que gimiera. Ascendió buscando algo que se moría por tocar y, cuando lo encontró, acarició uno de sus cuernos.

Devian rugió en su boca.

Entonces se separaron jadeando como si llevaran demasiado tiempo sin respirar.

—Lo siento, no quería hacerte daño.

Devian parpadeó, confuso.

No tenía pensamientos.

Su cerebro se había derretido con aquel beso feroz que habían compartido. Nunca imaginó que eso era posible. La hembra lo había tomado como si fuera el único macho en el universo.

Se entregó a él.

Lo tomó, lo instruyó y supo que había superado a la maestra cuando ella gimió poderosamente en su boca.

—No me hiciste daño al tocar el cuerno, lo disfruté... Mucho...

Su voz se profundizó.

Taya pudo verlo en sus pupilas dilatadas.

¡Oh, amiga! Acababa de encontrar un punto erógeno.

—Esos besos... —comenzó a decir Devian—. ¿Son para todos tus amigos?

Se sonrojó.

En realidad ambos lo hicieron.

—No, Devian. No es para amigos —declaró.

Y él le regaló la sonrisa más atractiva de todos los tiempos.

CAPÍTULO 13

Carmen iba a meterse en un lío.

Gayax había dicho expresamente que si intentaba escapar, los guardias no iban a ser amables con ella.

¿Qué podía decir?

Si ese alienígena de piel extraña pensaba que iba a ser una mujer dócil, había comprado a la humana equivocada. No era un bolso o una pertenencia y, debía añadir, que necesitaba encontrar a su amiga.

No negó que se bañó usando demasiada agua caliente. Estuvo en remojo lo que pudieron ser horas antes de salir para trazar un plan de huida. Uno que, con el paso de las horas, se había convertido en una auténtica porquería.

Había contado doce guardias.

¿Quién era ese ser?

Su casa era una especie de mansión/museo en la que había visto algunos criados. También tenía una sala de reuniones con una especie de altar que le dio mala espina. No quería ponerse ahí a bailar para ningún baboso alienígena.

Pero había encontrado una fisura.

Una pequeña, diminuta y preciosa fisura que la instaba a correr a toda prisa.

Tal vez conseguiría llegar a Taya antes de que esos Krax... Algo, la tomasen y la preñasen. O algo peor.

¿Y si la obligaban a participar en una orgía?

Treinta años eran muchos años para estar sin mujeres.

Respiró profundamente volviendo a revisar el perímetro. Nadie estaba cerca vigilándola. En realidad, la habían ignorado como si solo fuera un insecto. Fue extraño y perturbador, pero dada las circunstancias... Lo agradeció.

Abrió la ventana que daba a ese trozo de jardín sin vigilar y sonrió.

Pronto esa piel plateada iba a estar muy muy muy lejos y su inversión en mujeres habría sido nefasta.

Entonces, notó algo que se enroscó en sus tobillos. Gritó cuando el mundo se dio la vuelta, acabando suspendida en el aire como si de un embutido se tratase. Tarde comprendió que había sido una trampa.

Lo peor fue ver a un Gayax demasiado creído, sonriendo.

Se acercó a ella, desde el interior de la casa, con los brazos cruzados y una sonrisa asquerosamente triunfal en el rostro.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Una fugitiva?

Carmen resopló, molesta.

—¿Vas a bajarme?

Gayax la miró de arriba abajo con bastante interés.

—¿De verdad esperabas escapar, humana?

Puso los ojos en blanco ante la evidencia. Estaba en el jardín, buscando por dónde escapar. Había que ser idiota para no darse cuenta de su maldito plan de huida. Lastimosamente, él parecía haberla anticipado.

—Tengo que ayudar a Taya.

Él se llevó una mano al mentón.

—Así que así se llama la otra hembra, seguro que mi hermano estará complacido.

¿Taya estaba destinado a su hermano?

¿Qué clase de juego era ese?

Caminando, la rodeó deleitándose con sus curvas mientras ella solo podía agitarse, aunque no mucho porque se mareaba.

—¿Así que somos regalos? —preguntó Carmen.

Gayax apareció ante su rostro. Estaba serio y su piel parecía haberse oscurecido de nuevo.

—Es una forma de decirlo.

—No es que me vea como un accesorio precisamente —renqueó Carmen notando los primeros síntomas del mareo.

Cerró los ojos negándose a suplicarle que la bajase.

Él, preocupado, acarició su mejilla haciéndola reaccionar. Entonces pareció comprender lo que estaba ocurriendo. Chasqueó los dedos y, como por arte de magia, el cabo se rompió y ella bajó grácilmente hasta el suelo.

—No eres un accesorio, eres mi compañera y tu lugar será a mi lado.

Sin darle tiempo a reaccionar, la tomó en brazos y la metió en la casa. Ahí tampoco la soltó hasta que pareció detenerse en una especie de salón con un par de sofás.

Con gentileza, la depositó en uno de ellos y se sentó a su lado.

Toda la sala respiraba riqueza. Ese ser, fuera lo que fuera, estaba increíblemente podrido de dinero y poder. Lo cual le presentaba muchos más interrogantes que respuestas.

—¿Por qué comprar a alguien? Pareces bien posicionado, no creo que tengas problemas para encontrar a una mujer dispuesta.

Su piel se tornó sensiblemente más dorada, sorprendiéndola y asustándola a partes iguales. Comenzaba a comprender que los estados de ánimo afectaban a su piel, luciéndola de un modo u otro.

—No se trata de eso. He tenido amantes, todos de hecho. Apuesto que tú no eres la virginal hembra que vendió el subastador.

¿Ella?

¿Virginal?

La idea la hizo reír, aunque se tapó la boca con la mano después.

—No. No lo soy, te han estafado.

Él sonrió.

¿La devolvería?

—Si no se trata de amantes... ¿De qué se trata?

Gayax se puso en pie, alejándose como si lo hiciera por el bien de ambos. Parecía tenso, ya que sus puños se apretaron y abrieron en un par de ocasiones. Fuera lo que fuera lo que le pasaba, ese ser no estaba acostumbrado a dar explicaciones.

—Oye, lo entiendo, eres el jefe. Tú mandas y ladras órdenes, pero a mí me han secuestrado de mi hogar. Uno en el que los alienígenas no existís. Dame un poco de cuartelillo y cuéntame algo. No te sigo si me dejas a oscuras.

Pareció debatirse, pero finalmente suspiró.

Complaciéndola, se sentó de nuevo a su lado, aunque más tenso que la cuerda de un arco.

—Mientras os sustraían, se os hizo una prueba que os marcó como compatibles con mi raza.

Espera.

¿Qué?

—¿Que nos hicieron qué? Dime que no he sido violada o algo...

El pensamiento la mareó y Gayax tuvo que notarlo porque, al quedarse pálida, creyó precipitarse contra el suelo. La sostuvo de los hombros mientras la contemplaba bien de cerca.

—Tu piel también cambia de color... —susurró, sorprendido—. No me avisaron de eso. Dijeron que eráis una raza recién descubierta, pero esperaba algo más de información.

Carmen tomó aire.

—Podemos palidecer y enrojecernos de vergüenza o ira, pero nada más.

¿Por qué narices se lo explicaba?

¡Que le dieran!

—Tengo que explicárselo a mis hermanos.

Se levantó como si nada y comenzó a marcharse de aquella sala olvidando que no había contestado el resto de preguntas.

—¡Espera!

Él se detuvo y enarcó una ceja.

«Recuerda que es el jefe. No seas como Taya que salta a la yugular a la primera. Finge ser... Dócil». Pensó Carmen.

Luciendo una simpática sonrisa tragó las ganas de lanzarle cualquier cosa a la cabeza.

—Por favor... —susurró suavemente.

Y él cayó.

Complacido por su repentino cambio de actitud, trazó de nuevo el camino que los separaba. No se sentó esta vez, parecía inquieto, como si tuviera que tomar notas del encuentro que estaban teniendo.

Tal vez era eso.

Era un ser analítico y tenía que dejarlo por escrito.

—Si tienes que tomar notas, puedo esperar a que las tomes, pero me gustaría poder seguirte preguntando cosas y así yo contestar a lo que quieras saber.

Gayax la estudió.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque dijiste que tenías que explicarlo y también que somos una raza nueva. Supuse que esto es una especie de experimento y cuantas más notas tengas, mejor.

Asintió revelándole parte de la verdad.

Instándola a esperar, marchó unos minutos en busca de lo que parecía una Tablet. Una en la que apunto lo que fuera a toda velocidad mientras el rostro se le iluminaba de alegría.

—Bien, hembra. ¿Qué quieres saber?

Al menos había cedido.

—¿Qué prueba nos hicieron?

Gayax observó a la hembra que se sentaba en el sofá como si fuera una reina. Sí, ella no sabía que esa sala solo estaba reservada para él y sus compañías. A veces amigos, otras enemigos y, los días más afortunados, alguna femenina.

No quiso pensar en eso, aunque sí en su porte.

Hablaba como si su título le importase bien poco, cosa que le gustó. Todos lo temían y buscaban complacerlo. Karmenn parecía dispuesta a tomar la primera cosa contundente que encontrase para lanzárselo a la cabeza.

Le gustaba esa fuerza interior a pesar de la falta de defensas exteriores.

—Mi raza es... Como una especie invasora. No tenemos hembras propias, solo criamos machos, pero somos compatibles con algunas razas. Muchas de ellas se han visto menguadas por la enfermedad que asoló a los Kraxarian hace treinta años. Así que, buscamos... Nuevos

horizontes.

En otras palabras, cuando los vendedores de esclavos anunciaron una nueva raza exótica, todo el gobierno se puso en marcha para conseguir a alguna humana. Si resultaban compatibles, eso solucionaría el hecho de que ya apenas podían criar.

No querían extinguirse.

Y ya se notaba la bajada de población.

—Se os hizo una prueba sanguínea, descubriendo que, no todas las humanas podéis ser compatibles, pero sí algunas. Compré las cuatro que lo eran.

Estaba seguro que había más.

Pero los vendedores de esclavos se lo habían callado para venderlas a otras razas y diversificar. Si conseguían un nuevo producto, necesitaban enganchar al máximo de compradores posibles a la mercancía.

Y, aunque la idea del secuestro y venta de cualquier ser le parecía repulsivo, encontrar a Karmenn calmaba un poco su ira.

Si esa hembra supiera que su segundo corazón había comenzado a latir por ella...

En realidad se volvería loca y lo mataría durmiendo.

Los Draxarus poseían un pequeño corazón, a expensas del primero, uno que fue entregado por las mismas diosas. Estas dictaminaron que solo latirían ante su alma gemela.

Su compañera.

Y con Karmenn lo había sentido.

Al traerla a casa en el automóvil, no había podido evitar ponerla en su regazo para asegurarse de que no era un error. Su segundo corazón latió tanto que creyó morir allí mismo, observándola.

—¿Por qué algunas sí y otras no?

Era curiosa, lo cual la hacía una raza inteligente.

Eso era bueno.

—Habrá que estudiarlo, aunque creo sostener la teoría de que se trata del grupo sanguíneo —explicó Gayax.

Parecía aturdida y no la culpó, era demasiado para asimilar.

—¿Y qué pensabas hacer con nosotras?

Carraspeó sabiendo que su idea no iba a ser bien acogida. No iba a mentirle a su Yamari^[3], a su alma gemela, muy a pesar de que sabía que la verdad podía ser realmente molesta.

Era un macho de honor.

Jamás mentiría al regalo de las diosas.

—Creí que mis hermanos y yo podíamos tener a nuestras compañeras. Ellas eran un regalo... Para ellos. Pero —levantó las manos en señal de rendición cuando la vio enrojeciéndose de ira—, somos machos buenos. Jamás abusaríamos de nadie. Permitiríamos que la hembra tuviera una buena vida y eligiera a su protector.

Carmen iba a colapsar allí mismo.

Gayax estaba confesando que la había comprado para tener hijos y que sus amigas iban a ser regalos para sus hermanos. Eso sí, parece que iban a poder elegir con quién quedarse después de todo.

¡Menudo honor!

—¿Y yo voy a poder elegir?

Supo la respuesta cuando él se tornó verdaderamente azul.

—No. Tú no.

Y aquello chocaba frontalmente contra lo que acababa de decirle.

—Espera. Has dicho que podíamos elegir.

—Sí, pero tú no.

Muy diplomático después de todo.

—Entonces, deja que me aclare. Soy tu prisionera, con la que esperas criar hijos y de la que esperas sumisión y que dé a luz a tus hijos.

Si solo decía sí y nada más iba a arañarle los ojos.

—No eres mi prisionera, no voy a forzarte a tener relaciones, pero no dejaré que otro macho te tenga —explicó casi perdiendo la calma.

Alguien llamó a la puerta llamándolo.

—Maestro, su hermano le espera en holollama. Es sobre el estado de salud de la hembra que le envió.

—Ahora mismo voy.

Y una mierda.

Carmen, sin pensarlo, lo tomó de la mano provocando que se volviera rojo de los pies a la cabeza. Fue instantáneo, hasta abrió los ojos como si estos fueran a salirse de las órbitas por el contacto.

—Necesito que me digas qué esperas de mí, Gayax. Y quiero ser clara en una cosa: no me rendiré en encontrar a Taya.

Él, mirando sus manos entrelazadas, asintió.

—No escatimaré recursos para encontrar a tu Taia. Espero que, como mi Yamari, me des una oportunidad.

¿Yama qué?

No tuvo tiempo a preguntar porque Gayax, con suavidad y un gemido lastimero, la soltó para irse a atender la llamada.

—Pediré que te sirvan la comida aquí, si te complace —dijo de espaldas, casi en la puerta.

«Carmen, contesta». Se regañó mentalmente.

—¡Oh! Claro, claro.

Mientras ella pensaba estudiar un poco más su nuevo «hogar» y las formas de escaparse para encontrar a Taya.

Karmenn no era dócil.

Sabía que había fingido para atraerlo y eso la hizo muchísimo más atractiva. No tenía miedo de usar sus encantos para su beneficio. Debía ir con cuidado con ella porque, como su yamari, sería capaz de darle cualquier cosa que pidiera.

Abriendo la holollama de su hermano, dejó una pantalla en segundo plano, una con la que veía claramente a Karmenn.

—¿Todo bien, hermano? —preguntó Gayax.

Su hermano pequeño sonreía parcialmente. Parte de su rostro había sido cortado con una espada cuando eran niños, lo que menguaba su movimiento facial, pero sabía ver bien la felicidad en sus ojos.

—Es mi yamari, hermano mayor. Dice que se llama Naadia. ¿No te parece el nombre más hermoso?

Siempre había sido un enamoradizo de la vida misma, aunque no de las hembras, las cuales lo rehuían por su apariencia física. Verlo tan entusiasmado le alegró los corazones.

—Las diosas han sido generosas con nosotros puesto que mi Karmenn también es mi yamari.
Su hermano asintió alegremente.

—Es un día de celebración.

Aun no lo era.

No hasta que ellas los eligieran como sus protectores.

—Debes saber algo de esta raza. Los humanos suelen elegir solo un compañero, como nosotros. Debes prometerle que no tocarás a otra hembra o perderás su vínculo. Tiene que elegirte, así que sé cordial y gentil con ella. Por lo que sé, fueron secuestradas y tratadas mal hasta nosotros.

Su hermano Gren gruñó furioso.

Era un deshonor atacar a una hembra.

—Cuidaré de mi yamari con honor y amor, como las diosas dictan. Ella me escogerá.

Sus últimas palabras no fueron demasiado convincentes. Gren tenía miedo de que la pequeña Naadia no lo quisiera después de todo. No podían forzarlas, los vínculos eran permanentes y nadie quería quedar atrapado en uno sin amor.

Observando de reojo a su Karmenn, la encontró rebuscando por su casa cualquier señal para huir.

Lo hizo sentir orgulloso.

No se rendía y, aunque tarde o temprano entendería que no quería ningún mal para ella, luchaba hasta el final.

Esa Taia era importante para ella, la salvó cuando creyó que iban a morir.

—¿Y de la otra? ¿Se ha sabido algo? Hermano mediano está inquieto. No quiere que caiga en manos Kraxarian.

Eran tres hermanos, aunque había adquirido cuatro hembras con la esperanza de que alguien más encontrase a su compañera. Lamentablemente, el ataque de aquel inútil Razor había acabado con la vida de la frágil hembra.

Karmenn no había preguntado por el ataque.

¿Se estaría reservando para preguntárselo cuando tuvieran más confianza?

—Al parecer la hembra se llama Taia y es muy cercana a la mía. Doblaré recursos para dar con ella. La selva puede ser peligrosa en temporada de reproducción de Gruks —explicó Gayak.

Aquellos seres peludos de hocico torcido podían causar verdaderos estragos.

—Puede que haya sido interceptada por un Kraxarian.

La idea de Gren era lo que le hacía más tener miedo. Esa raza llevaba sin ver a una hembra desde sus días de gloria. Se habían alejado del resto de razas, revolcándose en su pena después de probar un par de cruces con hembras de otros planetas.

No poseían, al igual que los Draxarus, la tecnología para viajar por la galaxia, pero la ciudad era bastante rica en especies diferentes. Ellos preferían seguir defendiendo sus fronteras contra la amenaza real de ese planeta.

Debía de reconocer que los Kraxarian eran los mejores guerreros jamás encontrados en el universo.

Gracias a ellos el planeta era próspero y pacífico.

Comerciaban con ellos, hasta algunos pocos parecían haberse trasladado a la ciudad, pero la gran mayoría seguía viviendo en clanes numerosos. Superaban en número a cualquier raza que habitaba ese planeta.

Eran alguien a tener en cuenta.

Por desgracia, se tenían algunos casos documentados de locura Kraxarian por perder a sus

hembras, volviéndolos peligrosos e inestables. Algo a lo que Gayax no le daba mucha importancia.

Unos casos aislados no significaba que el resto de la raza fuera un peligro.

Los propios Draxarus habían cometido crímenes horribles buscando hembras. Unas cuantas frutas podridas no echaban a perder el cesto.

Él mismo tenía conexión con algunos buenos Darkans de la zona. Aquellos jefes honorables y orgullosos que manejaban los clanes con fuerza y justicia. Puede que su propia raza tuviera que aprender de ellos después de todo.

—No creo que sea abusada, pero me gustaría que esa hembra la tuviera uno de los nuestros — decidió confesar Gayax después de unos segundos en silencio.

Sus propios pensamientos a veces lo alejaban de la realidad.

Le encantaba analizar cosas y debía confesar que esta nueva raza le suponía un reto.

¿Cómo se cortejaría a una hembra humana?

Conocía razas que adoraban retar en duelo al macho para acabar siendo dominadas, no obstante, no creyó que Karmenn disfrutase realmente de eso. Era suave, redondeada en las zonas correctas.

No podía ser lastimada.

—La encontraremos —juró Gayax.

Gren asintió.

—También podríamos hablar con los esclavistas para comprar tecnología voladora. Salir de nuestro planeta abriría horizontes a nuevos planetas —propuso su hermano.

Todos los de ese planeta poseían naves espaciales, lo que no controlaban eran los saltos a otras galaxias. Las hembras humanas venían de una muy lejana, por lo que era imposible devolverlas o ir a conocer a alguna.

—Los saltos en el espacio son peligrosos. Los esclavistas pierden cientos de naves al día intentándolo. Nuestra galaxia cuenta con diez planetas habitables, no quieras ser codicioso ahora que tienes una hembra —regañó Gayax con severidad.

Él bajó el rostro.

—Lo lamento, hermano. Solo quería dar felicidad a más machos de nuestra especie. Si la diosa nos regala yamaris con esta raza humana... Más Draxarus podrían formar familias.

Sí.

Los sentimientos de su hermano eran puros, pero no debían olvidar de que esas hembras habían sido subastadas.

Nada cambiaría el hecho de que habían sido tratadas como mercancía. Y mucho menos irían a un planeta a robarlas como si de ganado se tratase. Merecían respeto y el honor que sabía que podían mostrar.

Comprarlas había sido piadoso.

Sabía bien que muchas de ellas habían sido compradas por catadores de carne. Había intentado comprar a más, pero una nueva especie siempre era bastante inusual. Se reservaban el derecho a vender a dos por comprador. Le costó una gran suma de dinero que aceptasen que tomase a cuatro hembras.

—Por ahora manejemos lo que tenemos. Puede que hayan más hembras humanas que necesiten nuestra ayuda más adelante.

Gayax terminó la llamada para ir directamente a mirar la pantalla donde su Karmenn parecía disfrutar de la comida. Bueno, no de toda, porque escupió un trozo de algo que le cambió el rostro.

Sacó su tableta.

Tenía que apuntar ese descubrimiento.

¿Encontraría un alimento que ablandase a esa hembra obstinada?

Lo dudó.

Suspiró.

Su segundo corazón siguió bombeando con fuerza. Ella lo era todo para él ahora, solo que ella no lo sabía.

CAPÍTULO 14

—¿Cómo llegaste aquí, pequeña, Taia?

Que la llamase pequeña constantemente le hizo gracia. Nadie en la tierra la consideraría precisamente «pequeña». Aunque, comparada con él, lo era.

—Me secuestraron. Me tomaron por la noche...

Él le tendió una fruta nueva. Esta era verde con protuberancias amarillas y su sabor era lo más parecido a un pepino.

—Lo lamento.

Ella asintió.

—Nos llevaban en una nave. Habíamos muchas humanas y nos llevaron a una subasta. Un hombre plateado nos compró a cuatro, pero hubo un accidente. Atacaron y mataron a una de las chicas, otra estaba en muy mal estado...

El dolor de esos momentos no podía olvidarse nunca. El miedo que había sentido y la necesidad de huir lo más rápido posible, todo seguía allí, en su mente, esperando atraparla con dureza.

Como si Devian lo sintiera, puso una mano sobre su rodilla a modo de apoyo.

Ella fingió tratar de sonreír y fracasó estrepitosamente.

—Mi amiga Carmen estaba allí. Íbamos a huir juntas, pero para que no nos cogieran a las dos me empujó por una pendiente. Ella se quedó allí y yo corrí después... Y me encontraste.

Él parpadeó.

—¿Y tu cachorro?

—¿Cachorro?

Ese fue su momento de parpadear, no comprendía nada de lo que le estaba diciendo. No tenía ninguna mascota cerca.

—Sí. Sé que fuiste criada porque tienes...

Él se sonrojó hasta la punta de sus cuernos.

—¿Qué tengo? —preguntó Taya.

No entendía nada.

Si criada significaba hijos, ese alienígena estaba muy equivocado.

Él señaló sus pechos cuando comprendió que no lo entendía. Taya, bajando la mirada, se miró directamente tratando de darle sentido a las palabras de Devian. Todo encajó de golpe y eso explicaba la fascinación que habían tenido todos con sus pechos.

—¿Tetas? ¿Piensas que tengo hijos porque tengo tetas?

Devian asintió.

Taya rio con ganas.

Se detuvo cuando vio el rostro de Devian manchado por la confusión.

—Perdona, grandullón. Todas las hembras de mi especie tienen pechos. Es verdad que crecen un poco más al tener bebés, pero todas tenemos. Unos más grandes, otros más pequeños... Vienen de serie.

Vio la lujuria en los ojos de Devian.

—¿Tus hembras tienen pechos siempre? —preguntó con una mezcla de confusión y alegría.

Al parecer el amor por las tetas era algo universal.

—Sí. Así es.

—¿Y no estás criada?

Esa pregunta lo hacía mucho más feliz todavía.

Ese hombre era un libro abierto, iban a tener que hablar seriamente de eso.

—Si te refieres a si he tenido bebés... Siento decepcionarte, pero no. No tengo.

Antes de poder pensar algo, Devian la tomó entre sus brazos, la sentó en su regazo y la abrazó con fuerza.

—¡Cuánto me alegro, Taia! ¡Creíamos que te habían matado al bebé! Lo sentía tanto por ti. Creí que nunca te recuperarías de ese dolor tan horrible.

Cielos.

Ese pobre hombre había sufrido por ella.

Ahí, sentada en su regazo, se sonrojó un poco. Parecía que no eran capaces de apartar las manos el uno del otro. Debían de estar en contacto como si una fuerza invisible los empujase a hacerlo.

—Siento que te secuestraran, eso es cierto, pero era peor pensar que te habían criado para arrebatarle a la cría.

Vale.

Devian tenía un corazón enorme.

—Gracias, Devian. Te has preocupado por mí desde el primer momento, me pareces alguien increíble.

Se sonrojó.

Bueno, o al menos eso es lo que parecía, su tono de azul se oscureció en sus mejillas.

—¿Y qué me dices de ti, grandullón? ¿Quién eres? ¿Y los chicos que estaban contigo?

Era su turno de hacer preguntas.

—Yo soy un Darkan —contestó él.

Ella frunció el ceño.

Devian tenía que esforzarse para explicarse un poco más.

—Soy un líder de mi clan. Mi palabra es la ley, soy el hijo de un Darkan mayor. Y quienes nos seguían eran mis hermanos y amigos.

Ella no se había ido de su regazo, seguía cómoda entre la jaula que había creado con sus brazos y cola. Devian rezó a la diosa que fuera benevolente y caritativa y no le quitara a Taia.

La protegería siempre de cualquier mal.

—No puedo devolverte a tu planeta. No poseemos esa tecnología, Taia, lo siento. —Suspiró—. Podemos movernos por esta galaxia, pero la tuya está demasiado lejos.

No iba a mentirle, no podía, aunque se sintió miserable por matar el pequeño brillo de esperanza en sus ojos. Ella sintió pena al instante y la comprendió. Seguramente ansiaba regresar a su planeta.

A su vida.

Su familia.

Y él había matado la esperanza de un plumazo.

—Lo entiendo, Devian. Has hecho mucho por mí, no puedo pedirte más —contestó Taia con voz estrangulada.

Era comprensiva a pesar del dolor, aunque sabía que era solo una fachada. Ese dolor explotaría tarde o temprano. Hasta entonces, la vigilaría de cerca. En realidad no se veía yéndose lejos.

—Mis hermanos son Ral y Bork, y Rok es el sanador del clan. Baruk es mi mejor amigo de la infancia —recitó Devian tratando de distraerla.

Ella tardó un poco en reaccionar.

Al final, dibujó una sonrisa falsa y asintió.

—Suenan bien.

—Sí. A veces hay complicaciones, pero siempre lo solucionamos.

El dolor en el pecho de Taya se intensificó mientras hablaban. Había esperado un gran milagro, uno con el que regresar a casa de una pieza. Estaba claro que no lo conseguirían.

Eso dejaba un dolor en su pecho.

Uno grande.

No volvería a ver a nadie de sus conocidos. No es que fuera la persona más sociable del mundo, pero extrañaría a gente. Ese dolor decidió ahogarla un segundo antes de recordar que, al menos, Carmen se encontraba en el mismo planeta.

La encontraría.

Y eso dejaba otra cuestión a tratar...

Una que no la dejaba pensar en otra cosa. Seguramente se trataba de la cercanía a la que se estaban exponiendo, no obstante, conocía poco las costumbres de los Kraxarian. Si querían llevarse bien, iban a tener que hablar mucho y explicar cosas.

—Devian... Yo quisiera preguntarte algo... Y no sé cómo hacerlo.

La miró con intensidad.

Se sintió verdaderamente pequeña bajo sus brazos.

—Taia, nunca temas preguntarme cualquier cosa. Responderé con sinceridad, aunque duela.

Muchos humanos tenían que aprender una lección como esa.

Les iría infinitamente mejor.

Ahora solo tenía que abrir la boca y decir lo que estaba pensando. Nunca antes le había costado decir lo que pensaba, sin embargo, esta vez estaba algo asustada con lo que pudiera recibir a cambio de sus palabras.

«No es momento de ser cobarde». Se animó mentalmente.

Así pues, abrió la boca y dejó que las palabras fluyeran.

—¿Tienes hembra? No sé si tu raza es monógama, pero no quiero que pienses que voy besando a todos los hombres con los que me encuentro. Para mí ha sido especial, ¿sabes? Y ahora pienso que al igual tienes un harén de mujeres y yo soy solo una más... Y no puedo. Soy monógama, no comparto, grandullón. Aunque entiendo que tengas muchas mujeres porque eres tremendamente atractivo.

Devian solo la observó mientras hablaba.

Ella creía que él era atractivo y que tenía muchas... ¿Mujeres? Muchas hembras a su alrededor como suyas.

Además, era algo posesiva porque acababa de dejar claro que no compartía, lo cual era algo que lo llenó de orgullo. Al faltar hembras, estas tomaron más de un macho para tratar de aumentar la población.

Algo que no funcionó.

—Mi raza sufrió una plaga hace treinta rotaciones solares. Casi todas las hembras murieron, como también algunos machos mayores y crías. No ha nacido una hembra desde entonces y apenas quedan, solo algunas mayores... Muy mayores.

La confusión se dibujó en su hermoso rostro. Lo miró como si lo que dijera fuera un disparate antes de que sus labios dibujasen una «o» perfecta.

—No tengo hembras, Taia. No quiero otras hembras. Nuestra raza se vincula para toda la vida con uno de nosotros. Un compañero o compañera con el que estar el resto de nuestra existencia.

Taia abrió la boca de nuevo y la cerró, boqueando como si le faltase el aire.

Tal vez no había sido claro.

—No quiero otras hembras, Taia. En mi clan hay dos, mayores, que son adoradas por sus compañeros. No han podido tener descendientes, pero son respetadas. Tú también lo serás.

Y ahora la parte más difícil.

—Si quieres quedarte con nosotros, te protegeremos con nuestra vida. Todo el clan lo hará.

«Devian, sé fuerte». Se animó a sí mismo.

—Allí conocerás a todos los machos. Son guerreros poderosos, entrenados toda la vida para ser fuertes. Tienen colores vistosos que todas las hembras ven bonitos, movimientos ágiles y serán buenos machos protectores. La selva es dura, este planeta es difícil, pero mantenemos comercio con las otras dos razas que viven aquí. También defendemos nuestras fronteras.

Ella lo miró como un animal acorralado a punto de ser comido, hasta creyó ver un poco de dolor en su mirada.

—Devian... ¿Tú quieres que yo elija a otro?

Apretó sus brazos con algo más de fuerza a su alrededor al escuchar su voz estrangulada.

Su... ¿Dolor?

—Taia, soy muy consciente de cómo soy. Todos quieren protegerme, saben que mis episodios me persiguen, que no soy tan rápido o fuerte como otros. Sé que una hembra no quiere un macho indigno. Mi padre siempre decía que ser escogido es un honor que pocos machos pueden tener. Yo... Soy feliz de que me brindes esta felicidad, Taia. Y sería mucho más bendecido si pensaras en mí como tu macho, pero no soy ciego. Conocerás a mis guerreros y ellos... Son mejores.

Taya estaba a punto de explotar.

Ese hombre la había besado como nadie en su vida y ahora le decía que tenía un clan. Un enorme clan lleno de machos para escoger como si fueran un lugar turístico en vacaciones.

Eso sin contar en que también esperaban que tuviera críos.

Para la esperanza de la raza y eso.

Le abrumó pensar que no existían hembras. Su raza sufrió una verdadera desgracia hacía treinta años. No era algo fácil a digerir, no quería imaginar lo mucho que sufrieron perdiendo a toda esa gente.

Y quedándose solos en el universo.

—Devian... Yo no puedo pensar con claridad ahora mismo —confesó.

Necesitaba pensar.

Tomar aire.

Esa raza no veía a una mujer en treinta años.

Treinta putos años.

Y la llevaban para protegerla, emparejarla y criarla.

Tomó aire y lo soltó rápidamente.

Repitió la operación.

«No puedes tener un ataque de pánico ahora mismo». Se dijo.

—Me han pasado muchas cosas en poco tiempo. Carmen, mi amiga, sigue con aquel ser y me gustaría reencontrarme con ella. Perder la esperanza de volver es duro, eso es cierto, pero solo en pensar en tus machos, en lo que significa para tu raza... Me da miedo. Ni siquiera sabemos si somos compatibles. Yo... No estoy segura de tener bebés o enamorarme de nadie. No quiero otros hombres. No quiero hacerte daño.

Y perdió el aire de sus pulmones a una velocidad alarmante. No importó lo mucho que luchó por tomar más, parecieron cerrados mientras todo giraba a su alrededor.

CAPÍTULO 15

Taia se ahogaba.

Devian era capaz de luchar contra cualquier enemigo presente, pero le era imposible contra uno invisible.

Tomó a la pequeña humana de los hombros y la movió un poco mientras miraba su rostro. Estaba desencajado por el miedo, mientras luchaba por llenar sus pulmones de aire desesperadamente.

—¡Taia! —bramó realmente asustado.

Ella comenzó a mecerse hacia delante y hacia atrás.

Luchó contra sus brazos entonces, lo golpeó queriendo salir de allí y gritó cuando Devian no se lo permitió. No quería que cayera del árbol por un descuido, aunque eso la disgustase.

Taya notó las lágrimas en sus ojos.

Necesitaba salir de allí, alejarse de Devian. Se estaba ahogando sin saber el motivo, solo deseaba apartarse. Volvió a golpearlo con fuerza, pero lo que para ella era un golpe contundente, para él era una caricia como una suave brisa de primavera.

—De... De... De... Devian...

Vio su rostro enfundado en terror puro.

Palpó su cuerpo en busca de cualquier mal que la estuviera acechando y no encontró nada.

Pero a Taya no le quedaba aire y se estaba mareando.

—¡Taia! ¡Taia!

Ya apenas escuchaba su voz, parecía distante, como si se alejase a pesar de que sentía sus brazos a su alrededor.

Llorando, Taia comenzó a quedarse lánguida en sus brazos. Devian la llevó hacia su pecho, donde comenzó a ronronear para tratar de hacerla sentir mejor. Sus sollozos se hicieron más sonoros, haciéndole saber que algo sí respiraba.

Comprendió que estaba teniendo un ataque de pánico.

Y lo había provocado él.

Había soltado sobre sus hombros la esperanza de todo un pueblo que se consumía desde hacía tiempo.

Ya no era una humana secuestrada de su planeta. Era una mujer que podía ser cortejada por muchos machos, los cuales querían y ansiaban saber si eran compatibles para tener nueva descendencia.

Se sintió terriblemente culpable por hacerle sentir así.

Meciéndose mientras ronroneaba, llevó una mano a la parte de atrás de su cabeza y acarició su cabello.

—Sh, sh, sh, sh... Perdóname, Taia.

Ella, cuando pudo llenar sus pulmones de aire, lloró.

Sollozó y gritó mientras el miedo se destilaba por todos sus poros con un olor repulsivo.

—Lo siento mucho, te llevaré a la ciudad, Taia. No tendrás que venir al clan.

No supo si lo había escuchado porque, aunque los sollozos disminuyeron, siguió aferrada a él como si fuera a caerse del árbol.

Poco a poco, para su alegría, se fue calmando.

Él no dejó de mecerla, tampoco de acariciarla y ronronearle. Necesitaba hacerla sentir bien, que no sintiera miedo por su culpa. Si la hacía temer no era mejor que cualquier esclavista que la

había secuestrado de su planeta.

—Lo siento, Devian... No sé...

Pero sí sabía.

Ambos lo hacían.

Acunando su rostro, la ayudó a que lo mirase.

—No te llevaré al clan.

Taia negó.

—No, espera, Devian.

Con la mente más despejada, supo que alejarse de ese hombre era un gran error.

—Me ha impresionado todo, ya está. Son muchas cosas pasando a la vez, pero puedo con esto.

Él no parecía convencido.

—No, Taia.

—Sí, Devian —contraatacó—. Estoy sola en este planeta. Sin medios, sin contactos y sin nada. Has sido la primera cosa amable que me ha pasado desde que aterricé aquí. Por no mencionar que ya hubiera muerto tres veces de no ser por tu ayuda. Por favor, no me dejes sola.

Iba a suplicar si hacía falta.

Sola no sobreviviría.

—Taia... Lo que has sentido...

Él dudaba después de su ataque de pánico.

—Lo sé. Eso impresiona y te pido disculpas. No esperaré una raza sin hembras y todo lo que eso significa, pero quiero ser sincera, te necesito o no duraré ni un instante en este planeta y dudo que alguien se ofrezca a ayudarme y cuidarme como tú.

Devian gruñó suavemente.

Acarició su cabeza de nuevo.

—Mi raza honra a las hembras. No tienes nada que temer. Querrán cortejarte, es cierto, pero no representarán una amenaza para ti. Son guerreros honorables y saben la importancia de cuidar de una hembra. Será un honor para ellos tenerte.

Él seguía pensando que jamás lo elegiría.

Sabía que había sido dañado, muy dañado, por alguien de su pasado que lo redujo a ser alguien inservible.

—Vale, pues vayamos a tu clan entonces —sonrió Taya.

La mirada de Devian se iluminó.

Aquel grandullón no podía esconder que era feliz teniéndola cerca y, para su sorpresa, debía reconocer que tampoco quería alejarse.

Dándose cuenta de donde estaba, miró su poderoso y ancho pecho. Lo acarició como si quisiera borrar las lágrimas que había vertido en su pecho. Al tacto se sentía suave, pero increíblemente duro.

—Eres una masa de músculos andante —comentó Taya.

El pecho de Devian se infló como si de un palomo se tratase. Orgulloso.

—Soy un guerrero y entreno duramente.

—Pues yo no he pisado un gimnasio en años. Los tuyos me verán demasiado blanda...

Devian la miró con tanta hambre que se sintió como esa fruta que le había dado para comer hacía un rato.

—Eres perfecta, Taia.

¡Oh, amigo!

Una chica podía acostumbrarse a esas palabras. Eso sí, cuando un hombre decía que eras perfecta era mejor no discutir.

Aunque ser la primera mujer vista en treinta años ayudaba a verla genial.

No se quitaría el lujo de ser perfecta durante unos minutos.

—Quiero...

Cayó al momento.

Devian se acercó un poco al rostro de Taia. Después de esa palabra susurrada, una que sabía que se le había escapado, estaba buscando huir de sus brazos. Y sí, puede que él decidiera vilmente no dejarla escapar.

—¿Sí? —preguntó.

Ella miró sus labios.

Supo qué deseaba.

—Nada —suspiró ella.

Devian sonrió.

—¿Puedo besarte, hembra?

Jadeó entre sus brazos. Sus pupilas se dilataron con el deseo y eso ayudó a que el corazón de Devian se desbocase. Ella lo veía atractivo.

Quería su contacto.

Sus besos.

Taia tragó saliva.

—Sí.

Descendió suavemente hasta su boca con un gruñido triunfal. La tomó esta segunda vez con mucha más confianza. Lamió sus labios buscando la apertura para asaltarla y ella gimió permitiéndole el acceso.

Y la saboreó.

Golpeó sus dientes romos, su lengua juguetona y hasta se permitió serpentear a su alrededor mientras ella se estremecía con el contacto.

Devian perdió la cabeza cuando ella envolvió sus manos alrededor de su cuello, sujetándose fuerte, aproximándolo a su cuerpo necesitando ese contacto. Sin poderlo evitar, rodaron poco a poco hasta quedar sobre ella.

No dejó su peso para no aplastarla, se apoyó a su alrededor luchando por contener lo que estaba ocurriendo.

Taya gimió con la lengua de Devian en su boca. Estaba poseída por el deseo y sabía que toda su cordura había abandonado el barco dejándola sola. No le importó, solo necesitaba sentirlo.

Se frotó contra su cuerpo, ansiando el contacto.

Era fuerte, poderoso y desprendía un aroma tan varonil que la volvía loca.

—Taia... —gimió Devian separándose para respirar.

No se contuvo.

Taya se incorporó un poco besándole la mandíbula. Después lo lamió, bajando por su cuello deliberadamente mientras su gruñido la hacía vibrar. Trazó círculos en su piel, bajando hasta su clavícula.

Y después la realidad impactó contra su pecho a toda velocidad.

Devian temblaba.

Abriendo los ojos, se lo encontró observándola con deseo... Pero también algo más: miedo.

«Una raza que no ha visto una hembra en treinta años, genio y he estado a punto de tirármelo sobre una rama». Se regañó mentalmente.

—¡Oh, Devian! ¡Cuánto lo siento! —exclamó rodando para salir de su alcance.

Él se lo permitió, aunque su cola la detuvo cuando estuvo a punto de precipitarse contra el suelo.

«Por una vez en tu maldita vida, haz las cosas bien». Pensó Taya.

Se levantó alejándose del gran guerrero. Él seguía mirándola con deseo y, cuando desvió la mirada, vio una gran... Una muy gran tienda de campaña en sus pantalones que no podía disimular.

—Lo siento, no recordé que eres... Que tú no... Que...

«Virgen, virgen, virgen, virgen». Se regañó una y otra vez.

—Lo sé, Taia.

Frunció el ceño.

—¿Qué crees que sabes? —preguntó.

Devian solo quería bajar y retomar el camino a su clan lo antes posible. La vergüenza lo atormentaba mientras ella lo miraba de forma inocente. Le gustaba besarla, pero cuando ella pidió más sabía que debía detenerla.

No le quitaría la opción de elegir a un macho mejor.

—Que debíamos detenernos —contestó Devian.

—Sí, sé que tuve que ser más suave para tu primera vez, pero me dejé llevar...

El dolor se expandía en su pecho.

—Si entrase en ti, pequeña Taia, no permitiría que otro macho te tuviera —declaró con fuerza—. Por eso era un error avanzar. Tienes derecho a conocerlos y tomar a uno como tuyo. Estoy seguro de que muchos querrán conocerte.

Ella pareció enfadarse, hasta puso sus manos en sus caderas queriendo parecer feroz. Devian luchó por no reírse para no enfadarla más.

—Tienes un autoestima de mierda, lo sabes, ¿no?

No sabía a qué se refería, solo sonrió.

—No te quitaré la oportunidad de conocer a los demás.

Taia bufó poniendo los ojos en blanco.

—Y... En el caso hipotético en el que conociera a tus chicos... Y me gustarás tú... ¿Qué pasaría?

Escuchó el corazón de Taia ir a mil por hora al hacerle esa pregunta.

Pero sabía que no podía ser real.

—No pasará —sentenció secamente antes de comenzar a recoger las cosas—. Marchamos ya.

CAPÍTULO 16

Macho terco.

Testarudo.

Mandón.

Cabezota.

Devian había zanjado el tema diciendo que ella jamás lo elegiría.

¿Y él que sabía?

Nadie le decía a quién elegir y menos un tipo grande, azul, con cuernos y cola que era jefe de todo un clan.

—¿Estás bien, Taia? —se dignó a preguntar después de lo que parecían un par de horas caminando.

Ella bufó.

—Cabezota —le escupió.

Y él pareció divertido.

Iba a estrangularlo con su propia cola.

Espera, ¿y si ella no le gustaba?

Pero parecía disfrutar de los besos después de todo.

Un gruñido atravesó la selva. Instintivamente, se aferró a la espalda de Devian mientras este parecía demasiado... Tranquilo. Hasta lo miró para ver si se le había fundido un fusible en la cabeza o algo.

Un gran Ral apareció ante ellos con una sonrisa.

Y dijo algo que no comprendió.

—¡Hermano! ¡Estáis vivos! —gritó yendo a por Devian.

Lo abrazó con fuerza, tanta que tuvo que obligarse a golpearlo con la cola para que lo soltase. Eso sí, lo detuvo cuando trató de hacer lo mismo con Taia y lanzó un gruñido de advertencia que lo sorprendió.

—Pequeña hembra, ya creímos que no habías sobrevivido a la caída. Eres más dura de lo que pareces —la halagó.

Ante su silencio, frunció el ceño y la miró.

Ella parecía confusa.

—¿Taia?

—No entiendo ni una palabra de lo que dice tu hermano.

¿Cómo era eso posible?

—Pero a mí sí me entiendes.

Ral tocó el traductor que llevaba tras su oreja.

—Yo la entiendo. Baruk nos actualizó los traductores, todo el clan la entenderá ahora. Puede que fuera algo inútil porque parecía muerta, pero... Había que entretenerse con algo —explicó Ral.

Lo que su hermano no entendía es que ellos podían comprenderse sin actualización o necesidad de ponerle el traductor a Taia.

—Mi hermano se alegra de que estés viva —explicó Devian.

Ella lo miró con recelo.

—Dile que no quiero verle el rabo de nuevo.

Su hermano se sonrojó.

—Te entiende perfectamente —aclaró mientras Taia palidecía.

Entonces, como si fuera un niño ocultándose de su madre, se escondió tras la espalda de Devian de nuevo. Se aferró ahí haciéndole sentir poderoso y arrancándole a Ral una mirada sorprendido.

—Está muy unida a ti —jadeó, perplejo.

—Sí.

Estaban a pocos clicks del clan.

Lo que significaba que tenía que hacer algo que no deseaba. Si resultaba que no comprendía al resto... Significaba que debía ponerle el traductor. Lo buscó ciertamente nervioso, en su bolsa de cuero.

—Voy a tener que ponerte el traductor...

Ella soltó un gemido asustada.

—Dijiste que dolía.

Sí.

Lo hacía.

—Si vas a vivir con nosotros, debes comprender nuestro idioma.

Ral no habló, algo demasiado raro en él. Para cuando lo miró, comprobó que estaba totalmente embelesado en la forma de hablar de Taia. Comprenderla le daba una imagen nueva de la humana.

Hasta su cola se mecía tras su cuerpo, expectante por escucharla hablar más.

—Lo siento, Taia.

Ella se hizo la valiente.

—De acuerdo, confío en ti.

Nunca sabría lo mucho que le alegraban esas palabras y lo importantes que eran para él. Hasta pareció que Ral se removiό escuchándola. Estaba tan sorprendido que había perdido la facultad del habla.

Algo que podía llegar a agradecer.

Buscando el traductor, sonrió satisfecho cuando tuvo las dos partes entre sus dedos.

—Uno tengo que colocarlo detrás de tu oreja y la otra parte —le enseñó algo diminuto, plano y negro—, debajo de tu lengua.

Cuando palideció lo hizo sentir culpable.

—No quiero causarte ningún dolor, nimari —susurró Devian estrechándola entre sus brazos.

Taia se dejó, acudiendo a la protección de su cuerpo como si así todo fuera a estar bien. Devian no pensó en la palabra que acababa de usar, la que estaba destinada a su compañera de alma.

La que nunca tendría.

Aunque no se le escapó el jadeo que dejó escapar Ral al escucharlo. Iban a hablar de ese tema les gustase o no. Su hermano se encargaría de acorralarlo en cualquier lugar para hacerle saber que lo había escuchado.

—Vamos, Devian, hazlo —lo alentó ella.

Colocando el primer dispositivo tras su oreja, no pudo evitar respirar su aroma dulce y afrutado. Era sensual, poderoso y removía cada célula de su cuerpo instándolo a querer saborearla de nuevo.

¿Volvería a besarlo?

Le gustó ese contacto boca a boca.

Carraspeó regresando a la realidad, aunque su mente quiso recordar que ella lo había

saboreado voluntariamente. Ese momento fue el más dulce de su vida y odió que no volviera a repetirse.

—Ahora la lengua.

El miedo apareció en los ojos de Taia, solo que parpadeó para dejarlo atrás.

Era valiente.

«No soy valiente». Pensó Taya.

Estaba a punto de darle un cabezazo a Devian, otro a Ral y salir corriendo por aquella selva pegajosa y peligrosa.

No quería eso.

Había disfrutado cuando Devian le había apartado un mechón de pelo para colocarle el traductor. A pesar de lo grande y masivo que era, podía ser gentil y dulce de un modo que la hizo derretirse.

Lamentablemente, pensar en que el siguiente paso era sacar la lengua no la hizo sentir feliz.

Bajo su atenta mirada, dudó un poco y cedió finalmente. Con cierto temblor que no pudo controlar, sacó su lengua y la curvó hacia arriba para darle acceso a Devian. Ese gesto hizo que las pupilas de ese macho se dilatasen como las de un gato.

Solo que no la miraba como si fuera un ovillo de lana, sino como algo comestible, deseable y... ¿Follable?

No pudo pensar más cuando ese trozo de metal tocó su lengua. Por un momento creyó que Devian había exagerado con el dolor, no obstante, todo cambió cuando su piel comenzó a arder y su cabeza a palpar.

Gritó llevándose las manos a las sienes, cayendo en picado al suelo hasta ser sujeta por las manos de Devian.

—¡Arde! —le exclamó.

Recriminándose.

—Será un momento, Taia, de verdad.

Pues ese momento dolía como el mismísimo infierno. Solo supo aferrarse a ese hombre como si quisiera escalarlo como a un árbol. Lo abrazó dejando que el dolor la hiciera temblar.

O quizás fue el tamborileo de su pecho lo que la había temblar. Ese sonido que Devian hacía para ella...

La calmaba.

Era como un arrullo, como si pudiera decir sin palabras que todo iría bien. Nadie la dañaríateniéndolo cerca. Y así, lentamente, se fue calmando dejando que el dolor quedase como algo lejano.

Cuando todo cesó, cuando el dolor desapareció, Taya se dio cuenta de que estaba envuelta en todo Devian.

Lo había sujetado con sus brazos, aferrándose a sus músculos tan íntimamente que no tenía claro si le había clavado las uñas en el proceso. Pero lo peor no estaba ahí, era que había usado sus piernas para envolverse alrededor de su cintura, convirtiéndose en un koala humano alrededor de ese pobre alienígena.

Descendió de él, enrojecida hasta las orejas y rehusó mirarlo mientras tragaba saliva.

Estaba tan tan tan, pero tan avergonzada.

—Yo... Lo siento, Devian...

Se tomó las manos ante su regazo y se frotó las manos mientras pensaba como volver a pensar de nuevo y no avergonzarse más.

—Por la expresión de mi hermano, no creo que tengas que disculparte, dulzura —bromeó Ral.

Y lo entendió.

Devian giró el rostro hacia él mostrándole sus afilados colmillos y gruñó.

—Este nuevo tú no me gusta tanto, hermano —confesó Ral.

Cosa que no pareció importarle mucho a Devian, porque se encogió de hombros.

—Acostúmbrate.

Olvidándose de su hermano, la miró como si ella fuera lo más hermoso que hubiera contemplado jamás. Le regaló una pequeña sonrisa antes de que sus pensamientos lo hicieran volver a adoptar una postura seria.

Taya lamentó cuando eso pasó.

Algo atormentaba a Devian.

—¿Lista para conocer mi clan?

¿Lo estaba?

¿Podía llegar a estarlo?

—Claro —mintió.

Devian contuvo la respiración conduciendo a Taia hasta su clan. Los guardias de la puerta, Born y Zard, hermanos gemelos, abrieron tanto los ojos al verla que parecía que sus ojos iban a salirse de las órbitas.

No le dijeron nada a Taia, aunque no hizo falta.

—Devian... —lo llamó buscando su mano a modo de consuelo.

Con remordimiento infinito, se apartó de su toque provocando dolor en sus ojos.

No podía enviar un mensaje equivocado. Entrar con ella de la mano la mostraría como suya y se negaba a quitarle la opción de elegir cualquier macho que ella pudiera considerar.

—Irás bien, Taia. Son buenos guerreros, no te harán daño.

Taya asintió sin estar segura.

Entre ella y Devian se había levantado un muro impenetrable.

Ya no era el Devian que conocía, era un guerrero, un Darkan feroz que la miraba con tanta frialdad que le encogió el corazón.

Suspiró.

—Si tú lo dices... —susurró nada convencida.

¿Qué había pasado?

¿Por qué había cambiado?

Las puertas se abrieron obligándola a cambiar su línea de pensamiento. Devian se alejó un paso más de ella mientras todo su cuerpo entraba en un estado de terror puro. Sin poderlo evitar, lo buscó con la mirada y volvió a chocarse con un gran muro de hielo.

Después, suspiró y miró a Ral quién parecía bastante tenso.

—Solo cálmate, Taia. Irás bien. Hemos hablado bien de ti —explicó.

Asintió.

Pero su estómago ya estaba del revés.

Cuando vio por completo el clan, o al menos lo que alcanzaba la vista, se quedó completamente helada. Cuando Devian le dijo la palabra «clan» esperó toparse con cabañas, pocas personas y todo muy rudimentario.

¡Había estado tan equivocada!

Era una especie de ciudad, en miniatura, lógicamente. Calles de casas de una sola planta,

caminos que daban a todas partes, farolas muy alienígenas, pero bastante interesantes y mil cosas más.

Taya no tuvo claro cuánto tiempo le costaría asimilar todo aquello.

Le pareció ver a gente limpiar un par de piezas de carne, antes de congelarse al verla. También pescado, quizás una especie de armería, sanador... Todo era espectacular y hecho con materiales que no conocía.

Las paredes parecían de metal, pero no sonaban como tal. Sin miedo a lo que iban a pensar, se acercó a una y la acarició con los dedos dándose cuenta de que era un material similar a la madera.

Ese lugar era un sueño.

Cada hogar brillaba por sí mismo, era algo luminiscente entre azul y amarillo que dotaba la ciudad de una iluminación única. Casi podía decir que cada casa era una estrella y juntas formaban un firmamento especial.

—¡Qué pasada! —se dijo a sí misma Taya.

—¿Te gusta? —preguntó Devian.

Asintió sin mirarlo.

Era hermoso. Mucho más que cualquier paisaje que hubiera contemplado antes.

Poco a poco todo eso cambió.

Taya se dio cuenta de que comenzaron a rodearla. Los machos, todos curiosos, le habían dado el tiempo perfecto para que pudiera ver todo aquello hasta llegar a una especie de plaza central.

Y ahí ella era la atracción.

Todos eran enormes. Devian tenía razón, sus guerreros eran un ejército que daba miedo de verdad. Corpulentos, altos y anchos, podían parecer más mortíferos que cualquier ejército humano.

Sus colores, azules, aunque de diversos todos, parecían brillar con los rayos del sol. Sus ojos se fijaron en un par de guerreros que inflaron el pecho al notar su mirada. Incómoda o, sin saber que hacer, siguió mirando a todos aquellos seres.

Sus cabellos tenían tonos de color mucho más amplios que los humanos. Le encantó cuando vio fucsia, rojo, verde y amarillo casi neón. Y la variedad de cuernos también difería unos de otros.

De no haberse sentido como un insecto bajo la vista de un microscopio, se hubiera lanzado a hablar con ellos.

—Bienvenida, Taia —dijo alguien a su lado.

Lo reconoció porque tenía los mismos labios y nariz que Devian, lo que significaba que se trataba de su hermano Bork.

—Te dimos por muerta.

Ella luchó por sonreír.

—Sí, yo también, pero Devian me salvó de una bestia acuática aterradora y me curó.

Bork echó una mirada a su hermano que no supo identificar.

—Eso hizo nuestro Darkan, ¿eh? Todo un héroe.

Lo fulminó con la mirada cuando usó ese tono.

—Al menos no me dio por muerta y se rindió como otros —escupió ferozmente.

Bork no supo cómo encajar aquello. Dejó su postura férrea y pareció sacudirse como si acabase de recibir una bofetada. Después, sonrió antes de echarse hacia la multitud y mezclarse con ella.

—¡Hermanos!

La voz de Devian la hizo estremecer.

—Os presento a Taia. Fue robada de su planeta natal y traída aquí como mercancía.

Su pausa la obligó a tomar aire, como si fuera ella misma quien hablaba.

—Traficada y vendida en una subasta, tuvo la ferocidad de escapar y ahora nuestro clan presta ayuda en su protección. Los traficantes de esclavos no dudarán en tomarla, así como el Draxarus que la compró como su dueño.

Los gruñidos al sentir la palabra Draxarus la sorprendió. Podían compartir comercio, pero no se tenían en alta estima.

—Nuestro clan protegerá a la hembra. Así como también le permitiremos que pueda, si así lo desea, escoger a alguien con quien formar una familia. Sé que una hembra para nosotros significa esperanza, pero no deseo cargar ese peso sobre sus hombros.

»Seremos machos honorables, respetaremos su decisión en cualquier paso del camino y, si desea marcharse, también lo aceptaremos. Nos criaron como guerreros, como machos de honor, hagamos gloria a nuestro legado.

Todos vitorearon a su Darkan con verdadera pasión. Los rugidos fueron tan apabullantes que estuvo a punto de taparse los oídos con ambas manos, aunque lo rehusó por no ofenderlos.

—Darkan, ¿existen más humanas? —preguntó un Kraxarian.

Era joven, o al menos así lo parecía.

Su cabello amarillo neón destacaba por encima del resto y sus ojos, del mismo color, esperaban una respuesta con suma esperanza.

Ante el silencio se dio cuenta de que Devian la miraba esperando una respuesta.

—Eh... Sí. No puedo decir cuántas. Estábamos en jaulas individuales, pero vi más mujeres a mi alrededor. Y...

Se detuvo ante tanta mirada.

Después comenzó a temblar.

¿Era mal momento para tener miedo escénico?

—A unas pocas nos subastaron. No sé si siguen en este planeta o si el resto también fue llevado lejos. Lo... Lo siento.

Esos machos querían esperanza.

Treinta años de soledad debía de ser un infierno.

—Gracias, humana Taia —contestó el que había hecho la pregunta—. Mi nombre es Lixton.

Asintió, devolviéndole el saludo.

—Un placer conocerte, Lixton —contestó con educación.

El alienígena abrió mucho los ojos al sentir su nombre en sus labios y, conmocionado, retrocedió un poco.

¿Había dicho algo malo?

Quiso ir hacia él, no obstante, se contuvo por miedo a provocar cualquier reacción entre tantos hombres.

—¿Está criada? —preguntó alguien más.

Pechos.

Los machos solo sabían pensar en... Pechos.

No permitió que Devian contestase.

—No. No he tenido ningún bebé. Las humanas tenemos pechos —se señaló felizmente— siempre. Nos crecen en la adolescencia y se quedan con nosotras toda nuestra vida.

Cielo santo.

Las miradas de aquellos seres casi le hicieron temer un secuestro múltiple de humanas.

—¿Y no tenéis protección adicional? ¿Armadura?

Comenzaban a envalentonarse con las preguntas.

—No. Nuestras uñas son endebles en comparación a vuestras garras, nuestros dientes —los mostró— son romos y somos sensibles a los cambios de temperatura. Supongo que eso os decepciona un poco.

Contra más nerviosa estaba, más hablaba.

Socorro, que alguien la hiciera parar.

—Entonces, necesitáis machos fuertes para protegeros. Vuestros machos deben ser como nosotros.

Negó.

—No. Son, mayoritariamente, más altos y anchos que nosotras. También algo más fuertes, pero ya está. Los humanos... Somos... Débiles, supongo, pero hemos creado mucha tecnología para la guerra. Al día mueren miles de nosotros por guerras absurdas gracias a las bombas, pistolas, fusiles de asalto y demás cosas horribles que inventamos.

Le resultó triste hablar así de su planeta. No era perfecto ni mucho menos y podía ser terriblemente cruel y despiadado. Aun así, se sintió como si lo traicionase diciendo esas cosas.

—¿Somos compatibles para el apareamiento?

Taya palideció.

Instintivamente miró hacia Ral recordando el arma que cargaba entre las piernas.

—Eh... Bueno... Supongo que todavía me faltan datos para contestar a eso...

—Yo me ofrezco voluntario, si quieres.

Y ahí estaba el gracioso del grupo.

Devian gruñó en señal de advertencia sorprendiéndolos a todos. Iba a ser verdad que el Darkan no gruñía nunca.

—¿Tenéis muchos colores?

Eso sí podía contestarlo.

—Sí, aunque no tan vistosos como vosotros. Vamos desde la piel más clara, casi blanca al negro más oscuro. Y de cabello también, rubio, marrón, pelirrojo, negro y poco más.

—Entonces nuestros colores os gustarían.

—De hecho, el azul es mi color favorito.

Murió al decirlo porque fue consciente de lo que decía. Todos aquellos seres eran AZULES. Todos y cada uno de ellos. Y eso los hizo sonreír.

Vieron una oportunidad.

Las preguntas cayeron en cascada, golpeándola mientras no sabía cuál contestar primero. Estaba tan abrumada que poco a poco todo se convirtió en murmullos, alejándola de la multitud.

—Suficiente —dijo una voz.

¿Devian?

En realidad no. Vio como los guerreros se apartaban para dar paso a Rok, el sanador del clan. Ajustado a su bastón, fue hacia ella mientras fulminaba a los machos de su especie con la mirada.

—Mi paciente necesita reposo, comida nutritiva y un chequeo. Después de lo que has vivido en la selva, tengo que ser capaz de ver si no quedan secuelas internas.

Miró a Devian.

—A muy bien que te cuidara nuestro amado Darkan.

Llegó a ella, cubriéndola de la multitud.

—Hola, Rok. Gracias —susurró Taya.

Él le regaló una sonrisa.

—Me alegra volver a verte —le dijo Taya realmente contenta.

—Y yo también me alegro, pequeña humana.

Su cola se agitó en el suelo, dando un golpe fuerte que alejó a los pocos curiosos que se habían acercado a verla de cerca.

—Ven, te llevaré a mi consulta. Allí podrás descansar un poco de tanto macho.

—Te lo agradezco de verdad —contestó realmente abrumada.

No miró atrás.

Ni siquiera para encontrar a Devian.

Solo quería alejarse.

CAPÍTULO 17

—No ha ido tan mal, ¿no? —preguntó Baruk, el cual se abrió paso hasta llegar a Devian.

No supo contestar.

No después de ver cómo Taia se había refugiado en Rok. El macho había visto lo abrumada que estaba y la había secuestrado, literalmente, ante todas las miradas que recibía.

Y él no había hecho nada.

Sabía que los guerreros tendrían tanta curiosidad como él, pero había permitido que sus miradas la volvieran loca hasta el punto de casi saltar de su propia piel para huir. Había fallado en su primera impresión del clan.

—Todo el mundo a su trabajo —ordenó—. Y de cara a Taia, sabemos que debemos ser calmados y no abrumarla mucho. Es solo una hembra y nosotros somos muchos.

Más de cien.

Machos sin aparear.

Viendo una esperanza.

Una sola.

—Me alegra que no esté criada —rio Ral.

Sí.

Esa había sido una suerte.

—¿Darkan?

La voz de una de las hembras de su clan, Atira, lo hizo salir de sus propios pensamientos. Esos que le hacían querer ir a consulta para revisar que Rok fuera un macho honorable.

¿A quién quería engañar?

Sabía que no recibiría daño alguno con Rok.

—Dime.

—Quería proponerle que la humana Taia viviera en la casa conjunta a la nuestra.

Su propuesta lo sorprendió.

—Mis machos ya están apareados conmigo, así que no le harán daño alguno o sobreexponerla a tanta testosterona. Además, la casa contigua es la de Dara, la otra hembra apareada. Estaría más cómoda cerca de nosotras, con machos que no... La estresen mucho.

Atira sonrió.

—He sido joven y fui halagada por muchos machos. Sé que a veces puede ser un tanto excesivo.

La hembra era posesiva con Taia.

Aquello fue algo que no esperó que sucediera de ninguna de las maneras. De algún modo, ver a la pequeña humana había despertado el instinto protector de Atira, quién deseaba custodiarla de tanto macho deseando una oportunidad.

—Hablaré con ella, con Dara y vuestros machos. La seguridad de Taia ahora es lo primero.

—Sí, debemos cuidarla mucho. Además, si fuéramos compatibles a nivel de apareamiento, eso daría...

Esperanza.

La palabra favorita del mes.

O del año.

Con miedo, a Devian se le encogió el corazón pensando en lo que significaría verla redonda y embarazada de algún otro macho. Sus garras crecieron, por lo que se obligó a cerrar las palmas

de las manos hasta hacerse sangre y controlarse.

—No quiero que la noticia salga de aquí. Los otros clanes no tienen por qué saber que Taia está aquí.

Atira palideció sabiendo que los otros clanes lucharían por ella.

—Cuidaremos de ella —prometió.

Asintió dejándola marchar con sus tres machos, que la custodiaban como sartons guardianes.

Devian lamentó, por una parte, venir al clan.

Todo era más sencillo en la selva cuando solo existían solo ellos.

—Estás perfecta, Taia.

Agradeció estarlo.

Quedarse quieta dentro de aquel escáner la hizo sentir algo claustrofóbica, por suerte pudo salir y calmarse de nuevo.

—Gracias de nuevo por sacarme de la multitud. Sé que no lo hacen con mala intención, pero... fue un poco...

—¿Abrumador?

Sí.

Asintió.

—Recuerdo cuando mi pareja me eligió. Fui el macho más feliz del universo. —Pestañeó con lástima en los ojos—. Fue hace tantas rotaciones... Creí que elegiría a un macho mayor, un guerrero que acabó muerto por su propia lanza. Un desperdicio de tanto músculo para un cerebro tan pobre.

Rio.

A pesar de todo parecía celoso de ese macho, sin contar la de años que habían pasado.

—Siento tu pérdida, Rok. Tuvo que ser horrible.

Él tragó saliva.

—Lo fue, pero más cuando vi a nuestros jóvenes perdidos sin ellas. Viendo como nos reducíamos a meros machos sin una oportunidad. —Suspiró—. Todos ellos siguen sabiendo que jamás encontrarán el amor, que morirán solos sin conocerlo.

Eso era tan triste.

Antes de poder darse cuenta ya estaba haciendo un leve puchero.

—Ay madre, lo lamento mucho.

Devian entró sin llamar, fue como si fuera el dueño de todo y los modales los hubiera lanzado por la ventana.

Espera, ¿esa gente no llamaba?

Le dedicó una leve mirada, una sola, antes de gruñir ferozmente hacia Rok como si ese pobre hombre se hubiera convertido en su enemigo.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué tiene fugas?

Espera.

¿Fugas?

¿Como una tubería?

—Solo estaba llorando, ¿así lo llamáis? ¿fugas?

—Llllllooorrrannndooo —dijeron los dos machos a la vez tratando de ser lo más precisos posibles.

Fue tan adorable que dejó escapar una pequeña carcajada.

—Lo siento, me parecisteis muy monos.

—¿Qué te puso triste, nimari?

Ahí estaba otra vez esa palabra.

Y algo significaba porque Rok casi se ahoga cuando pretendía beber de una taza que tenía en su mano.

—Que no tengáis hembras, que estéis solos tanto tiempo, que haya machos que jamás conozcan el amor... Parecéis tan honorables... Los humanos pueden ser mezquinos, engañar, mentir y poner los cuernos a sus parejas y vosotros mataríais por adorar a una. El universo es cruel.

Devian se alejó cuando quiso tocarlo. Fue solo un momento, estiró la mano y desapareció a toda prisa alejándose de ella como si fuera un animal enfermo y contagiable.

Taya tuvo que sostener su corazón entonces, para evitar que se rompiese.

Él no pareció afectado.

—Te he encontrado un hogar. Usarás la casa que hay entre las hembras apareadas Atira y Dara. Sus machos quieren protegerte de la impulsividad de los machos. Ellos serán buenos cuidadores de ti mientras te... —buscó la palabra en su mente—. Adapta.

No iban a estar juntos.

¿Por qué había presupuesto aquella estupidez?

Había sido cercano en la selva, pero ahora parecía estar arrepentido de lo que había sucedido entre ellos.

La historia de su vida...

Le pasaba hasta con extraterrestres.

¡Irónico!

—Si es lo que ordenáis, Darkan, así lo haré —dijo Taya con voz absolutamente plana y sin vida.

Ella también podía ser de hielo, insensible.

Devian no supo responder en unos segundos, se la quedó mirando como si luchase contra sí mismo. No le había gustado que lo llamase Darkan, mucho menos que pareciera robótica al decirlo.

Se había...

Alejado.

Pero era su decisión y solo tenía que aceptarla.

—Bien. Atira te espera en la puerta. Te llevará a tu nuevo hogar y te dará ropa nueva. Puede que necesite ajustes, pero los iremos haciendo.

—¿No me acompañas?

Odiaba matar la esperanza en su voz, ese hilo que quería tocarlo, pero que no podía por ser demasiado él mismo.

Nadie lo amaría jamás.

«Eres débil, Devian».

Las palabras de su padre en su mente lo hicieron reaccionar.

—No. Tengo trabajo que hacer. Estuvimos perdidos en la selva demasiado tiempo.

Taia lo miró con los ojos llenos de lágrimas, después, parpadeó y parecieron desaparecer todas.

—Claro. Siento haberte hecho perder el tiempo —contestó yendo hacia la puerta—. Gracias, Rok, por todo.

Lo miró.

—Darkan —dijo con un leve asentimiento.

Devian no pudo hablar, tampoco respirar al ver el abismo que se había creado entre ellos. El que él mismo había diseñado con sus propias manos. Le resultó una verdadera agonía.

Pero no pudo arreglarlo porque Taia se limitó a abrir la puerta para toparse con Atira.

—Humana, soy Atira y estos son mis tres machos.

Dijo sus nombres.

Ella sonrió amablemente.

—Un placer conocerlos a todos, siento ser una molestia a la que tengáis que vigilar. Prometo tratar de no daros demasiada faena.

Su disculpa lo rompió por dentro.

Hasta Atira pareció gruñir lentamente mientras digería esas palabras.

—No molestas, hembra. Será un honor tenerte cerca. Acompáñanos.

No dio opción a contestar. Atira era contundente, había aprendido a ser así para mantenerse fuerte en un mundo donde ya no existían como ella. La tomó por los hombros férreamente y se la llevó.

Entonces Ral entró.

—Atira parece un sarton al que le han pisado la cola. No dejará que nadie se acerque —bromeó.

O no.

Él creía lo mismo.

—Devian —llamó Rok.

Giró hacia él.

—Serías el Darkan más idiota del universo si la dejases escapar. Se muere por estar cerca de ti —explicó su amigo sanador.

Solo pudo tragar saliva mientras mataba la esperanza con sus puños. No podía ilusionarse.

—Eso es porque no ha conocido a otros machos. Con el tiempo no se acordará de mí —contestó, convencido.

Rok suspiró.

—Chico, no dejes que el recuerdo de tu padre te haga perder el futuro.

No escuchó porque su mente ya estaba en Taia y en cómo lo había buscado para sentirse protegida. Se sentiría miserable el resto de su existencia solo por huir cuando su cuerpo le pedía actuar.

Salió de la consulta sin decir nada más.

—Atira... ¿Puedo hacerte una pregunta?

La hembra Kraxarian siguió andando, aunque se aferró más a sus hombros cuando dos machos quisieron acercarse. Los espantó con tanta facilidad que se dio cuenta de que ella era más temible que un guerrero.

—Lo que quieras, pequeña humana.

Y dale con pequeña.

—¿Qué significa, nimari?

Todos se detuvieron en seco.

Con miedo, miró a los profundos ojos rojos de Atira y deseó no haber pronunciado las

palabras jamás.

—Lo... Lo siento mucho...

—¿Quién te ha llamado así? —exigió saber.

Daba más miedo que su abuela y esa sí fue una mujer de armas tomar.

—Naa... Nadie. Lo escuché en la multitud y quise saber lo que significaba.

No se lo creyó ni un poco.

Ni de cerca.

Pero, por alguna razón que desconocía, se lo permitió.

—Significa nuestra otra mitad de nuestra alma. Verás, nosotros, los Kraxarus, nos vinculamos de por vida a uno solo. Se forma un vínculo irrompible hasta que somos solo polvo. Eso significa nimari.

Taya levantó una ceja mirando a sus maridos.

—Pues tú tienes tres —le reprobó.

Atira rio.

—No tuve la suerte de encontrar a mi nimari. Pero, durante un tiempo, se creyó que si intentábamos estar con más de un macho, las diosas nos darían descendencia. Ellos tres me mostraron amor y, cuando supimos que no vendrían cachorros... Yo ya los amaba. No pudimos separarnos.

Los miró.

Eran feroces a pesar de que parecían casi tan mayores como Rok.

Una parte de su mente se fue a un lugar lejano, uno en el que se preguntaba lo curioso que serían ellos cuatro en la cama.

¿Harían turnos?

¿Todos a la vez?

¿La dejarían muerta después de un maratón sexual?

Atira, casi adivinando sus pensamientos, rio a carcajada llena. A pesar de su edad, era toda una belleza. De ojos y pelo rojo como la llama más candente de un fuego, parecía una fuerza sobrenatural. Con poseía pechos, pero sí una cintura pequeña y unas piernas atléticas y fuertes.

—Créeme, humana, eres pequeña para saber esas cosas.

—Ni que fuera virgen. Tengo edad suficiente en mi planeta, de hecho, no soy precisamente una jovencita. Tengo treintaypocos años.

Se negaba a decir que ya galopaba más cerca de los 35 que de los 30.

Era joven de espíritu.

—Si lo deseas, estoy segura de que podrías tener más de un macho.

La declaración de Atira la conmocionó.

—Espera un momento, pero... Yo tendré algo que decir, ¿no? Es decir, no me van a decir toma estos tres y espábilate, ¿verdad?

Devian le había dicho que no la forzarían.

Pero ahora estaba en un clan LLENO de machos.

—Tú tienes elección, tranquila.

La promesa de Atira la calmó.

Una parte de ella vio como una madre en aquella hembra. La miraba con ternura, a pesar de que parecía ser capaz de arrancarle la cabeza a quien se acercase más de la cuenta.

Dara era casi tan terrorífica como Atira, solo que más regordeta y con un tono de ojos y de cabello rosa que la hacía adorable. Aun así, la flanqueaban otros tres machos igual de aterradores que los de la otra hembra.

La esperaban en la puerta de lo que sería su nuevo hogar.

—Hembra humana, será un placer cuidar de ti —anunció Dara.

—Yo siento mucho...

No acabó de hablar porque Atira la miró como si estuviera a punto de destriparla.

—Gracias. Un placer conoceros —rectificó Taya rápidamente.

Respiró profundamente cuando los siete entraron en su nueva casa. Era espaciosa y con todo lo que necesitaba.

No había paredes, excepto en el baño, lo cual la sorprendió y le gustó a partes iguales. Tenía una pequeña mesa con un par de sillas, una cama extra grande, que teniendo en cuenta lo grande que eran los Kraxarian tenían sentido, y una cocina funcional.

—Muchas gracias, es precioso.

Uno de los machos de Dara vino con prendas dobladas en sus fornidos brazos. Ese hombre podía romper sandías con sus músculos.

—Aquí tienes, pequeña, Dara es buena cosiendo. Lo iré arreglando para que te sientas cómoda.

Hablaba con orgullo de su mujer, uno tal que hicieron que sus ojos verdes se iluminasen.

—Gracias de nuevo.

—Hoy cenarás con nosotros —ordenó Atira—, así veremos qué es comestible y qué no. Poco a poco te familiarizarás con los alimentos y podrás cocinarlos tú misma si lo deseas o pedirle a algún macho que lo haga por ti.

Taya casi se orinó encima ante la orden de Atira.

Era tan contundente que no se imaginaba diciendo que no. Casi la imaginó vestida de dominatrix en la cama, atando y anclando a aquellos feroces alienígenas mientras les daba latigazos.

Todos rieron adivinando su pensamiento.

—Es muy dulce donde tiene que serlo —le susurró uno de los machos.

Taya se sonrojó de los pies a la cabeza.

Odiaba ser tan fácil de leer.

—¡Qué curiosa forma de enseñar vergüenza! Pareces adorable —dijo Dara con alegría—. Eres tan hermosa que muchos machos van a soñar tenerte.

Esas palabras la golpearon con fuerza.

En la Tierra era considerada del montón, de ahí a que pudiera ser una belleza había un trecho enorme.

—No sé si es lo que quiero que muchos machos sueñen conmigo —confesó, nerviosa.

Atira le dio un golpecito en el hombro.

—Tranquila. Te adaptarás bien, solo enseña un poco las garras y gruñe cuando te molesten.

Sí.

Buen plan.

Solo que, en comparación a esa raza poderosa, ella parecía un tierno gatito.

CAPÍTULO 18

Después de cenar una cantidad ingente de comida que Atira y sus maridos le hicieron probar, recordó casi sus nombres. Estaba memorizando a tanta gente que pronto se volvería loca.

Había pensado en llamarlos azul número uno, azul número dos y así sucesivamente hasta que no quedase clan.

Quiso ir a casa.

Era solo un paso. Solo uno y torció alejándose un poco. Entonces se detuvo en seco.

Bork y Baruk aparecieron de la nada mirándola con sumo interés. Ella quiso entrar en casa, lo pensó con verdadera pasión, aunque decidió no hacerlo porque no se amedrantaría ante nadie.

—Hola —les dijo sin más.

Y ellos parecieron... ¿Sorprendidos?

—Hola, pequeña humana.

Baruk.

—¿Sabes que en la Tierra se me considera más bien ancha? Para nada pequeña.

¿Y por qué sentía la necesidad de decirlo en voz alta?

—Aquí eres pequeña y manejable —contestó Bork como si así quisiera decir más de lo que pronunciaba en voz alta.

«Saca las garras». Le había dicho Atira.

—Intenta manejarme, Bork, y te sacaré los ojos con lo primero que encuentre.

Baruk lució orgulloso mientras Bork se alejaba con grandes zancadas. Parecía realmente molesto con su contestación. Por suerte ella no iba a sentirse mal con su declaración.

—Seguro que no te dice manejable nunca más.

Ella lo fulminó con la mirada y, divertido, levantó ambas manos en señal de rendición.

—Tranquila, yo solo dije pequeña. Veo garras, aunque todos vean uñas romas.

Chico inteligente o macho.

Lo que fuera.

—Eres el mejor amigo de Devian —dijo recordándolo.

Y él pareció feliz con eso.

—Así es y también soy el experto en tecnología. Puedo entrar en casi cualquier sistema y ya estoy buscando los registros de tu compra. Así podremos saber qué pasó con el resto de humanas. Tal vez sean... Localizables.

La alegría estalló en su pecho.

—¿De verdad?! ¡Eso sería maravilloso! ¡Gracias! —exclamó lanzándose sobre él para abrazarlo.

Fue solo un momento, se alejó rápidamente después.

Baruk se sonrojó.

—De... De nada, hembra.

—Lo siento. Fui demasiado efusiva.

Él seguía sonrojado, tragó saliva y carraspeó como si hubiera perdido la capacidad del habla.

—Está bien. Te acompañaré a casa, si te pasara algo a nuestro Darkan le daría un infarto.

Taya rio ante sus palabras.

—Al Darkan ya no le importo. Está deseando que me folle a cualquier macho que me guste.

No supo por qué tuvo que decir algo así al mejor amigo de Devian. No había pensado, su boca se abrió a tal velocidad que contenerse le fue total y absolutamente imposible. Entonces fue su

turno de sonrojarse.

—Disculpa —corrió a decir Taya—, no debería haber dicho nada. Ha sido más que bueno conmigo. No puedo quejarme si ahora es más...

¿Cuál era la palabra adecuada?

—Frío.

Llegaron a su casa en cuatro pasos, cinco a lo sumo. Acompañarla fue realmente una estupidez, aunque no se lo dijo al macho que parecía contento con su compañía.

—Devian puede ser así a veces. Quizás tenga miedo. Quiere darte la opción de elegir —defendió Baruk.

Taya asintió.

—Sí, supongo que sí.

Una parte de ella no quería elegir. De un modo que no comprendía, ya lo había hecho. Quería a ese ser cabezota, a ese Darkan que se alejaba como si ella fuera un agente contagioso o algo similar.

—Dulces sueños, Baruk.

El macho se quedó algo confundido.

—Es algo que decimos en mi planeta. Supongo que se podría cambiar por «que duermas bien» o «que descanses» —explicó.

Él sonrió.

—Dulces sueños, hembra.

Entró en su «casa» dejando el clan tras de sí. Tras esa puerta y pareció que todo el mundo se le vino encima.

Sentándose en medio del salón, en el suelo, recordó todo lo vivido y todo lo que dejaba atrás. No volvería a casa, nunca jamás volvería a ver a los pocos familiares que tenía o a sus amigos.

Su vida había cambiado.

Y lloró.

Tan fuerte que pensó que se ahogaría por su propia culpa.

Estaba despidiéndose para no volver a llorar por ellos nunca más. Alejándose de un planeta que jamás pisaría de nuevo. No volvería a ver la única luna sobre el cielo, el agua azul o los animales.

Todo quedaba atrás.

La puerta se abrió poco a poco, casi como si no quisieran asustarla. Entonces, el rostro preocupado de Atira apareció junto a sus maridos.

—¿Qué ocurre, Taia?

Hipó en respuesta.

—No voy a volver, Atira... —dijo cuando fue capaz de tomar aire.

Se tapó la cara con las manos siguiendo llorando.

—No debería estar así. Habéis sido tan buenos conmigo... Me siento desagradecida. Pero, una parte pequeñita de mí quiere volver a casa, a mi mundo y sé que no lo haré.

Los brazos de Atira la acunaron con sumo cariño. Fue sorprendente ver a una hembra tan dura como ella, ser tan gentil.

—Duele, Taia, dejarlo todo atrás.

Sí.

Dolía.

—Tal vez, con el tiempo, ya no sientas esa necesidad de regresar y veas este lugar como tu hogar —comentó Atira acariciándole el cabello.

La propia Atira la cogió en brazos como si fuera una muñeca de trapo y la metió en la cama. Fue gentil, amable, mientras ella seguía desahogándose en un mar de lágrimas del que no tenía control.

Atira se metió en la cama, a su lado, y la abrazó en absoluto silencio.

Fue como una madre, una que nunca tuvo la oportunidad de tener hijos. La sostuvo como suya, llevándose su pena poco a poco hasta que el sueño le dio la bienvenida.

—Atira... —susurró Taya.

—Shhh, duerme.

Y siguió la orden al pie de la letra.

Cuando despertó, Taya sintió que había dormido cerca de un mes. Se sentía pesada y, lo más importante, incapaz de moverse. Pronto se dio cuenta de que era el brazo de Atira el que la estaba conteniendo contra la cama.

Tomando un dedo, empezó a levantarlo poco a poco deseando no despertarla.

Sus ojos se abrieron de golpe, esta gente tenía unos reflejos felinos.

—¿Te quedaste?

Una pregunta muy absurda.

Estaba allí.

—Lo necesitabas.

Tan simple como eso.

Taya sonrió.

—Gracias.

Levantándose de la cama, sacó un pie antes de tocar algo suave. Dando un brinco, volvió hacia el colchón con miedo.

¿Qué?

Tres grandes machos dormían en el suelo sin inmutarse.

—¡Oh! ¿Por qué os quedasteis todos? ¡Lo siento tanto!

Ellos se levantaron como si nada. Con un poco de sueño en los ojos y ya está. Parecían frescos como si una batalla se abiera entre ellos. Desde luego, los Kraxarian estaban hechos de otra pasta.

—No te preocupes, esta noche lo necesitabas. Atira nos lo pagará con creces —explicó uno de ellos.

Taya se sonrojó entendiendo el pago.

¿Todos los Kraxarian eran igual de calientes?

Atira rio.

—Es tan divertido hacerte pasar vergüenza.

Sí.

La bomba.

Resopló.

Con un ruido en la puerta, uno muy leve, Taya tuvo curiosidad. Bajó, sorteando los cuerpos de los tres maridos de Atira y fue hacia allí. Abrió la puerta y se congeló en el sitio sosteniendo un jadeo.

Ante ella, se abrió una gran cantidad de frascos con diferentes cosas y lazos de colores que solo pudo asumir que eran...

—Presentes —concluyó Atira.

¿Habían estado dejando regalos en la puerta toda la noche?

—¿Qué? ¿Por qué?

No sabía hablar.

O conjugar una frase completa.

—Por la esperanza, para que los elijas, para que los conozcas —explicó Atira.

Eso fue... Un tanto abrumador.

Había tantos regalos que creyó que no acabaría de verlos nunca. Había fruta, piedras preciosas, ropa... Hasta la funda de un cuerno. Todo para ella porque querían que se integrara, que formase parte de la familia.

Que los conociera.

—Ojalá podamos encontrar más humanas. Creo que muchos de estos chicos merecen una oportunidad...

—Si alguien puede es Baruk —comentó Atira.

Entonces se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Pero era cierto, con ella había muchas chicas que jamás volverían a casa. Ojalá pudieran encontrarlas y poder vivir con ellos. En paz, sin ser esclavas o lo que quisieran sus amos.

Taya dio un gritito de alegría al ver la fruta que sabía a natillas.

La cogió dando un saltito y la agitó hacia Atira.

—¡Esto está de muerte! Me lo dio Devian en la selva.

Los cuatro hicieron una leve mueca de desagrado.

—¿No os gusta?

—Demasiado dulce —contestó uno de los maridos.

Taya sonrió.

—Pues más para mí —canturreó entrando en casa dispuesta a pelar aquella cosa y comérsela.

Ellos la vieron feliz, bailoteando con alegría.

—Tengo que saber quién me la regaló y darle las gracias.

Incapaz de encontrar un cuchillo en aquella cocina, hizo un leve puchero. Jamás se comería esa fruta sin algo afilado. Así pues, Atira fue hacia ella y la abrió con sus enormes garras afiladas.

—Te quiero mucho, Atira —dijo pletórica de felicidad antes de ponerse a comer.

Y supo, mirando a la hembra de nuevo, que esas palabras habían calado hondo en aquel cuerpo duro y letal.

Sonrió.

Y Taya también.

CAPÍTULO 19

—¡Hola! ¡Busco a una humana! —gritó Ral metiendo la cabeza en su casa.

Ella, ya sola desde hacía unos minutos, sacó la cabeza del baño para verlo.

—¡No está! ¡Se ha ido!

La risa de Ral llenó la estancia.

—Me han dicho que te gusta la fruta orux.

—¿Así es como se llama?

Orux.

Un nombre muy raro para una natilla.

Sacó la cabeza de nuevo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Ral sonrió.

Atira.

—Las noticias vuelan —rio Taya—. Ahora salgo, estoy acabando de peinarme. Estas duchas de vapor que tenéis son muy raras, pero Atira me enseñó bien. No creo que necesite una segunda lección.

Ral esperó sin más.

Tranquilo.

Cuando salió, vestida con ropa nueva, se sintió feliz. Ya no llevaba ese vestido que picaba, ya no era una esclava vendida. Ahora era una persona de nuevo y olía a flores de ese planeta.

—¿Sabes el macho que me regaló esa fruta? Tengo que agradecerérselo —dijo yendo a comerse el último trozo que quedaba encima de la encimera.

Rio cuando Ral puso la misma cara de desagrado que el resto. Al parecer, eso no gustaba demasiado.

—Un macho sin importancia. Pasa muy desapercibido.

Taya lo fulminó con la mirada.

—Se llama Jaxyn. Te lo presentaré si quieres.

Mejor.

Mucho mejor.

Asintió.

—Y... ¿A qué has venido? —preguntó Taya sintiéndose algo incómoda.

El macho no parecía interesado en ella, algo que agradecía, no obstante, no pensaba bajar la guardia con nadie. Además, sabía que estaba a solo un grito de que Atira entrase como un tren de alta velocidad.

—Quería enseñarte un poco el clan. Orientarte y eso.

—Qué amable por tu parte.

Ese fue su turno de fulminarla con la mirada.

—Puedo ser un macho muy amable —contestó ronroneando, con una mirada fogosa que la obligó a señalarlo con un dedo.

Uno solo.

Advirtiéndole.

—No quiero nada contigo. No lo intentes o encontrarás mi furia.

Ral se tensó unos segundos antes de relajarse.

—Ya lo sé —contestó como si nada.

—¿Lo sabes?

Asintió.

—Pareces tener los ojitos puestos en el Darkan.

Chico listo, no era solo una cara bonita.

—Vamos, enséñame el clan un poco —pidió Taya cambiando el tercio de la conversación.

Él se lo permitió o, al menos, no insistió mucho en el tema.

Eso resultaba agradable.

Tendiéndole un brazo para que se cogiera a él, Taya dudó unos segundos antes de negar. Sabía bien que si salía con un macho del brazo, los demás lo interpretarían como que estaba interesada en Ral.

Y no pensaba lanzar ese mensaje ni en un millón de años.

—No pienso hacerlo —le indicó.

—Hembra lista —rio él.

Ese hombre podría ser la perdición de cualquier mujer.

—Ese de ahí es Jaxyn —susurró Ral.

Llevaban una hora mirando el clan. Era grande, repleto de cosas por ver y los machos se agolpaban los unos a los otros queriendo conocerla. Muchos eran mayores, de edades que le indicaron que habían perdido hijas y esposas.

Eso la hizo sentir triste.

Lo que había sufrido esa raza era demasiado cruel.

Los más jóvenes, los que se podrían llamar «casaderos», intentaron llamar su atención de alguna manera. Eran hermosos, no eran humanos, pero estaba segura de que aquellos musculosos cuerpos harían desmayar a muchas humanas.

Y sin camiseta.

Repito.

Sin camiseta.

Todo músculo masivo al aire para deleite de sus ojos ya no virginales. Estaba casi empachada en un mar de cuerpos alienígenas.

Al mirar a Jaxyn, algo cambió.

Era un poco más bajito que la mayoría, no gran cosa porque bien le sacaba más de una cabeza. Había algo en él que lo hacía diferente, casi extraño, aunque no conseguía dar con lo que era.

Jaxyn estaba cortando leña.

Concentrado en su tarea, no pareció darse cuenta de que ella estaba cerca, así que solo lo admiró de lejos.

Cojeó un poco al ir a colocar la madera que llevaba ya cortada. Y fue cuando se giró que se dio cuenta de un detalle que no había logrado ver hasta entonces: no tenía cola. Bueno, eso no era cierto.

Tenía, pero no llegaba al suelo como el resto.

Y uno de sus cuernos estaba desaparecido, con una base astillada que parecía enredarse en sus cabellos verdes esmeralda. Desprendía un aire triste, desolado, como si fuera solo algo que vivía para desaparecer de la vista de los demás.

—Es un macho con muchos defectos. Nació así y su madre lo repudió por ello. Excepto por el

cuerno, lo perdió cuando su padre lo golpeó hasta casi la muerte. Pero Rok se apiadó de él y lo cuidó.

Rok.

El sanador.

Tenía un gran corazón.

Le resultó horrible que unos padres hubieran causado dolor a su hijo solo por ser diferente. Esos defectos no lo hacían feo en absoluto. Era de un azul hermoso, tan brillante que podía quedárselo mirando durante horas. Y, sus ojos verdes, eran todo un espectáculo.

Y, de haber sido feo, tampoco importaba.

Un hijo era un hijo y no un despojo.

—¿Hacéis eso con vuestros hijos?

Una pregunta absurda porque hacía treinta años que no tenían hijos.

Ral se encogió ante la pregunta.

—Solo algunos padres lo hacían, eran crueles con ellos. Pero ahora a nadie se le ocurriría algo así. Hemos mejorado.

—Y lo dice el que lo ha llamado insignificante por sus defectos. Debería darte vergüenza, Ral.

Taya caminó hacia Jaxyn sin decir nada más. Necesitaba hablar con ese macho. Puede que fuera una defensora de las causas perdidas, tal vez siempre lo había sido y no pensaba cambiar.

—Hola, Jaxyn, ¿verdad? —dijo sin más.

El pobre macho dejó caer el hacha rápidamente, tropezándose y cayendo sobre sí mismo de forma lastimera. Taya corrió hacia él, ayudándolo a levantarse mientras la conmoción crecía con la gente que miraba.

—¡Lo siento! No quería asustarte. Madre mía, perdóname, por favor —exclamó Taya.

El macho, en pie casi de un salto, miró hacia donde ella lo sujetaba. Tenía una mano en su pecho y la otra en un brazo. Casi tembló bajo su toque y se alejó de ella como si fuera un sacrilegio.

—Lo siento, de verdad.

—Hembra Taia. Perdona mi torpeza, no debí haberme asustado.

Estaba atormentado.

Y, lo que dijo Ral, se desmoronó en un momento. Puede que ahora no repudiaran a un bebé con defectos, pero sí seguían haciéndolo de menos y solo tuvo que mirarlo para darse cuenta.

Desprendía dolor.

Uno que encogió su corazón y que le recordó a Devian.

—Quería darte las gracias por el Orux, me encantó.

Los ojos verdes de Jaxyn brillaron de alegría.

—¿De verdad? No tengo un oficio como herrero o similar, así que, no sabía que regalarte, humana Taia. Aunque después pensé en apartar mi ofrenda porque al igual a los humanos no os gusta el dulce.

Su inocencia casi la obligó a llorar. Sentía ternura por aquella masa de músculos más mortal que cualquier criatura de la Tierra.

—Me encanta. Sabe a algo que me encantaba de mi planeta. Te lo agradezco de corazón, Jaxyn, me has hecho muy feliz.

Él se sonrojó.

Hasta jadeó un poquito buscando aire.

—Te... Tengo un árbol... en mi parcela. Puedes comer todo el orux que quieras, Taia.

Ese hombre era muy dulce.

—Gracias. No quiero abusar.

—¡Oh! No lo haces. De verdad, Taia. No abusas.

De acuerdo.

Saquearía ese árbol dulce en alguna de sus visitas a Jaxyn, porque sí, iba a seguir visitándolo.

Ya estaba decidido: iba a ser su amigo.

Él, nervioso, señaló hacia atrás directo a la multitud que cuchicheaba.

—¿Estás segura de que quieres que te vean conmigo?

Aquella pregunta le rompió el corazón.

Taya tuvo que morderse el interior de las mejillas luchando por controlar su genio. No podía llorar.

—Estoy segura. No hay nada de malo en ti, Jaxyn.

Como Devian, estaba muy roto.

Tanto que parecía imposible volver a juntar los trozos.

El macho no la creyó, hizo una mueca antes de regalarle una media sonrisa.

—Estoy visitando el clan... ¿Te gustaría venir? —preguntó Taya.

Supo la respuesta antes de que él la dijera.

No.

No vendría.

—Te lo agradezco, Taia, pero me quedaré aquí cortando leña.

Un peso apretó su corazón.

No podía insistir, solo aceptar su decisión, aunque eso no significaba que no volviera a la carga a por él otro día.

—De acuerdo. Un placer conocerte, Jaxyn.

—Igualmente, Taia.

Ahí si pareció feliz.

Aunque solo fue una fracción de segundo.

—Perdóname, Taia.

Ella caminaba con los brazos cruzados sobre el pecho y sin mirarlo. Después de conocer a Jaxyn, odió que lo llamase insignificante y estaba tan enfadada que casi podía sentir garras en vez de uñas.

—¿Por qué debería hacer eso? —preguntó, furiosa.

Ral la rodeó muy nervioso.

—Por llamarlo insignificante. No lo es. No me di cuenta de que era malo con el macho. Perdóname —suplicó.

Ella giró el rostro negándose a mirarlo y el pobre corrió para colocarse ante sus ojos.

—Perdóname, Taia. Aquí hemos sido así mucho tiempo, si hay un defecto... Se resalta. Es cruel. Perdóname.

Los humanos no eran mucho mejor.

Ser distinto al resto te hacía caer en un estigma social no deseado. Hasta podían destruirte así.

—Solo si me ayudas a que se integre en el clan —propuso Taya.

Sí.

Sabía que Jaxyn era un solitario y lo había adivinado por cómo había mirado a la multitud.

Ella se negaba a permitir que eso siguiera sucediendo.

—No hablas en serio —se quejó Ral.

Entonces decidió seguir caminando dejándolo atrás.

—Entonces no te perdono.

Tras un suspiro agónico, Ral la alcanzó.

—¡Vale! Sí. Lo haré.

—Buen Ral.

Él no sonrió.

Ni encontró el chiste.

Pobre Ral.

—¿Y dónde está la casa de Devian? —preguntó Taya como si nada, cambiando de tema.

Fue casi como si hablaran del tiempo, pero Ral la miró con una sonrisa pícar.

—¿Echando de menos al Darkan?

Se sonrojó sin confesar nada.

Ral solo rio.

—Estará preparando la gran fiesta. Quiere hacer una en tu honor mañana.

Fiesta.

¿Fiesta?

¡Oh, fiesta!

—¡¿Por qué?! —gritó Taya sin darse cuenta.

—Porque eres la primera hembra en treinta años. Es para celebrarlo.

Sí.

Bueno.

Ella no creía ser merecedora de ese evento, sin embargo, comenzaba a comprender que discutir no iba a servir de nada. Así pues, solo se encogió de hombros mientras miraba a su alrededor.

—Pues vamos a verle.

—¿Lo echas de menos?

Ese macho era un perro con un hueso.

—Sí, lo echo de menos —confesó Taia, suspirando.

Solo que vio felicidad en el rostro de Ral.

¿Estaba contento por estar interesado en su hermano?

Cuando Taia entró en su despacho el tiempo se detuvo. Olvidó que Bork, Baruk y Lixton estaban a su lado, solo tuvo ojos para ella.

Acompañada por Ral, parecía brillar con luz propia. Era hermosa y desprendía un olor floral que casi lo hizo gruñir. Le agradó la nueva ropa, una que se ajustaba sutilmente en las curvas que tan loco lo volvían.

—¡Buenos días! —sonrió ella como si fuera una diosa enviada a su planeta.

Devian se ahogó con su propia saliva y tosió.

—¿Estás bien? —preguntó Taia.

Mantenerse alejada de ella había sido tan difícil. Y más cuando echó un vistazo, en una patrulla rutinaria matutina, y comprobó la cantidad de presentes que tenía ante la puerta.

Estuvo a punto de gruñirle a todos sus machos que no intentasen nada con ella.

Por suerte pudo contenerse.

—Sí, perfectamente —contestó Devian tomando el control de sus emociones.

—¿Y qué hacéis?

Su curiosidad genuina lo animó, quería contarle que estaba montando una fiesta en su honor, solo para que ella se sintiera parte del clan, pero sus palabras murieron en la boca.

Incapaz de hablar.

—Estamos buscándote un guardia. Debes estar protegida —explicó Baruk.

Sí.

Ese era también uno de los temas del día.

Estaban convencidos de que el resto de clanes sabría pronto de su existencia. No podían dejarla sola o pretender que no vendrían a por ella. Debería estar protegida todo el tiempo, al menos hasta que tomara a un macho.

Una hembra emparejada ya no era una opción para robar.

—¿Puedo proponer a alguien?

Su pregunta lo hizo verlo todo rojo.

¿Ya había conocido a alguien?

¿Un interés en otro macho?

—¿Quién es? —gruñó.

Taya no se amedrentó con su sonido, lo miró con cierta sorpresa y, cuadrando sus hombros, dijo el nombre.

Jaxyn.

—Quiero que sea Jaxyn.

Ese macho no había recibido el total del entrenamiento de un guerrero. Cabía decir que era ancho, fuerte y que no tendría problema en derribar gruks o sartons, pero no sabían hasta qué punto podría con otro Kraxarian.

—Ese macho deforme no será un guardia —escupió Bork—. No recibió el entrenamiento necesario.

Y, como si Taia fuera una fuerza de la naturaleza implacable, miró a Bork con la capacidad de sacarle los ojos.

—Vuelve a llamarlo deforme y te arranco la lengua, Bork. Sus defectos no deberían ser un problema y si necesita entrenamiento, tal vez podríamos preguntarle si acepta el puesto y entrenar.

La ferocidad que demostró protegiendo a Jaxyn le rompió el corazón.

¿Había elegido macho?

¿Uno tan roto como él?

Bork se levantó impactando sus puños en la mesa.

—Es un macho deforme, Taia. Y no será tu guardia. Eres una hembra que no sabe nada, vas a dejar que los demás cuidemos de ti.

—¿Me estás llamando estúpida? —espetó Taia casi a punto de saltar a su yugular.

—Sí, hembra.

Antes de que alguien se moviera, Devian lo hizo. Tomó a su hermano del cuello dejando escapar un gruñido cruel y despiadado. Después, lo golpeó contra la pared, donde lo sostuvo con fuerza.

Mostró sus colmillos deseando poder morder su garganta, despedazándolo poco a poco para después presentárselo a su hembra.

—Lo siento, Darkan. No volveré a llamarla estúpida —gorgoteó Bork casi sin aire.

Devian gruñó de nuevo.

—Te mataré si vuelves a faltarle el respeto.

—Sí, Darkan.

Sumisión.

Su hermano mostró absoluta sumisión, algo que no había hecho en años.

De pronto, el suave toque de los dedos de Taia en su brazo, le hizo mirar hacia ella. Había preocupación en sus ojos y parecía estar a punto de... ¿Se decía llorar? Sí, parecía estar a un segundo de eso.

—Suéltalo, por favor, Devian.

Lo hizo al momento.

Giró hacia ella, impregnándose de su aroma, colocó la nariz sobre su pelo y aspiró luchando por calmarse.

—Preguntaré a tu macho si quiere ser uno de tus guardias. Se le entrenará para serlo, pero deberá compartir cargo con otros —aceptó Devian casi masticando las palabras.

Taia lo abrazó.

No supo si por gratitud o por qué, solo lo hizo.

—No es mi macho, Devian, es un amigo.

Su voz lo calmó.

Lo cautivó.

Y devolvió el abrazo.

—Cuando puedas —susurró Taia en su oído—, me gustaría estar un rato a solas contigo.

Devian parpadeó, sorprendido.

—¿Estás segura?

Que lo vieran con ella podía levantar sospechas y no tenía claro que ella quisiera eso. Debía comprender las cosas antes de hacerla porque las diferencias culturales eran muy palpables.

—Sí —contestó Taia fervientemente.

Su corazón se ablandó.

—Bien. Iré a buscarte al comedor, Atira te mostrará dónde está.

Y, poniéndose de puntillas, Taia le depositó un hermoso beso en la mejilla. Lo congeló al instante, ese leve toque despertó partes de su alma que creyó siempre muertas. Es más, la esperanza bombeó en sus venas.

Una que se obligó a enterrar. Ella nunca sería suya.

—Vale, Devian, no trabajes mucho —le dijo ella con alegría antes de irse con Ral.

Dejándose caer en su asiento, suspiró.

—Esa hembra parece interesada... En ti —rio Baruk, orgulloso.

Devian no se lo creyó.

No.

No podía.

CAPÍTULO 20

Cuando Atira mencionó que era una fiesta «humilde», Taya se imaginó eso, no la macrofiesta que habían montado el medio del clan. Había alcohol, comida como para alimentar a un ejército y una gigantesca hoguera en el centro.

—Esto es... ¿Y no iba a ser en dos días? —preguntó mirando directamente a Dara.

La hembra se quitó un mechón de pelo rosa de la cara mientras reía alegremente.

—El Darkan quiso hacerte una sorpresa.

¡Ahhhhh!

Sorpresa.

La misma que había recibido cuando, después del comedor, Devian había aparecido y más de veinte machos pidieron su atención para algo en particular. Aquel pobre macho estaba muy solicitado.

Atira la entretuvo diciendo que era mejor que se fueran juntas a buscar ropa nueva y cosas para el pelo. Supo que algo olía mal en cuanto aquella mole de mujer se puso dulce, pero ahora entendía que sabía que Devian no iba a tener un minuto libre.

Iba a caer sobre él toda la rabia y terror del mundo entero por... En realidad no podía enfadarse con Devian, aunque no iba a cejar en su empeño para tratar de pasar un rato a solas con aquel gran ser.

Buscó entre la multitud aquellos cabellos negros como la noche de Devian y esos cuernos que se moría por acariciar y no lo encontró. Tal vez vio a Ral, puede que hasta a Baruk y Rok, aunque no al macho que buscaba.

Bueno.

Tampoco es que tuviera un gran rango de visión flanqueada por todos los maridos de Dara y Atira.

—¡Oh! ¡Espera! ¡Lixton!

El cabello amarillo de ese hombre y sus ojos brillantes del mismo color no dejaba lugar a dudas. El pobre, al sentir su nombre, se estremeció de los pies a la cabeza y se detuvo como si tuviera miedo.

Pasando bajo el brazo de Atira, fue directa a por él.

El chico no había tenido vergüenza para preguntarle en la ronda de preguntas de cuando llegó, ahora no pensaba dejarlo irse con la cola entre las piernas. Iba a perseguirlo hasta el fin del mundo de ser necesario.

—¡No se te ocurra huir! —amenazó cuando lo vio girarse.

El pobre se quedó congelado en el sitio.

Llegando a él, puso los brazos en jarras, apoyando sus manos en las caderas y lo miró directamente.

—H... Hola, hembra.

—Hola, Lixton, buenas noches. ¿Serías tan amable de indicarme dónde está nuestro Darkan Devian? —preguntó con la voz más dulce que pudo encontrar.

El azul de la piel de Lixton se fue aclarando poco a poco, palideciendo por segundos y tuvo claro que había preguntado al Kraxarian indicado.

—No... ¿No lo sé? —preguntó con voz aguda.

Fue su momento de sacar garras.

—Mira, si no me lo dices voy a ser una pesadilla el resto de tus días. Vas a tener que dormir

con un ojo abierto y la cola preparada porque te ahogaré con ella de ser necesario.

Una risita se escapó de su garganta y olvidó su pose de asustado.

—Eres muy buena, hembra. Me gusta.

Taya parpadeó, confusa.

¿Ese era el mismo Lixton temeroso?

—Eres una cosita pequeña y llena de fuego. Normal que tengas al Darkan tan entretenido.

No supo qué decir al respecto.

Así pues, tomó aire.

—Vas a decirme dónde está.

Sus ojos amarillos brillaron un poco con picardía.

—¿Qué me darás a cambio?

Taya puso los ojos en blanco, sorprendiéndolo hasta arrancar a reír a carcajadas.

—Te aseguro que te ahogaré mientras duermes —prometió, convencida.

Entonces levantó ambas manos en señal de rendición. A pesar del cambio de actitud, que al parecer derivó de mostrar carácter, él decidió que no podía seguir peleándole porque cumpliría sus amenazas.

—Ha ido a ver a Jaxyn para el puesto que solicitaste —contestó Lixton.

Fue su turno de palidecer.

—Y... ¿Eso es bueno o malo?

Lixton enarcó una ceja.

—Depende lo mucho que crea que te gusta el pobre Jaxyn.

Suspiró.

Los hombres humanos eran un problema y lo mismo pasaba con los machos Kraxarian, demasiada testosterona corriendo por sus sistemas para pensar con claridad. Debía de hacer algo.

—Gracias, Lixton y no vuelvas a intentar huir de mí.

—Nunca, hembra —contestó sonrojándose.

Un tipo bien peculiar ese Lixton.

—¿Jaxyn? Me gustaría hablar contigo —anunció Devian.

Para sorpresa de nadie, el macho seguía trabajando en las intermediaciones de su casa olvidando la fiesta. Demasiadas miradas que seguirían resaltando su falta de cuerno, cojera y los centímetros de cola que no existían.

—Sí, Darkan —contestó tembloroso.

Se limpió las manos con un trapo que llevaba colgado del cinturón y fue hacia él a esperar cualquier orden que se le diera.

Taia lo había elegido.

Taia.

Un macho que no se consideraba apto.

Y ella vio algo bueno en él.

—¿Darkan? —preguntó sacándolo de sus propios pensamientos.

Carraspeó luchando contra los pensamientos de cierta humana provocadora que se moría por probar.

—Estamos organizando unos turnos para que la humana Taia tenga siempre guardianes cerca. Cualquier clan podía tratar de llevársela hasta que tenga tiempo de escoger a un macho.

Los ojos de Jaxyn estaban completamente inexpresivos. No esperaba nada, solo una leve notificación del caso, algo extraño porque no se solía hacer, y nada más. Con dolor se dio cuenta de lo muy excluido que había estado de la sociedad.

¿Cuántos de sus machos estarían en esa misma situación?

Iban a cambiar las cosas.

—Taia te ha reclamado para el puesto de guardián.

Ahora sí, los ojos de Jaxyn se abrieron tanto que casi se le salieron de las cuencas.

—Yo... Ah... Darkan... Yo... No tengo entrenamiento de guerrero.

—Eso no es del todo cierto. Te hemos visto entrenar solo.

No era tan completo, pero tenía un manejo ágil de cuchillos y espada.

Atormentado, bajó la mirada siendo incapaz de soportar el escrutinio de su Darkan.

—Sé que no merezco ser guerrero dado mis... Deficiencias. Lamento haber entrenado sin permiso.

Devian se encontró a sí mismo reflejado en la vergüenza de su guerrero. No había visto el dolor en él, ignorándolo como el resto del clan. Hizo falta que una hembra lo viera de verdad para que comprendiera los grandes errores que estaba cometiendo.

¿Habría fallado a muchos de los suyos en el camino?

«Eres débil». Las palabras de su padre resonaron en su mente.

Sí.

Un Darkan fuerte no fallaba.

Él no lo era.

—No vengo aquí a reprenderte por tus acciones. Quiero saber si aceptas la petición de Taia.

Jaxyn se quedó sin aire en los pulmones.

—Ral personalmente se encargará de tu entrenamiento posterior. Para hacerte un guerrero más completo.

Pasó un segundo.

Luego dos.

Y así hasta casi un minuto.

—Darkan... ¿Usted me considera apto?

Su voz rota rompió algo en su interior. Rehusó acariciarse el pecho porque sabía que no se recompondría.

—Si Taia te ve apto para el cargo, yo también, Jaxyn. A ella le hará muy feliz tenerte a su lado —dijo con voz estrangulada.

Sí.

Porque si aceptaba iba a seguirla cual sartón faldero mientras él trabajaba o hacía cualquier cosa que lo mantuviera lejos de aquellas curvas perfectas.

Gruñó para sí mismo, en su mente.

Llevándose el puño al corazón, Jaxyn asintió.

—Será para mí un honor proteger con mi vida a Taia, Darkan. Estaré a la altura de las expectativas, seré un macho fuerte y apto.

¿Cuántas veces se había dicho a sí mismo esas cosas?

De pequeño, Devian había fantaseado con ser un macho fuerte y apto. Ahora estaba ante otro totalmente roto. Si él podía luchar por ser digno del puesto asignado, tal vez lo consiguiera.

—Taia será feliz con tu decisión. Deberías decírselo.

Jaxyn miró la fiesta con anhelo.

—Sí... Mañana se lo diré.

Muchacho.

El corazón se le encogió.

—Ven conmigo, guerrero. Bebamos juntos —ordenó o pidió Devian.

No tuvo claro con qué tono lo dijo.

Jaxyn parpadeó confuso unos segundos, después corrió a su lado puesto que Devian ya había empezado a caminar.

—Aquí está nuestra dulce Taia —rio Baruk.

Ella, que estaba cazando a Devian, se detuvo en seco. Quiso seguir adelante cuando vio a Bork a su lado, pero no pensaba darle el gusto de irse cuando ese hombre la creía estúpida.

—Ten una copa, diviértete —ofreció Baruk.

—Es una hembra pequeña, se mareará pronto —advirtió Bork.

¡Oh, santo cielo! ¡Qué ganas de estrangularlo le provocaba ese macho!

Sin pensárselo dos veces, Taya cogió la jarra y dio un generoso trago que le quemó hasta el estómago. Tosió un poco, conteniéndose de gritar y los miró con una grandiosa sonrisa.

Baruk aplaudió ruidosamente.

—¡Hembra fuerte! Esa bebida tumbaría a un novato.

Ese hombre era divertido.

Tecnológico, sexy y divertido. Muchas humanas se matarían por él.

Aquella bebida no parecía cerveza, era más bien un tequila seco que te rompía hasta el alma en su camino al estómago. No obstante, para no tener que sentir a Bork decir que era débil, se tomó su jarra entre risas.

Algunos machos bailaban, otros saltaban la hoguera en esas primeras horas en el que el alcohol se lo permitía. Atira le había dicho que pasado un tiempo los saltos estaban prohibidos.

Y sabía el motivo.

La música sonaba de fondo. Tenían unos instrumentos que nada se parecían a los humanos, sin embargo, parecía algo similar. La melodía, los acordes, la percusión... Invitaban a bailar.

Eso hizo.

Comenzó a moverse para deleite de muchos machos que estaban cerca.

—¡Oh, mierda, Taia! —escupió Baruk yendo a por ella cuando se alejó.

Casi sin tocarla, la tomó de los hombros observándola con atención.

Taya sonrió.

—Tú eres muy sexy, pero no tanto como mi Devian —rio.

Baruk palideció.

El ogro de Bork llegó hasta ellos.

—¿Cuánto le has dado? —le reprendió el hermano pequeño de Devian.

Baruk, que parecía confuso, pensó.

—¡Solo una jarra! ¡Lo juro! ¡Lo bebió muy rápido!

¡Ah, sí!

Puede que ese hubiera sido el problema principal. Beber rápido era un error de novata que pagaría muy caro. Ya había tenido borracheras antes, pero ese tipo de alcohol prometía muerte y destrucción para la mañana siguiente.

—Te dije que era una hembra pequeña —espetó Bork.

Ese macho era odioso.

Lo fulminó con la mirada.

—¿Será que nuestra bebida es muy fuerte para humanos? —preguntó Baruk.

Evidentemente.

Taya rio entre los brazos de Baruk, los cuales construyeron una jaula a su alrededor para evitar que cayera.

—Todos sois muy guapos.

Aquellos pobres se tensaron al escucharla.

—Sí, es muy fuerte para humanos —suspiró Bork.

—Y tú —dijo Taya apuntando con un dedo a Bork—, vas a contestarme ahora mismo por qué siempre me hablas y me miras como si tuvieras un palo metido por el culo.

Él se erizó como un gato.

—No hago eso, hembra.

—Pues la cola, Bork.

Como si fuera un borrón, creyó ver a Atira acercarse para ver lo que estaba ocurriendo.

Genial.

Problema a la vista.

—¡Atira! Eres una hembra muy lista. Tres machos para ti sola y, debo decir, que a pesar de la edad, están buenísimos. Puede que yo también proponga algo por el estilo, aunque me preocupa el tema del tamaño... —señaló hacia la entrepierna—. No creo que pueda ser tan elástica.

Todos la miraron como si acabara de decir la mayor tontería del mundo, horrorizados.

—¿Qué? Me llamáis pequeña, ¿cómo pensáis que tengo el coño? —rio.

Baruk la soltó de golpe haciéndola perder el equilibrio, fue Bork quien tomó el relevo y la sostuvo.

—Ahora dime, ¿por qué te caigo mal?

—No me caes mal, hembra. No tengo ningún juicio sobre ti.

Ella levantó un dedo que lo hizo impactar con su pecho.

—Mentira, me llamaste estúpida.

Bork suspiró.

—Solo porque pediste un macho deficiente para protegerte.

Estaba harta de que trataran así a Jaxyn.

—¿Y tú lo harías mejor? ¿Me protegerías? Porque tengo la sensación de que me patearías el culo a la primera oportunidad que se te presentase.

Bork la miró completamente serio.

—Huiste de un sarton, son animales dóciles.

—¿Ese tiranosaurio es dócil? No lo pensé con esa caja de dientes afilados persiguiéndome, pero ese no es el tema. ¿Tú me protegerías mejor?

¿Por qué no quería contestar esa pregunta?

No pensaba dejarlo estar.

—Sí, lo haría —sentenció.

Taya sonrió.

—Entonces te nombro guardián —dijo tocándole la frente como si ella fuera el rey Arturo y estuviera iniciando a un nuevo caballero de la mesa redonda.

Él no se lo vio venir porque parpadeó perplejo.

—¿Me aceptas como tu guardián, Taia?

—¿Quieres el puesto?

Hicieron una pelea de miradas o eso pareció, porque se quedaron congelados un tiempo

mientras decidieron no parpadear.

—Sí. Quiero el puesto.

Taya sonrió.

—Pues eres mi segundo guardián, primero es Jaxyn.

Puede que...

¿Lo viera sonreír?

Pero parpadeó y la imagen que tenía ante sí cambió, era el mismo hombre serio que conocía.

Atira apartó los brazos de Bork cuando atrajo demasiadas miradas, así que, Taya se aferró a su amiga.

—Eres una enorme Kraxarian. Dura como una roca por fuera y dulce por dentro —rio Taya abrazándose como si fuera un mono a un árbol.

La pobre tosió.

—¿Qué le habéis hecho? —exigió saber con ese tono que bien podía hacer que te orinaras encima.

Baruk levantó una mano.

—Le di una jarra de nuestra bebida.

Entonces Taya lo recordó.

Alcohol.

Necesitaba más.

—Muy rico, añadiría yo. Voy a por más —dijo, saliendo por debajo de los brazos de Atira y yendo hacia la primera mesa que vio.

—¡Ah, no! ¡No más! —exclamó Atira deteniéndola al momento.

Taya hizo un mohín.

—Eres mala conmigo.

Atira rio.

—Puede, pero bastante borracha estás ya.

¿Borracha?

¿Ella?

¡Qué equivocada estaba!

De pronto, reconoció a dos Kraxarian que se acercaban a la fiesta. La sonrisa que lució pareció vaticinar lo que estaba a punto de hacer.

—Atira, yo no la soltaba... —dijo Baruk.

Atira hizo todo lo contrario.

—¿Y por qué no? —rio.

Caos.

Borracha era puro caos.

CAPÍTULO 21

A Devian le pareció ver a Taia rodeada de Atira, Baruk y Bork. Se les veía bastante animados en la conversación y una parte de él quiso saber qué era lo que estaban tratando.

De pronto, Atira soltó a Taia y esta miró directo hacia ellos con una gigantesca sonrisa que le robó el corazón.

Y, dando saltitos como un animal feliz, acortó la distancia con ellos.

Antes de poder darse cuenta de lo que estaba pasando, Taia abrazó a Jaxyn dejando al pobre macho completamente congelado en el sitio, sin respiración y sin poderse mover lo más mínimo.

Un gruñido se le formó en la garganta. Lamentablemente, se obligó a recordar que ella no era suya para enfadarse.

Lo soltó tan rápido como vino.

—¡Me alegra de verte, Jaxyn!

Jaxyn estaba con las mejillas sonrojadas a más no poder y más con la mirada de muchos sobre él.

—Ta... Taia. Yo también me alegro de verte.

Y él no.

No se alegraba nada.

—¿Ya te han dado la noticia? ¿Has aceptado? —preguntó Taia dando pequeños saltitos de emoción.

¿Tan feliz le hacía Jaxyn?

¿Por qué?

—Sí. He aceptado y debo agradeceréte, Taia. Es un honor que no esperé que me concedieran jamás. Te protegeré con mi vida hasta mi último aliento —juró solemnemente con su puño sobre el corazón.

A Devian le sorprendió la devoción absoluta que parecía mostrar.

Taia sonrió ampliamente.

—¡Me alegro tanto de que hayas aceptado! —exclamó con un gritito agudo.

Tomándolo de la mano, la levantó y pegó un grito al cielo llamando la atención de todo el clan, literalmente, porque la música se detuvo entonces.

—¡Escuchadme todos! Jaxyn va a ser uno de mis guardianes y —levantó un dedo acusatorio—, si veo que alguien le dice algo malo o se mete con él, me enfadaré mucho con vosotros. No voy a dejar que algo que no ha podido elegir marque su vida. Es un macho fuerte y me defenderá bien.

Conmoción.

Sus palabras dejaron paralizados a todos, los cuales, la miraron como si acabase de enloquecer.

Pero aceptaron.

Su rugido, reclamándolo como apto, había captado la atención de todos. No iban a hacerla cambiar de opinión por mucho que lo intentaran. Aceptarían a Jaxyn, aunque fuera a regañadientes, para que la hembra no se molestase.

Y fuera feliz.

Y quisiera quedarse.

Acababa de aprovecharse de eso para conseguir su objetivo. Era una hembra muy lista.

Cuando soltó la mano de Jaxyn, el pobre macho parecía a punto de desaparecer por miedo a

las miradas de los demás.

—¿Bebemos para celebrarlo? —preguntó Taia.

Acto seguido, giró sobre sí misma dando saltitos hacia la primera mesa.

—¡Ah, no, hembra! ¡No bebes más! —corrió Baruk tras ella.

—¡Tú no me mandas! —espetó ella con una jarra en la mano.

¿Qué estaba ocurriendo?

—Un consejo, hermano —dijo Bork, el cual había llegado a su lado—. No debe beber. Es muy sensible con nuestro alcohol.

Baruk intentó quitarle la jarra, pero ella era más ágil de lo que parecía. Fue tan cómico que no pudo evitar reír.

—Me ha nombrado uno de sus guardianes.

Devian pareció colapsar con aquellas palabras. Con un rugido, miró hacia su hermano en señal de advertencia.

—No la insultaré y tampoco al otro macho que ha escogido. Seré un buen guardián, Darkan. Lo juro.

¿Y ese tono?

¿Admiración?

¿Devoción?

Algo había cambiado en Bork, algo pequeño, pero que parecía sumamente real.

—Si se queja lo más mínimo o sufre daño, yo seré tu peor enemigo —advirtió Devian incapaz de controlarse.

A pesar de su actitud feroz, Bork lo aceptó asintiendo.

Bien.

Sello tomado.

—Te aconsejo, Darkan, que ayudes a Baruk antes de que pierda años de vida con tu hembra —bromeó, con semblante serio Bork.

Él ya estaba camino a Taia, aunque no se le escapó el comentario de «tu hembra».

Arrancó, sin problemas, la jarra de las manos de Taia cuando se despistó huyendo de Baruk. El mohín que le hizo a continuación estuvo a punto de obligarlo a ponerse de rodillas suplicando perdón.

—No puedes, hembra. Estás borracha.

—Solo tengo el puntillo. Reconozco que es fuerte.

La vio buscando entre la multitud y sonrió cuando vio a Jaxyn algo más integrado en el grupo. Hablando con Ral, el macho seguía tenso, no obstante, parecía haber sonreído un poco.

—Te importa ese macho —murmuró Devian viéndola feliz.

Ella pareció satisfecha.

—Así es. No debería ser menos. Ha tenido que trabajar el triple para ser igual de fuerte que los demás. Creo que merece que le reconozcan el mérito en vez de despreciarlo.

Su línea de pensamiento era tan genuina.

Tan preciosa.

Podía ver bien a alguien calificado como no digno, como insuficiente.

¿Cómo es posible que los machos humanos no la valorasen?

Soltando la jarra que Taia había tomado, intentó pensar a dónde ir ahora. Alejarse de ella de alguna forma antes de que fuera demasiado tarde, antes de que no pudiera controlarse por su cercanía.

Los deditos de Taia tomaron los suyos, entrelazándose poco a poco. Fue una tentativa,

mientras lo miraba esperando ver su reacción.

Él casi ronroneó con el contacto.

Solo llevaba unos pocos días en el clan, pero había añorado su contacto. Desde la selva se había alejado de ella para hacerlo todo más fácil. Para no servir su corazón en bandeja y que lo patease hasta la muerte.

—Hoy no pudimos pasar tiempo a solas...

—Lo sé, es que...

Ella lo calló.

—Tranquilo. Sé que ser Darkan no es fácil.

¿Lo sabía?

—Todo el mundo depende de ti y debes estar en mil sitios a la vez. Te admiro, ¿sabes? Yo no sé si podría.

La niebla del alcohol comenzaba a marcharse y ella parecía más lúcida que nunca. Hablaba de forma que lo sorprendió.

Nadie había tratado de ponerse en su piel y, cuando lo hacían, parecían menospreciar sus esfuerzos. Haciéndolo sentir que fallaba una y otra vez. Además, sumado a sus episodios, parecía tener que tener niñera cada vez que salía del clan.

—No comprendo los ojos con los que me ves, Taia —confesó.

Nadie lo hacía.

—Con los míos —rio ella.

Era tan simple y tan complejo a la vez.

—Este lugar es genial. De momento todos los que he conocido son simpáticos, bueno, menos Bork. Los demás son agradables. Este puede ser un lugar bonito para vivir —explicó Taia.

Parecía feliz de verdad, lo cual, calmó su corazón.

El clan le gustaba y ese era un paso muy importante.

Sin poderlo evitar, descruzó los dedos con Taia para tomarla de la cintura y apretarla a su cuerpo. Necesitaba su cercanía, soñaba con ella por las noches recordando las veces que se tocaron en la selva.

Quería ser digno.

Quería ser un buen macho y permitirle escoger.

Pero moría por dentro al pensar que otro pudiera llamar su atención.

—¿Sabes? Te besaría ahora mismo... —confesó Taia.

Sí.

Ese boca a boca le gustaba y cierta parte de su anatomía se alegró por ello.

—No podemos. El macho que espera ser tu protector no verá con buenos ojos este contacto entre nosotros.

Taia se apartó para encararlo ferozmente.

—A ver si me queda clara una cosa... Yo tengo que elegir algún día a alguien, pero no puedes ser tú, ¿verdad?

¿Por qué hacía una pregunta difícil?

—Ya te dije —Devian se esforzó por no gruñir—, que no soy un macho aceptable.

—Pero, una parte de esa decisión es mía, ¿no?

No le gustaba hacia dónde estaba navegando esa conversación.

O sí.

—Lo es.

Taia cruzó los brazos sobre el pecho.

Ese hombre era el ser, macho o lo que fuera, más terco de todo el universo. Puede que, mientras estaba algo borracha, todo le parecieran luces y arcoíris. Por desgracia, ahora solo quería darle un golpe en el trasero a aquel mastodonte lleno de músculos.

No quería a otros.

Y él estaba dispuesto a dilapidarse por el dolor que arrastraba del pasado.

—Entonces, yo te elijo a ti. Eres tú el que no me quiere —sentenció Taya con voz estrangulada.

Le dolía el corazón.

Apretó las manos a ambos lados de su cuerpo dejando que la verdad se estrellara en su cuerpo. No podía estar con él porque Devian no quería. Ya fuera por pasado o por presente, había una parte de ese macho que no la aceptaba.

Rechazándola.

—Has bebido, Taia. No sabes lo que dices —dijo Devian rápidamente.

Miró a su alrededor.

—Le diré a Atira que te lleve a refrescarte, tal vez un poco de aire fresco te ayude a pensar mejor.

Y comenzó a irse.

«Déjalo ir. No quiere». Se dijo mentalmente.

«Y una mierda». Se contestó a sí misma.

—¡¿Aire fresco?! —exclamó llamando su atención.

Taia se abrió de brazos, exponiéndose ante todos, preciosa a la luz de las lunas y la hoguera.

—¡Estamos en la calle! ¡Ya hay aire fresco!

Sí.

Lo que ella no entendía es que estaba huyendo para no romperse por dentro.

—¡Lo que pasa es que eres un cobarde! —espetó Taia congelándolo al instante.

¿Había oído bien?

Voces cercanas, a su alrededor, jadearon.

Atira llegó al rescate.

—Vamos, pequeña hembra, daremos un paseo —se ofreció.

Cuando la cogió del brazo, Taya se revolvió soltándose al momento. No pensaba dejarse llevar por nadie mientras el alienígena que quería, que le atraía, se iba con la cola entre las patas.

«Saca garras» le había dicho Atira.

Era el momento de hacerlo.

—¡No! —exclamó para después mirar a Devian.

Su Devian.

—Temas lo que hay entre nosotros porque sabes que hay algo —comenzó a decir con el corazón desbocado—. Soy consciente de que alguien te ha hecho sentir pequeño, muy pequeño. Pero yo no veo eso. Veo el macho que hay en ti, el Darkan feroz que me ha protegido de una selva cruel. Y ahora te veo más asustado que cuando te enfrentaste al mundo por mí.

Devian estaba a punto de sufrir un paro cardíaco.

—No sé si esto es amor, puede que no porque apenas nos conocemos. Solo sé que me gustas, Devian. Y tú eres el que me rechaza, el que me aparta cantándome al oído que hay machos mejores.

Su dolor.

Ese que impregnaba su rostro era tan terrible que supo que jamás lo olvidaría. Su Taia se estaba desgarrando ante todos.

—No sé cómo funcionan vuestras relaciones, ya lo sé. Pero maldita sea si no lo intento.

Las primeras lágrimas mancharon su rostro haciéndole sentir miserable.

—Yo quiero intentarlo contigo, solo tengo que aceptar que tú no quieres lo mismo. Tal vez, cuando me recomponga, pueda conocer uno de esos machos «honorables» que tanto dices. Pero no puedes acusarme de no ir a por ti, de no querer intentarlo porque te lo estoy pidiendo. Es tu miedo el que no te deja avanzar.

Ya.

Ya lo había dicho.

Taya se había vaciado ante un Darkan que no quería nada con ella. Ambos sabían que había una chispa entre ellos, algo que podía florecer si ponían de su parte. Para su desgracia, estaba demasiado asustado para tomarlo.

Y, cuando él no dijo nada, Taya no pudo soportar estar allí.

Girando sobre sí misma, se marchó de la fiesta deseando ser invisible, que nadie la viera.

Quizás morir por sus propias lágrimas o emborracharse hasta perder el conocimiento.

Caminó a toda prisa mientras las calles se desdibujaban por las lágrimas. Cruzó unas cuantas dándose cuenta de que no sabía cómo llegar a casa. Se negaba a regresar a la fiesta donde todos pudieran mirarla, juzgarla.

Acusarla de hablar mal a su Darkan.

Y Devian... Él... Había parecido tan roto al escucharla.

Como si quisiera alcanzarla, aunque el dolor lo ancló en el sitio.

Alguien lo había destruido haciéndole creer que no valía nada, que siempre habría alguien mejor a él.

¡Maldito fuera!

Antes de poder seguir, se detuvo secándose las lágrimas para intentar ubicarse.

¿Dónde estaba?

Unos brazos la tomaron por la espalda con tanta fuerza que le hicieron daño. Uno se afianzó sobre sus costillas y una mano cayó sobre sus labios privándola de emitir cualquier sonido.

—No hagas el menor ruido, hembra, o te mataré.

Esa voz cruel la asustó.

No la reconoció, aunque sí creyó que sería capaz de hacerla pedazos.

—Buena hembra —rió cuando tembló bajo su toque.

Solo fue un instante, un breve momento en el que supo que debía evitar que ese ser le hiciera lo que quisiera. Echando el pie hacia atrás, lo golpeó con todas sus fuerzas arrancándole un gemido doloroso a su atacante.

La mano sobre sus labios bajó unos centímetros.

—¡DEVIAAANNNNNNN! —gritó.

Entonces, el mundo se fundió a negro.

Taia lo elegía a él.

A Devian, el Darkan deficiente.

No veía maldad en sus ojos, no se burlaba de sus fallos o buscaba hacerlo sentir inferior. Ella misma había confesado que lo admiraba por todo lo que hacía, algo que jamás había sentido.

Y, cuando se abrió en canal sobre sus sentimientos, él se quedó congelado en el sitio.

Los fantasmas del pasado pusieron sus garras en su mente, arrastrándolo a un tiempo donde

las palizas eran recurrentes y solo era un macho pequeño y asustado. Las palabras de su padre, feroces y crueles, haciendo mella en él.

No era nadie.

No merecía nada.

Nunca sería apto.

A pesar de esa opinión de su padre... Taia lo elegía a él.

Sobre un montón de machos mejores.

—Hermano, dime que no eres tan tonto como para dejarla —suplicó Ral a su lado.

Quizás alguien más habló.

Quizás lo hicieron todos a la vez o ninguno.

Solo sabía que esa hembra lo había reclamado ante todos y él no había contestado. Marchó creyendo que no la deseaba, que no se moría por sostenerla entre sus brazos y saquear su boca.

Imperdonable.

—Darkan, la hembra te ha elegido —explicó Baruk.

Lo había hecho.

Alto y claro.

Fuerte y sin miedo.

Sin vergüenza.

Lo reclamó como suyo, a pesar de las miradas de todos. Sin miedo a que pudieran reírse de su elección. También había sido feroz defendiendo a Jaxyn. A pesar de lo pequeña que era para su raza, poseía un fuego interior capaz de arrasarlo el mundo.

Y él lo había apagado.

Sus lágrimas y su dolor lo perseguirían el resto de su vida.

—Es mi hembra —dijo Devian con solemnidad.

No tuvo claro si se lo decía a los demás o a sí mismo para mentalizarse.

Taia era suya.

Su nimari.

Y él sería el macho más estúpido del universo si la dejaba escapar.

Entonces arrancó a correr tras ella. Siguió sus pasos luchando por seguir su olor a través de la oscuridad.

Su nariz captó el dolor y casi pudo saborear amargamente sus lágrimas. Le había hecho daño por congelarse, por no contestar cuando debió tomarla y sellar sus destinos con un beso.

—¡DEVIAAANNNNNNN!

El grito le heló la sangre.

A toda velocidad, todo el clan se puso en marcha.

Devian rastreó los pasos de Taia hasta llegar a un cruce de calles muy lejano a la casa que le habían asignado.

¿A dónde había querido ir?

El corazón le latía en los oídos, el miedo se filtraba por sus poros a tanta presión que creyó dejar de respirar.

Siguió las marcas.

Esas que le contaron una historia de terror.

Un macho mucho más grande que ella la había seguido.

Mientras Taia lloraba, había sido incapaz de darse cuenta de cómo alguien había abandonado la fiesta para ir tras ella.

Y la tomó.

Vio marcas de pelea, seguramente Taia luchó por liberarse.

Después...

Sangre roja en el suelo.

Cayó de rodillas tratando de identificar el olor del macho y no pudo reconocerlo. Parecía haberse rociado algo en la piel para camuflar su olor. Lo confundía porque olía a todo y nada en concreto.

—¿Taia? —preguntó Atira, temblando a su lado, de rodillas.

El mensaje era claro.

Contundente.

Doloroso.

No contestó. Siguió las marcas de arrastre, unas que lo guiaron hacia una parte del muro de contención del clan.

Un muro que había sido violado sin que nadie se percatara.

—Se la han llevado —declaró Devian.

Y el mundo explotó entonces.

Las órdenes, feroces, salieron de su garganta como un auténtico Darkan.

Nadie salía o entraba en el clan, todo el mundo la buscaba. Los guardias de perímetro iban a ser interrogados para saber qué era lo ocurrido. Nadie podía marcharse de allí sin ser visto.

Y si alguien había ayudado a raptarla... Que los dioses ayudaran a ese macho porque sería letal.

Envió un grupo de rastreadores a la selva.

Si eran rápidos, los encontrarían pronto.

—Baruk, quiero tus ojos, alguna de tus cámaras ha tenido que captar algo —ladró a su amigo.

—A la orden, Darkan —contestó con su tecnología en la mano.

Era bueno en lo suyo. Captaría al que la había raptado.

—Ral, quedas al mando.

Esa fue su última orden.

—¿Vas a por ella? —preguntó su hermano.

—Y a despedazar al macho que se ha llevado a mi hembra —declaró.

CAPÍTULO 22

Y ahí estaba Carmen.

Intrépida.

Valiente.

Fuerte.

Y a punto de tener un infarto.

Espera.

¿Qué?

Carmen decidió, tal vez un poco tarde, que su plan de huida no era el más brillante de todos los que había pensado.

En una de sus muchas vigilancias a Gayax, descubrió sus horarios muy extensos de trabajo. Lo cual, era bueno, porque le facilitaba la tarea de seguir buscando un punto flaco en aquella maldita mansión.

Si ese ser se pensaba que iba a dejarle a él el plan de salvar a Taya, es que no la conocía en absoluto.

Llevaban días que cenaban juntos casi en silencio y se retiraban a sus respectivas habitaciones. Era peor que un cactus, porque al menos este pincha o se pocha si le echas demasiada agua.

Él se mantenía neutro.

Serio.

Inalterable.

Era más aburrido que un pan sin sal.

Por suerte, en una de sus muchas excursiones por la casa, encontró un perfecto lugar por el que escapar. En el garaje, un lugar igual de enorme que la mansión, había dado con una rendija de salida.

Su plan se había puesto en marcha poco después.

Había usado una bolsa de cuero para meter algo de comida, agua y un par de prendas de ropa de repuesto y se lanzó por la trampilla con el corazón a punto de salirse por la boca.

Gayax no podría encontrarla.

Aquel túnel parecía no haber sido visitado en bastante tiempo. El aire estaba enrarecido y el olor era mejor no pensarlo siquiera.

Pisó un par de cosas viscosas y deseó no tener que descubrir qué era. No había pensado mucho que estaba lejos de casa, que no vería la Tierra el resto de su vida. En su mente solo estaba el poder encontrar a Taya.

Después el mundo podía desplomarse sobre sus hombros.

Suspiró.

Mientras avanzaba, tuvo la sensación de que estaba siendo observada. Miró hacia atrás y no encontró nada. Seguramente era su propia paranoia por miedo a que Gayax diera con ella.

Algo blandito chocó contra su cara y tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no gritar.

Se agitó como si fuera un salero, pasándose las manos por la cara.

Aquello era viscoso, asqueroso y le recordó un poco a las telarañas.

Espera.

¿Había arañas alienígenas?

No.

No podía.

Decir que era aracnofóbica era quedarse corta. Odiaba esos seres de ocho patas que podían aparecer en cualquier rincón del mundo.

Pero en ese planeta no existían.

¿Verdad?

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Efectivamente, estaba siendo vigilada y sabía que algo estaba cerca. Llámalo intuición, sentido arácnido o sexto sentido, pero ahí había alguien o algo mirándola desde demasiado cerca.

—¿Gayax?

Su pregunta rebotó en las paredes con eco.

De pronto, algo tocó su espalda.

Profesando el mayor grito de su vida, Carmen giró y abofeteó algo peludo y rezó a cualquier dios del universo que no fuera Gayax. No quería imaginarse qué haría ese hombre si le levantaba la mano.

Había sido un reflejo, uno que tenía.

Si la asustaban, atizaba, así de simple.

Cuando abrió los ojos cambió de opinión. Deseó que hubiera sido Gayax porque el escenario que tenía ante sí era muchísimo peor.

Una muy grande pata, era mejor decir gigantesca, estaba ante ella. Era peluda, negra y olía francamente mal. Parecía salir de un estercolero porque profesaba un hedor a carne podrida espantoso.

Y, su portador, se erigía muy por encima de la altura de Carmen.

Mucho.

Demasiado.

—Por favor... Por favor... Que no sea lo que creo que es —suplicó al cielo.

O a alguien.

Al que fuera.

Sobre ella, cuando miró, se topó con la araña más grande de todos los tiempos.

Carmen sintió que las piernas le flaqueaban mientras la observaba con detenimiento.

Más grande que un camión, ese gigantesco arácnido poseía un cuerpo musculoso para ser lo que era. Sus ocho patas eran todas igual de grandes y tan anchas como dos humanos juntos.

Y su cuerpo...

Qué decir de él.

Del mismo pelaje negro, poseía como dos formas. Primero, el culo inflado, con un terrible, terrorífico y espantoso aguijón, para después pasar a la cabeza. No, en realidad no quería mirar a la cabeza.

Lastimosamente lo hizo.

Ese ser tenía muchos ojos, todos ellos puestos claramente en su forma. Y después, dos grandes colmillos surgían de entre sus labios entreabiertos.

Un hilo de baba cayó de ellos, encharcando el suelo cerca de Carmen.

Sí.

Ese ser tenía hambre.

Tenía que pensar algo racional.

¿Y había algo más racional que correr y gritar como una auténtica histérica?

Pues eso hizo. Giró sobre sí misma al mismo tiempo que arrancaba a correr como si la vida le

fuera en ello.

Después, desgarró su garganta gritando con tanto terror que supo que la podían haber escuchado hasta en su propio planeta.

—¡No quiero ser comida de araña!

Giró por los pasillos escuchando a aquel monstruoso bicho perseguirla enloquecidamente.

Aprovechando la ventaja que poseía por haber pegado el grito, algo que dejó estupefacta a la araña, corrió todo lo que pudo buscando los pasillos más estrechos para que no diera con ella.

Por desgracia, aquel maldito ser era elástico y entraba por cualquier hueco que se propusiera.

—Voy a morir...

De pronto, vio una pequeña luz y sonrió. Tal vez saldría ya a cielo abierto y podría despistarla de alguna manera.

Corrió a toda prisa sin mirar por donde iba. Así pues, al llegar a ese pasillo, entró casi a ciegas sin darse cuenta de que estaba a punto de sufrir las consecuencias de querer huir.

Impactando de frente con una gigantesca telaraña brillante, su cuerpo quedó totalmente atrapado.

No podía ser.

¡Había corrido hacia allí como si de una polilla se tratase!

¡Que juego más sucio!

Queriendo escapar, luchó por hacerlo, aunque solo consiguió enredarse más.

—Por favor, tengo un sabor horrible. Seguro que el humano no está en tu menú y no quieres eso. Eres una araña muy grande para morir por una indigestión.

El endemoniado arácnido comenzó a trabajar envolviéndola a toda prisa.

—¡No!

Esa no había sido su voz.

¿Verdad?

—Atrás, stiph.

Esa voz.

Esa melodiosa voz.

¡Era su pan sin sal!

Espera.

¿Su pan?

¡No era suyo!

Gayax, que no era nada suyo, comenzó a cortar la tela de araña liberándola muy ágilmente. Empuñando una daga, soltó sus ataduras con mucha elegancia demostrándole que estaba bien entrenado.

Un guerrero.

Alguien feroz.

Algo así como su mirada asesina, esa que le echó cuando acabó de liberarla.

—Stiph, Karmenn no es comida, es tu dueña.

El cerebro de Carmen explotó.

—¡¿Es tu mascota?! —recriminó casi enloqueciendo.

Gayax se encogió de hombros.

—Es la guardiana de la casa. Todos los Draxarus tenemos una.

Iba a morir.

¿Había estado viviendo tan feliz encima de la guarida del King Kong de las arañas?

—¡Estás enfermo! Eso no puede ser una mascota.

La piel de Gayax comenzó a oscurecerse así como su humor.

—Es una guardiana y una muy entregada, además. Ahora que te conoce, te protegerá con su vida.

Carmen no las tenía todas consigo.

La pregunta era... ¿Cómo la había encontrado Gayax y de qué humor estaba su arcoíris favorito?

—¿Podemos irnos? Le tengo terror —suplicó Carmen poniendo ojitos tiernos.

No funcionaron.

—Debería castigarte y dejarte convivir con stiph un par de días.

Aquella afirmación la hizo palidecer. Si la dejaba allí con ella iba a morir de miedo. Solo de pensarlo, comenzó a temblar de puro y absoluto terror. No podía, no podía dejarla allí.

—No... Por favor, te lo suplico, no me dejes aquí —dijo en estado absoluto de pánico.

Gayax sonrió satisfecho.

—No lo haré, pero solo con ver el miedo que te produce, veo que has comprendido los riesgos de escapar de mí.

Ese planeta era horrible.

¿Y Taya?

¿Habría sobrevivido en la selva? ¿Qué seres asquerosos habría encontrado?

—Solo sácame de aquí —repitió Carmen como un mantra.

Gayax suspiró. Su corazón estaba al borde del colapso viendo como su yamari estaba en un estado casi catatónico por el miedo. De no haber llegado a tiempo, aquella obstinada humana hubiera muerto en las fauces de stiph.

Destinada a protegerla, nunca hubiera sabido que era su señora.

Chasqueando la lengua tres veces, mandó una orden clara a la araña para que se retirase.

Tenía que sacar a Karmenn de allí antes de que colapsase.

Giró para que lo siguiera, pero, en su defecto, se quedó en el sitio temblando.

De acuerdo, ahora sí era preocupante.

—Necesito que te muevas —pidió con suavidad.

No respondió.

Asustado, fue a por ella tomándola entre sus brazos.

No se quejó, tampoco se revolvió y una parte muy egoísta de él se sintió en la gloria. Sostenerla, dejando que su aroma dulce lo impregnase, era lo más cercano a la felicidad que había experimentado nunca.

Caminó a toda prisa por los pasillos hasta sacarla de ese espantoso lugar.

Después, fue hacia la habitación de Karmenn, allí podría descansar, solo que... Esta vez, su cuerpo le pidió otra cosa.

Sin pensarlo, decidió ir a su habitación.

Donde pertenecía, justo donde sus dos corazones le pedían que la tomase.

Carmen necesitó unos minutos para volver en sí. Sentada en una cama que no era la suya, se dio cuenta rápidamente de que estaba en la habitación de Gayax.

Él la había dejado sobre el colchón con una suavidad pasmosa, como si tuviera miedo de que pudiera romperse. Después, salió a toda prisa como si la otra parte de la casa se estuviera quemando.

Una araña gigante.

Guardiana de la casa.

Esa gente estaba mal de la cabeza.

Abriéndose la puerta de nuevo, Gayax entró sosteniendo una taza humeante.

Mirándola como si fuera un animalillo a punto de saltar por la ventana, caminó lentamente hasta quedar ante ella.

—Toma, te hará sentir mejor.

—¿Es droga?

No tenía por qué preguntar algo grosero, pero tampoco quería acabar bailando desnuda por tomar algo que no tocaba.

Gayax puso los ojos en blanco.

—No. Es un relajante, te hará sentir mejor.

Bueno.

Eso podía aceptarlo.

A regañadientes, pegó un pequeño sorbo dejando que aquel sabor dulce se expandiera por su cuerpo. El efecto fue casi al instante, sintiéndose mucho más tranquila, como si el miedo fuera un ruido sordo y lejano en los confines de su mente.

—Gracias.

Gayax dejó que los colores se filtrasen sobre su piel. Uno a uno, vio sus emociones tan dispares, golpeándole.

Primero fue miedo, después ansiedad y al final ira.

—¡Te escapaste de nuevo! —exclamó finalmente.

Aquella humana lo empujaba a lugares en los que no quería estar. No quería perder la calma, tampoco había deseado gritarle y mucho menos sentirse impotente por no ser capaz de protegerla cuando tocaba.

—Quería ver a Taya.

Y vuelta con la amiga.

—Te dije que estoy haciendo esfuerzos por recuperarla.

—Disculpa, pero no confiaré la vida de mi amiga a nadie que no sea yo.

¡Cielos incendiados!

Esa hembra era imposible.

—Podrías confiar en mí.

Ella se levantó casi lanzando la taza. Solo que, cuando quiso hacerlo, decidió que era mejor pegar otro sorbo.

—¿Por qué debería confiar en ti? —preguntó Carmen.

—¡Porque no he hecho nada para hacerte daño! ¡Te he cuidado! Y porque eres mi yamari y jamás te haría daño alguno.

Yamari.

Otra vez esa palabra.

—Pues ilumíname porque no sé lo que eso significa.

Gayax no estaba preparado para decírselo, aunque dada la conversación no tenía a dónde escapar. Así pues, suspiró.

—Eres mi compañera, mi segundo corazón late por ti. Eres la otra parte de mi alma, mi alma predestinada.

Carmen parpadeó.

No acababa de escuchar esas palabras.

Imposible.

¿Verdad?

—¿Cómo es eso posible? —preguntó.

Aunque no tuvo claro si quería saber más.

—En la subasta mi corazón despertó, tenía que tenerte. Y mantenerte. No voy a forzar el vínculo, no voy a tomarte sin tu consentimiento. Me conformaría siendo una sombra en tu vida si eso te hace feliz. Solo sé que eres esa parte de mí sin la que ya no puedo vivir.

Estaba a punto de desmayarse con sus palabras.

Ese hombre que le había parecido aburrido, escondía una pasión bajo la piel demasiado demoledora.

¿Qué hombre le había dicho eso alguna vez?

—¿Y por qué apenas me has hablado? Si soy tu yamamai o lo que sea, ¿por qué me has mantenido alejada?

—Yamari —corrigió él.

Lo que fuera.

Gayax decidió que no podía seguir reprimiéndose.

Tomando la taza de los dedos de Karmenn, la depositó en la mesilla de noche esperando comprender que lo que hacía no iba a aterrorizarla. Santa madre diosa, suplicó al cielo ayuda.

Levantando la mano, dejó que sus nudillos acariciaran su mejilla.

Ahora que el miedo había salido de su sistema sabía la reacción que tendría y solo esperó a que las pupilas de Carmen se dilatasen.

Jadeó.

Necesitaba aire.

Teniendo la mano de Gayax sobre ella algo cambió. Su cuerpo, vil y traidor, comenzó a reaccionar como si ella estuviera sedienta y él fuera el agua que calmaría su sed.

Fue instantáneo.

Primero, una corriente eléctrica la atravesó con fuerza, después, fue capaz de sentir el segundo corazón de Gayax.

—¿Lo ves? ¿Sientes el vínculo? Por eso me alejo de ti. Para darte la opción de elegir, de elegirme.

Carmen cerró las piernas, obligando a que sus muslos friccionasen despertando una parte de ella muy íntima.

Gayax casi ronroneó con su aroma a excitación.

Era empalagoso, como un dulce derretido en su lengua que lo volvió loco.

Su yamari reaccionaba como él a ella, dejando que la naturaleza los uniera con fuerza.

Avanzó, ayudándola a tumbarse, se colocó sobre su cuerpo, aunque no juntó sus zonas íntimas con ella. Se limitó a enjaularla apoyándose sobre sus manos para deleitarse con las respiraciones ahogadas de su Karmenn.

—¿Qué me pasa? —suspiró ella.

Necesitada.

—Karmenn, no te imaginas lo que me haces. Te hubiera tomado allí mismo, contra la maldita pared tantas veces que te vendrías abajo gritando mi nombre. Pero no te mereces eso. Te mereces que te colmen en una cama lujosa, saboreando tu tierno cuerpo, lamiéndote hasta que no quede ningún rincón de ti. Y eso es lo que tendrás.

Un gemidito dulce se escapó de los hermosos labios de esa hembra.

Enloqueciéndolo.

—¿Y vas a hacerlo?

Gayax negó.

—No. Antes quiero que me elijas. Quiero que seas consciente de la elección que tomas.

Ella pareció aliviada.

Jamás la forzaría.

—Pero sí que necesito algo...

—Lo que sea —suspiró Karmenn.

Gayax sonrió.

Si ella estaba tan dispuesta...

Descendió tomando su boca. Cayó en picado como un ave rapaz cazando a su presa. La envolvió entonces entre sus brazos, dejando que sus labios se tomaran el uno al otro como si no tuvieran fin.

Ella jadeó entreabriendo esa hermosa boca, así pues, deslizó su lengua dentro aprovechando el momento.

Ambos gimieron al sentirse, luchando el uno contra el otro, sus lenguas lanzaron un idioma único e irrepetible.

Ella llenaba sus sentidos, los enloquecía y los volvía dóciles a su paso.

Carmen gimió de nuevo frotando su cuerpo al de Gayax con una necesidad tal que necesitó volver a gemir. Esta vez lo hizo en su boca, dejando que él absorbiera el sonido mientras la besaba con una pasión desmedida.

¿Quién era ese macho? ¿Y por qué había estado escondido hasta ahora?

Separándose, emitió un sonido lastimero mientras él se tumbaba a su lado, pero rompía el contacto con su cuerpo.

Lo miró, con la piel enrojecida por la pasión y con sus sentimientos a flote. Él la miraba con miedo, como si esperase una reacción terrible después de lo que acababan de vivir.

¿Cómo podía?

—Eso ha sido muy intenso —suspiró Carmen.

Pareció contento.

¿Tranquilo?

—Siempre que quieras, mi yamari, seré tuyo.

Eso sonaba tan bien.

—Siento haberme escapado. Es que es como si... Como si sintiera que Taya está en peligro.

Él acarició su brazo con un dedo.

Solo uno, pero se sintió tan íntimo como si estuviera tocando su núcleo más íntimo.

—Taia, yamari mía, está localizada. Pronto estaréis juntas —sonrió Gayax.

Y Carmen solo pudo sonreír mientras se deleitaba con el contacto.

CAPÍTULO 23

Su cabeza dolía. Palpitaba por sí misma con una intensidad que gimió intentando llevarse las manos a sus sienes. Fue incapaz de hacerlo... ¿Qué se lo impedía?

Tiró de nuevo consiguiendo el mismo resultado.

—Está volviendo en sí.

Una voz.

¿Femenina?

Tenía que abrir los ojos, pero se sentía demasiado cansada o aturdida para hacerlo. En su defecto, volvió a intentar mover las manos, dándose cuenta de que las tenía atadas en la espalda.

—Te harás daño si sigues así.

Otra voz.

También femenina.

Ahora sí era el momento de abrir los ojos le gustase o no. Lo hizo y el dolor fue tal que volvió a cerrarlos con un gemido lastimero.

—Te atizaron fuerte. Estos monstruos no controlan su fuerza.

De nuevo, una voz distinta.

Y femenina.

—¿Cuántas sois? —preguntó.

¿Esa era su voz?

No se reconoció de ninguna manera. Era como un hilo de lo que ella conocía por voz.

—Te estrangularon para hacerte perder el conocimiento una de las veces que volviste en sí —explicó otra nueva.

Alguien acarició su cuello.

Dolía.

Mucho.

—Somos seis. Nos trajeron aquí cuando no pudieron subastarnos. Bueno... En realidad, él nos robó.

¿Él?

¿Quién era él?

Abriendo los ojos se topó con seis mujeres que la rodeaban como si ella fuera alguien a quien cuidar. La preocupación bailaba en sus ojos y, con ternura, la ayudaron a incorporarse hasta quedar sentada.

Tenía las manos atadas a la espalda y dolían como si hubiera intentado arañar algo y le hubieran saltado trozos de uña.

Ellas estaban en muy mal estado. Sucias, con rastro de sangre y con aquellos vestidos tan horribles que una vez llevó.

Picaba.

Era lo que más recordaba.

—A ti te vendieron de las primeras —le recordó una.

Era preciosa. Su melena rubia se le pegaba a la cara por falta de aseo, pero no la culpó. Bajo toda esa capa de suciedad había una persona muy hermosa. La recordaba porque la vio tres jaulas más allá cuando la secuestraron.

—¿Qué ocurrió? —preguntó otra.

Pelirroja, con ojos verdes como si fueran esmeraldas. Tampoco estaba en mejor estado que la

anterior.

—Alguien atacó el coche en el que íbamos. Murió una de las chicas, otra quedó muy herida y mi amiga Carmen se quedó con él. Me lanzó por un precipicio y conocí a los Kraxarian.

A Devian.

Y a los suyos.

Confusa, dejó que los recuerdos la golpeasen con fuerza. Había salido de la fiesta dispuesta a ir a cualquier rincón a llorar y descomponerse después del rechazo de Devian.

—¿Te parece si te decimos nuestros nombres? Así no hablas mucho, tiene que dolerte mucho —susurró otra chica.

Era pequeña, casi como una diminuta hada susurrándole en el oído. Su cabello oscuro caía a ambos lados de su cara en forma de corazón y solo pudo vislumbrar aquellos ojos color miel.

También era muy bonita.

Taya solo pudo asentir.

—Estas son Cara, Adriella, Hayley, Mel, Miriam y yo soy Adele.

—Un placer, chicas, yo soy Taya.

Alguien aplaudió en la lejanía, acercándose mientras las botas repicaban en el suelo de aquel sótano mugriento donde estaban.

Espera.

¿Era un sótano?

Miró a su alrededor antes que al recién llegado y lo confirmó. Era un lugar horrible, húmedo, sucio y con cadenas que colgaban de las paredes para restringir a los prisioneros.

Era una sala de torturas.

—Las hembras humanas sois admirables. Os hacéis amigas en un abrir y cerrar de ojos.

Taya reconoció la voz al instante.

Poniéndose en pie, caminó entre las mujeres que crearon un muro para protegerla. Ellas murmuraron algo, pero las ignoró porque necesitaba verlo. Quería conocer al ser que la había arrastrado hasta allí.

Y, cuando vio al Kraxarian que tenía ante sí, jadeó.

Era uno de los maridos de Dara.

¿Azul número seis?

¿Por qué era tan mala recordando los nombres?

Su lengua supo recordar su nombre.

—Azur... —susurró, algo irónico porque se parecía demasiado a azul como para olvidarlo—. ¡Oh, joder! Atira va a despedazarte.

Porque amaba a Dara como si fuera su propia hermana.

—Todos los clanes tienen espías —dijo encogiéndose de hombros mostrando indiferencia—. Al menos yo podía meterla en caliente. Algo que otros no harán jamás.

Se le revolvió el estómago.

Era repulsivo.

Tantos años al lado de Dara... El dolor iba a despedazarla, perder a uno de sus devotos maridos. Saber que había dormido con uno de los traidores a su clan la rompería y nada podría salvarla de ello.

—Te matarán, Azur, que no te quepa duda —prometió Taya.

O lo haría ella a la menor oportunidad.

—No te preocupes por mí, dulce Tara. Para cuando lleguen a mí, tú habrás tenido un destino peor —rio sin alma.

Sin conciencia.

—¿Ya estás atormentando a nuestras invitadas?

Una voz profunda, copiosa, casi rasgada, atravesó el ambiente. Pareció golpear todas las paredes de aquella sala de torturas mientras se acercaba lentamente. Era masivo, enorme, gigantesco.

Aunque, su cerebro pareció cortocircuitar al encontrar una cara conocida.

—¿Devian?

Solo que no lo era.

No, ese no era su Devian.

Este, a pesar de las visibles similitudes, poseía otros rasgos que diferían del macho que conocía.

Su cabello largo, trenzado y con cuentas doradas, descansaba sobre su hombro derecho. Su piel, de un azul hermoso, resplandeció bajo la única luz de aquel sótano mugriento.

Y su rostro apareció ante ella.

Ojos celeste como los de Devian, nariz fuerte, ancha y pómulos cincelados por los mismos dioses, aunque la forma de su barbilla era algo distinta a la que ella conocía. Además, la diferencia más atroz que había entre él y el macho que ella ansiaba volver a ver, era las tres largas cicatrices que lucía en el lado derecho.

Desde la sien hasta la barbilla, algo o alguien lo había despedazado. El ojo de ese lado no se abría por completo a causa del tejido cicatrizal.

—Ves las diferencias, ¿no es así? —le preguntó.

Asintió.

No era Devian, no obstante, indudablemente eran familiares.

—¿Quién eres? —preguntó armándose de valor.

El falso Devian sonrió.

—Zahari.

Su voz era contundente, como un golpe. Duro y fuerte.

—Veo que mi querido hermano nunca habló de los deslices de su padre. ¿No te habló de los bastardos?

Apenas habían podido hablar del pasado por culpa de todo lo sucedido.

Taya negó avergonzada.

Debió preguntar, pero estaba demasiado ocupada queriendo besarlo.

—Cuando la gran purga ocurrió, su estimado padre perdió a su compañera de vida. Su nimari murió dejando cuatro legítimos reyes para seguir con su descendencia, aunque no eran suficiente.

¿Cuatro?

Frunció el ceño, lo cual envió información vital a Zahari, el cual sonrió comprendiéndola.

—Su padre tomó hembras fértiles. No le importó que tuvieran compañeros, los ejecutó y las forzó para tener más crías. Yo soy uno de ellos.

El estómago se le dio la vuelta.

Quería vomitar al pensar en algo semejante.

¿Cómo pudo existir tal monstruo?

Sus piernas flaquearon, aunque se forzó a resistir para no caer ante ellos. No se mostraría débil.

—El Razor falló cuando lo contraté para secuestrarlos después de la subasta. Menudo idiota —escupió.

Acercándose a los barrotes de la jaula, Zahari sonrió peligrosamente.

—¿Sabes que todos los hermanos podemos notar el vínculo de los demás? Cuando te vi en la subasta, supe que eras suya. Que la diosa lo había beneficiado una vez más, a él, el más impuro de los nuestros. Al más débil.

Taya apretó los puños en su espalda, con rabia. Luchó por contenerse porque sabía que no era nada ante ese macho.

Solo una mota de polvo que, con mucho gusto, liquidaría.

—¿Qué es un Razor? —preguntó luchando por alejar la conversación de Devian.

Él se lo permitió.

—Son unos moralistas. Creen que no deben existir los esclavos, que los Draxarus, en su mayoría, merecen la muerte y buscan cambiar el mundo. Gente demasiado estúpida, ¿no crees, caramelito?

Esa palabra tocó algo de su alma. Estaba mal, él no debía decir eso.

—No me llames así —espetó Taya con rabia.

—¿Y qué me harás? Hay un Draxarus que ha pagado tanto por ti. El tercer hermano monarca. Al parecer tu amiga se folla a Gayax, otra humana se folla a Gren y faltas tú para completar el trío de hermanos.

Carmen.

Seguía con vida.

El alivio le hizo cerrar los ojos unos segundos. Ahora solo necesitaba saber que ese Gayax o Gren no le estaban haciendo daño o los despellejaría ella misma como pudiera.

—No pienso follar con nadie.

Su boca traicionándola.

No sabía mantenerse callada.

—No es eso lo que tengo entendido. Ibas a follarte al perdedor de mi hermano, ¿verdad?

Zahari odiaba profundamente a Devian.

Pero que lo ofendieran, que hablaran mal de él la enfadó de verdad.

No sabía lo que era el vínculo del que hablaba, solo que necesitaba abofetear a aquel idiota para borrar esa sonrisa que creído que le ponía.

—No eres ni la mitad de macho de lo que es él —dijo acercándose a los barrotes de la jaula.

Mirándolo fijamente.

Desafiándolo.

—El caramelito tiene garras. Qué interesante.

Se acercó a la jaula, feroz, temible.

—Si pudiera, solo para aleccionarte, te follaría como un puto animal en celo, pero no soy un violador. Aunque, si sientes curiosidad por la carne Kraxarian... Solo dímelo y te colmaré de atenciones antes de entregarte a tu dueño.

—Eres una bestia.

Él rio.

—Pregúntale a tu Devian dónde está su hermano Xánder. ¿Qué ocurrió con él? No te lo ha contado, ¿verdad?

No.

Nadie había mencionado ese nombre.

—Por supuesto que no. Tu macho impecable nunca te contaría cómo mató a su propio hermano y me marcó en el camino.

Su cara.

Sus cicatrices.

¿Habían sido las garras de Devian?

—No lo sabe nadie. Ni siquiera sus queridos Ral y Bork. Guardándose la vergüenza para sí mismo. Él debería haber muerto ese día, pero le daré un destino peor que la muerte. —Sonrió con auténtica crueldad—. Dejaré que tomen a su nimari, su compañera de alma y se la devolveré cuando esté totalmente rota. Nadie puede recuperarse de eso.

Taya reprimió lo que pudo el escalofrío, pero falló en gran parte. Eso hizo realmente feliz a Zahari, quien disfrutó con su reacción.

—A ver que entienda tu plan de mierda...

Taya fingió indiferencia, para golpearlo con fuerza.

—Mandaste al Razor para secuestrarme del Draxarus y ahora... ¿Me entregas de nuevo a él? Algo no funciona del todo bien allí arriba.

Esa vez se fijó en algo más.

Tenía un cuerno partido por la mitad, en el mismo lado que las cicatrices de garras.

¿Habría sido del mismo golpe?

Tragó saliva luchando por no imaginárselo.

—Hembra inteligente.

Algo brilló en sus ojos un breve instante.

¿Admiración?

—Primero pensé en tenerte, follarte con fuerza y conseguir así tener una hembra propia. Después los créditos mandaron, caramelo.

Si volvía a llamarlo así lo asfixiaba con su propia cola.

—El tercer hermano monarca y Gayax, tu comprador, han puesto muchos créditos por tu cabeza. Un negocio la mar de creativo a decir verdad. Y —señaló al resto de mujeres—, como verás, tengo hembras de sobra para satisfacer mis apetitos sexuales.

Taya quiso colocarse ante ellas, de hecho, lo hizo cuando su mirada descansó en Mel. Una preciosa mujer con curvas generosas que tembló al sentirse observada por aquel ser del mal.

—No la tocarás —escupió Taya.

Zahari sonrió sorprendido por su protección.

—Las hembras sois de lo más interesantes. Ponte cómoda con el resto, hasta que llegue tu comprador.

Se la iban a llevar.

Vendida de nuevo.

—Cuando Devian te encuentre, espero que te iguale la puta cara —espetó Taya mirándolo con frialdad.

Zahari se revolvió.

La miró realmente como si fuera un insecto al que aplastar y río.

—Tienes fuego en las venas. Me encantará ver cuando te quiebren golpe a golpe. Porque, cuando lo hagan, me he pedido un asiento en primera fila y llevar la correa que te llevará de vuelta a Devian. Será un espectáculo verlo mirando al despojo de su nimari.

El odio lo consumía.

Lo ahogaba bajo su piel.

Pero Taya no golpeó de nuevo. No era idiota, sabía que si seguía empujándolo le haría daño.

Así pues, solo dejó caer los hombros y dejó que se fuera.

Lejos de ellas.

CAPÍTULO 24

—Darkan —dijo Azur.

—¿Sí?

—Debería volver al clan. Dara estará preocupada y no tardará en atar cabos. Es una hembra muy lista. Puedo fingir que fui a buscar a Taia, pero no debería tardar más en volver.

Era su espía más leal, había servido a su causa desde que se convirtió en Darkan.

Lamentablemente, a pesar de la lealtad, sabía que la hembra Dara había calado hondo en su corazón. No deseaba regresar por no levantar su tapadera si no porque amaba a esa Dara.

Zahari suspiró.

—Regresa con la hembra y que no te cojan. No podré sacarte si te descubren.

No discutió.

No suplicó ayuda.

Solo sonrió y se marchó con su hembra.

Suspiró.

Su hembra.

Esas palabras le provocaban un dolor enorme en su corazón, el cual se retorció en rebeldía. Le pedía volver a la sala de torturas, bajar aquellas escaleras de nuevo y tomar a esa hembra de curvas perfectas.

Deseaba colocársela sobre su hombro, sacarla de aquel lugar apestoso y colmarla de cosas que la hicieran feliz.

Mel se llamaba o eso le había parecido escuchar.

Había ordenado a los guardias que las escucharan bajo la excusa de ver si planeaban algo para huir. La realidad era muy distinta, lo había hecho solo para saber sus nombres y conocer el de aquel pecado andante.

Su nimari.

Su conexión sagrada.

La otra mitad de su alma.

Esa hembra que era capaz de ponerlo de rodillas. Era alguien a quien atesorar y adorar como su única el resto de sus días hasta convertirse en polvo. En cambio, aquella preciosa hembra temblaba cada vez que lo veía.

Ese día no había sido diferente.

Sus pupilas dilatadas y su respiración agitada lo habían hecho sentir miserable.

Estaba tan sucia que deseó poder sacarla de allí y bañarla, darle los placeres de una vida cómoda y no la celda donde se había visto obligado a encerrarla. Debía ser fuerte, era un Darkan que buscaba venganza y no un héroe.

Cuando la miró hablando de sexo, Mel tembló aterrorizada como si él fuera un monstruo que la tomaría por la fuerza.

No era su padre.

No era un violador.

Jamás tomaría su cuerpo sin una invitación, ni tampoco saborearía su intimidad sin que ella se lo suplicara.

El dolor de su erección pesó en su corazón. No debía estar caliente pensando en una pobre hembra asustada.

Era mejor que eso.

—¿Sabemos algo de mis dulces hermanos? —bromeó Zahari a uno de sus guardias.
Este negó.

—Están peinando la selva, aunque de momento no saben nada.

—Bien. El tercer monarca llegará mañana. Démosle la bienvenida adecuada —rio.
Taia culminaría su malévolo plan.

Devian acabaría de rodillas derrotado.

Alguien como él no merecía ser un Darkan. Era la vergüenza de todos los machos Kraxarian.

Taia, en cambio, era una hembra inocente que sufriría.

«Le harán el mismo horror que le hicieron a tu madre». Se regañó mentalmente.

Haral había violado a su madre en la misma habitación donde yacía el cuerpo desmembrado de su compañero de vida. Su nimari murió protegiéndola y no tuvo que ver los horrores del Darkan fuera de sí.

La tomó durante días, la forzó ferozmente hasta asegurarse de que su vientre llevaba a su hijo.

Enloquecido por la pérdida de su hembra, Haral cazó a las pocas hembras que quedaron para tratar de dar descendientes a una raza que moría. Estaba seguro de conseguir dar a luz hembras.

Consiguió a unas pocas.

Otras pudieron ser puestas a salvo, escondidas de un Darkan echado a perder.

A pesar del dolor que le producía que Taia sufriera lo mismo que su madre, era un sacrificio que tenía que hacer para llevar a cabo su venganza.

«Ella no merece eso». Pensó.

De hecho, a pesar del sótano donde estaban las mujeres, no las había olvidado.

Estaban bien alimentadas, mejor que cuando estuvieron a manos de los esclavistas. Al llegar comieron tanto que su corazón se encogió pensando qué horrores habrían vivido.

¿Habrían forzado a la dulce Mel?

Gruñó.

Necesitaba dejar de pensar en aquella hembra o enloquecería.

No obstante, su pecho tiraba fuerte hacia ella.

Perdiendo la batalla, salió de su casa, en la que había entrado mientras divagaba mentalmente, y llamó a uno de sus soldados.

—Trae a las hembras Taia y Mel.

—Sí, Darkan.

Antes de que se fuera, remarcó.

—Que no sufran el menor daño —amenazó.

Su soldado solo asintió.

—Hembra Taia y hembra Mel, un paso al frente —ordenó un Kraxarian.

Taya corrió a cubrir a una Mel que temblaba de anticipación. Todos comprendían las miradas que Zahari le echaba, significaba que se sentía atraído por ella y eso no podía ser bueno.

Jamás.

—Llévame solo a mí —pidió Taya.

El soldado rio.

—Vendrás tú y la otra hembra y no me daréis problemas.

Bueno, eso era mucho pedir.

—¿Qué quiere de nosotras?

Él parecía molesto.

—Yo no hago preguntas, solo acato órdenes, aunque fue muy específico en que no podríais sufrir ningún daño.

Demasiado bueno para ser verdad.

Por desgracia no podían negarse o las atraparían como ratas huyendo de un gran felino. No tenían oportunidad.

Así pues, suspiró.

—Quédate a mi lado, yo te protegeré. Cógete a uno de mis brazos —pidió Taya mirando a la pobre Mel.

Ella se tambaleó dando un paso adelante. Aferrándose a su brazo derecho, tembló mientras ocultaba su rostro en la curva de su cuello.

—Todo irá bien —mintió Taya al sentir su miedo.

—Vamos, hembras, el Darkan no tiene paciencia para estas cosas.

Ella lo fulminó con la mirada, lo cual se tradujo a verlo echarse para atrás un poco con miedo a que ella pudiera invocar algo temible.

Sí.

Era mejor que pensasen que era una bruja.

Escoltándolas, las llevaron a través de un clan muy similar al de Devian. Los machos las miraban con curiosidad, la misma que vio allí. No parecían crueles, tampoco violadores, muchos de ellos tenían una mirada piadosa y parecían dolidos por las condiciones en las que estaban.

Cuando Mel tropezó, un rápido Kraxarian, evitó su caída y la mantuvo en pie.

Ella, con los ojos llenos de lágrimas, lo miró.

—Gr... Gracias... —susurró, aterrorizada.

—De nada, hembra —contestó él con pena.

La soltó delicadamente dejándolas marchar.

—Aférrate a mí —susurró Taya.

—Va a violarme... —sollozó Mel.

Sí.

Ella había llegado a la misma conclusión.

—Pelearnos juntas. Puede que no seamos rival para estos hombres, pero no dejaremos que nos tomen sin pelear. Necesito que seas fuerte, que grites, arañes y muerdas para no ponérselo fácil.

Mel asintió.

—No soy tan valiente como tú.

Valiente.

¿Ella?

Estaba muerta de miedo, pero si eso la ayudaba a pelear, aceptaría el cumplido.

—Lo seremos juntas.

Taya había conocido el lado gentil de los Kraxarian. Ese que adoraban a las mujeres que ya no tenían. Le habían traído regalos, la habían cuidado con amor y la miraban con ojos esperanzados.

Se negaba a creer que estos fueran horribles.

No.

Solo Zahari y Azur.

—Aquí, hembras —dijo el soldado.

Estaban ante una casa grande, seguramente tan grande como el ego de Zahari. Entraron siendo

conducidos por aquel macho que solo seguía órdenes.

—Sabes que si nos violan, eres cómplice, ¿eh? —escupió Taya.

Él se encogió de dolor.

—Solo cumplo órdenes.

—Sí, tú síguete diciendo eso para dormir por la noche.

No se molestó en mirarlo más.

No valía la pena.

Entraron en aquella casa petrificándose en el recibidor.

Zahari las recibió con una sonrisa y una mirada que se depositó sobre Mel más tiempo de la cuenta.

La pobre muchacha tembló luchando por ocultarse en la curva de su cuello. Así pues, Taya quiso cubrirla con su cuerpo, esperando ser la primera en golpear a aquel monstruo en la cara.

Moriría protegiéndola.

—Venid —ordenó bruscamente.

Estaba molesto.

¿Por la reacción de Mel?

¿Y qué esperaba? ¿Una fiesta y que se abriera de piernas?

Queriendo dar un paso, Mel la detuvo.

—No... No puedo... —gimoteó haciendo que Zahari, que estaba unos pasos por delante, se petrificase sin darse la vuelta.

Esperando sumisión.

Obediencia.

—Todo irá bien, Mel. Te protegeré como pueda —prometió.

—Él... Él me... va... a...

Mirándola a los ojos supo el miedo que se atascaba en su garganta. Así pues, con las manos atadas en la espalda, la acarició con la mejilla en la suya y sonrió.

—Yo estoy contigo.

Zahari se sintió el peor monstruo del universo escuchando hablar a las hembras.

No lo demostró cuando volvieron a andar, siguiéndolo y él las condujo hacia el lado más privado de su casa.

El olor a pánico, agrio y amargo, de Mel lo estaba desgarrando por dentro.

Ella había supuesto que iba a violarla, a tomarla como un animal sin alma hasta acabar con su vida.

Lo cierto era que no le había dado motivos para pensar lo contrario, no obstante, dolió.

Respiró lentamente luchando contra el impulso de ir, abrazarla, consolarla y pedirle perdón por el miedo que sentía.

Taia era valiente.

Asombrosamente valiente dadas las circunstancias.

Apenas conocía a Mel y ya estaba dispuesta a morir por ella. Era una hembra sorprendente.

—Bienvenidas —les dijo fingiendo indiferencia.

Taia y Mel parpadearon, confusas.

—Esto... Esto es... ¿Un balneario? —preguntó Mel.

Su voz sonaba tan dulce.

Tan rica.

Poderosa.

Estaba a punto de tumbarse mostrándole la barriga para que lo acariciara como un animal

dócil.

En su defecto, no conociendo lo que significaba «balneario», decidió explicarse.

—Se asearán y comerán para cuando el tercer monarca venga a por Taia.

Ella escuchó a Mel con ferocidad.

—¿Y por qué la has hecho llamar a ella? ¿Vas a entregarla también?

«¡Jamás!». Pensó.

—He sentido que las hembras suelen hacerlo todo en grupo o parejas, como una manada que se protege. Creí que, así, os sentiríais más cómodas —explicó Zahari.

Taia lo miró dejando claro que no lo creía.

Mel solo se escondió tras su amiga haciéndole sentir peor todavía.

—¿Y vas a quedarte ahí mientras nos desnudamos? —preguntó Taia.

Buen punto.

Sí.

Quería ver la piel de Mel desnuda, a su merced.

Pero eso no estaba bien, así pues, negó con la cabeza.

—Hay guardias en todas las salidas de esta casa y por todo el clan. Huir es inútil. Tomad lo que os doy y no sufriréis daño alguno. Si me desobedecéis... El dolor que sentiréis será inimaginable.

Quiso llorar cuando las lágrimas de Mel se escaparon de sus ojos.

Ninguna hembra debía de sufrir así y mucho menos por su culpa.

Pero no podía quedarse con ella, tampoco consolarla. Haciendo acopio de todas su fuerzas, las ignoró y salió de aquella habitación proporcionándoles privacidad.

—Ese macho quiere que olamos bien para podernos violar mejor —escupió Taya mirando a su alrededor.

Entonces se dio cuenta de algo: seguía atada.

Dejando a Mel en el sitio, caminó hacia la puerta y gritó.

—¡Sigo atada! ¿Cómo esperas que me limpie así?

Sabiendo que estaba tras la puerta, porque no pensaba dejar de vigilar a Mel, Zahari apareció con una maldición en los labios.

—Estate quieta, humana —dijo desplegando una gran garra.

Cortó sus ataduras y se marchó.

Así de fácil.

—Venga, Mel, aprovecha y disfruta un poco antes de que todo se tuerza.

No podía prometerle que todo iría bien, por lo pronto, tenían un par de duchas y una piscina caliente que las esperaba.

Mel dudó, pero llevaba demasiados días sin poder asearse y con ese vestido que había lacerado su piel. Fue entonces cuando vio en ella una pequeña sonrisa, estaba deseando sentirse limpia.

Corrieron a la ducha dejando su ropa sucia tras de sí, aunque lamentó despojarse de la ropa que Dara hizo para ella con tanto cariño.

—¡Oh! Esto sienta demasiado bien —gimió Mel.

Al fin parecía más relajada.

—Háblame de ti, Mel. Cuéntame cómo era tu vida en la tierra —instó Taya.

Quizás así, el gigante azul que había tras la puerta, se ablandara viendo que era una pobre humana arrancada de su mundo.

Solo cuando los ojos de Mel se llenaron de lágrimas, supo que acababa de meter la pata.

—¡Ay, madre! Discúlpame, no quería hacerte sentir mal.

Ella negó.

—No. No es eso —dijo tragando saliva—. Es que, desde que has llegado solo has sido protectora y dulce conmigo. No tuve nada de eso en la Tierra. Eres quien me ha tratado mejor en toda mi vida.

¡Oh, cielos!

Eso era muy triste.

—Si solo me conoces de un par de horas... —dijo Taya dándose cuenta de que su vida había sido una auténtica mierda—. Lo siento, Mel.

Enjabonándose el pelo, sonrió.

—No te preocupes. No es culpa tuya. Si nos hubiéramos conocido en la Tierra seguro que hubiéramos sido buenas amigas.

Sí.

Taya también lo creía.

—Bueno, cuenta que lo somos ahora —ofreció Taya sabiendo que lo necesitaba.

Que sus miedos la estaban consumiendo.

Mel aceptó asintiendo y ella, negándose a preguntar más, comenzó a lavarse.

—Estaba casada, ¿sabes?

Vale.

Ahora sí que era triste.

—Yo... No sé qué decir...

No podía decirle que no había posibilidad de volver.

No podía romperle el corazón.

—Él... Fue dulce nuestro primer año de noviazgo...

Solo con esas palabras supo a dónde iba a dirigirse la conversación.

Y lo lamentó.

Muchísimo.

—Mel, lo siento tanto por ti. No te lo merecías —graznó Taya con las primeras lágrimas picándoles en los ojos.

Ella siguió lavándose.

—No son así inmediatamente, ¿sabes? Al principio fue gentil y dulce conmigo, me mimaba. Poco a poco, empezó a cuestionarme las amistades. No le gustaba nadie y me convencía de que no valían la pena. A veces las discusiones duraban tanto que le daba la razón para volver a ver el hombre dulce que yo amaba.

Matarlo.

Taya quería matarlo.

—Cuando no me quedó ninguna amistad comenzó a meterse con mi ropa. Que si era muy corta o muy escotada. Las discusiones eran diarias y al final cedí para hacerlo feliz, creyendo que así estaríamos bien.

Pero no lo estuvieron.

Ese tipo de perfil no suelta a su presa tan fácilmente.

—Después llegaron las pequeñas pistas, esas que te decían que estaba con otras mujeres. Lo confronté cuando tuve pruebas y él me dio mi primer puñetazo. Por supuesto, se disculpó.

Parecía miserable y prometió que no volvería a pasar, además, que estar con esa furcia solo había sido un desliz. Que estaba en una despedida de soltero y la stripper se puso cariñosa, él estaba borracho y se arrepintió al momento.

Solo que no era verdad.

Solo la apretaba más en su tela de araña.

—Me despedazó trozo a trozo. Comenzó a irse todas las noches y yo sabía a qué. No tenía familia con quien regresar porque los perdí muy joven. Estaba sola, casi sin ingresos porque mi negocio de pastelería no estaba en buen momento. Sabía que dependía de él completamente.

Taya lloró dejando que el agua que caía sobre su cara lo ocultase.

—Empezó a verse diariamente con otras. Regresaba a casa, borracho, apestando a perfume femenino y se metía entre mis piernas. Si yo no me dejaba, él... Me golpeaba una y otra vez. Decía que era mi culpa, que le hacía perder el control y que debía aprender a ser sumisa, que me amaba...

Mel estaba muy rota.

No quedaba nada de ella.

—Cuando me secuestraron...

Su voz se estranguló.

—Mel, no debes seguir si no puedes.

Pero ella quería.

—Me estaba pegando, Taya. Con una barra que trajo de la basura. Me golpeó después de decirle que me iba de casa, que no podía soportarlo más. Me llamó gorda ingrata y decidió matarme para que nadie me tuviera.

Aquella mujer era valiente, mucho más que Taya porque se había enfrentado al monstruo que una vez amó y le dijo que se marchaba. No todas las que vivían un horror así conseguían hacerlo.

Entre sollozos sonoros, Mel cayó de rodillas al suelo totalmente fuera de sí.

Taya corrió a parar las duchas, después, tomó una gran toalla del montón que había cerca y la envolvió con sumo cariño.

—Estaba contenta de que me secuestraran porque así no iba a morir a manos de él, pero ahora... Zahari va... No sé si puedo sobrevivir a eso.

Lloraba.

El dolor de años siendo golpeada y abusada por hombre que lo había significado todo.

A Taya se le cerró la garganta, el corazón le sangraba de dolor con lo que Mel acababa de explicarle.

—Eres muy valiente, Mel.

Ella negó.

—Lo eres, pero no puedes verlo. Te admiro por enfrentarte a él, por decirle que te ibas y por haber sobrevivido. Y seguirás haciéndolo. Vas a seguir siendo fuerte, vas a pelear con uñas y dientes. Demostraremos que no somos humanas fáciles de tomar. Pelearemos codo con codo y te prometo que estarás bien.

No sabía cómo iba a conseguir todo eso, solo que lucharía para cumplirlo.

—Devian tiene un clan muy grande. Más que este... —comenzó a decir—. Todos ellos son dulces, bueno, menos Bork, pero ese tío tiene un palo metido en el culo.

Mel rio.

—No dañan a las hembras, las adoran. ¿Sabes que llevan treinta años sin ver a una mujer? De locos. Me pusieron regalos en la puerta, cuidaron de mí como si fuera algo precioso. Yo, ¿te imaginas?

—Eres bonita, Taya.

Puso los ojos en blanco.

—Si consigo llevarte con ellos, estarás bien. No tienes por qué elegir a nadie, cuidarán de ti igual. Y tienes que comer orux, sabe a natillas y está buenísimo.

Mel siguió riendo con sus ocurrencias.

—Me encantaría probarlo.

—Pero antes, vamos a aprovecharnos de la generosidad de Zahari y vamos a sumergirnos en esa piscina caliente.

Sí.

Ambas sonrieron.

CAPÍTULO 25

El interior de Zahari estaba en ebullición. Necesitaba ir hasta la Tierra y despedazar al macho de Mel. No quedaría nada de ese miserable cuando él lo rastrease para poner finalmente sus garras en su cuerpo.

Escucharla le había desgarrado el corazón.

Rompiéndolo.

Su Mel había vivido un verdadero infierno en un planeta que deberían haberla adorado como la diosa que era.

Suspiró pasándose las garras por el cuero cabelludo.

¿Cómo había podido estar con un macho como ese?

No tenía honor.

Merecía muerte.

Ahora comprendía el miedo atroz que le profesaba. Seguramente, además de creer que iba a violarla, le recordaba a ese macho sin honor que merecía morir muy lentamente.

Él había golpeado su hermoso cuerpo.

La había hecho sentir que no valía nada.

Ella había entregado su corazón, su cuerpo y su alma para acabar completamente destruida.

Había arañado el marco de la puerta con sus garras luchando por contenerse, por no entrar allí y tomarla entre sus brazos para hacerla sentir mejor. Mel no se merecía ese trato.

Era una diosa.

Taya la animó de una forma que lo sorprendió. Aquella hembra era una firme defensora, fuerte y con las palabras adecuadas para calmar a Mel cuando se ahogaba en sus propias lágrimas.

Ahora necesitaba orux, parecía que eso complacía a las humanas.

Y quería ver sonreír a Mel.

Lo necesitaba.

Quizás eso lo ayudase a no sentirse miserable cuando vendiera a la valiente Taya al monarca.

Dejándolas riéndose de algo que llamaron «reality show», se marchó para prepararlo todo.

Mel merecía un banquete.

Y él era un Darkan, se lo proporcionaría gustosamente.

Taya no se sintió mejor cuando estuvieron limpias y golpearon a la puerta obligándolas a salir del baño.

Había llegado el momento de ser valientes.

Respiró profundamente y miró a Mel.

Sí, por ella sería el escudo que necesitaba que fuera.

«Devian, tengo mucho miedo».

El guardia las guio por pasillos blancos con hilos que parecían plata. Taya lo miró todo, tal vez así memorizaría algún camino para poder huir de aquella dichosa casa. El clan ya sería otro tema.

Pero ya cruzaría ese puente cuando tocase.

Abriendo una de las dobles puertas doradas donde acabaron sus pasos, un gran comedor

apareció ante ellas.

Una mesa copiosa, llena de comida y unas pieles hermosas en el suelo, las sorprendieron.

—Tomad lo que queráis, hembras. El Darkan ha dispuesto platos de todos los gustos. Tomad uno vacío, llenarlo con los manjares que creáis y sentaros en las pieles delante de la chimenea.

Taya dio un traspié cuando escuchó aquella voz. Cayó al suelo, de rodillas, mientras Mel corría a ayudar a levantarla.

No pudo.

No fue capaz cuando vio a Lixton sonriéndole amablemente sirviendo platos.

—Hembra, ¿se encuentra bien? —preguntó sin abandonar su postura servicial.

Lixton.

El mismo con el que había hablado en la fiesta.

El mismo que estaba en el consejo de Devian.

Su amigo.

Su compañero.

Traidor.

—Eh... Sí... —dijo.

Luchando contra la sorpresa, se levantó con la ayuda de Mel y fue su turno de aferrarse a ella. Tomó su brazo con fuerza mientras caminaban hacia él para tomar uno de los platos vacíos que le tendían.

Detuvo a Mel cuando estiró su brazo hacia Lixton.

—¡No! —exclamó.

Los dos la miraron con sorpresa.

—¿Todo bien? —preguntó Mel.

—¿No tiene hambre, hembra?

Quería escupirle en la cara. Lanzarle el plato y golpearlo duramente mientras su precioso pelo amarillo neón ondeaba con la corriente de aire que entraba por los grandes ventanales de la estancia.

Pero se obligó a resistir.

—Disculpad, todo bien —mintió amargamente.

Dejó que Mel tomase el plato. Es más, la soltó para que comenzase a ver toda la comida que había presentada en aquella mesa.

Cuando fue su turno de coger el plato, Lixton lo cogió fuertemente. Tiró de ella unos pocos centímetros en su dirección y Taya solo pudo mirarlo a los ojos.

—Todos los clanes tienes espías —susurró.

La realidad le abofeteó en la cara.

Lixton era un espía, pero ¿de qué lado estaba?

Como si supiera en lo que estaba pensando, el guerrero Kraxarian asintió.

De Devian.

Era leal a Devian.

El alivio la hizo dibujar una pequeña sonrisa antes de que él la dejase ir a comer.

—Podría recomendarles platos según sus gustos, hembras —sonrió Lixton como si nada.

Como si no la conociera de nada.

—Yo haré eso —ladró Zahari entrando en la habitación.

A Mel se le cayó el plato al suelo, rompiéndose en mil pedazos, la pobre se tiró al suelo luchando por recoger los trozos a toda velocidad.

—¡Vas a cortarte! —exclamó Taya lanzándose a por ella.

Pero Mel no estaba allí.

Bueno, sí, pero su mente no.

—Lo siento, no volverá a pasar, lo prometo. Lo siento —dijo una y otra vez mientras se cortaba las manos cogiendo los pedazos desperdigados.

—¡Santo cielo, para! —gritó Taya tomándola de las muñecas.

¿Eso había vivido con su ex?

Ese miedo crudo en los ojos de Mel la desgarró por completo.

—¡Hembra!

La voz de Zahari cortó el aire y sacó de su trance a Mel. La pobre parpadeó ante los ojos azules de aquel macho que tomaba sus codos en un intento de alejarla de lo que le hacía daño.

—Ven, sanaremos tus manos —dijo con suavidad.

La tomó en brazos dejando que ella se convirtiera en un gatito abandonado que necesitaba cariño.

Taya quiso tomar los pedazos antes de que Zahari gruñera.

—Tú tampoco, Taia.

Vale.

Podían pudrirse ahí los trocitos.

Vigilándolo de cerca, vio como Zahari sentaba a Mel entre las suaves pieles. También ayudó a acomodar el vestido que les había regalado a ambas, para que sus zonas íntimas, sin bragas, quedaran al descubierto.

Alguien entró facilitándole una especie de botiquín de primeros auxilios.

Y, cuando volvió a mirar, ya no quedaba nada del plato roto. Frunció el ceño.

¿Cómo seres tan grandes podían ser tan sigilosos?

Observó la escena, dándose cuenta de que, aunque Mel estaba completamente en tensión, Zahari parecía concentrado única y exclusivamente en hacerla sentir mejor y curarla.

Parte del miedo desapareció entonces.

Así pues, usando su plato comenzó a ponerle cosas para llevárselas a Mel.

Un chillido agudo, algo enmudecido, se le escapó de la garganta al ver los orux en una bandeja.

Todos la miraron y ella se sonrojó.

—Lo siento, es que esto está tan bueno —sonrió señalando la fruta—. Es lo que te dije, Mel. Ahora te llevo.

Zahari parpadeó, sorprendido con su actitud.

Acercándose a ellos, con pasos lentos y cortos, se fue aproximando a Mel vigilando las reacciones del Darkan.

—No voy a morderte, hembra. Puedes darle el plato sin miedo.

Corrió a dárselo.

—Por si acaso —escupió antes de irse con Lixton a por otro vacío.

Eso le divirtió.

Zahari ignoró a Taya mientras Lixton le explicaba la cantidad de alimentos variados que podía probar. Ella parecía confusa con los nombres, hasta se atragantó tratando de decir algunos, lo cual le pareció adorable.

Decidió dejar de escucharlos, necesitaba sus sentidos para algo mejor.

Algo más honorable.

Cuidar a su hembra. Una que no tendría jamás, pero que la diosa le había entregado como regalo.

Curando sus cortes su mente fue hacia unos pocos instantes atrás, cuando ella había entrado en una especie de trance y se había lanzado a recoger los pedazos sabiendo que la iban a castigar.

A golpear por su error.

¡Cómo deseaba ir a por ese macho de la Tierra y matarlo!

Si por él fuera, ella podía romper toda la vajilla si quisiera.

—Lo siento mucho, de verdad —volvió a disculparse Mel.

¿La habían adoctrinado a sentirse culpable por todo?

—No tienes que disculparte. Los accidentes no son culpa tuya.

—Me asusté cuando entraste. Lo siento.

De vuelta al perdón.

—Fue un accidente. Tengo platos de sobra para proporcionarte otro sin que te cortes las manos por ello —explicó enarcando una ceja.

Ella lo estudiaba con tanto miedo que deseó gruñir, se contuvo para no asustarla.

Curadas sus manos y vendadas adecuadamente, el estómago de ella gruñó deseando ser alimentada.

Un calor por el pecho lo ahogó.

—Tu amiga dijo que esto os gusta —dijo fingiendo indiferencia.

Tomó el orux y lo peló con la garra sin demasiados remilgos. Después, le tendió un trozo que Mel tomó con ciertas reticencias.

Cuando lo saboreó, cerró los ojos un segundo gimiendo.

Zahari supo que acababa de tocar el cielo con las manos y que saquearía todos los árboles de su planeta para traerle todos los orux disponibles.

—¿A qué está bueno? —preguntó Taya con entusiasmo.

Ambas se miraron sonriendo.

¿Cómo podían las hembras hacer lazos fuertes en tan poco tiempo?

—Buenísimo —dijo Mel esperando que cortase un trozo más.

El corazón de Zahari se sintió atropellado mientras luchaba por ser capaz de no parecer un idiota enamorado. Cortó un nuevo pedazo y se lo tendió pinchado en una garra.

—Son... Útiles —rio Mel algo más tranquila.

A su lado.

Sin tanto miedo.

Santa diosa, suspiró para sus adentros.

—Tienes que probar esto. Es como pescado, pero sabe a carne ahumada —dijo Taya con la boca bien llena.

Estaba disfrutando.

Y su felicidad se contagió a Mel quién rio un breve instante.

Ese sonido era el mejor que hubiera escuchado antes.

¿Sería capaz de volverlo a sentir?

Yendo hacia ella, Mel se atrevió a acercarse a su amiga dejándolo atrás para tomar lo que Taia le ofrecía.

Ambas gimieron al comerlo.

Nunca hubiera imaginado que alimentar hembras pudiera resultar tan satisfactorio.

Eran seres muy curiosos.

Hasta Lixton parecía disfrutar del espectáculo que ofrecían probando cosas. Y lo mejor vino cuando tomaron una carne que las hizo palidecer.

—¡Cómo pica! —gimió Taya buscando algo para beber y calmar el escozor.

—Es horrible —dijo Mel con lágrimas en los ojos.

Bien.

Ese alimento estaba fuera de la lista.

—Tened, hembras —rio Lixton ofreciéndoles unas copas que vaciaron a toda velocidad.

Ambas le agradecieron al macho.

A él.

Por ayudarlas.

Mientras Zahari las miraba como si fueran obras de arte.

—Voy a comer hasta reventar —rio Taya—. Que ese monarca al igual me hace pasar hambre.

Su broma las paralizó a ambas.

Supo que no había pensado en lo que decía hasta que lo dijo. Fue como si toda la felicidad que habían recogido se escapase de entre sus dedos fugazmente. Odió verlas tan miserables.

A ambas.

No solo a Mel.

Taia era un ejemplar único en su especie y, aunque no la atraía, sí sabía que podía llegar a apreciarla.

—¿No hay forma de que no entregues a Taya?

«A ti, la vida entera te daba. Hasta mi cola, si la pides me la corto y te la sirvo como una ofrenda ante tus pies».

—No —gruñó volviendo a asustarla.

«Estúpido». Se regañó mentalmente.

Tenía que ser fuerte y cumplir su venganza.

Devian acabaría de rodillas y él tomaría su clan. Sus otros dos hermanos morirían o se unirían a su causa, era su decisión.

Incapaz de quedarse después de dañar a las hembras, se fue como una exhalación dando un sonoro portazo. No debía distraerse, no debía entretenerse con ellas como si fueran un juego.

Eran sus prisioneras.

Lo demás era la ilusión de un pueblo que ya no poseía esperanza.

CAPÍTULO 26

Devian estaba desesperado.

Había ladrado órdenes como nunca antes. También peinó la selva de palmo a palmo sin importar sus peligros.

Necesitaba algo.

Una pequeña pista que le dijera qué dirección tomar para encontrar a Taia. Se aferraría a cualquier cosa.

Enviando a todos sus espías a sus posiciones, esperaba que el resto de los clanes no estuvieran involucrados. Jamás desearía tener que enfrentarse a otros clanes Kraxarian, hermanos contra hermanos, pero lo haría si descubría que la tenían.

Después, ejecutaría al vil traidor.

—Hermano, tienes que descansar —dijo Bork a su lado.

Como guardián de Taia, un cargo que no llegó a ejecutar, se había tomado muy en serio su cargo. Peinaba la zona tan eficazmente como él mismo tomándose personalmente su secuestro.

Y Jaxyn.

Aquel macho ahora vivía para encontrar a Taia.

Ella le había dado una oportunidad que nadie le dio antes, ahora solo era necesario dar con ella y regresarla a casa.

Después le diría que aceptaba su reclamo.

Le entregaría su cuerpo, corazón y alma para que ella hiciera con él lo que creyera oportuno. Sería suyo hasta que se convirtiera en polvo y cenizas, hasta que su corazón dejase de latir.

—Un poco más.

Llevaban dos largas rotaciones buscando.

Y nada.

—De nada servirá que te desgastes, Devian. Tienes que estar en plena forma para encontrarla y pelear.

Gruñó enseñándolo dientes.

—¡Tengo que encontrarla! —gritó enfurecido.

Calmándose, se amasó el pelo detrás de los cuernos mientras luchaba por esconder su miedo y desesperación bajo un muro.

—No debí gritarte. Es solo que no sé cómo descansar mientras sé que pueden hacerle daño —confesó Devian.

Bork pareció comprenderlo.

—Tienes a todo un clan buscándola. No te estás rindiendo. Si no descansas, enfermarás y no le servirás a tu nimari. Solo siendo un Darkan fuerte podrás rescatarla.

Aquellas palabras lo golpearon con fuerza.

Su nimari.

Sabía que los hermanos podían notar el vínculo de los demás cuando este surgía. Lo que significaba que Ral y Bork lo habían sabido en cuanto vieron por primera vez a Taia en la selva.

—¿Cómo fui tan ciego? ¿Cómo no noté mi vínculo con mi nimari?

Se sentía estúpido.

Todos lo vieron y, aunque notaba atracción, no fue capaz de detectar el vínculo sagrado que los unía. Ese regalo que los dioses entregaban a unos pocos cuando no escaseaban las hembras y que, ahora, era un milagro.

—Porque padre se encargó de hacerte sentir inútil —contestó Bork.

Devian giró sobre sí mismo tratando de evitarlo.

No quería hablar de ello.

—Sé que lo ves cuando me miras. Proyectas en mí tu odio hacia él, el dolor que te hizo.

Las palabras de Bork no contenían reproche, solo verdad.

Incapaz de decirle que así era, siguió caminando.

—Yo recuerdo como nos protegiste. Cuidaste de nosotros y te dieron palizas por nuestras culpas, en especial por mí culpa.

—Bork.

—No. Fui un hermano terrible y lo he sido todo este tiempo. Pero Taia es diferente, ella es tu vínculo, nuestra esperanza de tener nuevos cachorros corriendo por el clan.

Era mucho pedir.

Ni siquiera sabían si iban a encontrar a Taia con vida o si serían compatibles. Y lo que es más importante: si Taia lo aceptaría y desearía tener descendencia con él.

—Xánder estaría orgulloso de ti. Siempre lo estuvo. Fue el único de todos que te vio con claridad.

—Xánder murió por mi culpa —escupió Devian con auténtico dolor.

Bork negó.

—Lo hizo porque te amaba y su amor nos salvó a todos.

Condenándolo al dolor eterno de saber que le había fallado a un hermano.

Y ahora podía perder a su compañera.

—¡Hermanos!

La voz de Ral los sorprendió. Él debía haberse quedado en el clan como segundo protector. Sabía que había muchos machos cualificados que asumirían el puesto rápidamente y con orgullo, pero había asignado a Ral específicamente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Devian.

Su hermano, que entendió su creciente enfado, levantó las manos y dibujó una sonrisa en sus labios.

—Lixton ha mandado un mensaje. Zahari tiene a Taia y a seis hembras más.

Zahari.

Su hermano.

—¿Has dicho seis hembras más? —preguntó Bork, sorprendido.

Asintió.

Eso era un milagro. Uno que había caído en un clan muy pequeño y en manos del único macho al que deseaba evitar el resto de su existencia.

La ira le burbujeó en las venas sabiendo exactamente qué le había hecho llevarse a Taia. La ira, la venganza de unos años que sucedieron hacía demasiado tiempo. Seguía atascado en el pasado como él.

Atrapado en los errores a los que fueron empujados por su padre.

Haral había sido un monstruo y marcó a todos sus hijos de igual forma.

—¿Decía algo más el mensaje de Lixton?

Cuando Ral apretó la mandíbula supo que sí.

Y que no le iba a gustar.

—Va a venderla al tercer monarca de los Draxarus. Al parecer, Gayax compró cuatro hembras en una subasta. Una murió, Taia escapó y las otras dos son yamaris de Gayax y Gren. Seguramente esperan que Taia sea la compañera del tercero.

Las palabras se convirtieron en arena en su boca y, durante unos instantes, fue incapaz de hablar con claridad.

—No pueden llevársela.

Tenían que llegar hasta ella mucho antes que cualquier monarca.

No tardaron en avisar a todo un ejército. Muchos se ofrecieron voluntarios, aunque no podían llevárselos a todos porque el clan no podía quedar desprotegido. Así pues, formaron un grupo fuerte y partieron hacia Zahari.

Solo esperaba llegar a tiempo.

—¡Darkan! —gritó Rok.

Devian miró a su amigo con cariño.

—No puedes venir.

—Ella también es mi Darkana, Devian. Debo ayudar a salvarla —insistió.

«Darkana» el término para la mujer del Darkan. Era la reina, la figura femenina posicionada de igual forma al lado del Darkan. Luchaban juntos, tomaban decisiones juntos y ese término olvidado engrosó su corazón.

—Regresaremos con ella. Te necesito en el clan —explicó Devian.

No podía dejarlo venir. Dada su cojera y avanzada edad podía perderse en la batalla y eso le rompería el corazón a Taia.

—Ella te quiere de una pieza. Hazlo por tu Darkana o nos dará una paliza a los dos.

Ambos sonrieron.

Sí, Taia tenía carácter para eso.

De pronto, una Atira armada hasta los dientes apareció ante ellos junto a sus gloriosos machos.

—No te molestes en decirme que no, es mi hija y voy a cortar las cabezas de todo aquel que haya puesto un dedo sobre su piel.

¿Y quién le negaba a una madre ir a por su hija?

Aunque fuera adoptada y de otra especie, Atira mataría a todo aquel que se le interpusiese, Darkan incluido.

—Se alegrará de verte —sonrió Devian.

—Más le vale. Después la encerraré en casa hasta que sea mayor.

Ral rio.

—¿Sabes que es adulta?

—Calla —espetó Atira.

Jaxyn también se les unió.

—Darkan, pido permiso para ir a salvar a Taia. Como su guardián, quiero mostrar mi valía y traerla a casa.

El macho imperfecto.

Indigno.

Con defecto.

Resurgiendo de las cenizas como un fénix después del dulce toque de la hembra.

Ese sería un gran honor y orgullo.

—Por supuesto, no esperaría otra cosa. Seguro que te está esperando.

Y Jaxyn sonrió.

Feliz de poder ayudar.

—Ya están aquí, Darkan —avisó Lixton.

Taya se tensó con la noticia. Siempre esperó estar preparada, pero cuando llegó el momento flaqueó.

Tragó saliva.

Mel, quién había permanecido a su lado esos dos días. Esos en los que habían sido agasajadas por Zahari de una forma extraña. No comprendía qué quería exactamente de ellas.

Bueno, sí de Mel, pero no sabía por qué motivo la metía a ella en la ecuación.

Su amiga se aferró a ella, abrazándola con fuerza y cubriéndola con su cuerpo.

Zahari gruñó a modo de advertencia.

—Hembra, apártate.

Mel negó.

Aquello iba a acabar mal si se negaba. Así que, Taya hizo acopio de todas sus fuerzas de flaqueza. Abrazó a su amiga con sumo cariño, el que necesitaba para empezar a reaccionar, a comprender qué no estaba en ellas elegir.

Se lo habían negado.

Prohibido.

—Mel, cariño, todo irá bien. Sabíamos que iba a pasar. Estaré bien —prometió.

Las lágrimas de Mel supieron tan amargas que dolieron.

—No lo sabes, no quiero perderte.

Por encima del hombro de ella, Taya miró a Zahari con rabia.

—Volveré a buscarte. No sé cómo ni cuándo, pero volveré. Aférrate a esa promesa y sé fuerte por mí, ¿vale?

Era sincera.

Removería cielo, tierra y mar para regresar y Mel la creyó.

—Vale, te quiero, Taya.

—Y yo a ti.

Separándose de ella, se secó las lágrimas luchando por una valentía que no sentía. Lo vio en Mel, el miedo de quedarse a solas con Zahari, también el terror a perderla. Se quedaba sola.

Y eso resultaba angustiioso.

—Has escuchado lo que le han hecho. No seas un bastardo con ella —escupió Taya saliendo de la habitación para encontrar su destino.

Zahari salió tras sus pasos. Cuando la puerta cerró tras ellos, escucharon cómo Mel se desplomaba en sollozos tan audibles que su corazón se encogió de dolor.

Taya suspiró.

—Cuídala, por favor. Ha conocido el horror en nuestro planeta, si tiene que estar ligada a ti, no dejes que le hagan daño —suplicó sabiendo que no tenía que hacerlo.

Zahari haría lo que quisiera.

Pero él pareció aturdido con sus palabras.

—Vamos, hembra, tu comprador espera —dijo volviendo a su tono frío y terrible.

—Sí, Darkan —contestó ella atragantándose con las palabras.

Quería a Devian.

Volver a casa, aunque no a la Tierra. Ansiaba regresar al clan.

No iba a pasar.

CAPÍTULO 27

Cuando Zahari caminó hacia su despacho supo que estaba haciendo algo terriblemente mal. Entregar una hembra a un macho que podía dañarla no era lo que había aprendido.

Ellos protegían a las hembras.

Las honraban.

Atesoraban.

Y ahora iba a permitir que la nimari de su hermano fuera entregada al tercer monarca de los Draxarus.

Ella había sido increíblemente fuerte. Calmó a Mel cuando esta se derrumbó y no mostró miedo para que su amiga pudiera estar bien. Es más, se atrevió a reprenderlo por sus acciones suplicándole que cuidase de Mel.

Nunca rogó por ella y su seguridad.

Solamente la de su amiga.

—El monarca espera que seas su yamari —explicó cortando el silencio que los abrazaba.

Taia se encogió de hombros.

—No lo soy, soy la nimari de tu hermano y lo sabes.

Sí, pero eso no detendría al tercer monarca.

De sus hermanos era el que tenía la fama más cruel. Era despiadado, feroz y poseía tantos esclavos que hacía sonrojar a los mismísimos esclavistas. Su identidad quedaba en la sombra, por supuesto, conocido como el tercer monarca.

El que se movía en las sombras.

A diferencia de Gayax, del que se decía que solo buscaba seguir prosperando su especie o Gren, el cual era un experto en tecnologías y avances.

No eran malos machos o, al menos, no le habían llegado noticias de ello.

El peso caía en el tercero. Fuerte, capaz de cualquier cosa, gobernaba a todos los Draxarus con fuerza implacable.

Cuando tuviera a Taia la forzaría.

La rompería.

Y, si sobrevivía, se la entregaría rota para devolvérsela a Devian.

—Ojalá pudieran ser las cosas diferentes —dijo Zahari queriendo quitarse un peso del corazón.

Ella rio.

—Se puede, solo que no quieres —escupió—. No importa, este es mi destino y así lo tomaré. No es como si tú pudieras preocuparte en nada más que en ti mismo y tu venganza personal.

—Tú no sabes nada —espetó Zahari.

Sí.

No sabía nada.

Y, sin remordimientos, se encogió de hombros.

—Me da igual. No eres un macho de honor cuando entregas a alguien para que sea violada y torturada. Quieres venganza fingiendo ser mejor, pero eres un monstruo como aquellos que tanto dices odiar.

Sus palabras fueron un látigo.

¿Por qué le importaba su opinión?

Ella no era nada, una mota de polvo que desaparecería.

—Mi madre fue forzada por Haral Prixus.

Ante sus palabras, Taya, quién tomaba la delantera, se detuvo.

—¿Ese es el nombre de vuestro padre? —preguntó.

Asintió.

—Cuando la purga, perdió a su nimari. Enloqueció o eso dicen —tragó como si tuviera una pesada roca en la garganta.

Ella solo esperó.

—Dejaron de nacer hembras y él ordenó encontrar a las que quedaban. Ejecutó a sus machos y las forzó a tener su descendencia. Tomó a mi madre en el salón de su casa, cerca del cuerpo de su pareja desmembrada y la tomó las veces que hizo falta hasta quedar embarazada de mí.

Taia jadeó horrorizada ante sus palabras.

—¿Y eso tiene que ver con Devian?

Mucho.

Todo.

Porque si su hijo hubiera sido fuerte él nunca hubiera sido un bastardo.

—Todos sus bastardos fuimos desterrados. Enviados lejos a morir de hambre, pero Xánder nos encontró.

Taia lo miró simple y llanamente, como si él fuera una proyección que contase un cuento y no su carcelero.

—Luchó para tener nuestros derechos y ser parte de la familia Prixus. Pero Haral nos repudió de nuevo. Cazó a alguno de nosotros. Los ejecutó ante todo el clan a modo de castigo.

Vio hasta tres ejecuciones de bastardos.

Aquellos machos prohibidos que no debieron volver.

—El día de mi ejecución, Xánder saltó hacia el estrado para defenderme. Nos habíamos hecho amigos a pesar de nuestras diferencias.

El corazón de Taya estaba a punto de explotar. No quería saberlo y sí al mismo tiempo.

Con terror, deseó que su corazón sobreviviera a lo que fuera a contar.

—Haral le pidió a Devian que me ejecutase. Subió al estrado y Xánder me defendió.

No.

Quería.

Escuchar.

Más.

—En la pelea, Xánder cayó mal del estrado. Se desnucó y falleció en el acto. Después dijeron que fue la purga, pero quienes estuvimos allí lo supimos. Por alguna razón, dado lo similar que soy a Devian, mi ejecución fue privada.

Taya sabía que sus rodillas estaban a punto de colapsar.

—En mi rabia, me lancé contra Haral, pero Devian se interpuso regalándome este pequeño recuerdo en la cara —dijo señalándose con rabia.

Y ahí acabó el relato.

Sin más.

—¿Qué pasó? ¿Cómo evitaron tu ejecución? —necesitó saber.

Zahari se encogió de brazos.

—No lo sé. Desperté días después, con media cara destripada, un cuerno de menos y exiliado lejos del clan. Unos hombres mayores se apiadaron de mí, me cuidaron sin decirme quién se lo ordenó y me ayudaron a convertirme en Darkan. Les debo todo lo que soy.

El corazón de Taya iba a mil por hora. A pesar de su explicación, había piezas que no

encajaban. Piezas que él parecía obviar después de tantos años consumido por el odio. Sabía que había algo más.

—Crees que ese Haral Prixus que recuerdas, ese tan temible y frío, ¿iba a perdonarte la vida? —preguntó Taya.

No importaba.

Al menos no a Zahari.

Él solo sabía que había perdido a un amigo, que le habían despojado de lo que merecía por ser hijo y exiliado con una gigantesca cicatriz.

—¿Qué quieres decir?

Un atisbo de duda.

Uno.

En tanto tiempo.

—Si yo fuera ese hombre, te hubiera ejecutado, no te hubiera exiliado. Eso es demasiado piadoso para quien describes.

Los ojos de dolor de Zahari se nublaron hasta mostrar indiferencia. Desapareció el hombre que parecía sentir profundamente lo que estaba a punto de pasarle, para convertirse en alguien fuerte y letal.

—No importa ya nada de eso. Tú eres la pieza de mi venganza.

—Duerme bien por las noches sabiendo que me tomarán como a tu madre —escupió Taya con rabia.

Sabía dónde golpear.

Donde dolería.

Y lo hizo con rabia porque era lo único que podía hacer.

Zahari la tomó del codo con fuerza, provocándole tanto dolor que gimió en respuesta a su toque, el cual no se aflojó.

—No me harás cambiar de opinión.

Taya se acercó hasta estar a pocos centímetros de su cara.

—No esperaba menos de un monstruo como tú.

Gayax estaba nervioso.

Sentado en aquel sofá pomposo, sus pensamientos estaban en casa, en la hembra que esperaba que regresase con su amiga. Ya estaban a punto de conseguirla de vuelta, lo cual era una gran noticia.

Le haría feliz y, tal vez, así ella se abriría a su vínculo.

Su hermano, a su derecha, parecía inquieto. Frotaba sus manos una y otra vez mientras el tiempo pasaba.

—Si es tu yamari tienes que deshacerte de tus esclavas sexuales. A las hembras humanas no les gusta compartir y es deshonesto para un guerrero Draxarus tener esclavos.

Odiaba ese perfil de su hermano.

Llevaba tiempo criticándolo esperando que reaccionara. Haciendo eso, enviaba un mensaje contradictorio al mundo, mostrándose un dictador sin alma que abusaba de las hembras indefensas.

No quería eso para su hermano.

Era un buen macho.

—Haré lo que me plazca y no dejaré un harén de mujeres que me chupa la polla por una yamari.

Sus palabras lo molestaron y ofendieron a partes iguales.

—¿La diosa te envía un regalo y tú lo despreciarías de esta manera? —preguntó Gayax.

Sus colores se desestabilizaron obligándole a tomar el control de sus emociones para mostrar su color plateado.

Neutral.

Impenetrable.

—No lo haré. Follaré con esa zorra y será la única que llevará a mis hijos en sus entrañas, pero no puede pretender ser la única que caliente mi cama —rió.

El sudor frío bajó por sus sienes.

Karmenn no iba a perdonarle que su amiga sufriera.

—Si no es tu yamari, me la quedará —decidió Gayax a toda prisa.

—No. Tú tienes a tu humana y yo tendré la mía.

Su hermano no colaboraba.

Empezaba a ser un dolor de cabeza, así pues, decidió jugar a su juego.

—Te regalaré otra. Esta es muy preciada para mi humana y quiero ver como se dan placer juntas para luego calentar mi cama.

Las palabras le supieron a metal correoso en su lengua, pero funcionó, su hermano sonrió lascivamente.

—Así me gusta, hermano. Nunca pensé que probarías el pecado de la carne —rió.

Se sintió asqueroso.

Manchado.

Sucio.

«Santa diosa, ayúdame». Suplicó mentalmente.

Las puertas del despacho se abrieron dejando entrar a una hembra que reconoció y a Zahari tras ella.

En el tiempo desde que la compró hasta ahora ella había cambiado. Estaba mejor, parecía más valiente que la aterrada hembra que compró y vestía un vestido blanco vaporoso que remarcaba bien su cuerpo.

Buscó rastros de heridas y no encontró ninguna.

Bien, porque a su Karmenn no le gustaría.

—Mi adorada yamari, al fin te encuentro —canturreó su hermano con dulzura.

¿Yamari?

¿También había vínculo entre ellos?

Una parte de él se rompió, había esperado que no lo fuera para así poder quedársela para darle una mejor vida. Además, eso complacería mucho a Karmenn.

La humana no avanzó.

Los miró con horror.

—No soy tu yamari —escupió—. Tengo nimari y es el Darkan Devian Prixus, te despedazaré por lo que me hagas.

La sorpresa congeló a Gayax, quien reconoció ese nombre.

El mayor Darkan.

Su clan no tenía parangón con ningún otro y su sangre era de sobras conocida. Era, o al menos eso pretendía, ser el Darkan más poderoso de todo el planeta. Que él tuviera nimari complicaba las cosas.

Abriría una guerra entre Draxarus y Kraxarians que no convenía.

—No sabe lo que dice, es una humana tonta —rió Zahari empujándola hacia su hermano.

La pobre hembra dio un traspié y, cuando quisieron alcanzarla, dejó escapar un chillido agudo antes de alejarse.

Aquella humana veía bien a su hermano.

El monstruo que habitaba bajo su piel.

Siempre creyó que una yamari lo calmaría, pero no era así.

Estaba corrompido, demasiado putrefacto como para tener alma.

—Vas a ser un dulce juguete en mis manos. Mi grueso miembro va a penetrar todos tus agujeros —rió su hermano revolviéndole el estómago.

Ella tembló.

Miró a Zahari buscando una piedad que no encontró.

Después miró a Gayax y él solo supo mirar a otro lado.

No podía salvarla.

Y eso las mataría a ella y a Karmenn en el camino.

—Pide lo que quieras, hermano, y te lo concederé a cambio de la hembra —dijo Gayax.

¿Él negociaba por tenerla?

—Quiero su coño expuesto a mí, después su boca y su culo. Alternaré los agujeros hasta que no pueda gritar más.

Sus palabras la conmovieron.

Sí que iban a destruirla tal y como Zahari había previsto.

Y nadie iba a salvarla.

Aquel ser no tenía alma. Sus ojos vacíos la miraban con lujuria, una enfermiza que se divertía dañando a sus juguetes hasta dejarlos rotos. Después, los cambiaba por unos nuevos y seguía jugando.

Ella sería eso durante un tiempo.

Así Zahari ganaba.

Mirando a su alrededor, supo que no podía salvarse, no obstante, corrió hacia Lixton y aprovechó la confusión para coger la daga que empuñaba en el cinturón de su pantalón.

Se apartó de ellos, yendo hacia los grandes ventanales mientras cuatro machos conmovidos la observaban.

Taya se colocó la daga en el cuello, amenazando.

—¡No! —gritaron Zahari, Gayax y Lixton a la vez.

El otro Draxarus, simplemente rio.

—Tienes fuego. Será más satisfactorio romperte.

—Para romperme tengo que estar viva, monstruo —escupió clavándose la daga haciéndose un corte que comenzó a sangrar.

Todos jadearon, esta vez el Draxarus también, sorprendido por su valentía o estupidez.

—¡Basta! —gritó Zahari.

No surgió efecto.

Ella clavó la daga un poco más a pesar del dolor.

—¡No pienso dejarme violar por un monstruo! —gritó aterrorizada.

Sus piernas temblaban.

También sus manos.

—Así tú tienes tu venganza. Yo muero, Devian sufre, solo que no me toca ese ser sin corazón.

—Tomó aire—. ¡Míralo! ¡Sabes que es alguien horrible y lo que me hará!

No podía recriminarle nada.

Sabía lo que hacía.

Ella no importaba. Solo su venganza.

—Dime que Carmen está bien, por favor —suplicó Taya mirando a Gayax.

Este, a pesar de la estupefacción, asintió.

—Sí. Viva, sana y feliz.

Taya lloró de alivio.

—Gracias.

Lamentó lo que dejaba atrás. La promesa a Mel y a Carmen de salvarlas, así como el resto de humanas que esperaban en aquel sótano mugriento. También odió no haber podido ver a Devian una vez más.

O a Ral, ese hombre se metía bajo la piel con pocas palabras.

Atira, Jaxyn, Baruk y Rok.

Hasta extrañaría a Bork, aunque eso no lamentaba que no lo supiera.

Tampoco descubriría al espía de Azur, aunque eso rompiera el corazón de Dara.

—Vas a ser mía, hembra —graznó el Draxarus.

Cuando dio un paso adelante, Taya se cortó un poco más congelándolo en el sitio.

—No eres el único loco de la estancia. Estoy lo suficientemente desesperada como para quitarme la vida para evitar que me cojas, monstruo —siseó Taya con rabia.

Y lo estaba.

Aquella hembra era valiente.

No suplicó ayuda, tomó lo que tenía y parecía dispuesta a quitarse la vida para evitar el dolor.

Zahari sintió algo muy molesto en el pecho.

¿Admiración?

Abriéndose la puerta, una sorprendente Mel apareció en su lugar.

—Llévame a mí —pidió.

—¡No! —gritaron Zahari y Taya a la vez.

Yendo hacia la hembra, la franqueó con todo su cuerpo cuando el tercer monarca sonrió al verla.

—Ese dulce caramelito es incluso mejor, ya está roto.

¿Cómo lo sabía?

¿Era capaz de detectar esas cosas?

—Deja que me vaya con él, así Taya estará bien —susurró Mel a su espalda.

No pasaría jamás.

No entregaría a su nimari a otro macho.

Gruñó en respuesta.

—No te irás, hembra —dijo tratando de mantener bajo control su voz.

—Solo déjame que la pruebe... —canturreó el monarca.

Eso no iba a pasar.

—Esta hembra es mía —declaró.

Bien.

Su secreto acababa de saltar por los aires.

Mientras los machos se miraban, nadie notó la ausencia de las hembras. Estas, que apenas

tuvieron un par de segundos para mirarse y hacer un par de gestos, huyeron por las puertas encontrándose en el pasillo.

Zahari bramó.

No iba a dejarlas escapar.

—¿Tenemos un plan? —preguntó Mel.

—Sí, evitar que nos cojan.

—¿Y eso cómo se hace?

—Eh... Supongo que improvisaremos sobre la marcha.

Abriendo la puerta principal, los machos que hacían guardia se sorprendieron de verlas y ellas aprovecharon ese momento de ventaja para correr todo lo que podían. Ahora el plan era escapar.

Cuando encontrase a Devian, le pediría ir en busca de las otras mujeres que quedaban.

Corriendo por las calles, Taya tomó a Mel por la mano para evitar perderla. Después de su acto heroico, esa mujer era su hermana de por vida.

—¡Estás demasiado loca! —la increpó.

Mel rio.

—Lo dice la que iba a cortarse la garganta.

Ambas se miraron.

—Vale, las dos estamos demasiado locas.

Corrieron lo que parecían en círculos. No conocía suficientemente el clan como para saber por dónde salir.

—Hembras, por aquí —dijo un macho.

Y, quizás, no debían confiar en él, pero lo hizo.

Era el mismo que había levantado a Mel cuando las sacaron del sótano y tropezó camino a casa de Zahari.

Había visto bondad en sus ojos.

Siguiéndole, entraron en su casa esperando no lamentar su decisión.

El macho, de increíbles cabellos y ojos violeta, las instó a caminar hasta un salón. Apartó una alfombra donde les mostró una trampilla.

—No es muy amplio y deberéis estar calladas, pero os mantendrá a salvo. Os sacaré cuando sea seguro —les explicó.

Era un pequeño cubículo en el que apenas cabrían sentadas. Aun así, Taya no pudo evitarlo, abrazó a aquel Kraxarian.

—Gracias, gracias, gracias —dijo ayudando a Mel a bajar por la gastada escalera.

—De nada, hembra.

Cuando ambas entraron, les dio un último vistazo y cerró sobre ellas.

Ahora solo tenían que esperar que todo fuera bien.

CAPÍTULO 28

Llevaban cerca de dos horas buscando a aquellas hembras que se habían esfumado.

Zahari gruñó al aire, a sus hombres y a sí mismo de pura impotencia.

Sabía bien que alguien las había ayudado, si no un compendio de muchos de sus guerreros. Conocía bien que no estaban de acuerdo con sus planes, que odiaban que entregase a una hembra o que encerrase a las otras.

Conocía bien sus opiniones.

Mel se había esfumado.

Su nimari.

Fue tan estúpido de querer su venganza por encima de ella.

Cuando entró ofreciéndose por encima de Taya su corazón colapsó. En un acto de valentía sin igual, se entregó a un monstruo que la haría pedazos por el bien de su amiga. La lealtad que mostró era inigualable.

Mientras el monarca miraba en todos sitios, él tomó a Gayax del codo.

—Si aparecen, no entregaré a ninguna hembra a tu hermano —dijo decidiéndolo.

Había visto el monstruo que era.

El daño que le haría a Taya.

Y no podía convertirse en un macho como su padre, dañando a todos sin importar nada.

Gayax lo estudió con cierto interés.

—¿Le harás daño? Porque puedo llevármela con mi Karmenn.

—Seamos sinceros, cuando tu hermano sepa que la tienes la tomará, te despedazará por el camino y torturará a tu hembra. Si la tengo yo estaréis a salvo.

El Draxarus, para su desgracia, sabía que tenía razón.

Asintió aceptándolo.

—Pero mi hembra vendrá a verla o hará de mi vida un infierno y solo quiero su felicidad.

Macho enamorado.

Podía tomar eso.

Aceptó.

El monarca estaba montando un espectáculo. Entró en algunas casas exigiendo verlas para encontrar a las hembras. Sus hombres se lo permitieron y, aunque no rompió nada, se veía incomodidad en su gente.

Nada de eso debía de estar pasando.

De pronto, uno de sus soldados destacó por encima del resto: Kallan.

Apostillado ante su puerta, el macho se aferraba a la espada que descansaba en su cinturón. Su postura nerviosa, mientras luchaba por calmarse, le dijo lo que tenía que saber.

Él sabía algo de las hembras.

Lo peor era que el monarca iba hacia él, debía de actuar lo más rápido posible.

—Las hembras han salido del clan —anunció Zahari obligando al monarca a detenerse en seco.

Con rabia, se giró hacia él.

—¿¿QUÉ?! —preguntó temblando con su propia ira.

—Mis guardias me han advertido de un agujero en mi muro. Era algo pequeño por el que no cabía nada, así pues, no le di importancia. Se han escapado por ahí —mintió sin remordimientos.

Aquel ser no se llevaría a Mel.

—Las cazaré y te entregaré a Taia en la puerta de tu casa, monarca.

Él caminó hasta él levantándole un dedo acusatorio.

—¡Más te vale porque nadie juega con el tercer monarca! ¡Te destruiré si en una semana no aparece esa jugosa hembra en mi puerta! Y, como pago por lo de hoy, también me darás a la otra, a la rota y miedosa.

Zahari quiso negarse sabiendo que no podía.

Que él lo asesinaría sin piedad.

—Sí, monarca.

—Buen Darkan —se mofó.

Después, como si nada hubiera pasado, miró a su hermano Gayax y sonrió.

—Vayamos a casa, hermano, esta bestia traerá mis juguetes otro día. Tengo que prepararlo todo para su llegada. Mis cuchillos deben afilarse bien para filetear sus carnes.

Tanto Gayax como Zahari palidecieron levemente.

Era una bestia sangrienta.

—Sí, hermano. Regresemos —contestó como si nada.

Aunque lo significaba todo.

Y así, sin más, los monarcas se fueron y, con ellos, los guardias que obligó a dejar fuera de su clan.

Pero volverían cuando no entregase a las hembras.

No sabía qué podía hacer ahora.

Suspiró absolutamente agobiado.

—¿Qué has hecho con las hembras, Kallan?! —bramó Zahari acercándose a su soldado.

Este, colocándose erguido, lo miró y mintió.

—Nada, Darkan.

Notó su mentira como espinas en su garganta.

—¡No me mientas! —espetó furioso.

Solo necesitaba saber que estaban sanas y salvas.

—Tal vez, el pequeño Kallan necesite saber qué ocurrirá con las hembras cuando nuestro Darkan las encuentre.

La voz de su sanador era como el de una serpiente. Te envolvía lentamente, convenciéndote de cualquier cosa. Aconsejándote al oído cuando sus pesados años sabían más que cualquier otro en el clan.

—No te entrometas, Verk. Kallan sabe algo.

Verk se acercó.

Se apoyó en el hombro del macho mientras parecía ayudarlo en su decisión de seguir mintiendo.

Apoyándolo.

Protegiendo a las hembras de él.

—Preciado, Darkan, no deseamos ningún mal para las hembras. Son un gran regalo de los dioses que sería malgastado en las manos del temible tercer monarca...

Su voz se metía en los oídos.

¡Por supuesto que sabía lo que el monarca les haría!

Pero eso no le importó para llamarlo y decir que tenía a Taia. Tampoco le impidió arrastrarla a su despacho para entregársela, pero había cambiado cuando su valor la incitó a quitarse la vida.

También cuando Mel se ofreció.

—No les haré daño, Kallan —prometió.

Su guerrero no le creyó.

—No sé nada, Darkan.

Su paciencia tenía un límite.

—Si nos dijera qué les haría en el hipotético caso de encontrarlas... Tal vez, el joven Kallan estuviera dispuesto a hablar.

Verk no sabía nada, aunque conocía demasiado bien a su ayudante de consulta para saber que su corazón bondadoso lo había obligado a hacer algo.

—No las entregaré al monarca. No pude hacerlo cuando vi la locura en sus ojos, pero ellas aprovecharon la confusión para huir —explicó Zahari, rindiéndose.

No dañaría a las hembras.

Ya verían cómo lidiar con el tercer monarca.

—¿Kallan? Es tu momento de ceder, hijo... —insistió Verk.

El guerrero, que dudó unos instantes, dejó caer los hombros antes de ceder. Suspiró para después abrir la puerta de su casa.

Con lentitud, los guio hasta el comedor y ahí apartó una gran alfombra que cubría una trampa. Cuando tiró de la manilla, las hembras gritaron de puro terror y la imagen que contempló lo desgarró.

Asustadas, se abrazaron la una a la otra dispuestas a protegerse.

Zahari suspiró de alivio al verlas sanas y salvas.

—Hembras, salid de ahí —les dijo.

No lo hicieron.

Allí, temblando, los miraron con horror.

—Pequeñas, los malos Draxarus se han ido. El Darkan no os entregará —prometió Verk.

Tenía ganas de estrangular al viejo, pero se contuvo. En realidad, decía la verdad.

—¿Es verdad? ¿No es un truco? —preguntó Taya levantando la daga.

Tan feroz como la peor de las bestias de la selva.

Increíble.

—No lo haré, te doy mi palabra, humana.

—¿Qué ha cambiado?

Todo.

Su miedo.

Su valentía.

El verlas huir.

El creer haber perdido a Mel.

—El monstruo que vi en los ojos del monarca me hizo cambiar de opinión.

—¿Y tu venganza? —preguntó Taia.

Sí.

Era una chica lista.

—Tendré que cobrármela por otros medios que no sea lastimar a una hembra. No soy un monstruo —explicó Zahari.

Cediendo.

—Por favor, hembras, creed en nuestro Darkan —pidió Kallan.

Sus palabras calaron más en ellas que las de cualquier otro. Confiaban en él después de que este las escondiera de su propio líder para protegerlas de cualquier mal. Había demostrado ser

más honorable que cualquier otro.

—Pero me quedo la daga —increpó Taya.

Zahari rio.

Esa mujer era un caso curioso.

—Tendrás que decírselo a Lixton, se la robaste a él —bromeó Zahari.

Sabía que no iban a quitarle la daga por mucho que lo intentasen, era capaz de sacarle los ojos a alguien con ella.

—Puede intentarlo —resopló ella comenzando a escalar la escalera.

Sí.

Una hembra muy, muy curiosa.

Cuando salió Mel el cuerpo le picaba, los instintos le pidieron que la abrazase o que la tomase. En cambio, se mantuvo en su sitio mientras la estudiaba en busca de alguna herida o rasguño.

—Si no nos vas a hacer daño... —comenzó a decir Taia.

Iba a estrangular a esa mujer con su propia cola. Maldijo el día en el que decidió secuestrarla.

—¿Sí, hembra?

—¿Vamos al sótano o a la habitación dónde nos has tenido?

Maldita su suerte y Taia.

—A la habitación.

—Entonces, ¿pueden venir el resto en vez de estar en ese sótano mugriento?

Le sorprendió que pensase en el resto.

Por lo que la conocía, esa humana no tenía el hábito de pensar en sí misma y solo en los demás. Era una cualidad que le sorprendía.

—¿Eso queréis? ¿Que ellas estén con vosotras? —preguntó Zahari sorprendido.

Esta vez, su preciosa nimari dio un paso al frente.

—Sí, por favor.

¡Oh, diosa santa! Si lo pedía así podía darle el mundo en bandeja si quisiera.

Luchó contra el deseo de verse como un joven enamorado.

—Así será. Vendrán y estarán con vosotras.

Y serían vigiladas.

Sabía bien que Taia organizaría una revolución en cuanto se despistara. Estaba deseosa de volver con Devian y parecía ganarse a todo aquel que se acercaba a ella. Era más peligrosa que cualquier guerrero experimentado.

Y lo sabía bien.

—Antes de regresar, Darkan, déjeme que me lleve a Taia a la consulta para curar el feo corte que ha recibido —se ofreció Verk.

Sí.

Como si lo hubiera recibido porque sí.

Ella misma se lo había hecho.

—Por supuesto, ven, Mel —ordenó girando sobre sí mismo.

Y la humana se congeló.

—Todo irá bien —susurró Taia, aunque pudo escucharla.

Animándola.

Haciéndola fuerte y valiente.

Era una buena amiga.

—¿Cómo lo sabes?

Las dudas de Mel le hicieron daño, pero no se quejó, no le había dado argumentos para confiar en él.

—Solo lo sé. Ahora nos vemos —prometió Taia.

Y ella, al final, la creyó y se marchó con Zahari.

—Arriba, pequeña hembra —sonrió Verk.

Antes de poder subir a la camilla, los brazos fuertes de Kallan la tomaron de la cintura y la alzaron para depositarla suavemente. No viéndoselo venir, Taya profesó un grito asustada con el contacto.

El pobre Kallan palideció.

—Lo siento, hembra, no fue mi intención asustarte.

El pobre le dio tanta ternura que la hizo sonreír.

—Tranquilo. Solo no te vi venir. Estoy bien, perdona el susto.

Verk chasqueó la lengua trayendo consigo material para curarla. Sentándose en un taburete, tomó altura hasta quedar ante su herida y comenzar a desinfectar su herida.

—¿Eres sanador, Kallan?

Él, que estaba ordenando cajones, se encogió como si acabasen de darle un latigazo. Fue una reacción que no esperó y fue a disculparse, aunque él se lo impidió recuperándose rápidamente sonriendo.

—Verk me deja ayudarlo. No soy muy bueno en el arte de la guerra.

—Pero es muy hábil en otras miles de tareas —dijo Verk—. Los jóvenes creen que solo pueden ser guerreros, pero hay muchos más oficios honorables que son necesarios para el buen funcionamiento del clan.

Pero, a pesar de las dulces palabras de Verk, Kallan deseaba ser guerrero.

Ser ayudante no llenaba su corazón.

No lo hacía feliz.

—Gracias por ayudarnos. Fuiste muy valiente ayudándonos. No nos conoces y tu Darkan podía hacerte daño.

Kallan se sonrojó.

—De nada. Nos han enseñado que las hembras se deben cuidar. No podía dejar que os hicieran daño.

—Un gran macho —alabó Verk con orgullo.

El Kraxarian siguió recogiendo la consulta mientras la curaban.

—Estate muy quieta —advirtió Verk con una barrita curativa—. Esto te escocerá.

Lo hizo y quiso retirarse, pero se contuvo cuando Kallan tomó su mano con suma dulzura.

Ese macho era un encanto.

—Gracias —volvió a decirle.

Y él volvió a sonrojarse.

—Todo listo, pequeña hembra.

Y aquellas palabras abrieron una presa que creyó cerrada. Sin poderse contener, la adrenalina abandonó su cuerpo y los recuerdos de Atira vinieron a su mente. Muchos otros la llamaron pequeña hembra.

Devian, Baruk, los machos de Atira, Rok...

Y los extrañaba.

A todos.

Comenzó a llorar sin poderse contener, rompiéndose en pedacitos mientras el miedo de los últimos días se destilaba por sus poros a toda velocidad.

—¿Qué pasó? —deseó saber Kallan.

Verk acarició su rodilla con suma ternura.

—Recordaste a tu clan, ¿verdad?

Taya asintió llorando todavía más.

El sanador suspiró.

—Una situación difícil, puesto que Devian es el mayor demonio en la mente de nuestro Darkan.

Lo sabía.

Realmente lo sabía.

Y solo lamentaba no ser capaz de verlos jamás.

Kallan la abrazó dejando que empapara su pecho de lágrimas, dejando escapar todo el miedo, dolor y rabia de las últimas horas. Había estado a punto de ser entregada a un monstruo, se había intentado suicidar y ahora lloraba como un bebé en una consulta médica.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada, hembra. Yo seguiré aquí —prometió Kallan.

Y se aferró a él con fuerza.

Como si fuera el último macho del universo.

CAPÍTULO 29

Cuando Devian tuvo ante sí el clan de su hermano, supo que la guerra era más que inminente. No iba a parlamentar, solo arrasar hasta que diera con Taia y pudiera llevarla a casa.

También despellejaría a ese ser con el que compartía sangre.

Reventando la puerta principal, después de noquear a los dos guardias, Devian entró rugiendo advirtiendo del gran peligro que corrían al ponerse en el camino de un Darkan enloquecido.

La ira lo consumía.

La rabia.

Necesitaba a Taia y pobre del que le hubiera puesto un dedo encima.

—¡Decidle a vuestro líder que me debe algo! —bramó.

Era una tormenta.

Una fuerza de la naturaleza capaz de derribar algo solo con imaginarlo. Jamás se había sentido así, capaz de cualquier cosa para conseguir de nuevo lo que le habían arrebatado.

—Si os enfrentáis a mí, moriréis —amenazó Devian a tres guardias que quisieron cortarle el paso.

—Yo de vosotros —rio Ral—, le haría caso. Está intratable.

Atira apareció después.

—¡Si no os mata él, lo haré yo! ¿Dónde está Taia? ¡Rezad porque esté de una pieza o me haré bolsos con vuestras pieles!

Los guardias no se amedrentaron, aunque sí temblaron ante ellos. Debían pelear, el código lo exigía, eran buenos guerreros que defendían su clan y no podían negarse. Solo por eso, a pesar de la locura de Zahari, él los perdonó.

—No uséis fuerza letal. Solo morirá Zahari —ordenó Devian.

—¡Sí, Darkan! —dijeron al unísono su ejército.

Este cayó dentro del clan sin previo aviso, tomando sorprendidos a los guerreros que querían defender su clan.

—Apartad o lo haré yo —dijo por última vez, Devian.

No habrían más regalos.

Más advertencias.

Y no se movieron, lo que se tradujo en ira total.

Devian cargó contra ellos sabiendo que los apartaría de su camino para llegar hasta Taya. Golpeó al primero en el plexo solar, mandándolo un par de metros más allá totalmente inconsciente.

Nunca había tenido tanta fuerza, ni se había sentido tan grande.

Golpeó a otro con su cola, tirándolo de igual forma y haciéndolo estrellar contra el muro de una de las casas. Rugió cuando el tercero quiso golpearlo con su espada, lo contuvo con la suya y le profesó un sonoro cabezazo.

—Hermano, estás siendo fantástico —dijo Ral con orgullo.

No necesitaba elogios, no obstante, le gustó sentir algo así.

Atira se encargó de los tres guardias que aparecieron después. Feroz, una madre tratando de alcanzar a su cría, por muy mayor que fuera esta.

—¿Y todo este alboroto?

La voz de Zahari hizo que la pelea se congelase en el tiempo.

Hacía tantos años que no se veían.

Cerca de veinte.

Le sorprendió ver lo parecidos que seguían siendo. Hermanos que bien podrían haber pasado por gemelos idénticos una vez. Ahora, sabía que la cicatriz que decoraba su rostro era culpa de sus garras.

—¿Dónde está Taia?!

—¿Tu nimari? Dicen que es una preciosidad.

Si Zahari seguía bromeando lo mataría, después arrasaría el clan entero en busca de la hembra.

—Solo dame una señal, Devian, lo tengo a tiro —anunció Bork en su oído, en un pequeño dispositivo que Baruk les puso para comunicarse.

Como francotirador, su hermano pequeño no tenía rival.

Pero Zahari había cometido un error garrafal: secuestrar a Taia.

Cargó contra él provocando que los soldados de su hermano se apartasen. Barrió a Zahari, que luchó por contener el ataque sin ser rival para su fuerza. A pesar de ser similares, Devian se sentía poderoso.

Intratable como había remarcado Ral.

El primer puñetazo sobre la mejilla de Zahari se sintió genial. El segundo, mucho mejor.

Con el tercero, su hermano se revolvió. Consiguió hacerlo rodar con su fuerte cola y le propinó un puñetazo en las costillas. Devian gruñó advirtiéndole que no ganaría. Esta era su batalla.

—¡Maldito seas! —bramó Zahari realmente enfurecido.

Llevando su rodilla a las costillas de Devian, golpeó sacándole todo el aire de los pulmones.

No le importó. Devian veía rojo por los bordes de su visión, solo necesitaba una pista de que había dañado a Taia y lo despedazaría sin importar que fueran hermanos. Solo por eso, por la ira contenida, consiguió alcanzar a Zahari de la garganta.

Lo estrelló contra el suelo dejando escapar un rugido mostrándole que era el macho dominante.

Y él podía morir.

—¿Dónde está Taia?!

No quería saber nada más.

—Yo estoy entrando en la casa.

Baruk.

En su oído.

Camuflándose en las sombras, su tecnología lo ayudaba a ser completamente invisible.

Inrastreable.

—Dámela —ordenó Devian.

Zahari mostró los dientes en una sonrisa sardónica.

—¿A pedazos? ¿Servida en una bandeja de plata? ¿Cómo quieres que te la devuelva?

Trató de contenerse.

Lo estaba provocando para ir a la guerra. Sus guerreros eran más numerosos que su ejército, lo que no sabía es que estaba bien preparado para no dejar ni rastro de este clan.

—Cuida de tus hombres, Zahari. Morirán todos por tu estupidez.

Un tic en la mandíbula delató los nervios de su hermano.

—Objetivo localizado, Darkan. Seis hembras y Taya a salvo —dijo Baruk en su oído.

Los gritos de las mujeres resonaron después. Aterrorizadas.

—¡Baruk! ¡Casi nos matas del susto! —exclamó Taya.

Santa diosa.

Era ella.

Su voz.

Ahora sí podía matar a todo el mundo.

—Iba a entregarla al tercer monarca —reconoció Zahari.

La rabia comenzó a cegarlo.

Apretó su garganta, olvidando que la necesitaba para seguir respirando.

—Pero cuando vi el monstruo que es... No pude. Tenía los ojos de Haral, la misma mirada perturbada. Y las cosas que iba a hacerle... Ni siquiera yo que llevo su sangre en mis venas soy capaz de imaginar cosas así de atroces.

¿Qué?

Estaba confuso.

¿Evitó la entrega al tercer monarca voluntariamente?

—¿Lo hiciste por la bondad de tu corazón? —preguntó Devian casi burlándose.

No lo creyó.

—Tu nimari es un ser muy listo. También es valiente y muy intrépida. Tendrías que haberla visto con la daga de uno de mis guerreros en la garganta, dispuesta a quitarse la vida para evitar que ese monstruo la tocara.

Palideció escuchándolo.

Horrorizado con la idea.

—Está bien, Devian. El corte ha sido tratado —susurró Baruk al oído luchando por calmarlo.

Fingió no escucharlo, escondió sus emociones bajo llave para no darle información extra a Zahari.

—¿Y para qué me cuentas todo esto? —preguntó Devian.

Zahari se encogió de hombros.

—He llegado a admirarla y no le haré daño. A ti, en cambio, pienso matarte, hermano.

Ral escupió en el suelo en su dirección.

—Los hermanos no roban las nimaris de otros —comentó, enfadado.

—Los hermanos —remarcó Zahari—, no cortan el rostro de otro o lo desnucan.

Xánder.

El dolor era tan agudo que parecía no extinguirse jamás. Como un fuego fátuo que rodeaba su corazón impidiéndole olvidar lo ocurrido, anclándolo para evitar que pudiera avanzar.

—Xánder fue un accidente —se defendió Devian.

No le creyó.

—¿Ahora se le llama así a matar a un hermano?

Sus palabras dolían como puñales en las costillas.

Xánder y él pelearon. Devian cumplía la orden de Haral, debía ejecutar a Zahari a pesar de que Xánder quiso defenderlo.

—Si no cumplía la orden, Haral hubiera matado a Xánder, Ral y Bork. Cada vez que incumplía una orden cortaba un trozo de sus cuerpos. Una marca, una cicatriz para que recordase mis errores. Mis defectos —se explicó Devian.

No estaba orgulloso de sus actos, pero estaba dispuesto a hacer lo necesario para salvar a sus hermanos.

Incluido Zahari.

—Ninguna ejecución fue real —declaró Ral haciendo que Zahari lo mirase sorprendido.

Así es.

Soltó a Zahari.

Necesitaba levantarse y así lo hicieron ambos, no sin antes ver retroceder a su hermano unos pasos. Eso calmó un poco su mente, él reconocía el peligro que tenía ante sí.

—La tuya tampoco iba a serlo, pero no confié mi secreto a nadie, ni siquiera a mis hermanos más cercanos y esto me hizo cometer un error del que me arrepentiré toda mi vida —declaró Devian.

Aferrándose a sus espadas, miró a su alrededor mientras los recuerdos lo aturdían.

—Antes de cada ejecución, suministraba un suero a cada uno que ralentizaba el corazón para parecer muertos. También trucaba la soga que ayudaba a colgar a los reos y uno de mis leales se quedaba cerca para que, sin que lo vieran, evitase que el golpe le rompiera el cuello a quien debía de ser asesinado.

Zahari pareció tropezarse, tembló ante sus palabras.

—Sus cuerpos eran envueltos en mantas, dentro, todos llevaban el símbolo de Prixus para que supieran que eran hijos de uno de los mayores Darkans. Un traidor a su gente, asesino de hembras y de sus vástagos. Después, eran enviados a las afueras a gente de confianza para que tuvieran una vida mejor.

Su garganta se apretaba.

Contar aquello dolía más que respirar.

Xánder se enfrentó a él cuando no había necesidad. No sabía que Zahari no iba a morir y quiso defenderlo.

—Cometí el error de no contárselo a mis hermanos. No confié en ellos porque creí que solo me correspondía a mí sufrir esa carga. De haber sido más abierto con mis intenciones —tragó saliva—, Xánder seguiría vivo.

De todos sus errores, la muerte de su hermano lo perseguiría como un fantasma hasta el fin de sus días. Nada podría aliviar el error que cometió en ese momento, ni la culpa que lo consumía desde entonces.

Rompiéndolo por dentro.

—¡Mientes! —escupió Zahari.

No podía ser verdad.

En su mente, Devian era un demonio que le había quitado la primera persona que fue bueno con él en el clan de Haral. Devian había sido indiferente, distante y se había mantenido alejado de cualquiera de las ejecuciones que se cometían allí.

Saber que él le había salvado la vida le horrorizaba.

Desmontaba un cuento que llevaba siendo suyo veinte años.

¡Imposible!

—Hola, Verk, me alegro de verte —sonrió Devian cuando el sanador apareció.

El susodicho dibujó una sonrisa amable en su rostro.

—Mi joven amo, es un enorme placer volver a verle —dijo el sanador.

No.

No podían conocerse.

Verk había cuidado de él después de la ejecución. Lo había convertido en Darkan.

Se lo debía todo.

—Devian a secas, Verk.

—Viejas costumbres del clan de su padre, joven —rio el sanador.

Sí.

Se conocían perfectamente.

Y eso hacía la historia real.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —preguntó Zahari.

—Porque no me correspondía a mí contar esa historia. Además, siempre que sugerí un acercamiento a sus hermanos, usted enloqueció rompiendo toda la estancia llevado por la ira. Decidí que era mejor dejar de insistir.

Si tan solo la rabia no lo hubiera cegado.

Si la verdad hubiera estado a la alcance de su mano...

Tantos años odiándolo, convirtiéndolo en el eje de sus desgracias y con la intención de dañarlo duramente.

A él y a su nimari.

¡Oh, Taia!

¿Qué error había estado a punto de cometer?

—Casi entrego a Taia al tercer monarca —susurró horrorizado.

Había sido destruida por nada.

Por un hermano que cuidó de él.

—Siempre quise decirte la verdad —explicó Devian—. Pero, con tus heridas, supe que no me escucharías. Así pues, fingí matarte con mi ataque. El sanador Verk lo certificó y te enviamos lejos del clan para que mi padre no pudiera alcanzarte jamás.

Santo cielo en llamas.

Todo había sido una gran mentira.

Jadeó con dolor.

Devian sintió lástima de aquel macho que era su hermano. Consumido por la rabia y la venganza, había dejado que su eje principal durante veinte años fuera su odio hacia él.

Podría haber escrito, haber venido a arreglar las cosas y jamás lo hizo.

Revolcándose en su culpa.

Ambos estaban heridos por el pasado. Por un Haral que marcó a todos sus hijos de formas muy diversas. Los enfrentó los unos a los otros provocando que se destruyeran sin remedio.

Y casi lo había conseguido.

Debía estar revolviéndose en su tumba disfrutando del espectáculo.

«Eres débil», había dicho una y otra vez.

No lo era.

Luchaba por las cosas que importaban. En su día, sus hermanos perdidos eran los que valían la pena y, ahora, su nimari.

No era débil.

Era un protector.

—Ahora déjame ver a Taia y ahórrame arrasar tu clan —pidió Devian con tono solemne.

Era una promesa que cumpliría si Zahari no se apartaba.

—Te llevaré con ella, pero no dañes a los míos —pidió el Darkan.

Así sería.

Una tregua.

CAPÍTULO 30

Las chicas gritaron cuando un enorme Kraxarian rompió una ventana y entró en la sala donde se alojaban.

Era grande.

Azul como el resto.

Y...

—¿Baruk?

El recién llegado sonrió.

—¡Baruk! ¡Casi nos matas del susto! —exclamó Taya.

—Lo siento, hembra... —Atónito, miró al resto—. Hembras, sois muchas.

Taya se pasó la mano por la frente tratando de sacar de su cuerpo el miedo que había pasado. Por un momento creyó que era el tercer monarca que venía a llevársela consigo para jugar.

—Esto es lo que os decía, chicas. No han visto a una mujer en treinta años y se quedan un poco en «shock» —explicó Taya.

Pálido.

Baruk estaba pálido.

Pero fue tal la alegría de verlo, que solo pudo ir hacia él y abrazarlo fuertemente.

—¡Oh, Taia! —dijo él atragantándose con la saliva—. Eres dulce.

—¡Cuánto me alegro de verte! Has venido a salvarme.

¿Verdad que sí?

Si se trataba de otro espía de Zahari iba a pegarle con su propia cola.

Baruk, cuando se separaron, sonrió.

—Y no vengo solo. Hay un ejército allí afuera dispuesto a arrasarlo todo. Devian se ha convertido en un Darkan temible. ¡Tendrías que verlo! Por lo que escucho, está a puñetazos con Zahari.

Mel dejó escapar un chillido de preocupación.

La urgencia llamó en el pecho de Taya.

—¡Tenemos que pararlos! —exclamó yendo hacia la puerta.

El Kraxarian se interpuso.

—No te meterás en la pelea de dos Darkans, te matarían sin darse cuenta —explicó Baruk.

Bien.

Eso era algo real.

—Pero Zahari no ha sido malo. Bueno, un poco, pero no me entregó al monarca. ¡No puede matarlo! Además, ¡tiene nimari!

Sí.

Ya no era un secreto.

Mel y Zahari eran pareja, al menos en el sentido de vínculo. En la realidad... Bueno, las cosas eran distintas.

Baruk miró a las hembras alegremente.

—Macho con suerte. Hembras, si alguna desea un macho fuerte —se señaló al pecho—, soy pura roca y el tecnológico del clan. Seré un buen protector y un macho cariñoso.

Taya se sonrojó.

No podía estar ligando en un momento como ese.

—¡Ahora no es el momento! Céntrate.

Baruk no podía dejar de mirar a las hembras.

—Es que son seis... Bueno, cinco. ¿Sabes la de machos que hay afuera?

Sí.

Muchos.

—Es mejor si amplío mis posibilidades ahora que dejar que vean otro macho que les llame la atención —explicó Baruk.

No podía mirar a Taya, lo intentó un par de veces, pero su vista se iba a las chicas.

—Deja de mirarlas tan fijamente, es de mala educación —regañó Taya.

Entonces miró al suelo alarmado.

—¿De verdad? Disculpad, hembras, tengo mucho que aprender. Si alguna quiere ser mi profesora...

Taya le golpeó el pecho con el dorso de la mano.

—Que pares ya —le dijo.

—No pasa nada, es divertido —rio Miriam.

Ella apenas había hablado el tiempo que habían estado juntas. Prefería hacerse una bola con sus propias piernas y quedarse en su mundo pensando. Además, cada vez que abría la boca se sonrojaba de los pies a la cabeza.

Justo como ahora.

Tan roja como un tomate.

Pero fue a más cuando Baruk la miró con la boca abierta.

—Asombrosa...

Bien.

Tenía que tomar el control de la situación.

—A ver, Baruk, céntrate y dime lo que está pasando. ¿Devian y Zahari están bien?

Había perdido conexión con la nave nodriza, ese Kraxarian estaba perdido mirando a Miriam, la cual, decidió volver a encogerse y ocultarse tras Mel cuando su mirada se volvió más intensa.

Carraspeando, consiguió que él reaccionase de nuevo.

—Toma, escucha con esto

Con mucho cuidado, le metió un auricular en su oído derecho.

Escuchó la historia que contaron.

Xánder.

El hermano del que no había sabido hasta que Zahari lo mencionó. Las ejecuciones, lo brutal que había sido Haral para cada uno de sus hijos. No tuvo piedad con ninguno y los marcó de distintas formas.

Horrible.

El dolor en la voz de Devian.

Él había venido a por ella.

A salvarla.

A pesar de haber salido corriendo en la fiesta.

Algo cálido se instauró en su pecho.

—¿Vienen hacia aquí? —preguntó Taya creyendo confirmar lo que acababa de decir Zahari.

—Eso dicen.

Los nervios hicieron que sus manos sudasen.

Empezando a dar pequeños saltos nerviosos, fue hacia las chicas, después hacia Baruk y retornó a ellas como si alguien pudiera detenerla.

—¿Y qué hago? —preguntó.

Baruk frunció el ceño.

—¿Cómo que qué haces?

Estaba confuso.

Pues más lo estaba ella.

—¿Lo abrazo? ¿Lo beso? ¿Le doy la mano?

—¿Por qué las hembras sois tan complicadas?

Todas suspiraron a la vez.

Cara, que parecía la más valiente de todas, se levantó y tomó las manos de Taya. Ese gesto la calmó un poco antes de sentir que el corazón iba a salirse por la boca.

¿Y si volvía a rechazarla?

¿Y si le gustaban las otras mujeres?

—Cálmate. Has sido muy valiente hasta ahora, cuando lo veas, sé tú misma —sonrió Cara.

Taya frunció el ceño.

—Ser yo misma no funciona, soy impulsiva y no pienso las cosas. ¿Y si me vuelve a rechazar? O peor, que le guste alguna de vosotras.

Ese era su mayor miedo.

Hayley rio ante su temor.

—Todas prometemos no ir a por Devian, te lo dejamos solo a ti.

Todas las mujeres asintieron a la vez.

De acuerdo, eso podía llegar a calmarla.

Gritaron cuando la puerta se abrió de un duro portazo. Fue casi arrancada del marco dejando entrar a un enorme y poderoso Devian que sondeó la habitación con sus preciosos ojos cian.

—¡Joder! ¿Es que no saben entrar de forma normal? —preguntó Cara.

Al parecer no.

Taya solo podía mirar a Devian, quién se detuvo ante ella. Algo había cambiado, parecía mucho más feroz y, sorprendentemente, su tamaño había sufrido cambios notorios.

—Joder, Devian, estás enorme —suspiró.

No lo dejó hablar.

Creyendo que su corazón quedaría hecho pedazos, rehusó la idea y se lanzó a por él. Dando un salto, se encaramó a aquel macho que la abrazó dejando escapar un rugido glorioso.

—Taia... Taia... Taia... Estás bien —suspiró acariciándole la cabeza.

Había sufrido mucho por ella.

—Has venido a buscarme —lloró ella de alegría.

Apretándola entre sus brazos, notó como Devian la olfateaba como si necesitase recordar su aroma.

—Por ti, nimari, arrasaría el planeta entero.

Taya se congeló en el sitio.

Bajó del cuerpo de Devian e inclinó la cabeza como si de un perro se tratase.

—¿Cómo que nimari?

Devian sonrió y ella no tuvo miedo de sus dientes afilados. Ese hombre, macho o lo que fuera era tan hermoso que se le derretía el corazón. Puede que algunas partes más de su anatomía también, pero no era el momento.

—Sí, pequeña humana, eres mía como yo soy tuyo. Siento no haberlo visto antes, estaba demasiado ciego.

Ella era su nimari.

La mitad de su alma. Su compañera, la que querría más que a nadie.

—¿No vas a cambiarme por otra mujer? —preguntó Taya dejando al descubierto su mayor

miedo.

Devian ni las miró.

No lo intentó siquiera.

La vista estaba puesta en ella exclusivamente.

—No quiero a nadie más, Taia. Soy tuyo, si me aceptas. Y quiero ese amor del que me hablaste en la fiesta. Que consigamos eso. Si quieres mi corazón, arráncamelo del pecho y hazlo tuyo.

Era tan tierno que solo pudo emocionarse con sus dulces palabras.

¿Cómo podía desearlo tanto conociéndolo desde hacía tan poco?

—Joder, chicas, dadme espacio que este gran y cornudo alienígena es mío —dijo provocando la risa de todo el mundo.

¿Y quién había en esa estancia?

¡Qué importaba!

Estaban Devian y ella.

—Voy a besarte —advirtió Taya.

—¿Qué es eso? —preguntó Zahari.

—Shhh, nos van a enseñar que es eso —dijo Baruk.

Tenían mucho público.

Demasiado para su gusto.

No era lo ideal, pero no le importó.

Tomó a Devian de la correa que tenía en el pecho llena de cuchillos, tiró de él hacia abajo y sus labios impactaron los unos contra los otros.

Devian no necesitó nada más. La tomó entre sus brazos con un hambre voraz. Fue un beso despiadado, sin control alguno. Locos el uno por el otro mientras sus lenguas chocaban reconociéndose de nuevo.

—¿Y no duelen los colmillos? —preguntó Hayley demasiado cerca.

—Ni que se la fuera a comer —rio Cara.

—Entonces, ¿podemos besarlos? —preguntó Adele.

Suficiente.

No podía seguir besando en esas condiciones. Se separó de Devian a pesar de que él persiguió sus labios para conseguir más de su dulce néctar. Taya puso su mano sobre sus labios dedicándole una sonrisa prometedora.

Más tarde.

Cuando estuvieran solos.

—¿Comerse boca a boca se le llama besar? —preguntó Zahari.

Dioses.

Esas preguntas no se acababan nunca.

Aunque a Taya no se le escapó la mirada que el macho le hizo a Mel y como esta se sonrojó.

No parecía desagradarle la idea.

—Sí, se le llama besar —explicó Taya—. Y es solo para amantes. Nada de besarse así entre amigos... Bueno, no sé... Supongo que eso ya va depende de la persona. Yo, personalmente, lo hago con alguien que me gusta y me importa mucho.

Todos la escucharon atentamente.

—¡Un buen morreo a veces puede ser mejor que un buen polvo! —exclamó Adriella.

Jaxyn entró a toda prisa buscándola.

—Taia, estás bien. Me alegro mucho.

Después miró a las hembras sorprendido y vio como su lenguaje corporal cambiaba. Había entrado todo un guerrero dispuesto a comerse a quien tocara a Taya y ahora volvía el tímido que una vez conoció tras sus defectos.

Ella se negó a que volviera atrás.

Con cariño, tomó su mano y le sonrió.

—Gracias por venir, seguro que has sido muy valiente. Estoy feliz de que seas mi guardián.

Eso lo hizo lucir orgulloso.

Hinchó el pecho y sonrió.

—Gracias, hembra Taia.

—¿Qué es un polvo? —preguntó Baruk.

Ese macho era para vigilarlo de cerca.

—Ya sabes, cuando el macho mete su pene en el coño de la hembra —explicó Cara con alegría en el rostro.

Los machos de la estancia se sonrojaron a su manera. El azul de sus mejillas se volvió casi oscuro como la noche.

—Creo que tenemos que explicarles las cosas más suavemente, Cara —dijo Taya viendo la reacción de todos.

Las chicas rieron.

—Pues el día que se le explique que los coños se comen... Van a implosionar —bromeó Cara. Dioses.

Ahora sí que hacía calor en aquella habitación.

—¿Qué es un coño, dulce Taia? ¿Me enseñas el tuyo? Puedo comerlo si eso te complace, nimari —preguntó Devian.

Taya lo miró como si acabase de salirle una nueva cabeza.

Notó como sus mejillas se enrojecían a más no poder. Estaba a punto de morir de vergüenza bajo la atenta mirada de... ¿Todo el mundo?

—Sí, dulce, Taia, dale tu coño —rio Hayley.

¡Oh! Iba a matar a esas mujeres.

La fulminó con la mirada.

—Yo... Eh... —Miró al suelo dejando que sus dos neuronas pelearan entre sí—. El coño es el lugar íntimo que tenemos las hembras entre las piernas. El macho puede penetrar con su miembro y se puede acariciar y lamer para producir placer.

Vale.

Ahora ya podía morir.

Una exhalación de sorpresa surgió del pecho de todos los machos. Y lo peor era que, los del clan de Devian también habían escuchado gracias a los pinganillos que llevaban en los oídos.

¿Y cómo lo supo?

Porque Bork gritó en el oído de Devian.

—¿Eso se puede hacer?!

Sí, tantos años sin una mujer hacía que la educación sexual de esa gente estuviera muy en pañales.

—Tenemos que impartir clases de educación sexual, chicas —declaró Adele.

Sí.

O morir.

—¿Dónde está?! ¡Que nadie le toque el coño a mi hija! —rugió Atira llegando.

Era como un rinoceronte en una cristalería. Se la escuchó venir con sus pasos fuertes y duros,

buscándola siendo capaz de matar a todo aquel que se le pusiera por delante. Era temible.

Antes de verla, dos de sus machos entraron y después ella.

Parecía Xena, la princesa guerrera, pero en azul. Toda buenorra y fuerte.

Tomó a Taya entre sus brazos y la abrazó con demasiada fuerza. Ella solo pudo retorcerse mientras creía morir lentamente por la alegría de verla. Estaba claro que la quería mucho más de lo que parecía.

—Siento que me ahogo, Atira —graznó Taya.

Ella aflojó un poco, aunque siguió abrazándola.

—Es mi amor.

—No. Estoy segura de que es la falta de aire.

Entonces permitió que respirara, pero sin soltarla. No estaba preparada para dejarla ir después de haber sido secuestrada delante de sus narices. Seguramente había pasado un miedo atroz.

Así pues, dejó que tomara lo que necesitase, dejándose abrazar el tiempo que ella creyera conveniente.

—Me alegro de verte, Atira —declaró Taya.

—Yo también, hija mía.

¿Hija?

Creyó haberlo escuchado mal la primera vez, no obstante, estaba claro de que se había producido una adopción tardía.

—Sí. Eres mía.

Después miró al resto de hembras.

—¡Oh! Compañeros, mirad cuántas pequeñas. Vamos a ser familia numerosa —suspiró alegremente.

Las chicas no parecían muy seguras de qué decir. La verdad era que Atira imponía respeto, pero era dulce y blandita por dentro.

Y ahora esa frase representó un problema.

¿Las chicas se quedaban en el clan de Zahari o se iban al de Devian?

CAPÍTULO 31

Pasado el caos inicial, al final habían ido al despacho de Zahari, aunque solo Devian, Ral, Bork y Taya. El resto estaban por el clan, algo incómodo, pero se había declarado una tregua entre ambos clanes.

—El tercer monarca quiere a tu nimari y a la mía —declaró Zahari.

La sorpresa golpeó el pecho de Devian con contundencia. Así pues, la humana a la que tantas miradas había robado, la tal Mel, era su nimari. Era algo curioso, aunque se alegró por él.

Merecía un poco de felicidad después de veinte años de angustia.

—No serán entregadas —negó Devian.

—Pienso lo mismo.

Zahari apoyó las manos en su escritorio.

—Sin embargo, volverá a por ellas y desconoce tu clan. Por lo que él sabe, yo la encontré y quise entregársela.

Taya, diminuta en comparación a tantos machos, se revolvió un poco mientras levantaba un dedo llamando la atención.

—Puede que con el caos del momento no lo recuerdes, pero... Yo le dije que era la nimari de Devian Prixus.

Devian se limitó a parpadear inclinando la cabeza.

Ella se sonrojó y pareció hacerse más pequeña encogiéndose.

Así que, la pequeña humana lo había reclamado por encima de todos a pesar de haberla rechazado en la fiesta. Muy singular.

Y lo llenó de orgullo.

Le había dicho a la persona más peligrosa del planeta que no y que su compañero era Devian.

No Jaxyn, Baruk o cualquier otro macho.

Él.

Haría honor a sus palabras.

—Cierto, Taia. A pesar de tus palabras, el clan de Devian es el más grande y no se arriesgará a una guerra entre especies. El mío, en cambio, es pequeño y puede tomarlo tras días de asedio y muerte.

Sus palabras crudas mostraban la verdad.

Apenas llegaban a cuarenta machos en aquel clan, lo que significaba que el tercer monarca podría aplastarlo. No rápidamente, porque los Kraxarian eran los mejores guerreros del planeta, aunque sí con desgaste de días.

—Os llevaréis a todas las hembras. Estarán seguras en tu clan y le diré a todos mis guerreros lo que sucede, si alguno quiere marcharse, espero que puedas acogerlo de buen grado —explicó Zahari.

Esperó.

Mirándolo seriamente.

A pesar de sus diferencias y el pasado que compartían en común, poseían la misma cualidad de proteger a los suyos. Él estaba buscando una salida a todos aquellos Kraxarian que quisieran evitar la guerra o fueran demasiado mayores para ella.

Eso le hacía un buen Darkan a pesar de que a Haral le hubiera parecido mal.

Él ya no importaba, solo quedaban sus hijos y podían hacer lo que quisieran con su legado.

—Serán acogidos en mi clan. Tenemos espacio de sobra para todo aquel que desee venir y las hembras serán protegidas —aceptó Devian.

Él le entregaba a su nimari.

La persona más importante de su vida.

Era un honor que pocos Kraxarian se atreverían a hacer. Cuidaría de la hembra con el mismo vigor con el que protegería a Taya el resto de su vida. Nada les pasaría a ellas, ni a ninguna, siempre que quedase latidos en su corazón.

—Bien. Debéis marchar, a mis guerreros les incomoda vuestra presencia —disparó Zahari con la lengua viperina que siempre había demostrado que tenía.

Ral bufó.

—Solo porque saben que podemos patearles el culo. Y más ahora que nuestro Darkan se hace más grande protegiendo a su nimari —rio.

Sí.

Siempre creyó que era una leyenda, pero lo había comprobado en su propia piel. Había crecido al entrar en el clan, mientras buscaba a Taya y, ahora que estaba a salvo, regresó a su tamaño original.

Devian vio como a Zahari le costaba mirar a Bork. Lo lamentó por ambos hermanos porque Bork no tenía culpa alguna de parecerse a su padre, pero comprendió el sentimiento que golpeaba a Zahari.

Él llevaba sintiéndose así desde que su padre pereció.

—Deberéis partir rápido. No creo que el monarca tarde mucho en volver —los instó Zahari.

Los quería fuera de su clan lo más rápido posible.

Ya.

Devian no se opuso. Las reuniones familiares no eran su especialidad. Ahora tenía a Taia de nuevo y eso calmaba esa parte de él que lo había impulsado a moverse a toda prisa.

—Nos mantendremos en contacto, hermano —comentó Devian.

Hermano.

Sí.

Él lo era.

Sangre de su sangre.

Y destruidos por el mismo macho.

—Dime que no vamos a dejarlos solos —escupió Taya mientras iban por los pasillos de la casa de Zahari.

Estaban en problemas, sí, pero dejarlos a su suerte no era justo.

Eran un clan pequeño y había visto la locura en los ojos de aquel Draxarus. Arrasaría en clan buscándolas para tener sus juguetes nuevos.

—No lo haría. Ahora somos clanes hermanos —sonrió Devian.

Taya se sintió aliviada y le devolvió la sonrisa.

—Menos mal porque me veía pegándote con tu cola.

Eso provocó que Devian diera un respingo y mirara su apéndice con bastante interés.

—¿Qué tienes con mi cola?

Taya, llevando la mano hacia allí, se detuvo a escasos centímetros de su piel.

¿Podría tocarlo allí?

En su defecto, esa cola con vida propia, se enroscó en su muñeca muy gentilmente. Ambos se

sonrojaron, cada uno con los colores propios de su especie.

—Es muy vistosa y... ¿Bonita?

—¿Te gusta mi cola?

«Todo tú». Pensó Taya.

—Por favor, hacedlo cuando no estemos presentes, gracias —dijo Ral.

Ambos se separaron dando un salto. Por un instante, habían olvidado dónde estaban y quiénes los acompañaban. Fue demasiado vergonzoso, pero ya debía de estar acostumbrada a las interrupciones de Ral.

—Ve a hacer cosas de Darkan, ladra órdenes como llevas haciendo estos días. Yo, guardián de Taia, cuidaré de ella —dijo Bork levantando la cabeza con orgullo.

Ay.

¿Eso fue real?

¿No lo soñó?

Devian, que tomó la delantera, la dejó a solas con Bork, ya que Ral corrió a la habitación de las hembras, donde seguro que estaría Baruk con ellas porque las escuchaba reír.

¡Oh!

También escuchó a Kallan. Eso le gustó.

—¿De verdad yo dije que eras mi guardián? —preguntó Taya mirándolo de reojo.

Las cosas dichas borracha no contaban, ¿no?

—Sí, hembra.

¡Qué suerte la suya!

—No me gusta —se sinceró ella.

Él era tan... ¿Seco?

—Ese no es mi problema. Te protegeré con mi vida.

Vio orgullo en su voz y comprendió que para él era importante. Decir que no le gustaba seguramente había dañado sus sentimientos. Ahora se sentía una perra por decir algo semejante.

—Disculpa con lo que no me gusta. Es un honor que quieras cuidar de mí y me sentiré más segura contigo cerca.

Bork sonrió alegremente.

—Gracias, hembra.

¿Por qué parecía tan atormentado?

Se había fijado que Devian y Zahari apenas podían sostenerle la mirada, lo cual era doloroso para el pobre chico. Era algo que descubriría tarde o temprano les gustase o no.

—Quizás consigamos ser amigos.

Él enarcó una ceja.

Ahí estaba el impertinente que conocía, así pues, le señaló con un dedo acusatorio.

—Si vas a ser mi guardián, también serás mi amigo. No hay una sin la otra te guste o no.

Bork pareció debatir esa teoría en la mente, al final decidió ceder. Dejó caer los hombros rindiéndose y asintió.

Eso iba a ser divertido.

Zahari apartó a Mel de las demás. La llamó suavemente mientras sus ojos de terror lo miraron sin comprender qué ocurría.

Odiaba hacerla sentir así, asustada y con temor a que le hiciera daño. Él jamás la dañaría, no sería como el macho de su planeta. Antes se cortaría la cola que infringirle daño alguno.

—Solo quería avisarte de que las hembras vais a ir al clan de Devian con Taia —explicó lo más tranquilamente que fue capaz.

Ella, que necesitó unos instantes para comprenderlo, abrió mucho los ojos con sorpresa.

—¿Me voy? Creí que yo... Que tú...

Sí.

Que eran nimaris.

¿Ella albergaba esperanzas con él?

—Aquí no estás a salvo. El monarca atacará.

Olió su miedo. Se intensificó con esas palabras.

—No quiero que te hagan daño. ¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó Mel.

Aquello lo conmovió. La hembra se preocupaba por él a pesar de que la había tenido aterrorizada en un sótano y que creyó que iba a violarla. Si algún día, los dioses así lo querían, iba a tener que compensarla por todo lo vivido.

—Soy un guerrero. Pelearemos.

—Y... Después... ¿Nos veremos?

El hilo de esperanza en su voz golpeó en su pecho.

Llevaba solo mucho tiempo a pesar del clan, consumido por un odio que no tenía raciocinio. Ahora, poseía una nimari que no lo miraba como si fuera un monstruo a pesar de todo lo que había hecho y, también, a pesar de sus cicatrices.

No parecían importarles.

—¿Eso te gustaría? —preguntó Zahari sonrojándose.

Tal vez la respuesta no le gustaba.

O sí.

¿Por qué había preguntado?

—Yo... Antes...

El macho de la Tierra.

—Nunca seré como ese macho, Mel. Si pudiera, lo destriparía y te presentaría los restos para que estuvieras orgullosa y satisfecha.

Una diminuta risa nerviosa se escapó de sus labios.

—Es demasiado gore para mí, pero me gusta la intención. Gracias —dijo.

Ella estaba contenta de que fuera un macho fuerte dispuesta a protegerla.

Era un paso grande.

¿Verdad?

Tenía que preguntarle a Devian cómo lo había hecho con Taia para ganársela porque necesitaba tomar apuntes.

Y orux, montañas de orux.

—Yo estoy muy rota y sucia, Zahari. Mi marido se ocupó de hacerme daño de muchas maneras y sé que tengo que curar poco a poco. No estoy preparada para otra relación, pero me gustaría seguir sabiendo de ti. No quiero que te hagan daño y me encantaría podernos conocer. ¿Eso es muy egoísta por mi parte?

¿Egoísta?

Era la mejor noticia de toda su vida.

Su cola, vil traidora, se agitó de un lado al otro con alegría. Y sí, ella miró hacia allí sonriéndole. Sabía cómo se sentía.

—No es egoísta, Mel. Yo, puedo hacerlo. Conocernos sin pretensiones de nada.

¿Pretensiones?

Quería reclamarla, meterla en su cama, hacer una celebración pública donde todos supieran que era suya y, algún día, tener cachorros con ella. Pero sabía que había sido lo suficientemente dañada como para ir despacio.

Necesitaba sanar.

—Eres un gran hombre.

—Macho —dijo Zahari rápidamente.

Ella frunció el ceño.

—Hombre es un humano, yo soy un macho.

Mel soltó un ohhhh, comprendiéndolo.

—¿Puedo darte un beso de la suerte?

La pregunta de Mel lo congeló en el sitio. Había visto a Taia y a Devian besándose y parecía muy satisfactorio. ¿También traía suerte?

—¿Quieres comerme la boca, hembra?

Una nueva risita nerviosa se escapó de sus dulces labios.

—Quería que fuera en la mejilla.

¡Oh!

La decepción resonó en su pecho. Aunque lo tomaría de buen grado, todo lo que le diera y sin rechistar.

—¿Prefieres en la boca? Pero no es comer, Zahari, no puedes hacerme daño.

¡Qué difícil!

Tembló de anticipación e, incapaz de procesar palabras, asintió dejando claro que deseaba eso más que nada. Comerle la boca, sin morder o clavar sus dientes. Iba a ser gentil.

Y le daría suerte en la batalla.

—Vale, agáchate un poco y cierra los ojos.

Zahari obedeció como un santon bien adiestrado.

Entonces, esperó hasta la desesperación y abrió un ojo para intentar saber qué estaba ocurriendo. Ella estaba completamente roja, con dos dedos sobre sus labios, mirándolo con mucha confusión.

—Si no quieres, hembra, no tenemos por qué...

Sus dulces labios chocaron con los suyos suavemente dejándolo al borde de la explosión.

Sus ojos se cerraron por puro impulso, aunque no tenía claro qué estaba haciendo. Solo que, cuando la lengua de Mel acarició las costuras de su boca, la abrió dejándola entrar.

Entonces no pudo controlarse, tomó su nuca acercándola a él y permitió que su cola se enrollase en su muslo.

Aquel era la mejor experiencia de su vida.

Sus lenguas jugaban y bailaban juntas mientras se descubrían el uno al otro. Se alejó de sus afilados colmillos, lo cual agradeció y él trazó sus dientes romos con cautela. Ella sabía dulce, suave. Era como tocar una nube entre los dedos.

Por desgracia acabó demasiado pronto.

Mel se apartó totalmente sonrojada haciéndola todavía más hermosa. Su dulce nimari le había hecho el mejor regalo de toda su vida.

Dejando que su mano subiera, acarició su mejilla con los nudillos perdido en sus ojos hermosos.

—Ateoraré el tiempo que he podido tenerte cerca. Siento no haber sido mejor.

—Has sido bueno al final. Eso importa —lo animó Mel.

Separarse de ella iba a ser la gesta más complicada jamás vista.

No quería que se marchase, pero necesitaba que estuviera a salvo.
Necesitaba volver a verla.
Conocerla.
Quererla.

CAPÍTULO 32

Devian acunó un poco más cerca a Taia cuando se acercaron a las puertas de su clan. En algún momento del camino, las hembras se habían sentido muy cansadas para seguir y ellos las habían cogido en brazos.

Parar no había sido una opción porque tenían sobre ellos una terrible tormenta.

—¿Ya hemos llegado?

Era bien entrada la noche y, mirando hacia atrás, comprobó que las otras hembras estaban dormidas.

Algo en su corazón se desgarró al pensar en dejar a Taia en la casa que le había asignado, aunque supo que era lo mejor para que las hembras se adaptasen bien al nuevo hogar.

Solo serían unas noches.

Después le pediría que compartieran casa y cama.

¿Los humanos harían eso?

Sabía que Atira y Dara lo hacían con sus machos y se moría de ganas por probarlo.

—Devian... Yo... Nunca me preguntaste quién me secuestró —susurró.

Cierto.

Una vez la tuvo en los brazos olvidó todo lo demás como si jamás hubiera pasado. Había estado más centrado en las heridas del alma de Zahari, los recuerdos de Xánder y la preocupación de regresar con seis hembras más.

—¿Quién fue, pequeña estrella?

El apodo salió por sí solo como si nada.

De forma tan natural que lo sorprendió.

—No quiero que le hagas daño. Antes quiero hablar con él.

La ira lo consumió por dentro. No podía proteger al macho que la dañó y arrastró al clan de Zahari.

—Es como Lixton.

—No. Lixton nunca te dañó, Taia.

Debía dejar claro su punto.

—Si lo digo, haré daño a quien no quiero.

Cielo incendiado.

Era alguien que ella había conocido en el poco tiempo que estaba allí.

—Necesito que me lo digas. No puedo exponerte a que te pase algo malo con ese macho cerca.

Vio el dolor en sus ojos. Su corazón era muy blando, no obstante, debía comprender que era su obligación como Darkan y nimari, mantenerla a salvo.

—Azur... Yo no quiero que Dara sufra.

Lamentablemente sufriría y mucho. Llevaba siendo su compañero desde que Zahari era Darkan, lo cual no era una coincidencia visto lo visto. Necesitaba saberlo, pero podía ahorrarle ese momento a Taia.

—Yo hablaré con ellos. Lo lamento mucho, pequeña estrella, ojalá pudiera hacer algo para evitar este desastre.

Ella se acurrucó más en su pecho como si así se sintiera más segura. Él agradeció ese contacto íntimo. No iba a gustarle tratar con Dara y contarle lo que Azur había hecho. Era alta traición.

Se acercó a Bork, quien llevaba a Cara en brazos apretujada en su pecho. La hembra, aunque

dormida, se aferraba a él con tanta fuerza que, aunque Bork la soltase, no iba a despegarse de su cuerpo.

—Avisa a guerreros libres para que capturen a Azur —ordenó.

Su hermano se sorprendió.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

La traición volaba en el aire con tintes amargos y feos.

—Secuestró a Taia —sentenció.

Los ojos de su hermano se encendieron de furia.

—Sí, Darkan.

No había piedad para los traidores.

Mientras todo se orquestaba de fondo, los machos llevaron a las humanas a la casa de Taia. Allí, Dara y otros habían llevado camastros para todas y ropa. Así podrían quitarles la ropa mojada y descansar.

Todas, frotándose los ojos, se miraron confundidas.

Este sería su nuevo hogar, su clan al menos.

—Devian —lo llamó Taia.

Se acercó a ella.

—¿Puedo quedarme esta noche con ellas? Así mañana les enseñaré un poco el clan y eso. No quiero que estén solas después de tantos cambios.

Su corazón bondadoso era un regalo.

—Perfecto, pequeña estrella.

Ella le dio un rápido beso en los labios que hizo aletear a su corazón.

—Tendréis guardias en la puerta y Atira se quedará con vosotras un rato por si necesitáis algo —dijo con voz más fuerte, la de un Darkan.

Todas bostezaron y asintieron a la vez.

Necesitaban descansar.

Se marcharon dejándolas atrás sabiendo que, ahora, les tocaba lo peor. No era agradable encontrar a un espía, pero este dolía más porque llevaba toda su vida en su clan.

—Puedo quedarme yo también, Darkan —se ofreció Dara.

Su corazón dolió.

—No. A ti te necesito en otro lugar, Dara —dijo con todo el arrepentimiento del mundo.

Entonces, Taia se acercó a ellos con dolor en los ojos.

—Dara, necesito explicarte algo...

—Taia, no. Lo haré yo.

Ella se negó.

—Por cómo me ha cuidado se lo debo.

Comprendió el sentimiento, era leal a su amiga a pesar del dolor y la ayudaría a sobrepasar el dolor que la noticia dejaría en su corazón. Atira también se aproximó como si, de alguna forma, la tensión le pidiera estar allí.

—No hay forma fácil de decir esto... —Tragó saliva—. Quien me secuestró y me llevó con Zahari...

No podía.

No era capaz de romperle el corazón a esa hembra dulce de cabellos rosas.

—¿Taia? ¿Qué estás tratando de decirme? —preguntó realmente asustada.

Maldito fuera el destino y el dolor que iba a provocarle. Ojalá algún día la perdonase porque, de no haber aparecido, su marido siempre hubiera sido su marido y no un traidor.

—Lo siento mucho, Dara —lloró empezando a temblar.

Dará tomó sus hombros.

—Cariño, dímelo, lo soportaré.

No lo haría.

Aunque le debía la verdad.

—Fue Azur —sollozó Taya—. Me golpeó en la cabeza y me estranguló cuando desperté. Apenas podía abrir los ojos o hablar cuando volví en sí en el clan de Zahari. Yo, lo siento mucho, si pudiera cambiarlo, si pudiera...

Dara jadeó y, de alguna forma, todos pudieron sentir el corazón de aquella grandullona romperse en mil pedazos. El agarre de sus hombros se soltó mientras sus brazos caían a sus lados.

Rota.

Abatida.

—¿Estás segura?

Taya asintió con pena.

—Hablé con él cuando estuve encerrada. Me dijo que todos los clanes tenían espías —explicó.

Rompiéndole un poco más el corazón.

Solo un fragmento más de los muchos que habían.

—Yo... Lo siento tantísimo, Dara...

Ya no escuchaba. Sus ojos parecieron palidecer mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Se desplomó dejando escapar un grito ahogado. No se golpeó contra el suelo porque Atira la acunó entre sus brazos. Sus sollozos desgarrados fueron tan aterradores que Taya quiso taparse los oídos.

—¡Dara! —gritó Azur afuera.

Abrió la puerta, pero sus propios compañeros, los otros maridos de Dara, lo detuvieron.

—Te quiero, mi vida. Siento mucho lo que he hecho, pero volví a ti en cuanto pude.

—¡Traidor! ¡Sucio y vil traidor! —gritó Dara.

El dolor se extendía por sus facciones y casi podía masticarse en la estancia.

Asfixiante.

—No, mi vida, por favor. Lo eres todo para mí —aulló Azur.

Era desgarrador ver aquello.

Él la amaba a pesar de todo, podía verlo en sus ojos, en cómo deseaba alcanzarla una vez más para hacerle comprender su punto de vista.

—Me has estado mintiendo tantas rotaciones solares —lloró Dara.

A Azur tuvieron que arrastrarlo, literalmente, para sacarlo de allí. Sus garras desgarraron el suelo de madera y, después, el pavimento del exterior. Tuviron que unirse Baruk y Ral para poder llevárselo lejos.

Y sus aullidos, como los de un lobo herido, resonaron por todo el clan.

—Dara, perdóname —lloró Taya.

No había querido romperle el corazón.

—Cariño, no hiciste nada malo —dijo Dara abrazándola.

Ambas lloraron y dejaron que Atira se les uniera al abrazo. Poco a poco, todas las chicas también fueron hacia allí en un abrazo apretado y en comunidad. No la conocían, pero aquel dolor era universal.

Fácil de comprender y empatizar.

—Tengo que irme, Taia, regresaré por la mañana —avisó Devian.

Ella, pudiendo sacar un poco la cabeza de aquel abrazo, lo miró.

—Vale. Hasta mañana.

Sí.

Mañana sería otro día.

Ahora tenían que cuidar a Dara.

CAPÍTULO 33

Gayax llevaba mucho tiempo ante la puerta de su casa. Dentro, Karmenn esperaba con ansia que regresase con Taia. Cuando viera que eso no había sido posible no sabía cómo reaccionaría.

Suspiró.

—¿Gayax?

Su voz desde el jardín lo clavó en su sitio mortalmente quieto.

Sus ojos lo escrutaban y encontraron la falta de compañía más que evidente. Él no había esperado todo aquello, la locura en los ojos de su hermano y la necesidad de proteger a una humana que le importaba a su yamari.

—Hola, Karmenn.

—¿Va todo bien? Estás pálido —preguntó, preocupada.

No lo estaba.

Había visto el monstruo en su hermano, también a Taia autolesionarse producto del miedo y la desesperación y sabía que los hombres de Zahari habían escondido a las hembras para evitar entregarlas al monarca.

Todo había salido mal.

La miró con un lamento.

—Yo...

No podía retenerla.

Mantenerla en casa mientras el peligro de su hermano estuviera vigente. Además, ella se moría por ver a su amigo. No podía ser egoísta.

—Descansaré esta noche y mañana te entregaré a los Kraxarian que tienen a Taia. Estarás a salvo con ellos y podrás estar con tu amiga.

Karmenn palideció.

Abrió la puerta de su casa, después, en silencio, caminaron hacia el interior donde lo guio hacia un sofá como si él no recordase dónde estaba. Seguía conmocionado por todo lo ocurrido.

Impotente por no haber podido hacer nada.

Cuando ella frotó su mano se dio cuenta de que lo sostenía con cariño, además, añadía caricias al contacto tratando de aliviarlo.

—Cuéntamelo todo.

¿Qué decir?

—Tu amiga Taia es la nimari de Devian Prixus, el mayor Darkan de los Kraxarian. En otras palabras, es el alma gemela del líder de los Kraxarian. No vendrá con nosotros por ese motivo y por otro peor.

Hablar de su hermano dolía.

Siempre creyó que podía hacerlo regresar, convertirlo en alguien bueno y dulce y por eso buscó la subasta. Había mantenido la esperanza de calmar y curar su negro corazón podrido.

—Cuando la vio —creyó tartamudear—, mi hermano está loco. Es un ser peligroso. Tiene esclavas sexuales de muchas razas que tortura para su placer. Creí que con una yamari se calmaría, pero me dijo que jamás se desharía de sus esclavas y que Taia se uniría a sus torturas.

Karmenn palideció.

—Tu amiga quiso quitarse la vida con una daga para evitar ser tocada por el monstruo de mi hermano. Yo quise comprársela, que me la diera para uniros, pero no quiso y ahora sé que, de haberlo hecho, de haberla traído aquí, nos la hubiera quitado para después cortar su cuerpo para

su disfrute.

El temblor de Karmenn le rompió sus corazones en mil pedazos. El dolor en ella era tan real que se respiraba amargo en su boca.

—Ella huyó, junto con otra humana que se ofreció a ocupar su puesto. Zahari decidió protegerlas y las ocultó. Pero mi hermano volverá a por ellas en unos días. Arrasará ese clan en su busca y temo que, cuando no las encuentre, venga a buscarte a ti.

Quiso darle buenas noticias.

Solo hacerla sonreír en lugar del miedo que sentía.

—¿Y la chica que tiene Gren?

—Gren vive a muchos planetas de aquí. No se molestará en ir a buscarla, aunque se le advertirá para que asuma mejores medidas de seguridad —explicó Gayax.

No permitirían que una hembra más cayera en sus manos.

No después de haber visto a Taia con una daga en su cuello. Su sangre roja, su miedo y sus temblores se habían grabado en su mente. La hembra había estado desesperada por huir al contemplar a su hermano.

Lo vio de verdad.

La bestia tras los colmillos sangrientos.

—¿Taia está bien? ¿Él le hizo daño? ¿La cuidan bien?

Comprendió sus preocupaciones.

—Los Kraxarian son guerreros de honor, no dañarían a una hembra. Ni siquiera Zahari, el cual, cuando vio de lo que mi hermano era capaz, decidió no entregársela. Ella se hirió con la daga, aunque estoy seguro de que ya la han curado, tienen una gran tecnología.

Karmenn suspiró.

Realmente quería a su amiga.

—Ella preguntó por ti. Si estabas bien y le dije que eras feliz.

Mintió.

Por su bien.

—Sé que no lo eres siendo prisionera en mi casa, pero ella estaba a punto de quitarse la vida. Necesitaba irse con algo bueno, sabiendo que alguien que le importaba estaba bien. ¿Podrás perdonarme?

Karmenn, contra todo pronóstico, lo abrazó.

Sus colores, los cuales se habían ocultado al escuchar a su hermano, resurgieron fundiéndose a su piel uno a uno.

—Gracias por decirle algo así, estoy segura de que lo necesitaba. Me alegro que esté viva y que pueda verla.

Sí.

Era lo que importaba.

Que su Karmenn fuera feliz.

—Pero no quiero dejar de verte. Tal vez... Podríamos ir a verla y ver qué hacemos después. Quizás tu hermano se canse algún día de quererla y podamos estar lejos de su ira y locura. Por ahora sé que quiero verla y que no quiero dejar de verte a ti.

Esa era una encrucijada curiosa.

Su contacto hizo efecto al final. Ambos jadearon dejando que la lujuria les dilatase las pupilas con bastante velocidad.

—Karmenn... Si no me sueltas...

—Solo un beso, Gayax, por todo lo que has sufrido.

Uno solo.

¿Podría contenerse después?

No pensó cuando ella se acercó. Tomó sus labios con suavidad al principio y hambre después. Poseyó su boca dejando que los miedos, la impotencia y la ira se marchitasen mientras su toque lo calmaba.

Ella era lo que necesitaba.

Quien calmaba sus corazones.

Sus lenguas se recorrieron la una a la otra en busca de más. Hambrientos, gimieron y gruñeron en la boca del otro con una locura demencial.

Supo que tenía que separarse o la tomaría allí mismo. Así pues, se separó levantándose para alejarse unos pasos.

Era lo mejor.

No quería sucumbir.

—Te he fallado, Karmenn. Creí que tenía una solución para mi hermano a costa de tu amiga. También creí que te la devolvería y que seríais felices como cuñadas. Que mi hermano abandonaría esos pensamientos perturbadores que Taia jamás sabría... Y no. Lo hice todo mal.

Terriblemente mal.

—¿Tú has fallado? —preguntó ella.

Él, llevando la barbilla a su pecho, asintió.

—Sí.

—No. Buscaste una solución creyendo que tu hermano tenía cura. Quisiste hacerme feliz en el camino. No he visto fallos, solo que no puedes pelear contra algo tan grande. Quieres dejarme ir a verla y eso dice mucho de ti.

Pero no era así.

Ella debía saberlo.

—Mi raza no es buena, Karmenn. Gren y yo somos diferentes, pero somos una raza parasitaria. Ya te conté que no tenemos hembras propias y eso no es todo. Somos destructivos, conquistamos y matamos. Yo no o Gren, aunque mucho de los míos sí. Tenemos tendencias destructivas, muchos no conocen el honor como los Kraxarian o los Razor.

Sí.

Era hora de hablar de eso.

—¿Razor?

Gayax asintió.

—Quienes atacaron nuestro coche después de la subasta —sentenció.

Ella solo suspiró comprendiendo que más secretos se desvelarían después de un día agotador.

—Los Razor son otra raza que habita este planeta. Creen en la igualdad de razas, han abolido la esclavitud hace siglos y son buenos guerreros y con la tecnología. No tanto como los Kraxarian, aunque se acercan a ellos. Yo los maté para evitar que te tuvieran. No soy un macho de honor, tengo las manos llenas de sangre, Karmenn.

Carmen lo miró como si fuera la primera vez.

Azul marino, su piel representaba la peor de las tristezas. Saber que su hermano y su raza eran peligrosas, no la sorprendió tanto como creyó en un principio. Al parecer, siempre había hueco para algo más desde que la habían secuestrado.

No se podía dar nada por sentado.

Pero ese macho era distinto.

Había mantenido las distancias para no forzar el vínculo, la había cuidado por encima de todo

y no permitió que la dañasen.

Buscaba su felicidad.

Había ido a encontrar a Taya y valorado que era mejor que se quedase donde estaba para evitar sufrimiento.

Ahora él era el que sentía dolor y, aunque no quiso reconocerlo en voz alta, no le gustaba verlo así.

—Así que, ¿crees que eres un monstruo como tu hermano porque me protegiste del secuestro? Gayax asintió.

La cuestión era que el hermano mataba y torturaba por placer. Gayax lo había hecho por defensa propia.

—Te protegí por razones egoístas.

Todo el mundo se movía por razones egoístas.

—Estoy sana y salva —le dijo Carmen.

No parecía satisfecho con eso, como si fuera una opción a debate.

—Con ellos también lo estarías.

—Pero no serían mi yamari.

Ahí estaba la más fuerte de las verdades. La había protegido por el vínculo, además, tampoco quiso que las demás mujeres sufrieran. Luchó contra ellos esperando protegerlas de cualquier mal.

Eso no lo hacía una mala persona.

Y sí, puede que, después de unos días sola, empezase a notar cierto vínculo en su pecho. Era como una mano que se había apretado sobre sus pulmones todo el tiempo. Le había impedido respirar, pensar con claridad y todo se aligeró cuando él regresó.

—He sentido algo, Gayax, aquí —dijo apoyando la mano en su pecho—. Dolía todo el tiempo y se ha ido cuando has llegado.

Su rostro se sorprendió.

—¿Has aceptado el vínculo? —preguntó sorprendido.

No lo tenía claro, pero parecía que sí.

—Supongo que sí. Así que, una cosa clara, haremos esto poco a poco. Veremos a Taya y nos conoceremos paso a paso. No vayas a pensar que tengo sexo con cualquier a la primera de cambio.

Su piel se tornó roja completamente.

—¿Has valorado... aparearte conmigo?

¡Y tanto que lo había hecho!

Solo necesitaba saber que tenía un miembro y no dos como los corazones.

—Sí, pero algo me inquieta un poco.

Él esperó.

—Dime.

—¿Tienes solo una polla? Es que como salgas con dos o tres yo no sé si voy a poder aceptarlo tan fácilmente.

Gayax, echando la cabeza hacia atrás, arrancó a reír como si acabase de contarle el mejor chiste de la historia.

¿Qué le pasaba?

—Tranquila, Karmenn, solo tengo una.

¡Menudo alivio!

Eso sí podía sobrellevarlo.

Bueno, si el tamaño era algo normal, aunque no preguntaría por él... Por ahora. La curiosidad era demasiada.

—Gracias por la oportunidad. Después de lo ocurrido creí que me descartarías.

Pobre.

Solo quería ser amado.

¿No es algo que deseaba mucha gente en el mundo y el universo?

—Pues te fastidias porque vas a tener que aguantarme un tiempo.

A Gayax le pareció la mejor cosa que podía pasarle.

CAPÍTULO 34

—Esto... A ver... —tartamudeó Taya mirando la puerta de la casa.

Las chicas, que estaban tras ella, parpadearon muy confusas con la cantidad de regalos que habían recibido. Había de todo: comida, ropa, muebles, piedras preciosas...

—Wow, chicos, esto es tomárselo en serio —dijo Taya.

Ellas la miraron esperando una explicación.

Sí, bueno...

¿Qué podían decir?

—Son ofrendas —declaró.

Eso era algo que podían ver por sus propios ojos.

Suspiró.

—Lo hacen para que os sintáis bien y, algunos, para cortejaros.

—No, ya, la idea me estaba llegando alta y clara —rio Cara tomando una fruta verde.

Una a una, las chicas salieron y comenzaron a ver sus regalos. Después, tomaron lo que quisieron mientras hablaban las unas con las otras con una sonrisa en el rostro. Los regalos las hicieron felices después de una noche donde el descanso había brillado por su ausencia.

Todas habían tratado de consolar a la inconsolable Dara.

—Esto es para ti —declaró Hayley dándole una especie de vestido rojizo.

Taya lo cogió sin rechistar.

—¿Eh?

—Soy estilista. Os pondré guapas a todas y tú, amiga mía, eres la primera víctima de mi lista. Tienes que ponerte guapa para entregarle el coño a tu Devian.

Se sonrojó de los pies a la cabeza.

—¿Yo qué?! —gritó agudamente.

Eso era mucho decir.

¿Quería?

¡Claro que sí!

—Te mueres por los cuernos del tipo y no te culpo, es guapo.

Ella la fulminó con la mirada provocando su risa.

—Tranquila, es todo tuyo —declaró Hayley calmándola.

Suspiró.

¿Por qué se sentía así por él?

«Te gusta, cabeza hueca». Se dijo mentalmente.

—¿Y las demás de qué trabajabais? —preguntó Taya tratando de huir de la conversación.

Cara fue la primera.

—Yo era stripper.

—Yo camarera —declaró Adriella.

—Yo... Mi marido no me permitía trabajar —explicó Mel sonrojándose.

Todas le dieron una mirada piadosa. Habían hablado de lo ocurrido y prometieron que jamás permitirían que nadie la tratase así jamás.

—Una psicóloga aquí presente —rio Adele—, pero no pidáis consulta que bastante me está costando asimilar esto.

Rieron.

—Yo era bibliotecaria —susurró Miriam poniéndose roja al instante.

Era tan tímida.

Los machos comenzaron a arremolinarse para darle los buenos días. Estaban contentos cuando descubrieron quienes habían tomado sus regalos, aunque rehusaron decir de quién era qué.

De pronto, las aguas parecieron abrirse dejando pasar a un Jaxyn dispuesto a defenderlas de la mismísima muerte.

—Chicas, os presento a Jaxyn, será uno de nuestros guardianes. Y, os aseguro, que es genial —declaró Taya.

El pobre guerrero se sonrojó.

Haciendo una especie de reverencia, las saludó.

—Hembras, serán protegidas con mi vida.

—¿A qué es bonito? —preguntó Taya con orgullo.

Hayley fue directa a él y lo miró a sus hermosos ojos. El pobre macho estaba a punto de perder el conocimiento, vieron como su pecho subía y bajaba a tanta velocidad que no tardaría en desmayarse.

—Es un placer conocerte —dijo dándole un beso en la mejilla.

Ahora sí que iba a desmayarse.

—El placer es miiii... mío, hembra.

A Taya se le encogió el corazón con la reacción. Estaba tan falto de afecto que Hayley no sabía lo mucho que ese gesto había significado para Jaxyn. Por suerte, pronto las pondría al día de todo.

—Niñas, vamos a desayunar —declaró Atira saliendo de la casa.

Como buena mamá, había asumido su papel de cuidadora y las arrastró al comedor común que había cerca de la plaza del clan. Ahí cabrían mejor porque había montones de mesas largas y cocineros.

—¿Cocinan? —preguntó Adriella.

—Claro, no pensabas que morirían de hambre por no tener hembras —rio Taya.

—Buah, yo quiero uno de estos. Guapos, grandes, cocineros y guerreros. Dime que tienen buena polla —suplicó Cara.

Sí.

La tenían.

El recuerdo de Ral la perseguiría el resto de su vida. Maldito fuera.

—Enormes y estriadas —contestó Taya con voz susurrante.

Todas gimotearon imaginándose.

Atira las miró severamente.

—No os quiero cerca del miembro de ningún macho por ahora, ¿me habéis entendido?

Era una clara amenaza protectora de madre.

—¿Ni siquiera Taya? Seguro que está a horas de saltar sobre Devian —bromeó Cara.

Taya puso ojos de gatito, parpadeando a Atira para que le diera el beneplácito. No es que lo necesitara, pero se quedaba más tranquila si la feroz de la familia estaba contenta con la unión.

Atira suspiró pesadamente.

—¿Es necesario? No estoy lista para dejar que te desfloren.

Hayley rio.

—No creo que Taya sea virgen.

No.

No lo era.

—Bueno, lo pensaré mientras desayunamos.

¿Eso era casi un sí?

Sí.

Había sonado así.

—Como todos coman coños como comen, me ofrezco como tributo —declaró Cara viendo comer a los Kraxarian y sus largas lenguas.

Sí, Taya tuvo un pensamiento similar una vez.

—Voy a morir de vergüenza aquí mismo —rio Adele sin rastro alguno de vergüenza.

Sí que era verdad que resultaba muy erótico festivo verlos comer. Engullían como puros animales, pero se ayudaban de una lengua que, indudablemente, no era humana y sabían manejar con mucho esmero.

—Buenos días, hembras —sonrió Baruk—. ¿Os traigo algo especial?

Su sonrisa conquistadora barrió a todas las mujeres hasta depositarse en una Miriam que comenzaba a encenderse en rojo hasta las orejas.

Él sabía el efecto que tenía en ella.

Y ella no podía resistirse a él por algún motivo.

Por suerte, el resto de mujeres lo notó e hicieron un pacto en silencio de no seguirle el juego a Baruk para no dañar los sentimientos de Miriam. Estaban convencidas de que había machos para todas, no necesitaban ir a por el mismo.

—Eh... ¿Qué me recomiendas? —preguntó Miriam en un acto de valentía.

Los ojos de Baruk se encendieron como si fueran auténticas hogueras.

—Espera, hembra, ahora vuelvo —dijo yéndose urgentemente.

Miriam suspiró tomando aire como si llevase mucho tiempo debajo del agua y necesitase respirar de nuevo.

—¡Muy bien! —la animó Adrielle—. Así me gusta, que cojas al toro por los cuernos o... al Kraxarian en este caso.

La pobre chica no podía sonrojarse más.

—No creo que se fije en mí —dudó.

—¡Imposible! Eres preciosa y solo tiene ojos para ti —la animó Taya.

Al parecer, los Kraxarian golpeaban fuerte. Al final iban a estar todas emparejadas si seguían por ese camino.

—Ten, espero que te guste, es mi favorito —dijo Baruk llegando con un plato humeante.

Miriam, embelesada en su sonrisa, no cuestionó ni olió nada. Simplemente tomó el tenedor y se dispuso a comer.

—¡NO! —gritaron Taya y Mel a la vez cuando reconocieron el plato.

Tarde.

Demasiado tarde.

—¡Ah! ¡Pica! ¡Pica! —comenzó Miriam a gritar mientras las lágrimas salían de sus ojos.

Cara corrió a tenderle agua mientras ella parecía quemarse por dentro. Tosió al mismo tiempo que Baruk palidecía cada vez a un azul más y más claro viéndola así. De pronto, alejándola del resto de humanas, la tomó en volandas contra su fuerte pecho.

—Te llevo inmediatamente al sanador.

—No es necesario —tosió Miriam.

Intenta convencer a un Kraxarian de no hacer una cosa, verás qué risa.

Baruk salió disparado a toda prisa camino a la consulta de Rok.

—¿Tan picante es? —preguntó Cara mojando un dedito y chupándolo.

No tardó en lanzarse al agua a beber.

Lo era.

Demasiado.

No sabía cómo podían comer algo así.

Taya, removiéndose a la silla, miró a su alrededor en busca de algo o, más bien, alguien que no encontró.

—¿Buscando a un Darkan sexy y fornido? —preguntó Adriella.

¿Era tan fácil de leer?

Asintió con cierto desánimo.

—Jaxyn, cariño, ¿sabes dónde está el Darkan? —preguntó Hayley.

Vieron como Jaxyn, que se había sentado a desayunar con ellas mientras las protegía, se sonrojó ante el apelativo cariñoso de Hayley. Fue como ver un semáforo tras un filtro azul. Hasta sus ojitos se iluminaron.

—Eh... Creo que estaba reunido. Tiene mucho trabajo hoy —contestó a duras penas.

¡Oh!

Vaya.

¡Menuda decepción!

—Supongo que es normal, es un Darkan —lo excusó Taya a pesar de la creciente decepción que notó en su pecho.

Mel le dio la mano bajo la mesa en señal de cariño y ella solo pudo darle un ligero apretón y sonreír.

—Creo que iré a dar una vuelta —declaró Taya.

Jaxyn se quedó quieto sin saber a dónde ir.

—Tranquilo, novato, yo protejo a Taia. Quédate con el resto y tratad de no separaros —ordenó Bork apareciendo de la nada.

Taya lo fulminó con la mirada.

—¿Tienes que seguirme a todas partes?

—La última vez que alguien no lo hizo te secuestraron.

—Suenas como si me estuvieras acusando y, te recuerdo, que ya eras mi guardián en ese momento.

—Estábamos de fiesta, la culpa fue tuya, hembra, por separarte del grupo.

Estaba a punto de pincharle en un ojo con un tenedor o sucedáneo. Cualquier cosa puntiaguda le servía.

—Prefiero que me siga Jaxyn —pidió Taya con esperanza.

Bork se cruzó de brazos.

No iba a pasar.

—Es una lástima porque, como su superior, yo le doy la orden de quedarse.

Sí.

Justo como se imaginaba.

—Eres odioso, ¿sabes?

—Pues a mí me parece muy caliente —añadió Cara provocando que Bork parpadease confuso.

Sí.

Si alguien podía enloquecer a Bork era la intrépida Cara.

Aprovechó la confusión para arrancar a andar. Sabía que era algo infantil porque no tardó más que unas pocas zancadas en darle alcance, pero se sintió bien haciéndolo. A pesar de todo, sabía que él no debía ser el objeto de su enfado.

Bork no había hecho nada malo.

—¿Todo bien? —preguntó el Kraxarian.

Taya suspiró.

—Sí. Supongo. No. No sé.

Bork decidió esperar a que ella pusiera sus pensamientos en regla para poder seguir con la conversación. Le dio su espacio, no más de una zancada, aunque se sintió como aire real cuando entraron en una calle en la que no había nadie más que ellos dos.

—Con Devian siempre es una de cal y otra de arena. Se acerca y se aleja. Dijo que vendría y sí, estoy teniendo un berrinche de niña pequeña, pero no hacía falta decirme eso si no pensaba venir. Sé que es el Darkan, que todo recae sobre sus hombros. Lo sé.

—¿Sin embargo?

La voz de Bork arrastró algo más, deseaba arrancarle las palabras del pecho.

—¡Fui secuestrada! Pasé miedo. Primero pensé que iba a morir, luego que Zahari nos iba a violar, después que ese monarca loco iba a destrozarme y así hasta que Devian llegó, nos besamos... Todo iba bien y puff, se fue.

Suspiró.

No tenía ningún derecho a ponerse así.

Devian y ella técnicamente no eran nada, además, su cargo siempre lo haría ver completamente ocupado.

—Mi hermano siente algo por ti, Taia. Sé que no son los mejores momentos, pero es algo genuino. Hubiera arrasado este planeta por ti y, siendo quién es, me sorprendió mucho.

Puede.

Hasta había llegado casi por dos veces más grande de tamaño. Era como el increíble Hulk azul.

—Volvamos con las chicas, paso de pasear sin tener rumbo —dijo siendo incapaz de sentirse un poco abatida.

CAPÍTULO 35

Para la cena, el humor de Taya era negro, oscuro y peligroso. Atira lo sabía, había cambiado su forma de hablarle, endulzando las palabras como si eso fuera a cambiar de alguna forma su estado de ánimo.

Devian no cumplió con su palabra de ir por la mañana, pero tampoco apareció a lo largo del día. Taya estaba enfadada y decepcionada.

—Toma, prueba esto, es muy nutritivo —pidió Atira.

Ella lo comió con fuertes mordiscos como si fuera una especie de oso destripando algo.

El resto la miró como si estuvieran ante una asesina feroz.

—Hembras, yo os diría que pusierais distancia de seguridad. Parece capaz de explotar en cualquier momento —les pidió Ral.

No se equivocaba.

En su interior se estaba gestando un enfado tan monumental que no podría parar cuando explotase.

—¿Y tu jefe? ¿Es que es idiota? —preguntó Cara haciendo dar un respingo a Ral.

Parecía que el mal humor estaba tomando rehenes.

—Es contagioso —le susurró Ral a Baruk.

Ambos machos, se levantaron de la mesa con una sonrisa falsa en los labios y se apartaron de ellas como si estas fueran a matarlos de alguna forma terrible. Puede que alguien muriera esa noche, pero iba a ser otro azul con cuernos.

Taya apuñaló un orux con tanto ahínco que la fruta pareció explotar allí mismo.

Parpadeó antes de arrancar a reír.

—Se ha vuelto loca —susurró Adriella.

Rio como hacía años que no hacía.

Sabía que estaba llamando la atención de todas las miradas y no le importó. Los últimos días o semanas estaban siendo un verdadero caos, nadie podía culparla por enloquecer un poco.

—¡Necesitamos alcohol! ¡Chicos! —pidió Cara.

Taya rio un poco más.

—No sabes lo que estás pidiendo. Esta gente juega duro con el alcohol.

Nadie pudo detenerlas.

Jarras de alcohol corrieron mientras los machos esperaban que ellas los vieran y escucharan. No era algo sexual, solo deseaban conocer esas figuras femeninas que no habían contemplado jamás.

Conocerlas.

No tardaron en estar borrachas y felices.

—Yo solo quiero saber cómo está Zahari —dijo Mel en un puchero.

Taya y Adriella la abrazaron con fuerza.

—Estará bien, todos ayudaremos con el monarca —declaró Taya sin saber cómo iba a pasar eso.

—Jaxyn, cariño, ya no estás de guardia. Bebe un poco con nosotras —invitó Hayley en cuanto lo vio pasar.

El macho, con los ojos vidriosos y feliz por la invitación, miró al resto de mujeres para cerciorarse de que lo dejaban estar con ellas. Taya abrió los brazos dándole la bienvenida y lo abrazó con cariño en cuanto tomó asiento a su lado.

—No se lo digas a nadie, Jaxyn, pero me temo que estamos borrachas —sonrió Taya.

—Creo que no es un secreto, Taia.

Ella rio.

Puede que tuviera razón.

Unos gemidos masculinos de fondo llamaron su atención, en realidad, la atención de todas. Curiosas, se dieron la mano y comenzaron a caminar a través de la música, el alcohol y los Kraxarian hasta llegar a un campo de entrenamiento.

Ahí estaba.

El glorioso Devian peleando contra un macho que le doblaba el tamaño.

—¡Y aquí estaba! ¡No me lo puedo creer! —declaró Cara enfadada como si ella hubiese sido a la que hubieran dejado plantada.

Aquellos dos Kraxarian muy sudorosos, cargaron el uno contra el otro a toda velocidad. A pesar del tamaño del contrincante, Devian logró barrerle los pies con la cola y lanzarlo hacia la lona.

Cayó muy pesadamente, con un golpe sordo que las congeló a todas al momento.

Por suerte, a pesar de que parecía que se había roto, se levantó para seguir peleando contra su Darkan.

Taya nunca había visto nada tan caliente. Devian, el dulce y cariñoso macho que conocía, podía ser una auténtica bestia peleando cuando se lo proponía. No comprendía cómo podían verlo débil cuando a ella le parecía tan brutal.

Parte de ella se calentó ferozmente, perdida mirándolos pelear. Gruñían, se golpeaban y seguían haciéndolo en una rutina que parecía un baile, casi una coreografía perfecta.

De pronto, ambos oponentes se detuvieron y olieron el ambiente. Fue tan raro verlos levantar la cabeza y tratar de encontrar un rastro.

¿Irían a atacarlos?

Miró a su alrededor.

Jaxyn, Bork, Ral y Baruk la miraban con los ojos desorbitados.

—¿Qué pasa? —preguntó empezando a asustarse.

El gruñido que soltó Devian los alertó a todos.

Todos los machos dieron un paso atrás.

Saltando del ring donde estaba peleando, el gran Darkan caminó hacia ella con los ojos totalmente encendidos. Hasta las chicas se separaron para dejarle pasar, algo que la asustó porque se vio tentada a huir.

—¡No corras! —ordenó Devian con una voz que derritió sus neuronas.

Taya parpadeó.

¿Cómo había podido leerla tan bien?

—Si lo haces, despertarás mis instintos de caza —explicó.

Así que era eso.

Tal vez no era mala idea después de todo.

Girando sobre sí misma, vio miedo en el rostro de todos, en especial de los machos. Eso le indicó que no era su mujer idea, pero... ¿Por qué no probarlo?

Arrancó a correr a toda prisa con una sonrisa en los labios y sus venas quemando el poco alcohol que había tomado.

Devian rugió a su espalda.

No fue juguetón, fue el de una bestia realmente enfurecida que la había marcado como presa.

Profesó un segundo gruñido a todos los machos para que se apartasen, que dejasen a esa

hembra en paz.

Y la maldita corrió más.

Devian vio los bordes de su visión en rojo. Ya había corrido tras ella alguna vez, pero esta vez se sentía diferente. Ella lo había marcado con un olor capaz de hacerlo poner de rodillas.

Lo había llamado dulcemente para después quitárselo.

No deseaba jugar, solo perseguirla y atraparla.

Le dio unos metros de ventaja. Sabía que sería fácil atraparla con sus cortas piernas, sin embargo, necesitaba la persecución. Salió disparado en el momento en el que la vio girar una esquina.

Ya le había dado suficiente.

Ahora ya podía atraparla.

Taya gritó cuando giró para ver si la seguía y lo encontró cerca, demasiado cerca. Aquellos dichosos Kraxarian eran grandes y rápidos. Además de sigilosos, ¿cómo algo tan grande no hacía ruido alguno al correr?

La adrenalina le pulsó en los oídos a toda velocidad. Gritó al aire cuando sus brazos la tomaron con fuerza, aunque no la suficiente como para asfixiarla. Taya rio impulsivamente cuando él metió su nariz en la curva de su cuello.

—Tu olor...

Su voz era profunda.

Oscura.

Rasgada.

Taya cerró las piernas al notar que se encendía con ese macho.

—¿Qué es ese olor y por qué me atrae tanto?

Estaba excitada y él la olía.

Muy excitada.

—Devian... —gimió cuando su lengua trazó un camino desde el hombro hasta su oído.

Fue tan caliente, tan húmedo... Que las piernas de Taya flaquearon, por suerte él la mantuvo erguida.

—Los machos matarían por el olor que desprendes ahora mismo. Haces que mi cuerpo se vuelva contra mí, que pierda el maldito control —le susurró al oído o, más bien, le gruñó preso de una bruma enloquecedora.

Sin poderlo evitar, Taya se frotó contra el cuerpo de Devian. Echando su trasero hacia atrás, notó que algo muy grande y muy duro acariciaba su trasero.

¡Iba a desmayarse!

¡Aquella arma no podía ser legal!

De pronto, la bruma de placer se esfumó así como el alcohol de su cuerpo, regresó la cordura y el enfado.

Abofeteó los brazos de Devian obligándolo a que la soltase. Fue dura con ello y él la soltó a toda prisa con confusión en su preciosa mirada.

—¡A mí no me mires así! ¡No te mereces que te hable! —exclamó alejándose un par de pasos. No podía estar cerca porque perdería el control.

—¿Taia? —preguntó, confuso.

—Ni Taia, ni nada. Déjame en paz.

Algo se fracturó en el pecho de Devian. Estuvo seguro de que pudo sentirlo, que todo el clan lo había sentido. Ella estaba tan furiosa después de haber jugado con ella.

¿Lo había hecho mal?

¿Los machos humanos no cazaban?

—¿He hecho algo mal? —preguntó con un nudo en la garganta.

Taia lo fulminó con la mirada.

—¿Qué si has hecho algo mal? ¡Dijiste que vendrías a verme por la mañana! ¡No he sabido nada de ti! Y te encuentro peleando, sudado, caliente y gruñendo como cualquier fantasía erótica y caliente. ¡Joder!

Sus palabras eran erráticas, pero pudo comprender que le había parecido caliente verlo entrenar.

¿Verdad?

—¿Te parecí caliente?

Acababa de pisar una mina porque su mirada se recrudeció.

—¿Es lo único que sacas en claro? ¿Qué me he excitado al verte como una bestia fantástica y terriblemente caliente?

Sí.

Le había gustado.

A partir de ahora buscaría las horas que Taia estaba vagabundeando por el clan para entrenar y asegurarse de que lo miraba.

Solo que, por desgracia, tenía razón en una cosa: no fue a buscarla.

Había tenido intenciones de hacerlo, pero su día se había complicado demasiado después de la traición de Azur. Tras una noche deliberando y con la opinión de Dara y sus otros dos machos, habían llegado a la conclusión de que los pecados de Azur eran imperdonables.

Había atacado a Taia, golpeado y estrangulado para arrastrarla al clan de Zahari. Ahora todo había salido bien gracias a que Zahari se había negado a entregar a Taia, lamentablemente eso no había sido por la mano de Azur.

Nunca se vio arrepentido.

Tampoco trató de salvar a Taia.

Eso lo había condenado.

Nunca era fácil condenar a un hermano Kraxarian y más uno de los mayores.

Todos tenían espías en otros clanes, por desgracia su traición puso en peligro a la persona más importante para Devian.

Dara concluyó lo mismo a pesar de estar rota por el dolor.

Después de eso, las incansables llamadas y planes para ayudar a Zahari lo habían encerrado en su despacho durante horas. Solo cuando pudo salir la vio feliz y contenta bebiendo con las hembras.

No quiso enturbiar ese momento de paz.

Eligiendo entrenar para despejarse.

—Lo siento, Taia. Debí mandarte un mensaje o decírtelo yo mismo. Ha sido un día muy difícil.

Sus ojos apagaron el fuego de furia que emanaba de ella, como si de algún modo se diera cuenta de todo lo sucedido.

—¿Azur? —preguntó.

Ella no quería saberlo.

No.

Negó con la cabeza.

Sus ojos se anegaron de lágrimas al comprender el destino del traidor. No podían ser benevolentes con actos como ese o correrían peligro en su propio clan. Todos debían aprender.

Comprender el peligro.

—No es excusa, quise ir a verte, pero los planes para ayudar a Zahari me ahogaron. Después te vi con las hembras, tan contenta... No quise molestar con mis ánimos.

—Pero perseguirme como un perro en celo sí, ¿eh? —rio Taya.

¿Perro?

¿Celo?

—Tu olor me llamó. Me picó en la nariz y le dijo a mi cuerpo que te tomase. No sé cómo o qué se hace, pero mis manos picaban por sentirte. Aunque no me lo merezco, lo sé.

Taya suspiró viendo a ese Devian que tan bien conocía. El abatido, el que creía que no era digno o merecedor de afecto. Lo habían roto pedazo a pedazo y ahora sabía que había sido Haral Prixus, su propio padre.

El odio quemó en sus venas.

Ojalá hubiera podido matarlo ella misma.

Acercándose a él, tomó su mano como único aviso. Después tiró de su cuerpo, uno que menos mal que decidió moverse por voluntad propia, y empezaron a caminar por el clan.

—Guíame a tu casa, Devian.

Sorprendido, la sondeó con la mirada.

—Solo hazlo, no dudes —pidió Taya.

Aceptó eso y la hizo feliz.

—¿Quieres contarme sobre tu padre? ¿Sobre ti? Tengo la sensación de que el pasado es una losa muy pesada sobre tus hombros, como con Zahari.

Tal vez no quisiera.

Quizás se enfadase, solo supo que el silencio que se instauró entre ambos fue amargo y cruel hasta que decidió hablar.

—Nunca fue un padre afectuoso ni cuando mi madre vivía. Ella curaba mis heridas después de terribles entrenamientos y luchaba contra mi padre diciendo que no debía dañarme así.

Rio amargamente.

—Era muy pequeño para blandir una espada, solo que nunca importó. Me golpeó, junto con mis tíos y dio latigazos a mi espalda una y otra vez con cada error que creía que cometía. Nunca estaba a la altura de las expectativas. Siempre era débil, errático, un fastidio a sus ojos.

Taya se aferró a su brazo transmitiéndole todo el cariño posible.

—Cortaba a mis hermanos para que me sintiera culpable. Entonces siempre hacía algo peor para que no les hiciera daño. Los protegí todo lo que pude mientras sus golpes desgastaban y marcaban mi cuerpo.

Sí.

Las cicatrices de su espalda.

—Cuando madre murió, enloqueció. Violó hembras lejos de casa creyendo traer hembras al mundo. Cuando ya no quedaron, siguió hiriendo a quien se le pusiera por delante. Loco y perdido. Trató de ejecutar a lo que él llamaba «sus bastardos» con apenas diez rotaciones solares.

Diez años.

Esos niños tenían diez años.

—¿Murió? —preguntó Taya.

Devian asintió.

—Lo hizo, pero nunca fue suficiente. No sufrió lo que merecía, no pagó por cada vida rota o tomada. Sufrió un accidente en un intento de ir al otro lado del planeta. Escuchó que los Draxarus refugiaban un grupo de hembras Kraxarian en uno de sus templos. Una emboscada

acabó con él.

Y Devian nunca tuvo un cierre real con ese monstruo.

—No existían esas hembras. Los Draxarus lo hicieron porque se hizo demasiado peligroso para existir. Ya comenzaba a molestar al resto de razas y lo hicieron desaparecer.

Parados delante de una casa, supo que habían llegado a su destino.

Ahora tenía que cuidar a ese macho precioso.

CAPÍTULO 36

Taia se dejó guiar por Devian hasta el interior de su casa. No encendieron las luces, aunque sí le permitió encender unas cuantas velas que iluminaron tenuemente la estancia.

Era su lugar.

Olía a él por todas partes.

Nadie entraba en su casa, era su lugar seguro, pero su mente divagó con la posibilidad de que aquella hembra se quedase allí. Quería que hiciera de su casa suya, que la decorase a su gusto, que tomase lo que deseara.

Necesitaba sentir su dulce aroma al cruzar la puerta, sentir su cuerpo por las noches.

Anhelaba más que ser su amigo.

Él había sido reclamado por Taia... ¿Seguiría pensando así?

—¿Puedes sentarte, Devian?

¿Por qué eso le encogió el corazón?

¿Por qué sonaba tan mal?

Con el corazón martilleándole en el pecho, hizo lo que le pedía. Se sentó en el sofá dejando que ella se colocara ante sí. Metiéndose entre sus piernas, las cabezas de ambos quedaban a la misma altura estando él sentado y ella en pie.

Curioso.

No tenía que estar pensando en eso.

—Tu padre te hizo tanto daño que muchas de las cicatrices que te dejó no son visibles.

Devian tembló ante sus palabras.

—Te hizo creer débil, que no valías nada. ¿Y sabes qué?

No.

No lo sabía.

—Se equivocaba.

Parpadeó, confuso.

—Cuando se me llevaron moviste cielo, tierra y mar para dar conmigo. Entraste en ese clan dispuesto a arrasarlo piedra a piedra, capaz de acabar con un hermano de sangre solo por dar conmigo.

Sí.

Así había sido.

Perdido en el dolor de no saber qué le habría pasado.

—Alguien débil no se enfrenta a un clan, como tú lo hiciste. Apareciste grande, peligroso y con la fuerza capaz de destrozarlos a todos. Diste órdenes sin miedo, sin consenso o esperar a que tus hermanos cuidaran de ti en la selva. Fuiste perfecto, Devian y siempre lo has sido. Es injusto que te hayan hecho sentir de otra forma.

El.

Corazón.

De.

Devian.

Se.

Detuvo.

Así, sin más, bajo el toque gentil y suave de Taia, la cual acunaba su rostro en sus diminutas manos.

—Me atrapaste cuando estaba herida en la selva. Me protegiste de los Gruk, me viniste a

buscar después de que me tirase por un acantilado. Has estado conmigo a cada paso del camino. Odio que te hayan hecho sentir menos de lo que eres, Devian, porque eres hermoso y perfecto.

¿Qué había hecho para merecer una hembra como Taia?

Era gentil, buena y valiente. Se había hecho amiga de casi cualquier ser desde que había llegado a ese planeta. Lo contemplaba como si fuera único en el universo, sabiendo que había mejores machos a escoger.

Lo tomaba a él.

—Taia, yo...

—Si me dices que escoja a otro, te juro que te pego —contestó realmente ofendida con eso.

No podía recular.

No quería hacerlo.

El premio de toda una vida había sido encontrar a una hembra pequeña, humana y fuerte que lo ponía en su sitio.

Era brillante, era hermosa y perfecta.

«Eres débil». Las palabras de su padre resonaron en su cabeza arrancándole la alegría que sentía.

Un agujero en su pecho lo cegó unos instantes.

Taya vio el momento justo en el que Devian se marchitó por sí solo. Fue de golpe, como si algo o alguien lo hubiera interceptado y acabase de darle un duro revés. Le resultó tan triste que tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no llorar.

Tenía que encontrar otra manera de hacerlo volver.

El fantasma de Haral no le quitaría a Devian.

—Compañero, ¿sabes una cosa?

Devian parpadeó con interés justo como ella lo había planeado.

—Creo que Baruk está interesado en Miriam.

Con una leve sonrisa, Devian tomó las manos con las que acunaba su rostro y se las llevó al pecho.

—Me llamaste mi compañero —declaró.

Aquí estaba.

Justo donde quería.

Ella había puesto el sedal.

—Es majo, Baruk digo, creo que hace buena pareja con Miriam. ¿Crees que podrían ser nimiris?

Él ya no estaba en esa conversación, de hecho, no lo había estado en ningún momento. Sus ojos brillaban con una esperanza tan ciega que le sobrecogió el corazón.

Se había sentido tan solo, tan necesitado de amor y aceptación que quiso que supiera que siempre estaría allí, para recordarle que era fuerte.

—Sí, yo opino lo mismo. Me llamaste mi compañero.

No podía opinar lo mismo porque no estaba siguiendo el hilo de la conversación.

Ya estaba en otra parte.

—¿Sí, eh? Solo espero que la trate bien o le cortaré la cola.

—Los Kraxarian tratamos bien a las hembras. Me llamaste mi compañero.

Taya tuvo que reprimir la risa.

—Más le vale.

Devian tembló.

—Me llamaste tu compañero.

Su corazón se encogió.

—No lo vas a dejar ir, ¿eh?

No quería.

Las manos de Devian picaban, le exigían algo que no comprendía. ¿Qué hacía? ¿Tocarla, cogerla, devorarla? Le dolía el cuerpo y el alma mientras trataba de comprender lo que estaba ocurriendo.

Respiró profundamente.

Ella lo había llamado compañero y no era una imaginación.

Era real.

Completa y absolutamente real.

—Taia... —gimió tratando de no sonar lastimero.

«Seré su jodido sirviente si así consigo estar cerca de ella. No me la merezco». Se dijo mentalmente Devian.

—Eres mi nimari —declaró ella con contundencia.

Soltando una de sus manos, se la llevó al pecho.

—Lo noto aquí, pero, aunque eso de nimari no existiera, me daría igual porque te elegiría una y otra vez, Devian. Eres el macho al que quiero cerca de mí. —Respiró completamente sonrojada —. Cuando me secuestraron solo podía pensar en ti a pesar de que me rechazaste.

La compensaría por sus errores el resto de su vida.

—Siento haberte negado, Taia. Siempre quise que me vieras, que me quisieras a mí, pero mi pasado me dijo al oído que no era suficiente. Que si quería ser honorable, debía dejar que eligieras a otro macho. Otro mejor que yo, pero ahora sé que no puedo.

Estaba a punto de abrirse en canal y solo esperaba no caer al vacío.

—Me has hecho valiente. Aprendí a gruñir para defenderte. Dejé que todos creyeran lo que mi padre me dijo toda la vida. Sentí que necesitaba ser protegido porque jamás sería un Darkan de verdad. Me has ayudado a tener fe en mí, confiaste en que te rescataría y que rompería hasta el último hueso a quien te hubiera tocado.

Y lo había hecho.

Azur sería una consecuencia de todo lo ocurrido.

—He sido fuerte por ti. Porque te necesitaba conmigo y podría decirte que me conformaré con ser tu amigo, pero no es verdad. No puedo ser solo alguien que te ve reír de lejos. Deseo ser el causante de tu risa, quién te consuele cuando estés triste, quién te arrope los días de frío. Ansío que sepas que recorreré la galaxia entera para encontrarte si vuelves a perderte. Que me enfrentaré a mil ejércitos por ti y que, hasta mi último aliento, me desviviré por y para ti. Darkan o Devian, todo es tuyo ahora, Taia.

Taia, con los ojos hasta arriba de lágrimas, se lanzó sobre él envolviendo sus brazos en su cuello.

Lo abrazó.

Lo tomó.

Lo aceptó.

—Maldito alienígena sexy, cornudo y azul. Maldita sea. He tenido que cruzarme galaxias enteras para encontrar el macho perfecto.

Ella sí era perfecta.

—Bésame, grandote —rio Taia viéndolo congelado.

Y lo hizo, llevando una mano a la nuca de ella, la atrajo hasta su boca con suma sensualidad. No la devoró en un principio, la acercó dejando que sus alientos se entremezclasen,

enloqueciéndola hasta que soltó un bufido desesperado.

Entonces la poseyó vilmente.

Tomó sus labios con colmillos incluidos. Asegurándose de que no le hacía daño, mordisqueó aquellos labios regordetes que tanto adoraba. Dejó que su lengua se empapase de su sabor mientras jugueteaban a perseguirse hasta danzar juntas.

Era el paraíso.

No existía mejor lugar que ese.

Sentándose a horcajadas sobre cierta parte de su anatomía, Devian notó que tenía el miembro tan duro como una montaña. Además, sabía que podía azotar a alguien con él y matarlo del impacto.

Nunca había estado así, con ese dolor creciente.

—Dime que esa zona se alegra de verme —rio Taia en sus labios.

Peligrosa.

Temeraria.

Y sensual, se rozó sobre su regazo provocando que ambos gimieran por el deseo.

—Taia, yo nunca...

Era nuevo en los placeres carnales como muchos Kraxarian.

Taya besó a su grandote en los labios, lo tomó de nuevo dejando que sus cuerpos friccionaran.

La ropa molestaba, picaba, necesitaba más.

Solo necesitaba saber que él estaba listo.

—Si crees que no puedes, no pasa nada. Esperaré.

Devian se aferró a ella como si fuera a saltar por la ventana. Envolvió sus brazos alrededor de su vientre y apoyó la frente en la suya.

—¡No!

Tenía miedo de que se fuera o por su ansia por tomarla. Taya no diría que no a lo que podía pasar entre ellos.

—Solo enséñame. Aprenderé.

Y sería el mejor alumno, de eso no tenía duda alguna.

—No quiero forzarte o adelantarme, podemos esperar.

Era tan sumamente cruel que rio para que Devian comprendiera que le estaba tomando el pelo.

—Hembra cruel —sonrió Devian apretándola a su cuerpo.

—Lo primero que vamos a hacer es quitarnos la ropa. Pero, aunque hayas sido increíblemente caliente entrenando, vas a ducharte para quitarte el sudor. Y, si eres bueno y requetebueno, puede que te acompañe para ayudarte con el jabón.

Devian se sonrojó a su manera, dejando que sus bonitas mejillas se tornasen azul marino al escucharla.

—Tú... ¿Me ayudarás?

Taya se envalentonó.

—Sí, primero usaré el jabón, después mis manos y puede que...

Se acercó a su oído dejando que una de sus manos subiera hasta un cuerno. No lo tomó con fuerza, solo lo acarició suavemente con la yema de un dedo.

—Al final use mi lengua.

Devian no se lo pensó más.

Levantándolos a los dos a la vez, tomó a una Taya que gritó y rio por el susto y se la colocó en el hombro. Quería eso, deseaba saber qué podía hacer con su lengua y qué saborearía él

después.

Su olor a excitación lo estaba volviendo loco.

Iba a ser el mejor alumno y, por supuesto, para mejorar la técnica, repetiría tantas veces como fuera necesario.

Soltó a Taia en su baño, bueno, ahora de los dos y se congeló esperando algo.

¿El qué?

—Tranquilo, grandote. Vamos a ir paso a paso y si en algún momento te sientes muy abrumado, paramos.

Era tan tierna.

Tan dulce.

—Lo único que me pasa, Taia, es que siento mucha necesidad por ti. Mi cuerpo me pide que te arranque la ropa, que la haga pedazos y que te tome, que te devore hasta que solo te quede un hilo de voz.

¿Hola?

¿Bragas mojadas aquí mismo?

¿Cómo podía un hombre ser tan sensual?

—Si eso es lo que te pide el cuerpo, Devian, deberíamos hacerle caso.

Lo miró a los ojos justo para darle el pistoletazo de salida.

—Arráncame la ropa.

Devian no dudó, alargando una garra, cortó el vestido que algún macho le había regalado a su Taia. Sí, lo olía perfectamente y sabía quién era, pero lo dejaría pasar porque había sido una ofrenda a todas las hembras.

Ella solo llevaría su olor y él el de Taia.

Con un quejido por culpa de la sorpresa, ella se sobresaltó mientras su cuerpo quedaba expuesto.

Su piel clara, cremosa, quedó ante sus ojos perdiéndose en la vista.

No llevaba nada debajo del vestido.

Toda para él.

Sus pechos, perfectos y redondos con los pezones rosados, estaban duros llamando su atención. Pedían ser tomados, saboreados a conciencia. ¿Sería eso posible?

¿Tal vez?

Descendió la mirada bajando por su vientre, curvas perfectas llenaban sus caderas haciéndola tentadora. Irresistible. Y, al final, encontró una pequeña zona protegida por unos rizos oscuros.

Supo que ese era el lugar importante de esa noche.

Observó de pronto que el lenguaje corporal de ella cambió. Pasó de valiente a temerosa en un segundo. Ella pasaba el peso de un pie a otro mientras sus manos se apretaban contra su vientre.

Nerviosa.

—¿Entonces... te... te... te gusta lo que ves?

¿Inseguridad?

¿Por tan tremenda belleza?

Devian sonrió.

—Eres preciosa. Un regalo de los dioses, Taia.

Eso la calmó un poco, no tanto como esperó y supo que se lo remarcaría a lo largo de la

noche. Una y otra vez hasta que se lo creyera.

Abrió la ducha, el agua caliente, y fue su momento de seguir. De exponerse bajo su mirada caliente y rezar a quien fuera que su cuerpo le pareciera aceptable a pesar de las cicatrices.

—¿Quieres que lo haga yo? —preguntó Taia.

Sí.

Por favor sí.

Asintió.

Con timidez, Taya fue hacia Devian mientras intentaba mantener sus neuronas en orden. Su cuerpo era grande, perfecto y temía el arma que tenía entre las piernas no encajase en su cuerpo.

Lo haría, ¿verdad?

Recordando que era la primera vez para Devian, luchó por calmarse. Sonrió dándose cuenta de que las botas habían volado al otro lado de la habitación. Para su alegría, solo tenía que desprenderse de los pantalones.

Los abrió poco a poco mientras él dejó escapar un jadeo nervioso.

Intentando no alargar la tortura, Taya bajó la ropa descubriendo un miembro grande, erecto y estriado que apuntaba directa a ella.

¡Santa madre de dios! ¡Era tremendo!

Abriendo los ojos muy sorprendida, algo más llamó su atención. Cerca de la V que hacía su vientre hacia su zona más íntima, encontró un par de largas cicatrices que siguió con la punta de los dedos.

—¿Él te hizo todo esto?

—Sí —carraspeó Devian.

Ese hombre había sido el peor monstruo de la historia.

Horrible.

—Lo mataría yo misma.

Y lo torturaría.

Olvidando eso, pasó las manos por el pecho de Devian luchando por calmar sus nervios. Estaba ansioso, duro y su cuerpo le pedía actuar lo más rápido posible para conseguir placer.

Guiándolo hasta la ducha, tomó la pastilla de jabón y comenzó a hacer espuma.

—Voy a dejarte bien limpio —advirtió.

Devian no podía hablar.

Si la vida hubiera dependido de ello, hubiera muerto allí mismo.

Solo fue capaz de graznar algo cuando las manos de Taia limpiaron su pecho. Con sumo tacto y cariño, limpió sus hombros y sus brazos. Aquello era una tortura mientras el aroma a excitación de esa hembra llenaba sus sentidos.

Quería poseerla.

Tomarla.

Hacerla suya.

Reclamarla.

—Gírate —pidió.

Devian negó con la cabeza.

—No creo que pueda.

Su sonrisa calmó un poquito sus nervios, solo un poco.

Apagando el grifo, estando ambos empapados, su cuerpo anticipó algo. Como si le advirtiera que estaba a punto de ocurrir alguna cosa importante.

Poniéndose de rodillas, Taia besó su estómago y descendió muy poco a poco.

—¿Taia?

—¿Confías en mí?

Sí.

Con su vida y alma.

—Sí... —susurró.

—Solo voy a hacer que te sientas muy bien —prometió.

Cuando sus dedos alcanzaron su erección todo él se estremeció de los pies a la cabeza. Hasta creyó gruñir, pero no estuvo seguro. La verdad es que no estaba seguro de nada.

Sus caricias subieron y bajaron por toda su envergadura liberando un placer que no había sentido jamás.

Obviamente, se había tocado, pero no así.

Ella multiplicaba el placer casi por mil.

—Taia... —suspiró cerrando los ojos.

Su mente le dijo que no quería tenerla allí. No quería una ducha mojada con su hembra en el suelo.

—Espera, para.

La decepción apareció en los ojos de ella, aunque lo ocultó con un rápido parpadeo.

—Claro, entiendo que la primera vez es abrumador.

No.

No era eso.

Tomó una toalla y la envolvió con ella, después se secó con otra y la tomó en brazos a toda prisa.

—Aquí no, en nuestro dormitorio —declaró convencido.

Entrando en la habitación, se sintió un poco cohibido con la idea.

¿Le gustaría?

Nunca había prestado atención a la decoración, aunque siempre estaba limpio y ordenado. Sabía que no encontraría ropa tirada por el suelo ni nada por el estilo que lo avergonzase.

Taya miró a su alrededor lo más rápido que pudo. Aquel lugar era bonito, mucho en realidad.

Poseía un gran ventanal con vistas a unos árboles que podían parecer cerezos en flor. Puede que tuvieran luminiscencia, pero era lo más parecido a la Tierra de lo que había visto hasta la fecha.

En el centro había una cama gigantesca, parecía hecha para el pecado y que estuviera a punto de salir luces de neón por todas partes.

Era práctico, acogedor y le gustó.

—Me gusta.

Devian suspiró a su lado.

¿Tan nervioso había estado?

Taya dejó la vergüenza a un lado. Acababan de quitarle algo que pensaba saborear a conciencia y ahora no iba a aceptar un no por respuesta. Con una sonrisa prometedora en los labios, se arrancó la toalla y también la de él.

Con una mano en su pecho, lo empujó suavemente hacia la cama. Se movió solo porque él quiso porque había que estar loco para pensar que alguien podía mover ese cuerpo del pecado por pura fuerza.

—Túmbate —pidió.

Devian obedeció al momento.

—Taia, tu olor me vuelve loco.

Y más que pensaba hacerlo.

Pidiendo permiso para colocarse entre sus piernas, él abrió tentativamente. Hasta dejó de respirar cuando tomó su miembro de nuevo entre sus dedos. Con cariño, comenzó a acariciarlo, a mover su mano arriba y abajo dejando que el líquido preseminal saliera lubricándolos.

Era plateado y casi brillaba, algo que la sorprendió.

No era momento de encontrar diferencias entre especies. Tenía un macho grande y dispuesto tumbado pacientemente en la cama.

Notando sus nervios, y sin soltar su miembro, subió un poco para poder besarlo. Tomó sus labios dejando que se tranquilizase permitiéndole acariciar su espalda en el proceso.

—Taia... Me duele de necesidad... —confesó.

—Ahora le ponemos solución —prometió Taya.

Le encantaba cómo lloraba su nombre entre sus labios.

Colocándose de nuevo entre las piernas, él jadeó.

Devian miró hacia abajo. Tenerla ahí, con su miembro entre sus dedos, era un espectáculo digno de dioses. Lo acariciaba con fuerza, apretando su punta provocándole espamos de placer.

De pronto, ella abrió los labios.

—Tai...

No fue capaz de terminar.

La boca de ella se cerró sobre él, tomando su punta golosamente.

Un gruñido se escapó de su garganta tan fuerte que creyó que todo el clan lo escucharía.

¿Eso se podía hacer?

Cielo ardiendo, se sentía a punto de explotar.

Taya sonrió ante la reacción de Devian mientras tenía su polla en la boca. Succionó un poco robándole otro gruñido. Después, lamió todo su tamaño como si de un caramelo se tratase.

Para cuando regresó a la punta de nuevo, él movía las manos sin tener muy claro qué hacer con ellas. Fue ella quien tomó una y la llevó hacia la parte posterior de su cabeza, guiándolo a explorar.

Tomando su cabello en su puño, aunque sin hacerle daño, la apretó un poco contra su erección.

Ella saboreó aquella parte de su cuerpo con bastante entusiasmo. Sabía bien y sus gruñidos y gemidos la animaban a seguir. La tomó lo más profundo que pudo, casi consiguiendo que Devian perdiera el conocimiento.

Después, tras erguirse un poco sobre la cama, se desplomó sobre el colchón.

—¿Cómo se llama esto, pequeña estrella?

Haciendo un ligero «plop», Taya lo soltó.

—Mamada.

—Me encanta.

Como a todos, chico.

—Quiero hacértelo a ti —pidió entusiasmado.

Ella se congeló.

¿Él lamiéndola?

¡Gracias dioses por esa lengua que estaba a punto de sentir!

A pesar de no haber contestado, Devian lo tomó como un «sí». Corrió a tomarla por la cintura y voltearla en la cama hasta que intercambiaron sitios. Ahora ella estaba boca arriba con él encima.

A su merced.

—Dime lo que te gusta, Taia... Lo quiero saber todo —pidió.

Su sonrisa le hizo revolotear el estómago.

—Besa, lame y acaricia donde quieras, pero no puedes mordirme o rasgarme con los colmillos. Mi piel es muy delicada.

Bien.

Besando sus labios primero, gruñó en su boca mientras sus manos fueron al lugar con que más urgencia necesitaba palpar. Sus senos fueron como un lugar prohibido, esa travesura que salía bien y ahora sostenía con cariño.

Eran blanditos, cabían en la palma de sus manos y sus pezones rosaditos le pedían ser probados.

Dejando un reguero de besos por su mandíbula, bajó a su cuello donde ella se inclinó para darle espacio. Ella no sabía que se estaba entregando a él completamente. Nadie descubriría su cuello porque era un lugar a proteger.

Y se lo dio.

Lo besó, lo lamió dejando que su sabor exótico y embriagador lo emborrachase.

Supo que era un lugar bueno por los gemidos que salieron de su garganta. Eso lo hizo sonreír.

Eran por su culpa.

Bajó, dejando que su lengua tomase posesión de toda su piel. Y, cuando llegó, tomó un pecho entre sus labios.

Taia gritó para él suavemente, encorvándose y arqueando la espalda casi exponiéndole los pechos más cerca. Estuvo seguro de que ese era el mejor sabor jamás probado.

Torturó un pezón con la lengua, dibujando círculos a su alrededor mientras se endurecía. Después, saltó al otro obligándose a hacer lo mismo, solo que, esta vez dejó que sus colmillos dieran un ligero mordisco.

No dolió, pero provocó que el olor de Taia se intensificara.

Aquel lugar entre sus piernas lo llamaba, le pedía atención de una vez y decidió que era el momento de dárselo. Colocándose entre ellas, tuvo que abrirse bastante para dejarle espacio.

Ese lugar era el cielo.

Con los dedos, tocó ligeramente aquellos labios que parecieron abrirse como una flor.

Taya tembló bajo su toque. Estaba siendo suave, pero estaba tan necesitada que reaccionaba en exceso por sus caricias. Se arqueó buscando más contacto, que la acariciara más profundo.

—Devian...

Él rio placentemente.

—Tienes algo aquí... —susurró tomando su clítoris.

Taya gritó cuando el placer la enloqueció.

Devian aprendía rápido, tanto que no tuvo que decirle nada para que comenzara a masajearse en círculos. Fue brutal, lo tomó con cuidado, pero lo torturó hasta que el primer orgasmo la golpeó con dureza.

Gritó, retorciéndose bajo su toque dejando que los espasmos la llevaran.

—Tu olor ahora es más intenso...

—He llegado al orgasmo, Devian.

—¿Volverás a llegar?

Taya asintió.

—Muchas hembras pueden hacerlo más de una vez seguidas.

Su sonrisa letal la sacudió.

Estaba contento con eso.

Descendiendo, encontró un lugar tan necesitado que goteaba completamente solo para que él lo cuidase. Con mucho tacto, él la penetró con el dedo corazón al mismo tiempo que ambos gemían a la vez.

—Tan caliente y apretada... —dijo con voz mucho más oscura.

Entró en ella, con cautela, pero sin darle tiempo a pensar.

Después salió y volvió a entrar.

—Aquí. Este es el lugar, ¿verdad, Taia? Aquí me vas a dejar entrar y montarte.

¿Hola?

¿Qué había pasado con su Devian tímido?

Taya solo pudo asentir mientras el placer la golpeaba una y otra vez. Ese macho la penetró unas pocas veces más antes de entrar con un segundo dedo. Ella le dio la bienvenida con un gemido gutural.

Y, antes de pensar, la boca de Devian tomó su clítoris.

Rugió.

Ambos lo hicieron al unísono.

Taya llevó su mano a la cabeza de Devian, sin tener claro si quería apretarlo con fuerza o apartarlo. Tocó un poco su cuerno y él usó su mano libre para enseñarla, guiándola a que se cogiera fuerte.

—Agárrate, Taia.

¿Por qué eso sonaba como una advertencia?

Devian tomó el coño de ella como si estuviera sediento. Su olor era embriagador, no obstante, su sabor era mucho mejor de lo imaginado. La tomó, la saboreó y dejó que su lengua la enloqueciera.

Quería otro de esos orgasmos. Que ella se retorciera por su culpa.

Sacando sus dedos, los sustituyó por su lengua. Ansiaba saborearla, tomar ese agujero que parecía ser perfecto.

Aquel momento era tan crudo, tan real y tan sumamente placentero que ambos certificaron que podían morir allí mismo. Tomándose el uno al otro, satisfaciendo su hambre.

—Devian... Devian...

Sus maullidos con su nombre eran perfectos.

—Córrete para mí, Taia, quiero tomarte mientras te corres en mi boca.

Esas palabras hicieron que sus pupilas se dilataran, aunque dejó de mirar porque se concentró en lo que hacía. Su aroma lo rodeaba, enloqueciéndolo y excitándolo a partes iguales. Ella sabía dulce, había un toque de erotismo en tener su lengua en su sexo y quiso que durase para siempre.

Taia le había entregado su cuerpo, compartiendo el placer que ambos ansiaban. Se necesitaban.

Metió la lengua en ella cuando el orgasmo la hizo explotar como fuegos artificiales.

Sus paredes se comprimieron sobre su lengua y juró necesitar tener otra parte de él ahí dentro.

—Gracias por darme tu dulce coño.

Taya estaba segura que pronto vería doble. Él tenía la barbilla mojada por su culpa, se pasó el dorso de la mano para limpiarse como si nada y le sonrió. Esa lengua era un pecado mortal.

Sí.

Comían igual que comían zonas íntimas.

¡Gracias, santa madre!

Aturdida, sabía cuál era el siguiente paso. Y él no necesitó instrucciones. Subiendo por su cuerpo dejando un reguero de besos acompañados por unos pocos mordisquitos, subió a su boca

besándola con fuerza.

—Devian, eres grande, tienes que hacerlo despacio.

Lo sabía, pero con tremenda arma prefería recordárselo.

—Lo haré, pequeña estrella.

Cuando la punta de su miembro tocó su entrada ambos se estremecieron. Se miraron a los ojos sabiendo que estaban a punto de unirse, de compartir sus cuerpos después de tanto tiempo deseándolo.

Se acariciaron, quizás para calmar sus nervios o, tal vez, solo por sentirse. Era como si no pudieran estar separados, necesitando el contacto del otro para calmar sus nervios y sus ansias.

—Taia... —suspiró Devian.

Empujando poco a poco, su polla entró en ella, acomodándose lentamente mientras ambos gemían. Su humedad le dio la bienvenida, dejando que su cuerpo lo acogiera sintiendo un enloquecido frenesí.

—Estás tan apretada —gimoteó él.

Reprimió el impulso de entrar en ella de un empujón porque sabía que le dolería. Sería paciente.

Podía hacerlo.

Ella, subiendo un poco las caderas, lo ayudó a que su cuerpo entrase en su sexo un poco más.

—Tan perfecta... —jadeó acariciándole los costados del cuerpo.

Al final, entró hasta la empuñadura, quedándose quieto luchando por memorizar ese momento para siempre. El cuerpo de Taia era un templo, uno que había recorrido con la lengua hasta entrar en ella.

En su vida habría nada mejor que esa hembra. Le estaba haciendo un gran regalo que atesoraría el resto de su existencia.

—Puedes moverte, estoy bien —lo animó.

Y lo hizo.

Bombeando las caderas, el placer se dispersó por todo su cuerpo como si creara sus propias ramificaciones.

Ambos gruñeron al unísono. Era un sonido demasiado rasgado, roto de placer dejando que sus cuerdas vocales fallaran en el intento de seguir formando palabras. Solo necesitaba tenerla.

Sentirla.

Que toda ella lo envolviera mientras se descomponía en grandes orgasmos que la dejaran sin aliento.

—Tu coño es el paraíso...

Ella solo contestó con un gemido.

Ayudándose el uno al otro, comenzó a bombear más fuerte. A perder el control mientras gruñían y gemían dándose placer. Se movió con crudeza, descubriendo que así gritaba más.

No lo detuvo.

No le dijo que era demasiado.

Lo tomó tal y como necesitaba.

—Devian...

Fue la única advertencia.

—Córrete en mi polla, Taia. Márcame con tu olor, lo llevaré con orgullo. Tu coño es perfecto. Es todo mío.

No sabía de dónde salía esa vena posesiva y, aunque solo pensaba mantenerla en el dormitorio, necesitaba saber que ese lugar iba a ser solo suyo.

Taia era su primera y su última.

No quería ni necesitaba a nadie más. Era su nimari, la otra mitad de su alma, ese ser que lo completaba perfectamente. Él quería ser el último, colmarla de afecto y robarle noches de sueños para intercambiarlas por orgasmos.

—Todo tuyo, Devian, fóllame.

Las palabras más dulces jamás pronunciadas.

Los dos perdieron el control.

Entre besos y caricias, se tomaron el uno al otro vilmente. Envistió, contoneando sus caderas mientras ella tomaba sus cuernos con ambas manos y apretaba. El placer fue tal que creyó ser capaz de acabar en ese instante.

Por suerte logró contenerse.

No quería acabar.

Deseaba que ese momento fuese eterno.

Ella le daba la bienvenida en su interior, dejando su cuerpo a su merced para concederles placer. Sus brazos se envolvieron en su cuello, para después bajar por sus hombros raspándole con sus uñas romas.

Oleadas de placer recorrían su cuerpo casi haciéndole olvidar su nombre.

Poniéndole la mano en el pecho, Taya lo detuvo en seco. No quiso que fuera así, pero él estaba tan ansioso por aprender que creyó que podía enseñarle una postura más. Solo una.

Con una sonrisa pícaro, él retrocedió tomándose el miembro con la mano.

Ella, regodeándose en sus movimientos, giró poco a poco en la cama mostrándole el trasero, exponiéndoselo. Quería torturarlo un poco, incitarlo a perder todavía más el control.

Él era tan sexy que no podía dejar de mirarlo. Y, cuando sus ojos parecieron fundirse a negro, supo que acababa de provocar que su excitación fuera un paso más allá. Él era temible.

Y ella lo ansiaba, cruda y fuertemente.

—Taia, vas a ser mi perdición —confesó Devian.

Le encantaba verlo cachondo. Su voz se volvía más profunda y rasgada, además, parecía desinhibirse verbalmente.

Le gustó que le hablara sucio.

Tomando sus caderas, entró en ella de un empujón suave. Ambos gimieron antes de que comenzase a moverse. No tuvo piedad de ella, la tomó salvajemente mientras se fue deslizando hasta acabar sobre el colchón y rebotar en él.

Sus caderas estaban en alto porque Devian la sujetaba con ambas manos. Era fuerte, poderoso y tomaba lo que quería sin contemplaciones.

Era sumamente erótico.

—Nimari, eres un espectáculo. Haces que sienta tanto placer... Quiero tu orgasmo. Regálame uno más.

¿Quién podía negarse?

—No sé si puedo, Devian —declaró.

Pero él, travieso y buen aprendiz, bajó una mano a su clítoris.

Lo estimuló masajeándolo en círculos. Taya solo fue capaz de reaccionar gritando, después, se cogió a la muñeca de ese hombre que amenazaba con fundirle todas las neuronas disponibles.

—Devian.

Sí.

No sabía decir nada más.

—Uno más, pequeña estrella. Córrete por mi culpa, deja que sepa que he sido yo quién te ha

hecho alcanzarlo —la animó.

Para cuando Taia alcanzó el clímax supo que ese era el lugar donde debía permanecer. Su cuerpo era un pecado, tan lujurioso y espectacular que podría saborear ahora y siempre.

Era increíble.

Notando su erección agrandarse un poco, supo que estaba a punto de llegar.

Aumentando sus investidas, estas tomaron un ritmo muy alto dejando que ambos gritasen de placer. Poco a poco, estas se volvieron erráticas y dispares, aumentando más el ritmo hasta alcanzar su orgasmo.

Pulso a pulso, llenó su cuerpo mientras sus sentidos explotaban desde el centro hasta todas sus extremidades.

Desplomándose sobre Taia, corrió a hacerlos girar hasta que estuvo ella sobre su pecho.

Aquel momento había sido único en su vida.

Jadeando en busca de aire, Devian acarició la espalda de una Taia que se contoneó hasta quedar acurrucada en su cuerpo. Parecía un acto tan natural que era como si perteneciera a ese lugar. Como si siempre hubiera estado ese hueco para que ella lo ocupase.

Devian pensó en ese momento y en lo que significaba.

No había sido solo sexual. Para él, había desnudado su alma entregándosela para que ella la custodiase el resto de sus días.

Quería poseerla cada día, sentir su cuerpo caliente dándole la bienvenida. Tomarla sin descanso, que gritase su nombre, que lo acunase en su cuerpo. También ansiaba llenarla, pero no solo eso, deseaba hacerle sonreír cada instante de su vida, dormir con ella en sus brazos. Amarla.

Deseaba amarla y que ella le enseñase a amar.

CAPÍTULO 37

En algún momento, Taya se durmió en lo que tituló «felicidad pura». No iba a entrar en detalles escabrosos, pero estar sobre ese pecho poderoso la hizo sentir bien. Demasiado bien.

—No tengo claro que pueda volver a andar nunca, Devian —bromeó.

Mirando hacia abajo, se percató de un detalle curioso.

Esa cosa seguía dura.

Muy dura.

Apuntaba directamente hacia arriba de forma gloriosa.

Y a ella no le quedaban fuerzas para un segundo asalto sin morir en el intento. Seguramente él no pensaba en eso.

¿Verdad?

Levantando el rostro, se topó con los ojos iluminados de Devian. Esos ojos cian que tanto le gustaban. Y pudo ver lo mucho que la deseaba. Era de una forma tan cruda que casi se corrió allí mismo.

Mirándola.

—¿Te he hecho daño? —preguntó dulcemente, con una preocupación real.

¿Estaba dolorida?

Un poco, pero no en el mal sentido. Podía declarar ante un jurado que nunca antes había sentido tanto placer como esa noche. Él había sido dulce, atento, pícaro y caliente dándole el mejor momento de su vida.

—Estoy bien —sonrió Taya.

Él trazó círculos en su vientre.

Algo bordeaba su mente, casi podía ver los engranajes girar libremente mientras pensaba qué decir a continuación.

—¿Cuánto tarda una hembra en recuperarse?

Taya dejó escapar una risita nerviosa.

¿Seguir jugando estaba disponible?

—No lo sé... Creo que, si me das un poco de agua, tal vez podamos seguir un ratito más.

Corrió hacia la cocina patinando por el camino y regresó de la misma manera. Permitiéndole beber, ella tomó lo que necesitaba sonriendo.

Estudió su lenguaje corporal.

Estaba inquieto, apretaba los puños una y otra vez mientras su respiración se agitaba sin cesar.

—¿Estás bien, Devian?

Él, llevándose el vaso, asintió.

—¿Y por qué estás tan nervioso?

Casi pálido entró en la habitación de nuevo. Aquel cambio de actitud la asustó de verdad, no era algo que hubiera esperado. Parecía tan dispuesto a un segundo asalto que verlo tan asustado comenzó a generarle cierta inquietud.

—Yo... Durante el sexo...

Vale.

Algo no había ido bien, pero lo solucionarían.

—Tranquilo, Devian. La base es una buena comunicación, si algo no te ha gustado hay cientos de cosas que podemos probar si quieres seguir repitiendo conmigo.

¿Perdona?

¿Así le planteaba una relación seria?

Se estaba cubriendo de gloria toda ella.

—Rol me dijo alto y claro que debía reclamarte. No lo hice, se me olvidó... Es que fue tan placentero y gemías tan bonito.

Devian sentía que iba a perderla. Se había saltado un paso para reclamar a su nimari, ahora ella lo repudiaría buscándose cualquier excusa.

Había fallado como macho.

—Cielo, cálmate, ¿vale? —pidió Taia llegando a él.

Tomó sus temblorosas y grandes manos entre las suyas. Se dejó guiar hasta la cama, la misma donde habían sido uno hacía pocas horas. Sostenerla dormida había sido mágico, confiaba en él, en que la protegería y descansó sobre su pecho.

—Creo que has dejado claro que quieres algo conmigo. Hasta creo recordar cierta vena posesiva que dijo que mi coño era tuyo.

Se sonrojó.

¿Él había dicho eso? ¡Ahora lo recordaba!

—Pero no dije las palabras, Taia. No quiero perderte como mi nimari. Quiero conservarte, que me aceptes como tu macho, que hagas de esta casa tu casa. Dormir contigo, despertar a tu lado, tomarte muchas veces y cuidarnos el uno al otro. Quiero que me ames, Taia, porque yo... Yo siento algo por ti.

Taya parpadeó emocionada. Aquel macho podía llegar a ser el más dulce de todos, ablandaba su corazón con tanta fuerza que supo que no existiría nadie más perfecto que él jamás.

Solo él.

Y estaba orgullosa de que quisiera ser su pareja.

—Te quiero, Devian y para mí sería un honor enorme ser tu pareja. Reclámame como lo hagáis los Kraxarian, haz lo que tengas que hacer porque ya soy tuya.

Rugió.

Devian rugió como un animal salvaje de la selva.

Tomó su nuca para acercarla a su boca y la sostuvo a escasos centímetros de la suya. Ahí, tan perfecta y ansiosa, suspiró.

—Te quiero, mi pequeña estrella.

Dichas las palabras, eran el uno del otro. Suya, completamente suya, pero también suyo, total y absolutamente suyo.

La besó.

Mordisqueó sus labios exigiendo entrar en su boca. Para cuando lo hizo, Taia comenzó a caer hacia atrás colocándose en el colchón. Y Devian no necesitó más señales para tomar lo que tan amablemente le ofrecían.

—Besas increíble —rio Taya.

Lo miró con picardía.

—Ahora voy a ir a ducharme.

Dejándolo sorprendido, comenzó a levantarse contoneando las caderas con suma sensualidad.

Con un gruñido aterrador, o demasiado caliente, Devian la agarró de las caderas.

—Ven aquí, no hemos acabado.

Su voz.

¡Oh, dioses! Esa voz del pecado, profunda y rasgada. Caliente.

Su núcleo comenzó a humedecerse sin necesidad de ser tocada.

—¡Dios mío! ¡He creado un monstruo! —bromeó Taya.

Arrastrada a la cama de nuevo, no permitió que la colocase bajo su gran y enorme cuerpo. En un movimiento rápido y astuto, Devian quedó tumbado boca arriba, muy sorprendido, con ella sentada justo en sus caderas.

Desnuda, sintiéndose una diosa, se acarició los pezones mientras comenzaba a contonear sus caderas con delicadeza.

Notar su erección abriéndole los labios, humedeciéndose con ella... La encendió.

—Taia... Esto... ¿También se puede?

Iba a disfrutar enseñándole todo lo posible. Era un grandísimo alumno que pronto superaría a la maestra.

—Sí... ¿Quieres hacerlo?

No pensaba dar un paso en falso, necesitaba su consentimiento a cada nueva cosa que hicieran. Necesitaba que lo disfrutase, que tomase todo lo que él pudiera y que ambos perdieran el control.

Devian no encontró palabras para contestar. Le resultó tan erótico tenerla sobre su cuerpo, que necesitó todo su autocontrol para no entrar en ella a la primera caricia.

Taia, muy cruelmente, acarició su pecho regalándole besos por toda su piel. Al mismo tiempo se mecía, notaba su miembro resbalar por aquel santuario del placer que tenía por sexo.

Cada vez que golpeaba el clítoris con la punta de su miembro ella dejaba escapar un suspiro placentero.

Solo que necesitaba más.

Y, de pronto, ella se detuvo en seco.

—Voy a perecer si no continuas —suspiró Devian sabiendo que era verdad.

Ella rio moviéndose lentamente.

—Estás siendo dramático.

Ese contoneo, ese maldito y endiablado contoneo.

—Estoy siendo la cantidad justa de dramático.

Gruñendo, tomó su cintura con una de sus manos y comenzó a levantarla. Ella sonreía gloriosa sabiendo lo que ansiaba hacer. No lo detuvo, esperó expectante por cuál sería su próximo movimiento.

Solo levantó su miembro, le bastó eso para que ella se colocase encima y empezase a bajar pecaminosamente.

El camino al infierno era caliente, apretado y húmedo.

Taia podía ser el infierno y el paraíso al mismo tiempo. Apretándolo, casi succionándolo con fuerza con los espasmos de su primer orgasmo golpeándola. Había gritado con tanto ímpetu que temió que se quedase afónica.

Una parte de él, una primitiva y posesiva, sonrió.

Todo el clan habría escuchado sus gemidos, gritos y gruñidos. Ahora sabían que Taia era suya, ningún macho trataría de quitársela y él podría amarla hasta el fin de sus días.

Los gemidos, suaves, cortos y sensuales de Taia provocaron que la mirase. Ella saltaba sobre su cuerpo, subiendo y bajando por toda su polla dándole el mayor espectáculo jamás visto.

Era hermosa, mucho más que cualquier diosa.

Apoyada sobre su pecho mientras bombeaba con fuerza, su cuerpo recorrió un plano existencial en el que solo existía el placer.

Tomando sus manos, se irguió hasta quedar sentado. Necesitaba abrazarla, saborear ese cuerpo que tan bien lo estaba montado. Gimió en su boca, lo hizo antes de que ella impactara contra sus labios a toda velocidad.

Salvaje y poderosa, Taia tomó sus cuernos al mismo tiempo que saqueaba su boca como una pirata. Lo mordió, succionó su lengua dejando que sus caderas chocaran la una contra la otra.

El sonido era lo más erótico que hubiera escuchado jamás.

Se aferró a ella, a su espalda, a su piel y a su alma mientras compartían ese beso.

—Córrete para mí, Taia. Tómate así de profundo...

Enloquecido, pasó la punta de sus garras por la espalda de ella. No la cortó, jamás lo haría, pero Taia gimió duramente mientras enloquecía.

Ayudándola, envistió su cuerpo una y otra vez. La levantó con su fuerza, llegando hasta la empuñadura, dejando que sus cuerpos fueran uno. Una simple caricia a sus cuernos sujetos, solo una y Devian gruñó más fuerte que en toda su vida.

—Ahí está mi Darkan caliente —jadeó Taia con las pupilas dilatadas por el placer.

Cielo en llamas.

Ella era perfecta.

—Hazme tuya, Darkan. Toma mi cuerpo, disfruta de él.

Esa hembra solo podía volverlo loco como nadie más. Girándolos sin salir de la bienvenida de su cuerpo, la tumbó quedando encima de ella. Verla con una sonrisa lo hizo feliz.

Taia era increíble.

—¿Vas a tomarme, mi Darkan?

No sabía lo que provocaba con su boca perversa.

—¿Eso quieres? ¿Quieres que tu Darkan te folle?

Taia asintió.

Envistió duramente, deteniéndose en seco y provocándole un leve puchero.

—No te oigo, hembra. Te daré lo que quieres, pero tienes que pedírmelo.

Autoritario.

Fuerte.

Amante de su cuerpo.

—Sí, Darkan, quiero que me folles. Que me tomes duro y me llenes hasta los topes.

Lengua sucia.

Provocativa.

Sexy.

Devian perdió el control. Bombeando contra su cuerpo, ambos encontraron un ritmo tormentoso con el que solo pudieron jadear, gruñir y gemir el uno contra el otro. No existía nada más que su cuerpo.

El deseo de verla perderse entre sus brazos.

—Devian, voy a...

Tomó su boca, la besó dejando que gimiera dentro de ella al mismo tiempo que su orgasmo la hacía explotar en todas direcciones. Apretó su miembro con sus espasmos, enloqueciéndolo todavía más.

Y mordió.

Taia mordió su labio inferior y tiró de él.

—Eres una hembra muy caliente. Me encanta que te corras en mí, que me tomes con esta pasión. Te quiero, Taia.

—Te quiero, Devian.

Siguieron, envistiendo cada vez más rápido.

Se miraron a los ojos cuando no quedaban palabras que decirse. Solo podía gemir o gruñir en algún caso, nada más. Y, al final, el orgasmo llegó arrasando todo a su paso. Glorioso, echó la

cabeza hacia atrás y rugió sin importar si el mismísimo mundo entero lo escuchaba.

El placer fue tal que creyó desfallecer cuando los últimos retazos de orgasmo comenzaron a abandonarlo.

Entonces salió de ella, ambos gimieron lastimeramente, como si separarse fuera lo peor del mundo. Después solo se tumbó rezando al cielo que esa hembra buscase el consuelo de su cuerpo y el refugio de sus brazos.

Ronroneó cuando ella colocó su cabeza en su pecho, apretujándose contra él todo lo que pudo.

—Nimari —susurró Devian profunda y placenteramente agotado.

CAPÍTULO 38

Bork esperaba fuera cuando salieron la mañana siguiente. Taya lo miró de soslayo con una pregunta que no era capaz de pronunciar en voz alta. Puede que pudieran evitar esa conversación después de todo.

—He mandado a Jaxyn con las hembras. Yo preferí esta posición.

Taya lo fulminó con la mirada.

Tomándolo de la muñeca comenzó a arrastrarlo bajo la atenta mirada de Devian quien, divertido, no intervino lo más mínimo. Puede que Bork gruñera en el camino al comedor, pero poco importó.

Solo cuando encontró a Jaxyn, ella corrió a colocarse a su lado con el hermano pequeño de Devian en el otro.

—Escucha, Bork. Te lo he dejado pasar una vez por cortesía, porque necesitaba tu compañía, pero no eres el primer guardián. Jaxyn es el primero y será el que te dé órdenes si lo cree necesario.

Jaxyn sonrió sorprendido antes de volver a la postura seria cuando Bork lo miró mal, muy mal.

—¿De verdad? —preguntó Jaxyn.

Taya asintió.

Y Devian también.

Lo cual significaba que la orden estaba dada. Bork iba a aprender una dosis de humildad muy pronto.

—Sí, así que asume el mando rápido —advirtió Taya.

—Por supuesto, Taia. Gracias, hembra —contestó Jaxyn entusiasmado.

Las chicas aplaudieron sonoramente y vitorearon al capitán de los guardias. Ahora él se encargaría de formar un grupo que las protegería, porque eran muchas, y ya había muchos voluntarios.

—No me gusta tu nimari —gruñó Bork.

—A mí sí —contestó Devian.

Tomándola de la cintura, la atrajo hasta la seguridad de su cuerpo mientras ella parecía sonrojarse con el contacto.

Bajo la atenta mirada de todos, anunció.

—Sé que conocéis a Taia, pero debo decir que, para sorpresa de nadie, es mi nimari. Eso la convierte en la Darkana del clan.

—¿Qué?! —preguntó ella sin tener ni idea de eso.

Con una sonrisa, nada arrepentida, en los labios de Devian, todos los guerreros del clan se alzaron con un grito poderoso. Esos machos la aceptaban como su Darkana fuera eso lo que significase.

Y se sintió aceptada, unida a un grupo de personas que serían capaces de dar la vida por ella.

Su corazón se apretó con fuerza.

Cuando el clamor se detuvo, Taia decidió retirar un poco a Devian antes de atacar los platos de comida.

—Mira, Devian, aunque quisiera que nuestra vida sexual fuera solo nuestra... Sé que no puedo ser egoísta y que los demás necesitan saber. Así pues, he pensado que, cuando te pregunten, que lo harán, explícales todo lo que necesiten.

Él parpadeó sorprendido.

—¿De verdad? Pequeña estrella, no hay necesidad...

—Sí, la hay. Deben saber cómo es por si alguna vez se encuentran en la situación con alguna de las chicas u otras que puedan aparecer. Sean humanas o de otra raza, no deberíais vivir a oscuras con este tema. Además, creo que Cara está a dos orux de montar una clase de educación sexual —explicó Taya.

Era justo.

Era importante saber y ellos tenían el poder de explicarlo para que todos supieran aquello que necesitaban.

—Ral será el primero en preguntar —comentó Devian riendo.

Su humor se le contagió.

—¿Es verdad lo que has dicho? ¿Que soy Darkana? —preguntó algo asustada.

Él la apretó contra su pecho en un firme abrazo.

—Sí. Ahora eres su líder y tomarás decisiones conmigo. Juntos guiaremos este clan.

Esa era mucha responsabilidad.

Oh.

Joder.

Oh.

—Pero... ¿Y si meto la pata?

—Saldremos juntos y todos nos ayudarán. Esto es una familia. Una gigantesca familia.

Parecía tan convencido. Creía tanto en ella que la avergonzaban sus propios pensamientos derrotistas. Lo probaría, además, tenía la experiencia y sabiduría de Devian que llevaba siendo Darkan muchos años.

De pronto, Rok se acercó. Lucía una sonrisa llena, como si hubiera rejuvenecido veinte años desde que había empezado a revisar a las chicas. Todas estabas estupendas de salud, pero a él le gustaba asegurarse tal y como había hecho con ella al llegar.

—Darkana, debo consultarle algo.

Espera.

¿Ahora iban a llamarla así?

—Por dios, Rok, solo Taya, ¿vale?

Le dedicó una sonrisa que vino a decir «ni en tus sueños más húmedos vuelvo a llamarte Taya y menos delante de Devian». Así pues, solo tomó aire y deseó ser capaz de acostumbrarse pronto.

—Cara me ha dicho que tengo que hacerte un dildooo, pero me gustaría saber el tamaño.

Iba a dejar a esa perra calva.

—¿Qué? ¿Dónde está que la mato? —preguntó mirando a su alrededor.

La susodicha, que reía felizmente, comenzaba a esconderse tras un muy serio Bork que no comprendía lo que pasaba.

—¿Qué es un dildo, pequeña estrella?

Santa muerte.

Devian no podía preguntar esas cosas.

«Uhhh... Esto no me puede estar pasando». Pensó para sí misma Taya.

—Es un juguete sexual en forma de... Bueno... De polla. Lo usamos para... Bueno... Para satisfacernos.

Estaba sudando.

Devian la miraba atentamente y, para su desgracia y remordimiento, muchos machos estaban

atentos a la conversación locos por saber qué era un dildo. Cara iba a revolucionar a ese montón de vírgenes castos en menos de una semana.

—¿Una polla sin macho? ¿Eso quieres? Creí que la mía...

Lo calló poniéndole una mano en la boca.

—Sh, calla. Quiero tu polla, sí. Pero un dildo puede complementar el juego sexual. Bueno, no importa. Ahora mismo no quiero hablar de eso.

Devian sonrió.

Sabía que su mente ya se estaba imaginando cosas.

—¿Y qué quieres, pequeña estrella?

—Solo quiero estrangular a mi amiga. Es simple.

Caminando hacia ella, Cara dejó escapar un chirrido en forma de grito mientras arrancaba a correr sorteando Kraxarians como si fueran una pista de obstáculos. La atraparía, aunque fuera durmiendo, pero la atrapaba.

—Entonces, Darkana, ¿te hago el dildo o no?

¿No podía gritar más fuerte?

Así seguro que el clan de Zahari también se enteraba.

—¡No! Digo sí. Así puedo enseñarle a jugar a... Bueno, que no importa —dijo Taya, nerviosa y sonrojada.

Pidiéndole ayuda a un Jaxyn super entregado, no tardaron en acorralar a Cara que reía sin parar.

—Yo te mato. Deja de hacerme pasar vergüenza.

Cara puso las manos en señal de rendición.

—Miraré de controlarme, perdona. Es que fue irresistible pedirlo y al verte cojear viniendo a desayunar.

Taya se quedó tiesa.

Miró a Jaxyn, ya sonrojado, y emitió un chillido.

—¡Yo no cojeo!

Puede que un poco.

—Dime que fue sublime —suplicó Cara y, para su sorpresa, el resto de chicas que ya estaban a su alrededor.

No pensó que ellas pudieran tener preguntas, pero claro, estaban hablando de alienígenas.

¡Por supuesto que había preguntas!

—Vale, desayunamos mientras os cuento cosas, solo dime que no habéis sentido nada.

Al unísono, todas miraron a su alrededor sin saber qué decir. Lo cual ya era una respuesta en sí.

Santa madre.

No iba a salir de casa en un mes completo.

—Ruge tan caliente... —bufó Hayley.

—Sí, la verdad es que me sorprendí que pudiera ser tan acalorado —añadió Adele.

«Mátame selva y acorta mi sufrimiento». Pensó Taya.

—Dejadla chicas —anunció Atira—, después de una noche de buen sexo, toca comer y explicar a las demás qué tal fue.

La miró como si acabase de enloquecer.

—¿A ti también? Tienes tres machos, sabes lo que es tener sexo con Kraxarians.

Atira la miró con severidad.

—Sí, pero no he tenido con humanos. Así pues, os escucharé para encontrar las diferencias.

Ya que has sido mi hija más precoz y te has empeñado en desflorar tan rápido, al menos me enseñarás.

¿Desflorar?

¿Había que decir esa palabra concretamente?

Si ella hubiera sabido lo que iba a pasarle, estaba segura de que jamás hubiera abandonado la cama esa mañana.

Pero cedió, comprendía la curiosidad y una parte de ella, muy pequeñita, tenía ganas de contar lo maravilloso que había sido Devian y dar un poco de envidia. Bueno, tal vez esa parte fuera más grande de lo que debía.

—¿Darkana? —preguntó Jaxyn mientras las mujeres se alejaban.

—No, por favor, Taya.

Aceptó.

¡Gracias!

—Quisiera hacerte una petición, si es posible.

Taya parpadeó, confusa.

—Por supuesto, dime.

No sabía qué podía hacer por él, pero haría todo lo posible por ayudar en lo que hiciera falta.

—Quiero que me enseñes a ser un macho digno. Quiero una oportunidad por si alguna hembra se fija a mí alguna vez.

Su corazón se rompió un poquito. Ese macho no veía lo perfecto que era y, estaba segura, de que en la Tierra se pelearían por él. Por desgracia, no estaban en la Tierra y las hembras eran muy escasas.

Solo deseó que alguna de las chicas viera lo fantástico que era Jaxyn.

—Eres perfecto, de verdad. Pero puedo darte consejos. No para ser digno, porque ya lo eres, si no para perder un poco de timidez.

No dejaría que nadie lo hiciera sentir menos.

Mataría a todos aquellos que le hicieran daño.

Iba a ser la mamá gallina de Jaxyn y ella si esperaba que lo desflorasen pronto. Siempre con cariño, comprensión y no solo como un juego. Ansiaba que alguien cuidase de su corazón y lo amase.

—Gracias, Taia.

Ese hombre era demasiado bonito para ser verdad.

CAPÍTULO 39

Taya caminaba por el clan sola, bueno, sola no porque Devian la acompañaba. Le explicó algunas cosas del clan, lugares que visitar y sitios donde poder ver cómo fabricaban sus armas etc.

De pronto, un grupo de no más de dieciocho o veinte años apareció ante ella. Entrenaban con espadas de madera muy alegremente imitando a los grandes guerreros en los que se convertirían algún día.

—Parecen muy jóvenes... —susurró Taya.

—Lo son, el mayor apenas tiene veinte.

Eso no cuadraba.

Eran unos diez y las cuentas no salían.

—Hace 30 años que no veis a una hembra...

Devian la miró con cierto interés dándose cuenta de a dónde estaba queriendo ir a parar.

—Los encontramos abandonados y ni rastro de hembras. Apenas tenían una rotación solar... Nunca supimos de dónde surgieron o por qué. Tampoco recordaban a sus madres, solo a gente con bata blanca.

Laboratorio sonó en su mente.

¿Alguién había tratado de reproducir Kraxarians?

Acercándose a ellos, poco a poco estos fueron deteniendo el entrenamiento. Es más, parecieron nerviosos con su presencia así que, decidió regalarles una sonrisa amable. Solo esperaba que eso bastara.

—Hola.

Dieron un brinco.

—Tranquilos, solo vengo a saludar —explicó.

Uno de los más bajitos, seguramente también de los más pequeños de edad a pesar de ser adultos, la miró con suma sorpresa.

—¿Tú quieres estar aquí? ¿Saludarnos a nosotros? —preguntó realmente asombrado.

¿Acababa de meter la pata?

—Sí, os he insultado en vuestra cultura o algo.

Todos miraron a Devian.

¿Qué estaba pasando?

—Deberías estar con el Darkan haciendo bebés. O eso dijo Ral.

Iba a matar a ese hombre que, pensándolo bien, ya se había convertido en su cuñado. Ahora eran familia.

Una que ahorcaría con su propia cola.

—Raaaaaaalllllll —gritó sabiendo que estaba cerca.

Y, como predijo, Ral salió de su escondite blandiendo una espada de madera como si, con eso, pudiera defenderse de ella.

—Mirad, la dulce princesa me llama —canturreó mientras Baruk también se dejaba ver.

¡Qué maravilla!

¡Todos reunidos!

—No parece dulce, amigo —advirtió el macho.

Pero a Ral no le importó.

—¿Cómo vas diciendo que tengo que hacer bebés con Devian, eh? ¡¡¡No soy una yegua de cría!!!!

Ral, visiblemente asustado, la apuntó con la espada de madera, la cual se fracturó cuando Devian la tomó con una mano y la apretó hasta partirla por la mitad a modo de advertencia.

—A ver —sonrió—, chicos. Ahora sois pareja y estáis intimando. Tal vez sepamos gracias a vosotros si nuestras especies son compatibles.

Taya palideció.

Y resopló.

Tomó aire, lo soltó y volvió a cogerlo.

¿Cómo se le había olvidado el condón? Aunque, por otra parte, sin hembras esa gente no conocía lo que era un preservativo.

—Hermano, está muy blanca. Que ya suele ser de piel clara, pero ahora ya lo está mucho más.

Devian tomó a su Taia en brazos cuando certificó que era cierto que estaba demasiado pálida. Si la perdía por culpa de su hermano iba a tener dos funerales juntos le gustase o no.

A decir verdad, mientras corría hacia el sanador, su mente divagó hacia la idea de tener pequeños correteando por el clan. Después, miró hacia el vientre de Taia. ¿Su semilla sería capaz de darle cachorros?

—¡Ah, no, grandote! No me mires así.

—¿Así cómo? —disimuló.

Ella se revolvió de su agarre, pero impidió que cayera o se soltase. Iba a llevarla a Rok por mucho que luchase.

—Con esa cara de pervertido, profanador y creador de bebés. ¡Ni se te ocurra! No estoy preparada para tanto.

¿Profanador?

¿Pervertido?

Le gusta el término de creador de bebés.

Sí, si algún día los dioses le regalaban un pequeño de Taia y él, lo cuidaría con todo el amor del mundo. Sería un buen padre y se encargaría de protegerlos, amarlos y hacerle sentir especial todos los días.

—¡Rok, es urgente! —gritó Devian entrando por la puerta.

—¡Vamos! ¡No mientas!

Rok, alertado por la urgencia, despejó la camilla para que Devian la colocase con todo el cariño del mundo.

Estaba a punto de morir de vergüenza.

—Se quedó pálida, Rok —declaró Devian como si eso fuera la fin del mundo.

Era dulce.

Eso tenía que reconocerlo, pero no necesitaba ser tan dramático.

—Solo fue algo leve. Ral habló de tener bebés y creo que casi me muero de la impresión.

Rok la miró con comprensión.

—Sois la primera pareja híbrida, supongo que crecen las expectativas de saber si van a darnos jóvenes sanos y alegres.

Taya lo fulminó con la mirada.

—¡Ah, no! Todavía no. Tenéis que tener algún método anticonceptivo o este no vuelve a ver mi cuerpo ni en foto. —Miró al pobre Devian—. No te ofendas, grandullón, pero no puedo pensar en bebés ahora. Solo quiero tenerte para mí un poco más de tiempo. Después lo intentamos a tope.

Devian asintió aceptándolo.

Era demasiado pronto, apenas habían descubierto que eran nimaris. No podía acelerar los

procesos.

—Siempre podemos hacer una prueba de embarazo para descartarlo antes de medicarte para dejar de ovular —sugirió Rok.

A Taya le entró la risa.

—Lo hicimos ayer y esta mañana. A menos que no tengáis una polla mágica, no creo que lo sepamos hasta de aquí un mes. Así que, suelta las drogas que pienso metérmelas en vena.

Devian tomó su mano suavemente y eso le hizo saber que iba a hacerle una petición.

Santa madre del cordero.

¿Es que las sorpresas no acababan nunca?

—Por favor, solo será un pinchacito.

—A mí carita de gatito no, Devian. Como tu polla sea así de mágica, robo una nave y me vuelvo a mi planeta.

Devian sabía que era el miedo de Taia el que hablaba. También le dejaba más tranquilo saber que no podía irse del planeta. Además, él se encargaría de hacerla feliz el resto de su vida.

Resopló, cediendo a la petición de la prueba de embarazo.

Rok la hizo.

Ambos esperaron.

El corazón de Devian iba a mil por hora. Nunca hubiera imaginado la posibilidad de tener una pareja y mucho menos un cachorro. Ahora, tener la posibilidad al alcance de sus garras lo enloquecía.

Deseaba todo.

Pero, sobre todo que ella fuera feliz.

Siempre.

—Rok, te estás destiñendo, dime, por favor. No, te suplico que me digas que ha salido negativa la prueba —graznó Taia.

Miró al sanador.

Sí.

Estaba perdiendo color.

—Nuestras especies... —Jadeó—. Nuestras especies son compatibles.

Taya tragó saliva. El tiempo decidió detenerse en ese momento para darle un instante para procesar lo que acababan de decirle. Estaba embarazada, había sido llegar y conseguirlo a la primera, lo cual no era algo que hubiera esperado.

Entre humanos habían parejas que tardaban años, ¿por qué tenían que ser ambos tan fértiles?

Un bebé.

Uno de Devian y ella.

En su barriga.

—Un jovencito... —susurró Devian.

Seguía sosteniendo las manos de su nimari, aunque estaba tan nervioso por las noticias que temblaba sin parar. Tal vez no era el momento adecuado y sabía que Taia no se sentía preparada.

Pero estaba ahí.

Lo estaba.

En el vientre de Taia crecía la esperanza de una raza que moría.

Las lágrimas de su pareja lo alertaron. Con una sonrisa en los labios que no esperó en ella, Taia comenzó a llorar tan sonoramente que temió que Atira entrase a pegarles a todos.

La abrazó luchando por no aplastarla con el apretón que quiso darle.

Un jovencito.

—Un bebé, Devian...

—El primer bebé en treinta años, Taia.

No era cualquier bebé. Era esa señal de una raza que ahora tenía posibilidades de resurgir. De cambiar y mejorar. Tras la purga, tras el dolor y la pérdida de machos, jóvenes y hembras.

Ahora había luz.

—Solo dime que el embarazo Kraxarian dura cuatro meses —suplicó.

Devian se congeló al instante.

—¿Devian?

Taia sollozó.

—Voy a estar gorda como un elefante durante muchos meses, ¿verdad?

Rok intervino rápidamente.

—¿Cuánto dura el embarazo de humanos?

—Nueve meses.

No podían saber el tiempo exacto porque era híbrido.

Iban a ciegas.

—El embarazo de los Kraxarian, no te asustes, suele durar en torno a catorce meses.

—Rok, cualquier frase que contenta las palabras «no te asustes», asusta. Es un hecho.

Palideció de nuevo provocando que Devian gritase del susto.

—¡Se desvanece! —gritó.

—Tranquilo. Dale tiempo a la pobre hembra, está estableciendo en su mente que va a estar embarazada de nueve a catorce meses.

Cielo en llamas.

Eso era mucho tiempo.

¿Cómo iban a sobrevivir a algo así?

—Necesito a Atira —declaró Taya huyendo del sanador.

Sabía que la siguieron de cerca, pero, por alguna razón racional, decidieron dejarla sola porque lo necesitaba.

Un bebé.

En su vientre.

Un día después de follar.

¿Qué probabilidades había?

Buscando a la hembra que necesitaba, recorrió muchas calles llamando la atención de muchos. Poco a poco, toda una comitiva la siguió, hasta las chicas lo hicieron como si de alguna forma supieran que ocurría algo grande.

—¡Atira! —exclamó.

—Mi pequeña, ¿necesitas un abrazo?

Sonreía.

Aquella traidora sonreía.

—No puedes saberlo —dijo casi al borde de un ataque de nervios.

—Lo olí cuando viniste a desayunar, pero esperaba que os dierais cuenta poco a poco. Quizás el olfato de Devian lo detectase en unos días.

Entonces vio el dolor.

Atira había deseado ser madre y una enfermedad se lo quitó. Jamás había podido ser lo que más ansió. Que ahora ella tuviera un bebé le echaba en cara aquello que le arrebataron.

Era tan cruel.

Desplomándose sobre sus rodillas, Taya lloró.

—¡Lo siento tanto!

Atira la sostuvo, cantándole suavemente mientras la mecía. Lloró por todas aquellas almas que fallecieron en la purga, también por las pobres hembras que jamás pudieron ser madres y por la vida que crecía en ella.

—Será para mí un honor ser su abuela —susurró Atira.

Nadie las escuchó. Solo ellas mismas.

Ayudándola a levantarse, la cedió a un Devian que parecía tener el pecho inflado de orgullo. En realidad lo era y le pareció tierno que estuviera tan feliz por el anuncio. No era solo por ellos.

Era para todos.

Sería un grandísimo padre.

—¡Clan! ¡Tenemos un anuncio que cambiará el rumbo de nuestra raza! ¡Taia y yo tenemos a un joven en camino! —rugió como un auténtico león.

Una bestia enfurecida.

Orgullosa.

El clan, tras unos segundos para asimilarlo, rugió junto a su rey. Su Darkan les acababa de entregar esperanza. Aquello que no creían capaz ahora existía, pronto una nueva raza de híbridos crecería donde solo quedaba desolación.

El suelo tembló con los rugidos y bramidos de aquellos machos que deseaban celebrarlo.

—¿Ya? ¡Pero si te lo tiraste ayer! —gritó Cara.

Las chicas la rodearon en un abrazo grupal que necesitó.

—Tienen una polla mágica y monstruosa, no os acerquéis a ninguno —lloró de alegría.

Rieron de júbilo.

—Os ayudaremos a cuidarlo.

—¡Un jovencito! —gritó Ral a su lado.

Tomándola de la cintura, la levantó y giró hasta que el mundo dio demasiadas vueltas. De pronto, el gruñido de Devian, seguido de que la arrancase de sus brazos, la calmó. Casi sintió que se le salía el estómago por la boca.

—Hay que controlar eso gruñidos, hermano. No me gustan.

—Pues a mí sí, me ponen caliente —sonrió Taya.

—Pero no lo animes, hembra.

No importó que resoplara.

La verdad era que ese hombre era sumamente caliente.

Precioso.

Y suyo.

—Oye, ¿y cuántos meses dura un embarazo? —preguntó Adele.

Devian palideció.

Las hembras no necesitaban saberlo. Había sido un verdadero shock para Taia, si el resto lo sabía seguramente se negase a tener pequeños con sus guerreros. Tal vez pudieran ocultarlo.

Menuda estupidez.

—¡Catorce meses! ¡No voy a sobrevivir! —exclamó Taya consternada.

Uno a uno, todos los integrantes del clan pasaron a felicitar a la feliz pareja. Fue un arduo trabajo que les llevó mucho tiempo, pero querían ser amables con todo el mundo. Algunos trataron de pasar sus sucias garras por el vientre de Taia y él los ahuyentó con un sonoro gruñido.

No se tocaba.

Acabados todos, a Taia se le cerraban los ojos.

—Ven, nimari, deja que te lleva a nuestra cama a descansar.

Ella levantó una ceja pícara.

—¿Solo dormir?

¿Se podía dormir con una hembra tan caliente y sensual como ella?

CAPÍTULO 40

Estaban a pocas horas de que se acabase el plazo dado por el tercer monarca. Habían llegado al clan la noche anterior. Muchos de sus guerreros vinieron, también otros de otros clanes hermanos.

—¡Net, Taia! —bramó Devian.

—Yak, Devian.

¿Cómo se había dejado convencer de que Taia podía venir a una guerra?

—Apártate de mi camino o te quitaré de delante. Si Carmen está aquí, deja que vaya a por ella de una vez.

Devian, como buen Darkan cabezota, le cortó el paso a la pequeña humana que parecía echar fuego por la boca. Sabía que necesitaba ir a por su amiga, lo que no comprendía era que estaban en un lugar en el que iba a desatarse el caos en poco tiempo.

—¡Es mi amiga!

—Yak, pero Gayax es el enemigo. Los Draxarus son una raza peligrosa, que hace estragos allí a donde va. ¿Crees que no se parece a su hermano?

Traerla había sido la peor idea que había tenido en toda su vida. Nada superaría eso y mucho menos ahora que traía un jovencito. Puede que Taia lo convenciera en cierto momento en el que tenía una parte de su anatomía metida en su boca. Ahí, el cerebro no pensaba con claridad se quejase quien se quejase.

—Escucha a tu nimari, hembra. Gayax puede ser amable, pero por sus venas corre la misma sangre —explicó Zahari.

Taya lo fulminó con la mirada.

—¿Eso significa que eres igual que tu padre por llevar su sangre?

Ese fue un golpe bajo.

Pero los hizo recapacitar.

—Tienes razón, Taia. Iremos a verlos, pero dejarás que te proteja. Ahora...

Devian enmudeció cuando tocó que lo mirase con odio.

—Como digas que ahora que estoy embarazada tienes que protegerme, no sé lo que haré.

Zahari tosió como si hubiera estado bebiendo algo. El pobre necesitó las palmadas de su hermano mayor para volver en sí. Respiró todo lo que pudo antes de ser consciente de lo que decía.

—¿Un joven? ¿Estás embarazada?

Sí.

Esa misma esperanza brillaba en los ojos de todos los que lo sabían.

Taya asintió.

—Vas a ser tío —dijo ella con una sonrisa.

Temblando, Zahari alargó el brazo para tocar su vientre. Taya tuvo que contener a Devian para que no gruñera porque no quería romper el momento. Así pues, viéndolo morderse el labio para no asaltar a su hermano, él tocó su barriga con auténtica adoración.

—Es... Los dioses nos han sonreído.

Estaba emocionado, mucho más de lo que cabía esperar.

—Siento, Taia, haberte hecho pasar por tanto. No merezco que me quieras en la vida de tu pequeño.

Tarde.

—Te fastidias, ahora eres su tío y tienes que sobrevivir para verlo crecer.

Devian se infló de orgullo. Su Taia curaba a la gente a su alrededor, ella era el milagro que habían necesitado. Conectaba con todos, viendo sus virtudes y haciendo empequeñecer sus defectos.

Eso lo hacía afortunado.

—Mis guerreros también la cuidarán. No podemos dejar que el monarca llegue hasta ella —declaró Zahari.

Sí.

Ese plan le gustaba.

—Te quiero, Devian.

Se derribó bajo su toque segundos antes de tocarla.

Ella sabía provocar una reacción increíble cada vez que lo tocaba.

—Y yo a ti, pequeña estrella.

—¡AHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH!

Los gritos de aquellas dos hembras los sobresaltaron. Karmenn y Taia se abrazaron dando saltitos, lloraron, rieron, volvieron a abrazarse y a gritar en un lapso de tiempo muy corto.

Devian sabía que se habían extrañado al tomar caminos distintos al llegar al planeta, pero aquello era una reacción demasiado fuerte.

—¿Las hembras son todas así? —susurró Zahari.

No lo sabía.

—En el clan no gritaban tanto.

Quizás era un ritual para cuando pasaban mucho tiempo separadas.

—¡Cuánto me alegro de que estés bien! —lloró Taia.

—¡Y yo! He estado muerta de preocupación por ti. Pensé que te había comido algún bicho de la selva o algo.

Devian escupió la bebida que estaba tomando al escuchar a la humana. Sí, puede que a Taia la hubiera perseguido media fauna local desde que había aterrizado en ese planeta.

Solo un poco.

Seguía viva de milagro.

—Sí, bueno, ha sido una experiencia de cinco estrellas si valoramos el peligro —bromeó Taia.

A él no le gustaba eso, suerte que podía decir que había sobrevivido a todo. Era una hembra guerrera y fuerte.

—Yo puedo contarte que me persiguió una araña queriendo escapar de la casa de Gayax.

La cara de su nimari se retorció en una mueca de asco y miedo, al parecer las arañas no gustaban, pero tenía entendido que las arañas eran las mascotas de los Draxarus. Ellos emitían un sonido con la garganta que solo esos seres podían hacer y así las controlaban.

—Dime que no te la has traído —suplicó Taia.

Refunfuñando, Gayax se cruzó de brazos.

—No me dejó traerla. Le dije que sería muy útil y acortaríamos camino —explicó.

Las mujeres se miraron como si fueran capaces de hablar telepáticamente.

—No me subo a esa cosa ni loca. Antes la arreglo con un bote de insecticida.

—Si llegas a venir con eso, la que se muere soy yo —rio Taia.

Sí.

Tachar de la lista las arañas.

Los arácnidos no gustaban a las humanas y, por alguna razón, al mirar a su hermano supo que él estaba haciendo el mismo pensamiento.

—Necesito que me pongas al día de todo —pidió Karmenn.

Pues iban a necesitar mucho tiempo, porque su amiga no era precisamente alguien que se estuviera quieta.

—Bueno, primero me tiraste por un terraplén...

¿Por qué sonaba esa frase con cierto resquemor?

—Después Devian y sus hermanos me cazaron pensando que era una hembra recién parida porque tenía pechos.

¿Es que nunca iba a olvidar ese error?

¡Qué vergüenza!

—¿Entonces los pechos los tienen siempre del mismo tamaño? —susurró Zahari.

Devian asintió.

—Al poco apareció un grupo de gruks, que son unos bichos feos, peludos y con el morro torcido. Y después disparé a un sarton, que es una especie de tiranosaurio rex que se supone que es manso.

Lo es, pero ella le disparó.

—Corrí y me tiré por un acantilado.

Sí.

Verla volar le había quitado años de vida.

—Devian me salvó de un bicho marino. Me llevó al clan, me secuestraron de él por culpa de Zahari. Casi me entregan al tercer monarca, pero cogí una daga y quise quitarme la vida.

Los mataría a todos si volvía a pasar algo así.

—Y después fuimos al clan, supe que era la nimari de Devian. Nos divertimos mucho y...

Ahí estaba la noticia.

—Supe que estaba embarazada. Esas pollas son mágicas, te recomiendo que corras en dirección contraria a Gayax.

Karmenn, en evidente «shock», se quedó allí, sonriendo pacíficamente mientras su mente procesaba toda la información. Era mucha, pues habían estado separadas demasiado tiempo.

Al final, con los ojos bien abiertos, gritó de horror y alegría.

Fue algo extraño que no sabía que las humanas podían hacer.

—¡Embarazada! ¡¿Embarazada?! ¡Embarazada!

¿Cuántas veces se podía decir embarazada cambiando la entonación?

Asustada, apuntó a Gayax con un dedo.

—Mira, arcoíris, no te me acercas ni con un palo como esa polla tuya sea la mitad de mágica que la de un Kraxarian.

Después, se lanzó sobre su amiga envolviéndola con sus brazos. La apretujó tanto que quiso ir a ayudarla, no obstante, Zahari le puso una mano en la pierna para evitar que lo hiciera.

Sabía que estaba bien, solo quería cerciorarse.

—Y yo que puedo decirte que me ha perseguido una araña y que me han tenido en sábanas de seda —rio Karmenn.

Eso era lo mejor.

No había sufrido y siempre estaría agradecido a Gayax por eso.

El susodicho carraspeó como si le indicase a la hembra que acababa de olvidarse de algo muy importante.

—Bueno, sí, él tiene razón. Soy su yamari.

Eso no se veía todos los días.

Las humanas habían llegado a ese planeta y comenzado a emparejarse tan rápido que apenas les daba tiempo a procesar quién estaba con quién. Ya sospechaba algún nimari más en su clan, pero ya tendrían tiempo para averiguarlo.

—¡Oh! Espera, pero podrás venir al clan, aunque solo sea un tiempo, ¿no? Necesito enseñártelo todo —pidió Taia.

Con mucho gusto los invitaría al clan si eso los hiciera felices.

—¡Sí! Y vosotros podéis venir a la ciudad y te enseño la casa de Gayax. Es una pasada.

La tensión se sintió en el aire como si crepitase electricidad. Fue como algo extraño, tanto que hasta las humanas los miraron en busca de respuesta.

—Pequeña estrella, los Kraxarian no estamos bien vistos en la ciudad. Por eso nos mantenemos en nuestros clanes a pesar de comerciar con ellos —explicó Devian.

La decepción bailaba en los ojos de ellas y eso le hizo sentir miserable.

—Bueno, puedes venir tú sola. Gayax seguro que te protege.

Devian miró al Draxarus, el cual contestó que sí, que la protegería, pero él mandó un mensaje claro. Su nimari no iba a irse a la ciudad sin la vigilancia y protección de ninguno de los suyos.

No la dejaría sola.

Ese viaje no iba a suceder.

Si la ciudad supiera que una hembra podía traer el futuro de los Kraxarian, a muchos no les gustaría. Exponerla era un error que no cometería.

—Seguro que podemos ir a ver nosotros. Será lo mejor, mi gente no puede saber lo de Taia por ahora. No está preparada.

Para ser Draxarus, aquel macho era diferente a la mayoría. Poseía una empatía superior a su raza y eso le gustó.

Levantándose porque ya era la hora, a Devian se le encogió el corazón pensando en todas las cosas que podía salir mal. Mirando a Lixton de reojo, sin levantar sospechas de que era uno de sus espías, le hizo una seña para que cuidara de Taia.

Nadie la dañaría.

—Tengo que irme —dijo con congoja.

Ella, corrió a sus brazos tomándolo con fuerza.

—Prométeme que todo irá bien. Necesito que vuelvas —suplicó Taia visiblemente asustada.

Sí.

Necesitaba volver.

—Lo haré.

Ella lo besó como si fuera la última vez que lo hacía. Ya no importaba el público, tampoco que Karmenn parecía encantada viéndola feliz, solo necesitaba sentirla un poco más.

Sus lenguas jugaron golpeándose la una a la otra, succionándose con fuerza antes de obligarse a separar.

—Volveré, pequeña estrella.

—Te quiero, grandullón.

—Y yo a ti, siempre.

Solo esperaba que siempre significase mucho tiempo.

CAPÍTULO 41

El monarca siempre esperó que las hembras fueran entregadas en su vivienda. Al no cumplirse ese trato, dio un plazo de tres días antes de ir a buscarlas él personalmente. Por eso estaban allí.

Parte del ejército de Devian estaba en las afueras, no podían permitir que se quedase rodeado el clan como una ratonera y no hubiera forma de defenderse. Golpearían desde dos lugares distintos.

Zahari, Devian y Gayax eran la comitiva de apertura. Lo esperaron en la entrada del clan.

No importaron sus guerreros, tampoco que estaban armados hasta los dientes y mucho menos la sonrisa de superioridad que el monarca les puso cuando los vio. Arrancó a reír como si nada.

—Siempre supe que eras un blando, hermano.

Gayax no se inmutó.

—Y yo siempre pensé que había una forma de liberarte de tus demonios, Gral.

El nombre del tercer monarca había sido revelado. Nadie lo conocía, solo sus hermanos porque él había decidido usarlo como un objeto del miedo. Quedaba mucho mejor el tercer monarca que su nombre real.

Pero Gayax lo empuñó demostrándole que abandonaba su bando. Que su nombre ya no importaba.

Enfadado, las fosas nasales de Gral se ensancharon.

—No son mis demonios, es nuestra sangre la que me hace así. Escupes en el legado de tu raza siento tan empático y dulce, hermano. Los Draxarus tomamos lo que queremos, follamos como necesitamos y cortamos por placer. ¿Qué es un poco de sangre y dolor en el sexo?

Era un monstruo que no tocaría a su nimari.

—¿Y dónde están mis tiernas hembras humanas? —preguntó Gral con alegría.

Iba a ir directo al infierno.

—No las tendrás —escupió Zahari.

Gral chasqueó la lengua visiblemente molesto.

—No eres un macho de palabra. Debí haberlo visto cuando las hembras escaparon. Quizás, si hubiera arrasado tu clan casa a casa me las hubieras dado. Pero una de ellas olía muy bien, reaccionaba a ti de una forma que solo puede conseguirse siendo nimari, ¿verdad?

Por suerte Mel estaba muy lejos de ahí.

En otro clan para ser exactos.

Zahari no contestó.

No lo necesitaba porque nada de lo que dijese afectaría al resultado. Iban a pelear.

—Primero me tomaré a la dulce Taia, es así como se llama, ¿verdad?

Devian soltó un gruñido de advertencia, sus próximas palabras marcarían su destino. Podía morir rápido o muy lento.

—Tiene fuego en las venas. Me encantará romperla poco a poco, hacer que pierda ese brillo en los ojos que tiene.

Sí.

Iba a morir lentamente.

—No tendrás ni una pequeña porción de su piel entre tus garras infectas —escupió Devian como si fuera veneno.

Eso molestó a Gral, al cual, se le dilataron las pupilas producto del enfado.

—Yo siempre consigo lo que quiero, Gayax puede decírtelo.

—Esta vez no, hermano. Si atacas este clan serás reportado por tu actitud y, como monarca, tendré que acusarte de traición. Sabes los cargos a los que te expondré y acabarás siendo condenado a muerte.

Gayax no bromeaba.

Un acto de traición hacia otra raza estaba castigado con la muerte. La paz en aquel planeta estaba sostenida por una pequeña y delgada línea que parecía desdibujarse. Debían castigar a todos los que trataban de conseguir el caos con la guerra.

—¿Crees que vivirás para castigarme? Morirás aquí —declaró Gral.

Los hombres de Gayax, parte de su ejército privado, apareció sobre ellos suspendidos en aerodeslizadores dispuestos a entrar en batalla por su monarca.

Solo hizo falta una señal, una sola y la guerra estalló.

¿Y cuál fue esa?

—Vuestras nimaris calentarán mi cama durante días hasta que les conceda el placer de la muerte.

Gral acababa de invocar al mismísimo mal encarnado. Ahora todos los Kraxarian poseían esperanza gracias a Taia y a las hembras. Su misión era protegerlas y así lo pensaban hacer.

Con un rugido desgarrador, Devian dio la señal de ataque.

Y Gral lanzó su ejército con fuerza hacia ellos.

No entró en batalla. El muy cobarde creyó que su gente lo protegería de cualquiera que tratase de alcanzarlo. Fue un error de cálculo, uno que Devian pensaba aprovechar para su provecho.

Respiró profundamente, sacó sus espadas, se cubrió de su armadura de escamas y mostró a esos Draxarus porqué motivo los Kraxarian eran considerados los mejores guerreros del planeta.

No tenían parangón.

Con un silbido, el ejército de Gayax cayó sobre ellos como una marea de muerte y caos.

—Baruk, hazlo detonar ahora —ordenó Devian.

Ayudándose de su preciada tecnología. Baruk rio en su oreja antes de pulsar el detonador. Una lluvia de explosiones rodeó el ejército del monarca, quien gruñó dándose cuenta de que aquella guerra tenía reglas nuevas.

No era vencedor.

Bien podía perecer aquí.

—Bork, acaba con los francotiradores —dijo Devian.

Los disparos de su hermano pequeño empezaron a resonar por todas partes. Escondido en algún lugar del clan, aquel hombre era capaz de alcanzar cualquier objetivo.

Y así lo hizo.

Liquidó cualquier francotirador que trató de dispararles. Después, comenzó a matar a los que más destacaban dentro del ejército invasor.

—¡Hermanos! ¿Conmigo? —sonrió.

Ral y Zahari se colocaron a su derecha y a su izquierda.

Sí. Juntos serían capaces de ir a cualquier lugar y salir victoriosos.

Con un bramido de guerra, se lanzaron a la batalla como auténticos guerreros. No existía el miedo, tampoco la duda, solo los golpes letales que dejaron caer sobre sus enemigos.

Devian encontró a uno de los generales del ejército. Si acababa con él, parte de esos soldados quedaban cojos sin alguien que ladrara órdenes.

El muy estúpido le disparó en el pecho con una pistola láser sin saber que la armadura de Devian podía superar eso y más. Fue gratificante la mirada de miedo que le dedicó antes de

acabar con su vida cortándolo con su espalda.

No era débil.

Había sido entrenado toda su vida para ser de los mejores y eso es lo que era.

No temía.

No dudaba.

No pensaba.

Solo permitía que su cuerpo danzase el lenguaje de la guerra que tanto había aprendido.

No era un cobarde porque iba el primero a la guerra. Si moría, lo haría mano a mano y sangre a sangre con sus guerreros. No lo verían recular, solo pelear para defender aquello que amaba.

—Tú eres el hijo de Haral —rio Gral llegando a él.

Lo era.

Siempre lo sería.

—Sé lo que te hizo. Te enseñó con mano de hierro y golpes lo débil que eras.

Nadie lo llamaría débil nunca más.

Golpeando con dureza, las espadas de ambos chocaron con contundencia y el sonido se expandió por toda la selva.

—Le enseñó al mundo que su descendencia no merecía su sangre.

Para Devian, esa sangre estaba maldita. La rehusaba porque jamás sería el monstruo que era él.

—Pero me dio una valiosa lección que todo el planeta entendió.

La voz de Gral era un susurró cuando lo dijo. Fue tras un nuevo golpe de espadas, donde Devian consiguió alcanzarlo en el hombro y hacerle una gran herida. Siseando, se echó hacia atrás.

No reaccionó como esperaba.

Tocó su sangre con los dedos y, contra todo pronóstico, se los llevó a la boca. Lamiéndolos demostró lo enfermo que estaba, aunque lo peor fue sentirlo estremecerse y gemir con el sabor.

—Él enseñó que las hembras son solo un agujero que tomar a la fuerza. Me pregunto, ¿cuánto llorará tu hembra cuando la tome sin piedad? ¿Llorará tu nombre?

Y, antes de poder partirlo por la mitad, una bomba de humo los cegó momentáneamente.

Fue terrible porque sus pulmones se llenaron de humo. Comenzó a toser alejándose de ese mal que había lanzado mientras luchaba por encontrarlo. Aquellas palabras eran un mal presagio.

Uno desolador.

Y, al no verlo cerca, supo que acababa de entrar en el clan.

—¡TAIA! —bramó.

—Zahari nos matará cogiendo sus armas, pero me da igual —resonó Taya sacando un par de espadas de un armario.

Escoltadas por machos grandes y aterradores, habían conseguido llegar a donde estaban las armas.

—Esto pesa un muerto, hay que encontrar otra cosa —resopló Carmen.

Sí.

—Tal vez dagas —animó Lixton.

Dejándolo pasar, el gran Kraxarian revolvió hasta dar con dos dagas que bien podían pasar por espadas en sus manos. Las tomaron y agitaron calibrando su peso. Sí, esto serviría.

—Tengo que devolverte tu daga, la dejé en el clan —sonrió Taya.

Ya no importaba que fuera espía o al menos eso le parecía porque él la sonrió amigablemente.

—Iba a ayudarte cuando el tercer monarca fue a tomarte, pero te tomaste tu liberación por ti misma —explicó.

¡Oh!

Eso sí era una sorpresa.

—Ya sabes, soy un poco impulsiva. ¿Tú estás bien? —preguntó luchando por hablar de otra cosa que no fuera ese chiflado que estaba en las puertas del clan.

Lixton se encogió de hombros.

—Con ganas de regresar a casa.

Al clan.

Antes de poder pensar nada más, la mano de Lixton viajó hasta su vientre. La acarició con adoración mientras en sus ojos se reflejaba todo el cariño y esperanza que un bebé aportaba a su raza.

—Gracias por venir hasta nosotros, Taia.

—No fue voluntario, créeme. Me secuestraron, pero ahora creo que estuvo bien. Podríamos habernos ahorrado persecuciones y alguna cosita más. Por suerte nada es perfecto.

Ambos rieron.

Dejando claro que se conocían.

Un sonido desgarrador les dejó un mensaje alto y claro: alguien había conseguido entrar.

—¿Hembra? Tengo un regalo entre las piernas para ti.

Ah, no.

El monarca no.

—Detrás de mí, hembras. Os protegeremos.

Carmen se envalentonó. Empuñando su daga como una espada, dio unos pasos hacia delante hasta que un Kraxarian de pelo blanco la tomó por la cintura y la apartó de la puerta a toda prisa.

—¡Suéltame! ¡Quiero matarlo por hacer daño a mi amiga! ¡Ese no la viola porque no se lo permito!

Aquella mujer era una guerrera, pero el grandullón que venía superaba los dos metros y medio. Ellas eran algo demasiado pequeño y flojo para un ser de esas dimensiones.

—Hembra, solo te estamos protegiendo —le explicó el guerrero.

Haciendo oídos sordos, su amiga quiso lanzarse a la batalla.

Lixton rio.

—Me gustan las hembras humanas, tal vez algún día los dioses sean benevolentes conmigo y me encuentren una pareja humana.

Sí.

Bueno.

También eran obstinadas, cabezotas, gruñonas y tenían una lengua bífida y afilada peor que la de una serpiente. Ese macho no sabía lo que decía exactamente, pero ella también deseó que conociera el amor.

Todos lo merecían.

—Huelo tu miedo —graznó.

Una explosión detonó demasiado cerca. Casi se sintió como si fueran alcanzados por un misil porque la estancia se perdió en una onda expansiva que los lanzó a todos por los aires.

El dolor se expandió por el cuerpo de Taya con tanta facilidad que no necesitaba un médico para saber que algo iba muy mal.

Graznó en busca de aire.

Tosió cuando el humo y polvo llenó la estancia. Sus pulmones se cerraron siendo incapaces de tomar un poquito de oxígeno. Luchó por seguir consciente, por respirar todo lo que pudiera.

Y, para cuando el polvo se fue aposentando, el horror estalló ante sus ojos.

Los cuerpos de algunos Kraxarian estaban aplastados por los escombros del techo y las paredes.

—¿Carm... Carmen? —preguntó Taya.

Dolía.

Respirar dolía.

Pensar dolía.

Algo no iba bien.

—Santa madre, Taia —dijo Lixton llegando hasta ella.

Bajo su cabello amarillo neón, encontró un rastro de sangre oscura que pertenecía a él.

—Estás herido —susurró.

Su voz se apagaba, aunque no entendía los motivos.

—¡Taya!

Carmen llegó a su lado. Fue extraño porque, cuando puso las manos sobre su cuerpo no las sintió. Se sentía fría, agotada y puede que hasta un poco mareada. Solo necesitaba salir de allí.

—¿Devian? —llamó.

—Sí, hembra, ese es el sonido que harás cuando te tome —comentó el monarca llegando a su posición.

Lixton tomó sus armas.

—¡Hay que defender a las hembras! ¡Que no entre! —ordenó lanzándose hacia delante.

Taya lo miró creyendo que se trataba de una película o algo que no tenía nada que ver con ella. Se sentía distante, como si todo estuviera ralentizado y no pudiera procesar la información detenidamente.

—Todo irá bien, Taya, yo te protegeré —prometió Carmen.

Sonrió a su amiga.

Sorprendiéndose de verla llorando, inclinó la cabeza sin comprender qué era lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué?

Luchó por levantarse, lo hizo con todas sus fuerzas y no consiguió nada.

—¿Carmen?

Ahora sí estaba asustada.

—Irá bien, de verdad —volvió a prometer su amiga mientras le acariciaba la frente.

¿Por qué no parecía convencida de sus palabras?

Mirando hacia abajo lo pudo ver. Con horror, comprobó que tenía las piernas sepultadas bajo muchos escombros. Eran trozos muy grandes, tanto que sabía que tenía las extremidades totalmente aplastadas.

Lo peor fue comprobar que tenía una vara atravesándole desde la espalda hasta el estómago.

Sobresalía como una espada clavada a una piedra.

Eso no era bueno.

—Carmen, mi bebé...

Notó el sabor de la sangre en su boca y no le gustó.

—Vendrán a buscarnos. Tienen tecnología muy avanzada, todo irá bien —lloró Carmen.

Oh, madre. Era grave.

Ella no lloraba nunca.

—¿Vas a quedarte conmigo? —preguntó Taya comenzándose a sentir sola.

Quería algo.

No sabía muy bien el qué.

Quizás ver a Devian una vez más, porque en el fondo sabía que se estaba apagando.

¡Qué poco duraba la felicidad en ese planeta!

—Taya, tienes que abrir los ojos.

Sí.

Solo un poquito.

Completamente desorientada, Taya creyó ver a un enorme Devian mirarla a lo lejos. También lo vio abrir la boca para gruñir más fuerte que nunca. Eso la hizo sonreír.

Su Kraxarian era fuerte y caliente.

Y había venido a buscarla.

CAPÍTULO 42

—Chicos, el Darkan ha enloquecido —declaró Lixton en el pinganillo a su grupo más cercano —. Taya está muy herida. Repito, Taya está muy herida.
A Zahari se le paró el corazón al sentir esas palabras.
No.
Ahora que tenían esperanza no.
—Necesita atención médica urgente. Rok y Verk, os necesitamos ahora —gruñó Lixton.
Era urgente.
De vida o muerte para llamar a los dos sanadores de los dos clanes.
—¿Cómo de herida? —preguntó Ral.
Había dejado de ver al macho hacía un buen rato, pero sabía que estaba cortando cabezas como un auténtico destripador. Nunca había visto pelear a alguien con tanta saña y fuerza como ese guerrero.
—Mucho, no creo que... —Lixton no se atrevió a acabar la frase.
Eso era malo.
—¿Y el monarca? —preguntó Bork.
—Cerca, lo estamos conteniendo, pero llegará a las hembras si no recibimos ayuda. Este ser no parece Draxarus. Es más fuerte y rápido que uno normal.
Lixton estaba agotado. Se le escuchaba jadear mientras golpeaba a todos los soldados que habían acompañado a su monarca. Habían abierto una brecha en su muro, usando la excusa que dio él para salvar a las hembras, y habían llegado hasta ellas.
—Voy a cambiar de posición, espero tener un tiro limpio muy pronto —advirtió Bork.
El equipo de asalto de Devian era sorprendente.
Todos trabajaban y encajaban a la perfección como las piezas de un reloj. Sabían qué hacer.
Gracias a su Darkan.
El que creían débil.
Sería el Darkan más grande de la historia.
—Voy a entrar, no quiero dejar a mi hermano solo —avisó Ral.
Él, aunque se moría de ganas, tuvo que resistir el impulso de ir. Necesitaba seguir guiando a su ejército, aplacar la amenaza mientras atacaban a Gral.
El grito desgarrador de Taia por el comunicador le heló la sangre.
—¿Qué ha pasado?! —bramó Bork.
Lixton jadeó.
Parecía luchando entre la vida y la muerte.
—¡Lixton! —gritó Taia.
Estaban en serios problemas.
—Venid... Taia... Hembras... Herida... Ayuda... —gorgoteó Lixton.
Iban a exterminar a esos Draxarus.
No quedaría ninguno al anochecer de ese día.

Taya lloró cuando Lixton fue derribado por Gral. Luchando sin miedo contra el enorme Draxarus, recibió un fuerte golpe en el costado antes de que fuera lanzado por la estancia.

Su cuerpo sonó hueco cuando calló.

Y Taya encontró fuerzas para gritar su nombre.

—Venid... Taia... Hembras... Herida... Ayuda... —gorgoteó Lixton.

—No te atrevas a morir —le suplicó.

Luchó por levantarse, pero el dolor de su estómago fue tal que chilló sin poderse contener. Tuvo que ser Carmen la que le diera sensatez a ese momento y la obligó a volver a poner la espalda en el suelo.

—Ayúdalo, Carmen.

—No puedo, si te dejo no me lo perdonaría.

Pues sí que pintaba mal la cosa.

—Él tiene un comunicador en el oído. Pásamelo.

Carmen la miró con recelo y a ella le entraron ganas de reír. No pudo porque apenas podía coger aire, pero lo recordaría más adelante y se reirían juntas. Sí, estaba convencida de ello.

Cuando llegó y le colocó el comunicador se quedó sin palabras. Había pensado algunas, pero se habían marchado rápidamente.

—¿Chicos? —preguntó deseando escuchar a alguien.

—No puedes morir —gruñó Bork.

Taya sonrió sin que pudiera verla.

—Estoy bien. Es una herida pequeña.

Una gran mentira, ya apenas sentía nada de cintura para abajo, solo frío y como si estuviera adormecida.

—¿Sabes por qué te puse de segundo al mando?

—Porque me odias.

Bufó.

Comprendía que lo viera así.

—No. Jaxyn necesita un poco de apoyo para poder sentirse un macho digno. Y tú, amigo mío, te habías encerrado en una burbuja de autosuficiencia. Fuiste frío, condescendiente y me llamaste tonta. Te lo merecías.

Bork no dijo nada.

No lo necesitaba.

—Pero vi quién eres, también cómo te miran los hermanos. Te proteges porque te duele que no te vean a ti. Ven a tu padre, ¿me equivoco?

—Sí —susurró casi abatido.

Había dado en el blanco.

—No eres él. Vuestro padre os hizo daño a todos de formas inimaginables. No os merecía a ninguno. Tú, a pesar de la cercanía física, no eres él. Eres un macho fuerte, que se ha hecho a sí mismo y que protege a sus hermanos, aunque estos lo miren con recelo. Te puse de segundo porque quería bajarte los humos, porque pensé que así te abrirías un poco más. Y pienso dejarte de segundo hasta que seamos amigos. Yo no conocí a tu padre, así que, me importa un comino que te parezcas a él. Eres genial y algún día tendrás una hembra que te volverá loco.

Rio.

Por primera vez, rio.

—¿Eso me deseas, Taia?

—Sí, a ti y a todos. Que os quieran, que os amen, que os enloquezcan y os vuelvan locos.

A todos se les escuchó respirar por el comunicador. Sabían exactamente por qué motivo les estaba hablando. Cuáles eran sus intenciones y, aunque los ojos se le llenaron de lágrimas,

siguió.

—Ral, hubieras sido un tío genial, aunque a veces me saques de quicio. Y tú, Zahari, cuando esto acabe corre a por Mel. Está un poco rota, pero se le arreglará con amor y paciencia. Tal vez sus heridas sanen con las tuyas.

Carmen acarició su frente, una que sudaba un poco, pero que sabía que a ella no le importaba.

—Te quiero, amiga. Ojalá nos hubiéramos tirado juntas por el terraplén.

—Vas a recordármelo toda la vida —bromeó ella.

Toda.

Aunque esta fuera corta.

—Devian. Sé que nuestro tiempo ha sido corto. También sé que tienes tantas heridas en el alma que puede que tarde mucho tiempo hasta que creas que eres perfecto. Ojalá hubiera podido estar a tu lado para decírtelo cada mañana. Solo quiero que sepas que no eres lo que hizo tu padre de ti, eres el que sobrevivió a él. Te hiciste fuerte a pesar de las humillaciones, del dolor y los golpes. Te admiro profundamente, Devian. Y siempre te querré.

Sabía que todos lo habían escuchado, solo que ya no importaba.

Ahora solo quería descansar.

Devian había gritado al ver a Taia herida en el suelo. Cuando la explosión hizo saltar por los aires la casa de Zahari y las colindantes, supo que todo estaba perdido. Se aferró a un hilito de esperanza mientras rezaba a la santa diosa que no le quitase a su nimari.

Verla allí, medio sepultada y herida rompió su corazón.

Notó como su cuerpo creció de tamaño. La ira y el miedo lo hicieron más fuerte y grande, capaz de romper cualquier cosa.

Solo quería llegar hasta ella.

A cualquier precio.

Pero, cuando la escuchó por el comunicador. Cuando sus palabras llegaron a él, supo que se estaba despidiendo. Su nimari y su joven se perdían como polvo estelar en un universo demasiado grande.

Ella había sido una estrella.

No quería que se convirtiera en cenizas.

—Mi pequeña estrella —dijo profesándole un golpe a un soldado—. Si todavía puedes escucharme solo puedo decirte que no te vayas. Aférrate a la vida como puedas. No te marches, no ahora que te he encontrado.

Un nuevo golpe y cortó a otro soldado por la mitad.

—Siempre me he sentido indigno y lo sabes. He estado solo a pesar de estar rodeado de muchos Kraxarian. Perdido en la oscuridad mientras mis defectos eran una losa sobre mi pecho. ¿Quieres saber por qué te llamo estrella?

—Dime.

Su voz sonaba tan cansada.

Tan perdida.

—Un día antes de que llegaras miré al cielo. Ahí, en la inmensidad, supe que todos pedían ayuda a la estrella más brillante. Le rezaban pidiendo todo tipo de cosas que una estrella no puede otorgar. Yo elegí una pequeñita que tenía a su lado. Brillaba poquito, parpadeaba incluso y me sentí como ella, diminuto y a la sombra del que fue un gran Darkan. No le pedí ser fuerte o

digno, le pedí que alguien me viera por una vez en mi vida. Que me acompañase, que fuera de mi mano y que brillase tanto que se me contagiase su brillo. Al día siguiente llegaste tú a la selva y no me lo podía creer.

Respiró agotado.

—Sabía que pedir deseos a estrellas era absurdo. Que nadie me daría una nimari cuando estas ya no existían, pero allí estabas tú. Huyendo de mí y de todos con una fuerza interior increíble. Brillante, con fuego. Esa primera noche que te arrojé para que no te congelases, miré al cielo y la pequeña estrella no brillaba. Supe el motivo, porque se había materializado en forma de humana. Tenía a mi estrella entre mis brazos, solo que tardé en darme cuenta de que ella me quería a mí y a ningún otro macho.

Cortó a un nuevo soldado.

Ya quedaban menos para alcanzar a Gral.

—Has brillado para mí contagiándome tu brillo. Me has hecho fuerte cuando solo veía debilidad. No me dejes, por favor, Taia. Quédate conmigo y te prometo que te amaré hasta el fin de mis días, hasta en mi próxima vida incluso. No te vayas porque te amo. Mi nimari.

Una pequeña respiración fue lo que consiguió como respuesta consiguiendo que su corazón se fracturase.

—Te... Te quiero, grandote —susurró sin fuerzas.

Su luz se apagaba como la estrella en el cielo.

CAPÍTULO 43

—¿Se apagó tu estrella, Darkan? ¡Y yo sin poder jugar con ella! —se mofó Gral.

Algo se fracturó en él. Su pecho se contrajo con fuerza provocando una expansión total de sus músculos. Se sintió mucho más fuerte, como si fuera capaz de mover montañas.

Y solo tenía un objetivo.

Cargó contra el gran Draxarus derribando a algunos soldados en el camino. No consiguieron pararlo, ese ser había provocado el sufrimiento de Taia. Si iba a perderla, él moriría aquí y ahora.

Con un puñetazo en la mandíbula, esta cedió dolorosamente. Su grito, que pareció más un chirrido, no lo reconfortó. Tampoco cuando empezó a escupir sangre y espuma como si estuviera enfermo.

Le hacía un favor al planeta.

Con su espada, no tuvo piedad, cortó el brazo derecho de Gral aprovechando que este se tambaleaba confuso. Su dolor no lo calmó, no consiguió aplacar el dolor que sentía como garras en el corazón.

Cayendo de rodillas, Gral sacó una pequeña pistola láser. No consiguió llegar muy lejos, porque cortó su mano para que no pudiera empuñarla. Trozo a trozo, cortó partes de su cuerpo esperando que sus gritos calmasen el dolor.

No lo hicieron.

No sintió placer infringiendo daño a ese ser que no merecía respirar.

Después, cortando a dos de sus guerreros a la vez de un solo golpe, decidió que él sería lo último que vería antes de partir de ese mundo.

No se despidió o le dijo algo terrible.

No quedaban palabras en su garganta.

Cortó la cabeza del monarca dejando que esta rebotase tres veces antes de detenerse. Entonces la tomó del cabello, sus garras se metieron en su cuero cabelludo y no sintió nada.

Vació.

Caminó hasta el exterior en silencio.

El sonido de la guerra era atronador, terrible. Porque en la guerra no había vencedores y perdedores, solo dolor.

Y, cuando todos lo vieron, alzó la cabeza de Gral y rugió al mundo.

—¡Rendíos o morid como él! —bramó.

No tendría piedad con nadie.

No la merecían.

Acababan de llevarse lo que más amaba en el mundo.

Aturdido, arrastrando los pies después de lanzar la cabeza, supo que necesitaba verla. Se habían despedido mientras le suplicaba que se quedase. Sabía la realidad, ella no podía salvarse de unas heridas tan graves.

Sus palabras de amor se mecían en un corazón que ya estaba a un paso de apagarse.

Llegando a ella, comprobó que los sanadores luchaban por quitar los escombros de sus piernas. Lo hizo él casi sin notar el peso, como si fuera liviano a pesar de ser parte del techo.

La contempló entonces, con los ojos cerrados y su piel ceniza. No era por el polvo, la pérdida de sangre le había provocado eso.

Que se marchase.

Ahora no tenía sentido seguir.

No se trataba de esperanza, tampoco de hembras, era porque era ella. Su Taia, la única que lo hacía reír y desesperarse al mismo tiempo. La necesitaba, había sido el viento en unas alas ficticias.

Ahora sabía volar, pero no había viento.

—Si es tu nimari, Devian, hazla volver —pidió Rok.

Ojalá pudiera.

Con gusto entregaría su vida por la de Taia.

—¡Hazlo, niño! ¡No pierdas tiempo! —gritó Verk.

No sabía de qué estaban hablando.

Arrodillándose ante ella, ambos sanadores guiaron sus enormes manos sobre los hombros de su nimari.

—Siéntela, Devian. Tráela de vuelta —animó Rok.

Concentrándose en el silencio que se había instaurado en su pecho, cercó su corazón en busca de algo. No encontró nada salvo devastación y sufrimiento, sentimientos que lo acompañarían ahora y siempre.

Una risa sonó en sus oídos.

«Dramático». Dijo ella.

¿O fue su imaginación?

—Soy lo justo de dramático —susurró él.

«Claro».

Siguió su voz como si fuera lo único que quedase en el universo. Lo hizo girar sobre sí mismo un par de veces antes de encontrar una diminuta estrella. La pobre estaba fracturada y apenas centelleaba sin fuerzas.

—¿Taia?

No contestó.

Comenzó a alejarse de su lado provocando que el frío calara sus huesos. Así pues, corrió tras ella, loco por tomarla. Contra más lo intentó, más lejos se fue y, cuando la tuvo entre sus garras, se desmaterializó.

—No puedo tomarte entre mis manos... —se lamentó.

«Pídemelo adecuadamente». Rio ella en sus oídos.

—Taia, ¿volverías conmigo?

«Un poquito más».

—¿Volverías con este Darkan dramático que te quiere solo para él y te ama con todo su corazón?

«Dicho así, me lo pones difícil». Declaró.

La pequeña estrella, aquella que se había evaporado, apareció entre sus manos haciéndose más y más brillante. Iluminó su pecho con tanta energía que se sintió cálido al tacto.

Y, para cuando abrió los ojos, este brillo se expandió al pecho de ella.

—¿Taia?

—Shhh, solo cinco minutos más, tengo sueño —susurró.

Quiso abrazarla, tomarla y besarla con tanta fuerza que no quedase nada de ella después. No lo hizo porque, a pesar de volver, ella estaba demasiado débil. Necesitaban trasladarla de inmediato.

No podían dormirse en el proceso.

Después de la batalla, apenas quedaba clan reconocible. Aquel ser había usado toda la artillería pesada que tenía para destruirlos. Devian lloró por las vidas injustamente perdidas, una guerra que nadie había deseado.

Un monarca loco los había llevado a ese punto solo por conseguir dos juguetes nuevos.

¿Tan poco costaban la vida de los demás para seres importantes como él?

Sentándose al lado de todos sus hermanos, los miró. Estaban pálidos, manchados de sangre y barro. Agotados por la pelea, rotos por lo contemplado y con el corazón un poco más oscuro por la muerte.

—¡Devian!

El grito de Taia era todo lo bueno en el mundo.

Ella conseguía traer luz donde ya no quedaba más que miseria.

Abriendo los brazos, le dio la bienvenida cuando ella lo alcanzó a toda prisa. Se aferró a él entre lágrimas y temblores.

—Has sido muy valiente, nimari.

Lo había sido.

Enfrentándose a un monarca que la deseaba para torturarla, se había entregado a él para salvarlos a todos. Tanto ella como su amiga habían pactado su muerte dejando que el resto se salvase.

—¡Pero no se te ocurra volver a hacer algo así jamás! ¿Me entiendes?

Odió gritarla con toda su alma, también cuando ella lo miró asustada.

Le revolvió el estómago esa reacción, pero perderla era mucho más cruel que un grito producto de la desesperación del momento. Había estado a punto de perderla, casi se la arrancan de sus brazos después de toda una vida esperándola.

—Lo prometo, Devian. Jamás.

Sabía que era lo que quería oír y que, no sería ella, si no hiciera alguna locura de tanto en tanto.

Era irremediable.

—Si te hubiera pasado algo, yo... —suspiró antes de olfatear su pelo—. Me has quitado años de vida.

Ella rio bajo su apretado agarre.

—Dramático. Estuviste sexy en la pelea, tan grande, escamoso y caliente. Necesito que me gruñas así en cuanto lleguemos a casa.

Sonrió.

Siempre sabía las palabras a decir adecuadas. Era perfecta y ahora nadie se la quitaría. Podrían ser una familia, un clan unido.

De pronto, la imagen en la cabeza de Devian desapareció. No sabía cómo era posible hablar con ella cuando llevaba horas siendo curada por los sanadores. Al parecer, hasta que su cuerpo volviera en sí, Taia se negaba a abandonar su mente.

Resultaba extraño, pero quizás la conexión con las nimaris siempre fue así. Dejando que sus mentes fueran una, proyectándose imágenes a pesar de la distancia. Solo sabía que necesitaba hacerlo realidad.

Mirando al abatido Zahari, el cual, se miraba las palmas de las manos tratando de ignorar el caos de su alrededor, sintió un peso en el pecho. Era el momento de tomar una decisión que podía cambiarlos a todos.

—Hermano, os podemos ayudar a reconstruir. Por suerte, pocas vidas tenemos que lamentar,

aunque eran importantes, eso sí.

—Les he fallado como Darkan. Yo creé este problema por mi odio hacia ti y tu nimari. Queriéndote causar dolor conseguí que el mío fuera mucho peor. Logré que los míos sufrieran.

—Entiendo cómo te sientes, pero creo que has hecho todo lo posible. Has sido un buen líder que ha buscado defender a las hembras en vez de entregarlas. Padre jamás lo hubiera hecho.

No.

Haral las hubiera violado él mismo.

—Siempre puedes unirme a nosotros, hay hueco de sobra —dijo una voz pequeñita en la mente de Devian.

Su Darkana había tenido una gran idea, pero los miraba con miedo a haber dicho una auténtica barbaridad. Estaba orgulloso de ella, mucho más de lo que las palabras jamás expresarían.

—Taia cree que podríamos unir clanes —dijo Devian.

Sabía, por las miradas de escepticismo, que les costaba comprender que Taia hablaba con él. No los culpaba. Él mismo lo dudaría si no fuera porque la tenía allí metida y agarrada con todas sus fuerzas.

Y por eso, bueno y porque también su cola tenía vida propia, deseó poder enroscar la cola en el tobillo.

—¿Unir clanes? —preguntó Zahari aturdido.

Sí.

Aunque eso le obligaría a dejar de ser Darkan, pero le dejaría ser un consejero. Un gran consejero.

—Sí, hermano. Siempre que estés dispuesto.

—Gracias, siempre odié ser Darkan. Casi prefiero que lo seas tú, no obstante, puede que, por costumbre, a veces se me escape una orden o dos.

Eso era posible.

No le importaría.

—No importa, tendrás un rango para ello y, estoy seguro que, si das la orden es por algo bueno; por beneficiar al clan.

Que así fuera.

Clanes hermanos.

—¿Vivirá? —preguntó Bork.

Había sentido todo lo que Taia le había dicho. Sabía que tenían un camino largo por recorrer, pero juró jamás volverlo a mirar con recelo. Le dañaba cada vez que lo hacía por mucho que se pareciera a Haral.

—No lo sé.

—¿Y el jovencito? —pidió Ral con los ojos vidriosos.

Tampoco lo sabía.

Su corazón estaba en las cuatro ruinas que quedaban como edificio del sanador.

—Ella es fuerte. Se curará —comentó Jaxyn.

Ese macho adoraba a la Darkana y tampoco estaba preparado para dejarla marchar.

En realidad, nadie quería que eso pasase.

CAPÍTULO 44

Despertar fue mucho más difícil de lo que creyó jamás. Sus ojos pesaban como si los hubieran pegado con cinta adhesiva y sentía la garganta rasposa. Luchó por toser y solo pudo lanzar un quejido lastimero que la avergonzó.

—Toma agua, pequeña.

Atira.

Ella estaba allí.

¿Cómo?

No había ido al clan de Zahari.

—No sabía que eras tan dormilona. Has estado ahí en la cama más de una semana.

¡¿Tanto?!

¿Y estaba en el clan?

Luchando por beber, se sintió victoriosa cuando fue capaz de tomar unos sorbitos que le supieron a gloria.

—No vuelvas a asustarme.

Ella no había hecho nada, se había armado para la batalla y la habían volado por los aires.

Apretó su mano transmitiéndole todo el cariño y amor que solo podía dar una madre. Ahora aceptaba y comprendía que, para Atira, ella iba a ser siempre una hija. No importaba que fuera mayor de edad, tampoco que no tuviera su sangre y mucho menos que no fuera de su especie, ni planeta.

Era suya.

—Mamá —graznó Taya aceptándola.

Con un sorbido de mocos, supo que la había emocionado.

—Voy a buscar a Devian. No ha querido separarse de ti, pero se lo han tenido que llevar a rastas para que se duchase —explicó.

Eso la hizo sonreír.

Lamentaba haberlo asustado tanto, pero adoraba saber que su grandullón había cuidado de ella con tanto amor.

Los minutos pasaron en silencio y sola, esperando que todo fuera bien. Apenas podía abrir los ojos, necesitaba dormir a pesar de llevar haciéndolo toda una semana. Recordaba vagos recuerdos de haber hablado con Devian el primer día a través de la mente.

Después todo se oscureció.

La puerta se abrió sonoramente y, como un rinoceronte en una cristalería, su Devian entró corriendo a por ella.

—Taia, Taia.

Casi resbaló cuando se colocó de rodillas en el suelo para quedar más cerca de su rostro.

Se le veía desmejorado. Su pelo enmarañado le indicaba que llevaba días sin cuidárselo. Además, su piel azul preciosa parecía algo desteñida y comenzaba a pelarse por bastantes sitios.

No le gustó ver que había perdido peso, como si no hubiera estado comiendo lo suficiente y las ojeras negras y grandes le dieron la información suficiente. No había dormido apenas.

—Grandullón, tienes que cuidarte un poco —le dijo abriendo un poquito más los ojos.

A pesar de todo, era él.

Tan guapo y fuerte como recordaba.

—Al menos ahora huele bien —bromeó Ral apoyado en el marco de la puerta.

Los brazos de Zahari entraron lo justo para tomar a su hermano y arrancarlo de la habitación.

—¡Eh! ¡Que yo quiero escuchar!

Atira gruñó.

—Vale, no entro.

Atira no cambiaría. Era una fuerza de la naturaleza ingobernable que podía con todo y con todos. Le encantaba su nueva madre. Jamás olvidaría a la de la Tierra a pesar de que ya no vivía, pero abrazaría todos los días a la adoptiva con cuernos.

—¿El bebé? —preguntó Taya.

Devian acarició su vientre.

—Creciendo y esperando que su madre deje de dormir.

Aquella alegría la hizo llorar. Era la mejor noticia de todas después de haber vivido aquel infierno. Su pequeño o pequeña seguía con vida y no podía estar más agradecida a la vida.

—¿Lixton?

«Por favor, dime que no ha muerto». Suplicó mentalmente.

—Recuperado de sus heridas. Viene a verte todos los días.

Taya rio cuando Devian medio gruñó esas palabras. Fue más divertido cuando señaló hacia el otro lado de la habitación. Estaba llena hasta los topes de regalos, ofrendas que todos habían dejado para que tuviera una pronta recuperación.

—Te quieren, Taia. No podías irte.

Bueno, no es que tuviera ella mucho que decir al respecto.

Devian no podía dejar de mirarla. Su corazón latía a mil por hora agradeciendo a la diosa que estuviera despierta. Aquella semana y media había sido un infierno. No había tenido ganas de comer o dormir, solo quedarse a su lado mientras ella parecía descansar plácidamente.

Su cuerpo tardó en sanar a pesar de la tecnología. Hasta Gayax envió a sus mejores médicos para ayudar y que el bebé también estuviera bien. Todos habían hecho un gran esfuerzo por mantenerla con vida.

Y estaba allí.

Siempre.

Tomó su mano con gentileza, no era capaz de resistir tocarla porque necesitaba cerciorarse de que estaba viva. No era una alucinación o su imaginación, era real y le hablaba.

Cuando desapareció de su mente todas las esperanzas murieron. Lloró mientras sus hermanos lo sostenían, creyendo que se había ido. Al final fue Rok quien le dijo que estaba grave, pero viva.

—Te quiero más a ti que a nadie, tú eres mi regalo, Devian —sonrió ella.

No existía ser más perfecto que Taia en el universo.

Y nadie se la arrebataría.

—¿Has oído eso? Tu madre me quiere más que a nadie y eso te incluye a ti —bromeó Devian hablándole al estómago.

Taya arrancó a reír, aunque tuvo que dejar de hacerlo porque sintió bastante dolor en las piernas. Eso la asustó, ya las sentía, pero esperaba volver a caminar muy pronto o se volvería loca.

Movió los dedos de los pies, primero un pie y luego el otro. Parecía todo en orden.

Devian la leyó al momento.

—Consiguieron restaurar el flujo de sangre y salvar los músculos, tendones y huesos. Puede que necesites un poco de rehabilitación, pero Rok cree que en menos de un mes estarás como siempre.

Rehabilitación.

Una herida así en la Tierra era mortal e incurable.

—Y puedes llevarme en brazos si me canso —rio ella.

Su idea le gustó.

—¿Puedo pedirte un favor, Devian? —pidió Taya.

—Lo que sea.

Si quería su corazón se lo daría en una bandeja. Se veía capaz de cualquier cosa su salía de esos labios.

—Solo bésame, te he echado de menos, mi defensor grande y caliente.

Devian sonrió.

Se acercó como si hiciera años que no lo hacía. Tomó sus labios como un preso tomando su última comida, la devoró dejando que los gruñidos y los gemidos llenasen la estancia.

No podían hacer nada más, pero tomaría su boca tal y como deseaba tomar su cuerpo. Ella era adictiva.

Embriagadora.

Su nimari.

Y él sería suyo para toda la eternidad.

—¿Eso es bueno? —preguntó Bork.

—Yo creo que es un comerse la boca —explicó Zahari.

—Creo que las hembras lo llaman beso —añadió Ral.

—¿Y si miramos? —preguntó Baruk.

—Como guardián te Taia, te prohíbo entrar ahí —ordenó Jaxyn.

—Relájate, guardián, ella está bien —suspiró Lixton de forma divertida.

—¡Todo el mundo fuera! ¡A mi hija hay que dejarla descansar!

Bajo la orden de la feroz Atira, todos se fueron.

—Dame otro besito, aunque sea pequeñito —susurró Taia.

¿Cómo podía negarse a algo semejante?

En una de las casas que el clan le había prestado a Carmen...

Ella caminaba de lado a lado. Los días se estaban haciendo eternos sin ver a Taya despertar. La visitaba, pero verla inconsciente en el hospital se estaba convirtiendo en una tortura que la estaba desollando por dentro.

Gayax, que había tenido que regresar a la ciudad unos días, entró por la puerta.

Ahora sí hablarían.

Le había dejado espacio después de la guerra porque seguía traumatizada por lo sucedido con su amiga, pero ahora ese arcoíris no tenía lugar en el universo donde escaparse.

—¿Había algún momento para decirme que eras monarca? —preguntó a bocajarro.

Gayax palideció.

—Puede, pero tenía miedo de que siguieras huyendo.

Vale, eso podía entenderlo porque no habían tenido un principio muy prometedor. Sabía que era importante para su raza porque esa casa no se mantenía sola, tampoco sus sirvientes o soldados, pero jamás pensó que se trataba de la realeza.

—No sé si perdonarte.

Gayax la rodeó con sus brazos sucumbiendo a la pasión que se tenían el uno al otro.

—Mi yamari, soy tuyo. Vivo y respiro por ti, solo perdona ese pequeño detalle.

Pequeño.

Ser monarca.

—Bien, entonces solo te mereces un beso.

Su cuerpo le pedía más.

Mucho.

Pero pensaba torturarlo con ganas.

—Bésame, hembra y acaba con mi dolor —suspiró Gayax dejando que los colores de sus emociones resaltaran en su piel.

Era hermoso.

Estaba en sintonía con ellas y las mostraba al mundo sin miedo a ser juzgado.

—Eso ha sonado muy dramático —resopló Carmen riéndose.

Ya sentía las ganas de besarlo. No solo eso, también de acariciar su cuerpo de arriba abajo con pasión.

—Pues tómame entero y deja que me desangre mientras muero de placer —suspiró Gayax en su boca.

—Estás siendo un exagerado. Solo dime qué quieres de mí.

Se iluminó en un bonito tono rojo mientras parte de su cuerpo también brillaban en amarillo.

—Quiero reclamarte, hacerte mi reina. Que hagas de mi casa nuestro hogar. Te juro que vendremos a ver a tu amiga siempre que lo necesites, pero sé que si te quedas aquí, si me dejas, no seré el mismo.

Sus palabras calaron hondo.

Llevaba días pensando en ello. Taya ahora formaba parte del clan, pero Gayax era de otra raza y mundo muy diferente. No podía arrancar a un monarca de su trono y arrastrarlo hasta allí.

¿Sería capaz de establecerse en ese hogar?

¿Qué aventuras podrían vivir?

Siempre que no involucrasen arañas, ella sería feliz.

Lo miró con adoración. Defendiendo a su amiga como si fuera suya, había ido a la guerra contra su hermano. Sabía bien que ahora tendrían problemas más serios. Llegarían tarde o temprano por haber iniciado una guerra de esa forma.

No dudó ni un solo instante. Se entregó a la batalla contra Gral a pesar de ser sangre de su sangre y siempre estaría agradecida.

Sin querer torturarlo más, Carmen besó a su yamari. Él podía ser un rey, pero para ella era su macho, el que escogía por encima de todos los del universo. Era caliente, entregado y tenía mil colores.

¿Qué más se podía pedir?

¡Ah, sí!

¡Dos corazones que latían solo por ella!

—Te quiero, yamari.

—Y yo a ti, mi arcoíris.

EPÍLOGO

Muchos, muchos, muchos meses después...

El grito de Taya resonó tan fuerte que supo que el clan entero se había estremecido con él. fue tan horrible que muchos decidieron ponerse a rezar como si los dioses pudieran ayudar en algo.

—¡Te odio! —escupió una Taya enfurecida.

Dolía.

Aquellas malditas contracciones dolían tanto que estaba a punto de tirarle algo a la cabeza de alguien.

—Pequeña estrella, agárrate a mí —dijo Devian con todo el cariño del mundo.

Tomó su mano, allí tumbada en la cama del sanador, mientras luchaba para que no se le cayera la sábana que tapaba su sexo. No quería que aquello fuera dominio público y aquel paritorio estaba muy lleno.

—Uhhhh, te odio a ti, a ti, a ti y sobre todo a ti —siseó mientras su dedo señalaba a los machos.

Primero a Ral, después a Bork y Zahari y acabó en Devian.

—A ti el que más. Con esa polla magnífica. ¡Mira lo que me has hecho! Ahora no puedo parir al cabezón de tu hijo. Ay madre, cuánto te odio —gruñó cogiéndose la barriga.

Llevaban más de diez horas de parto. El clan entero esperaba el alumbramiento con entusiasmo y, con el paso de las horas, con bastante miedo.

—¡Le duele! —bramó Devian a Rok.

El médico, mirándolo de soslayo, ignoró al Darkan a punto de perder el corazón de los nervios.

Devian no quería gruñir, pero llevaba haciéndolo desde la primera contracción. Había tomado la bolsa que llevaba meses Taia preparando, había cerrado la puerta y había dejado a una muy enfadada y embarazada nimari dentro de casa.

Tomándola en brazos y disculpándose eternamente, la llevó en brazos a toda prisa hacia el sanador.

—Bésame por favor, me muero —suplicó Taya cuando el dolor de la contracción pasó.

Intentó hacerlo, pero Ral agarró a su hermano por los hombros.

—Hermano, no lo hagas —susurró Ral—. Es peligrosa.

Ignorándolo, apartó el cabello de la frente sudada de su pequeña estrella y la besó con ternura. Puede que algo de miedo a ser mordido tuviera, pero sabía que iba a ser peor si se negaba.

—Estoy aquí, amor.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca, Devian.

Todos los machos de la sala se miraron los unos a los otros con tanto recelo que pudieron pensar lo mismo a la vez.

—Las mujeres están locas —dijo Bork.

Llegando una nueva contracción, Taya gritó apretando la mano de Devian con fuerza.

—Vale, todos fuera, solo el padre y personal médico —anunció Verk.

Tenían que salir.

Ya estaba dilatada. El pequeño estaba a punto de llegar al mundo y su padre estaba ansioso por verlo. Su madre estaba desesperada por hacerlo salir. Después de un embarazo de doce meses, Taia había estado al borde de la locura.

Primero durmió mucho, comió, lloró y se agitó emocionalmente. Después lo consumió

sexualmente hasta creer que perdería el tacto en su miembro y acabó hinchada, cansada y quejándose por todo.

Por suerte siempre tuvo un clan a su alrededor que la cuidó, mimó y manejó con mano suave con todos sus cambios de humor.

—Yo creo que el tío es muy importante, necesita ver a Ral primero.

—¡Fuera cuñado del demonio! ¡Te odio!

Ral dio un salto asustado por su reacción.

No iba a quedarse o la misma Taya lo tiraba por la ventana.

—Estas hembras no necesitan garras para ser terroríficas —dijo antes de salir corriendo de la habitación.

Rok, poniéndose guantes, comenzó a quitar una sábana que Taya no quería que quitase. Lucharon médico y paciente hasta que se la arrebató y quedó totalmente expuesta a él.

—Bien, Darkana, estás a punto de poder empujar.

Taya lloró.

—No puedo —suspiró agotada.

Devian se colocó tras ella, dejó que reposara sobre su pecho mientras la acariciaba con cariño. Sabía que estaba agotada. Él mismo no comprendía cómo era capaz de soportar aquello que parecía peor que cualquier guerra.

—Puedes, pequeña estrella —la animó.

—En la próxima contracción, quiero que empujes.

Taya rio.

—Empuja tú si tan fácil lo ves —lloriqueó entonces—. Lo siento, Rok. Empujaré.

El médico no se lo tuvo en cuenta.

Pasando sigilosamente por su lado, Kallan, el ayudante de Verk, acercó un par de cosas a Rok luchando por no mirar el sexo de la Darkana. Si lo hacía, sabía que un Devian más que cabreado le gruñiría sin control.

La temida contracción llegó y Taya tuvo que empujar.

Lo hizo con todas sus fuerzas, hasta Devian empujó como si eso sirviera de algo. Poco a poco fue viendo como el bebé se abría paso por su canal de una forma asombrosa. Supo que no sabía si era bueno mirar, pero era el milagro de la vida.

Uno que no contemplaban en mucho tiempo.

—¿Cuernos? ¿Me han desgarrado? —preguntó Taya al borde del colapso.

La acarició la frente y los hombros tratando de transmitirle todo el cariño posible.

—Crecen después de nacer.

—Darkana, necesito un último esfuerzo. Ha salido la cabeza, en la próxima contracción saldrán los hombros.

Taya lloriqueó.

Buscándolo con desesperación, se arquearon para besarse.

—Tú puedes, Taia, eres muy valiente —la animó.

Empujó con la nueva contracción y el bebé salió ayudado por Rok. Fue mágico verlo salir, jadeó un poco en las manos del sanador que no tardó en mirar que todo estuviera bien. Y Verk, se quedó con Taya para asegurarse de expulsar la placenta y que todo estuviera bien.

—¿Cómo está? —preguntó Taya, desesperada.

El corazón de Devian se paró cuando el sanador les acercó a su pequeño milagro. Era de un azul clarito precioso, con rizos de color oscuro como su padre y gigantescos ojos marrones como su madre.

Con cuidado, Rok lo envolvió depositándolo sobre Taya, la cual solo podía mirar totalmente enamorada a su bebé.

—Es una hembra, nos engañó todo el embarazo —susurró Kallan.

¡¿Qué?!

¿Una hembra?

No nacía una hembra Kraxarian desde la purga, eso eran más de treinta años.

Taya lloró mirando lo pequeña que era su bebé. Abrió un poco la manta para encontrar unas manos muy humanas y una cola muy Kraxarian que buscó el pulgar de su madre para enroscarse.

—¿Quieres cogerla? —preguntó Taya.

Saliendo de detrás de ella, Devian tembló.

Quería coger a su pequeña, pero se moría de miedo por hacerlo. Luchó por ser valiente, la tomó confirmando que era lo más liviano que había cogido en toda su vida, pero sí lo más hermoso.

—Es perfecta, Taia. Nuestra jovencita. Has estado fantástica, pequeña estrella —le dijo con verdadero amor.

Solo cuando estuvo tapada, Taya pidió a Kallan que dejase entrar al resto.

Ral y Bork fueron los primeros en asomar la cabeza. Casi se empujaron duramente para llegar hasta Devian, el cual, sonreía de oreja a oreja. Sabía que no le importaba el sexo del bebé, pero ayudaba a dar esperanza.

—¿Cómo está el jovencito? —preguntó Ral.

—Es hembra —susurró Devian.

Confusos, los hermanos se miraron antes de sonreír.

Pasándole la pequeña a Ral, el gran Kraxarian tembló al sostenerla entre sus brazos.

—Una hembra diminuta, Devian. Es una hembra.

Habían sufrido tanto que Taya se sintió mal por ellos.

Zahari acarició su frente con ternura, ese macho dejaba entrever un corazón enorme a pesar de sus equivocaciones pasadas.

—Es una chica —rio Taya.

El pobre palideció.

—¿Seguro?

Asintió.

Todos estaban felices.

Baruk y Jaxyn pasaron los siguientes a toda prisa. Persiguieron a un Bork que se negó a soltarla porque decía que necesitaba sentir el olor de un macho fuerte para formar vínculo afectivo y ser el tío favorito.

Taya supo que esa niña crecería entre algodones, protegida por todos aquellos guerreros fuertes, locos y de gran corazón.

—Baruk, es una niña —declaró Bork.

Él rio.

—Sí, claro —dijo aceptándola.

—Lo es —confirmó Devian.

Entonces el pobre se paralizó como si de repente, en vez de un bebé fuera una bomba de relojería.

Taya rio mirándolo temblar, pero sin soltarla.

Jaxyn también la tomó, meciéndola dulcemente como si lo hubiera hecho toda la vida.

Para cuando Atira y Carmen entraron, Devian supo que Taia estaba agotada. Mientras sonreía,

luchaba por sonreír a todos y hablar cada vez que le hablaban a ella. Era el momento de pedirles que se fueran.

Despachó a sus hermanos y amigos, los cuales rehusaron irse hasta que les gruñó suavemente para no molestar a la pequeña. Y estos se quedaron en la puerta para seguir mirándola de lejos.

—¿Estás bien? —preguntó Carmen.

—Huye de sus pollas, sigue el consejo de una amiga.

Ahora pensaba usar métodos anticonceptivos durante mucho tiempo. No volvería a caer en la trampa de aquella polla maravillosa de nuevo.

Una vez que Carmen sostuvo a la pequeña, quiso devolvérsela a Taya, pero faltaba alguien.

—Dásela a su abuela.

Con el rostro iluminado y lleno de lágrimas, Atira corrió a cogerla en brazos. La miró enamorándose de ella completamente. Todos supieron que acababa de entregarle el corazón a esa niña al instante.

—Voy a malcriarte siempre que pueda —le susurró a la pequeña.

Pasados unos minutos, todos sabían que era el momento de dejarlos descansar. Devolviéndole a la niña, Atira besó la frente de su hija y la acarició haciéndole saber que estaba orgullosa de ella.

—¿Y cómo la vais a llamar? —preguntó Ral asomándose de nuevo.

No iban a poder alejar a la pequeña de su tío jamás.

Taya miró a Devian con una sonrisa.

—Yo tengo una idea, pero no sé lo que te parece, Devian...

Él fue hacia ella.

—Seguro que me gusta.

—¿Qué te parece Hope^[4]? En mi planeta significa esperanza.

Y eso era lo que era ella.

Esperanza para una raza que ya no moría. Que tenía un difícil camino a seguir, pero que no caería en la oscuridad.

—Me parece perfecto.

Taya, agotada, se apoyó en el pecho de Devian.

—Te quiero, grandullón —suspiró ella.

—Y yo a ti, pequeña estrella. Gracias por iluminar mi vida.

FIN

Sigue un poquito más abajo ;)

CAPÍTULO EXTRA.

Querido lector, hasta aquí puedes dar la historia por acabada, pero si eres valiente y quieres más, aquí te dejo una introducción de lo que vivirán nuestros guerreros Kraxarian.

Caminó por los pasillos de su castillo con rabia en las venas. Solo le había pedido una cosa al tercer monarca y era que trajera a Taia hasta él.

La nimari de Devian.

El muy idiota había subestimado la fuerza de un macho emparejado y de su clan. Los Kraxarian eran guerreros mortíferos y terribles. Había perdido de la forma más vergonzosa obligándolo a tomar un nuevo rumbo.

Bajando a las mazmorras, se deleitó con los gritos de algunos de sus prisioneros.

Le encantaba escucharlos gritar y desesperarse. El mejor momento era cuando la luz de sus ojos se apagaba por completo.

Con paso lento y pausado, llegó hasta la celda que más le gustaba. Esa que había sido ocupada durante muchos años.

—Levántate, escoria. Vas a una misión.

El despojo que vivía en ella se agitó al romperle el sueño.

Como pudo, se levantó a pesar de las heridas que le hizo el día anterior. Él sí era un gran guerrero y no como Devian.

Él era débil.

Indigno como Darkan.

—Trae a Taia, Xánder. Necesito tenerla —ordenó.

Él, con los ojos oscuros y rotos, solo pudo decir:

—Sí, padre.

Después, salió de su jaula y se perdió en la sombría noche.

—No habrá paz para mis hijos bajo mi reinado —declaró Haral con una sonrisa.

Continuará con Zahari...

¿HAS DISFRUTADO DE LA LECTURA?



Espero que hayas disfrutado de la lectura y la novela.

¿Te ha gustado? Por favor deja un comentario o reseña donde la hayas adquirido. Para mí es muy importante, ayuda a mejorar y hace más fácil este trabajo.

También muchos lectores podrán hacerse una idea de la novela que encontrarán gracias a vuestras palabras. Cinco minutos de tu tiempo que marcarán la diferencia.

Y si deseas hablar conmigo estaré encantada de atenderte en mis redes sociales.

Gracias.

Búscame por redes sociales si deseas hablar conmigo y darme tu impresión.

BÚSCAME

Facebook: <https://www.facebook.com/Tania.Lighling>

Fan Page: <https://www.facebook.com/LighlingTucker/>

Instagram: @lighling.tucker.tania

OTROS TÍTULOS

Saga Devoradores de Pecados:

- No te enamores del Devorador.
- No te apiades del Devorador.
- No huyas del Alpha.
- No destruyes al Devorador.
- No confíes en el Devorador.
- No hables con el Devorador.
- No beses al Devorador.
- No temes al Devorador.
- No soy un Devorador.

Más títulos como **Lighling Tucker**:

- La corte escarlata.
- Acordes de fuego.
- Sin compasión
- Conquístame si puedes.
- No soy tu rosa ni tu tulipán.
- Eternos.
- Huyendo de Mister Lunes.
- Las catástrofes de Alicia.
- Los encuentros de Cristina.
- Navidad y lo que surja.
- Se busca duende a tiempo parcial.
- Todo ocurrió por culpa de Halloween.
- Cierra los ojos y pide un deseo.
- Alentadora Traición.
- La ayudante de Cupido.

Como **Tania Castaño**:

- Redención.
- Renacer.
- Recordar.

^[1] Darkan: jefe o líder.

^[2] Clicks: segundos.

^[3] Yamari: Alma gemela para los Draxarus.

^[4] Hope: Esperanza.